Tú, mi perdición y mi salvación

CARLOTA MANZANO



Tú, mi perdición y mi salvación

CARLOTA MANZANO

Primera edición.
Tú, mi perdición y mi salvación
Carlota Manzano
©junio, 2025
©imágenes por Freepik y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



«La vida está hecha para cometer locuras. Lanzarse a lo desconocido puede marcar la diferencia. La motivación es lo único que necesitas para continuar, pero no pierdas de vista lo que te rodea en el presente, porque lo importante no es el resultado al que aspiras, ni cómo se empieza, sino lo que vas encontrando en el camino que recorres hasta llegar a la meta. Las experiencias están para vivirlas, y algunas pueden cambiar definitivamente el rumbo de tu historia».

Edmee

Subí la velocidad de la cinta, adaptando la de mis pies en cada una de las zancadas rápidas. Me llevé al límite los últimos cinco minutos, forzándome al máximo. Al llegar al nivel más bajo empecé a caminar casi sin respiración y con las piernas temblando por el esfuerzo. Me agarré a los brazos de la máquina para recuperar un poco la estabilidad, hasta que pulsé el botón de parada.

—Has terminado con fuerza el día.

Giré la cabeza hacia la derecha, mientras me pasaba una toalla pequeña por la nuca, retirándome el sudor. Mario acababa de subir a la cinta de al lado. Lo conocía del gimnasio, coincidíamos muchas veces.

—Al menos lo he intentado —sonreí.

—¿Intentado? Llevo un buen rato observándote, estaba en las máquinas.

—No sé cómo tomarme eso —dije con humor, antes de coger la botella de agua y beber un sorbo.

—Como lo que es, preciosa —me hizo un guiño.

—Que vaya bien la carrera y el fin de semana —le devolví el gesto y rio mientras me alejaba.

Salí de la sala y me dirigí al vestuario. Terminada con fuerza o no, la rutina del día había llegado a su fin. Estaba deseando darme una buena ducha para ir directa a la plaza del centro, donde había quedado con mis amigas.

Era viernes y como cada uno de ellos empezábamos el fin de semana tomándonos unas cañas con un picoteo que siempre alargábamos y se convertía en nuestra cena. Eso solo era el inicio.

Entré en el vestuario, saqué mi mochila de la taquilla y me desvestí. En cuanto el agua me cayó por la cabeza solté un suspiro, la sensación fue tan agradable para mis músculos cansados que alargué el momento.

Llevaba dos horas en las instalaciones del gimnasio, pero este tiempo solo me lo tomaba los viernes, los demás días lo acortaba a una hora y veinte. Venía cuatro veces por semana, a veces cinco, dependiendo de cómo transcurrieran los días. Primero trabajaba todos los músculos con ejercicios específicos que complementaba con las máquinas, lo último era subirme a la cinta para correr un mínimo de veinte minutos a una intensidad media y fuerte. Hoy había superado la duración en todo.

Cerré el grifo y salí de la ducha con la toalla enrollada en el pecho, después de secarme. La sensación de cansancio me azotó de repente, pero en cuestión de poco tiempo me activaría. Saludé a varias chicas que conocía

de vista, intercambiamos algunos comentarios mientras sacaba la ropa de la mochila y terminé de vestirme cuando ellas salían dispuestas a ejercitarse.

Al guardarlo todo para irme cogí el móvil, comprobando que tenía un mensaje de hacía unos quince minutos de Gaby. Sonreí al abrirlo.

Gaby: *¡Deja de mover ese cuerpazo y ven yaaa…! Me aburro y acaban de traerme la segunda cerveza. Nadia se retrasará un poco. Eres una malísima amiga, me haces sentir fatal. Yo aquí bebiendo y comiendo una tapa en la que he mojado pan, cogiendo calorías, y tú quemándolas para meterte más en el cuerpo, ¡qué no te harán nada!*

Edmee: *Sé fuerte, aguanta un poco más. ¡Tú puedes! En menos de diez minutos estoy ahí, salgo del gimnasio.*

Gaby: *¡Mira qué cachonda! Pues claro que puedo seguir comiendo y bebiendo, ja, ja, ja… La vida sana es toda tuya, yo soy la pecadora. Ten cuidado.*

Riendo me guardé el teléfono en el bolsillo delantero del pichi tejano y me colgué el asa de la mochila. Salí del vestuario y en la zona de la entrada me despedí de la recepcionista, hasta la semana siguiente.

Faltaba poco para las ocho y media, aún quedaba para que anocheciera. Me encantaba esta época del año, los días largos se aprovechaban mucho más. Al llegar junto al coche metí la mochila en el maletero y saqué el bolso del interior, el que dejé en el asiento del copiloto cuando me puse frente al volante. Arranqué y tomé la dirección del centro de la ciudad, donde llegué pasados siete minutos. La suerte estuvo de mi lado, al girar en una calle vi un vehículo que salía de un estacionamiento. Era muy difícil aparcar en las calles de alrededor de esta zona, y más a esta hora y en el día que era.

Podría haber venido caminando, el problema es que después hasta mi casa tenía un poco más de veinte minutos en coche y pasaba de darme una caminata larga, a saber, a qué hora de la noche.

En cuanto accedí a la plaza miré hacia las terrazas de los bares. Normalmente siempre nos movíamos entre tres que eran los que más nos gustaban, aunque nuestra primera opción siempre era la misma. No tardé en localiza a Gaby sentada en una mesa del bar al que le dábamos prioridad. Ella también me vio acercarme y levantó la jarra de cerveza en mi dirección.

—Hola —la saludé sonriente.

Nos dimos dos besos y un abrazo y me senté en la silla de enfrente.

—Hola, rabiosa —dijo y reí.

—Envidiosa.

—También —reímos.

Llamé la atención de uno de los camareros y le pedí una jarra de cerveza, junto con varias tapas que elegimos entre Gaby y yo. Cuatro de ellas siempre caían, eran un vicio al que no podíamos resistirnos.

—¿Cómo ha ido el día? —le pregunté.

—De maravilla porque se ha terminado la semana —me hizo un guiño—. En el hotel como siempre, entretenida. ¡Ostras! ¿Sabes qué? Esta mañana me he despertado de golpe al llegar. ¿A qué no sabes quién ha reservado una estancia de dos semanas?

Gaby trabajaba de lunes a viernes de recepcionista en el hotel más lujoso y prestigioso de la ciudad, gracias a ella teníamos pase directo y lo más importante, gratis. No íbamos muy a menudo, pero sí de vez en cuando para disfrutar como si nuestras cuentas bancarias estuviesen cargadas de muchísimos miles de euros. Era una locura lo que costaban las habitaciones,

hasta las más *«*simples*»,* que de simples no tenían nada. Todas eran dignas de ver, al igual que cada una de las instalaciones que ofrecía el hotel. Cualquier cosa que os venga a la imaginación lo tenían al alcance allí.

—Las opciones son muy amplias y variadas, pensando en los que pueden costeárselo —dije con humor.

—Joder, ¡Bansy!

—¿Eh?

—¡La madre qué te parió! —bufó.

—¿Qué? No tengo ni puñetera idea de quién es ese —reí—. ¿Un político? ¿Un empresario? ¿Un artista de renombre? Yo qué sé —negué.

—Es el futbolista más codiciado del momento, suda billetes por los poros y se baña en ellos.

—Ah, pues vale —me encogí de hombros.

—Dios, sigues sin saber quién es —lloriqueó.

—¿Cuándo me he interesado por ese deporte? —Arqueé una ceja.

—Leches, pero su nombre se escucha por todas partes.

—Momentos en los que desconecto, seguro —reí y bufó—. ¿Ese es su nombre? ¿Bansy?

—No, es el apodo por el que se ha hecho conocido. El real es…

—Ahórratelo porque menos me va a sonar.

Sergio, otro de los camareros del bar que conocíamos desde hacía mucho tiempo, el mismo que hacía que veníamos aquí, se acercó con el pedido y colocó los platos de las tapas en el centro de la mesa y la jarra de cerveza frente a mí. Gaby no pudo contener su emoción por contarle la noticia a alguien que la entendiera, como también mostró en sus expresiones la indignación que le provocaba que yo no supiese de quién hablaba. Le preguntó a Sergio por el tal, Bansy y fruncí los labios, conteniendo la diversión.

—¡No jodas! ¿Bansy en tu hotel? —dijo él y silbó, sorprendido— ¿Y no te has lanzado a sus pies? Lo dejó con el último ligue hace unos meses.

—Calla, que poco me ha faltado —soltó una carcajada Gaby y reímos con ella.

—Conociéndola no sé cómo ha podido resistirse —comenté.

—Porque ha aparecido demasiado temprano y yo todavía no estaba en mis plenas facultades —hizo una mueca de pena—. La noticia tiene que quedar entre nosotros —lo dijo mirando a Sergio.

—Tranquila, preciosa, tu secreto está a salvo conmigo —le sonrió él.

—Gracias —le devolvió el gesto mi amiga—. Eso sí, si consigo ligármelo te prometo que te lo presentaré para que te hagas una foto con él.

Los dos soltaron una carcajada, yo me limité a sonreír ampliamente por las fantasías de mi amiga. Bueno, en realidad nunca se sabía, en cualquier situación y lugar puede surgir el interés, ya lo que salga de él…

Gaby era una mujer preciosa, atraía muchísimas miradas y curiosidad con su cabellera pelirroja y su cara de niña buena que contrarrestaba con su personalidad arrolladora cuando la conocías. Podía quejarse de las calorías, siempre estaba con lo mismo para picarme con el gimnasio, pero era en

broma porque tenía una constitución increíble, independientemente de lo que se llevara a la boca.

Ese tal, Bansy, el futbolista, podía caer rendido a ella y no a la inversa, por supuesto que sí.

—¿Y a ti cómo te ha ido el día? —se interesó cuando Sergio se fue.

—Liado, haciendo entrevistas.

—Es verdad, empezabas hoy. ¿Ha habido suerte?

—Hay varias candidatas que encajan para el puesto, pero aún quedan otras que entrevistaré la semana que viene.

Le di un sorbo a la cerveza y pinché con el tenedor una patata brava, bien untada en la salsa. Era un pecado cómo la preparaban. Con todos los años que llevábamos viniendo no habíamos conseguido que el dueño del bar nos diera la receta. Él, también era el cocinero y siempre nos decía entre risas que se la llevaría a la tumba para que no dejáramos de venir. Las patatas bravas era uno de los tantos manjares que servían.

—A ver si te lo quitas pronto de encima —dijo, imitándome al comer.

—Eso espero, pero no me preocupa. Por el momento lo tengo controlado —le hice un guiño.

—¿Y en el gimnasio?

—Estupendamente, dos horas haciendo deporte.

—¡Estás loca! —jadeó y se llevó una mano al pecho.

Terminamos riendo. Cuando nos calmamos le conté mi breve encuentro con Mario en el gimnasio, antes de irme al vestuario.

—Me encanta ese hombre, no se da por vencido.

—Hoy no le he dado tiempo a mucho para que desplegara sus encantos.

—Ya te cogerá otro día —dijo con humor—. Es Nadia, está buscando aparcamiento —me informó sobre nuestra amiga, cuando le sonó un mensaje.

—A ver cuánto le cuesta.

Miré la plaza, recorriéndola con la vista. En este momento estaba mucho más concurrida que cuando llegué, había personas hacia donde dirigieras la vista, tanto sentadas en las terrazas de los bares y de los restaurantes que estaban al completo, como paseando en ambos sentidos o agrupándose en corrillos, decidiendo dónde ir para empezar la noche.

Capítulo 2



—Hola, preciosas. Perdón por el retraso —dijo Nadia y le correspondimos al saludo, antes de los abrazos y los besos.

—¿Todo bien? —me interesé, mientras se sentaba en la silla.

Le hizo una señal a Sergio que estaba cerca, para que le trajera una jarra de cerveza.

—Sí, pero hoy hasta las narices. Hasta ahora no he tenido tiempo de parar ni un segundo —soltó un suspiro—. He salido del trabajo tarde y me he ido directa a la casa de mis padres. Mañana se van temprano de viaje.

—Lo imaginábamos —le sonreí—. ¿Tu madre está muy nerviosa?

—Eso se le queda corto —puso los ojos en blanco y Gaby y yo reímos—. Está histérica, así me ha puesto a mí nada más abrirme la puerta, mientras mi padre se reía por todos sus comentarios locos y disparatados. ¿Os podéis creer que he perdido la cuenta de las veces que se ha despedido de mí, porque está convencida de que le va a pasar algo y no va a volver a verme? —bufó.

—Son los nervios por viajar en avión —dijo con humor Gaby—. Será la segunda vez, la primera, aunque estaba inquieta, no sabía a lo que se

enfrentaba. Me compadezco de Pablo —se refirió al padre de nuestra amiga por su nombre.

—Lo más gracioso es que el destino lo eligió ella —rio Nadia y sonreímos—. Y mira que mi padre le insistió en que había muchas otras opciones, ya tendría que haber asimilado su decisión porque han pasado meses —se encogió de hombros.

—Les irá genial y se lo pasarán de la misma forma —comenté.

—Sí, cuando el avión aterrice y no estén por los aires —añadió Gaby con tono divertido.

—Gracias, guapo —le dijo Nadia a Sergio, cuando le puso la jarra delante.

—De nada, preciosa. Disfrutad —nos hizo un guiño antes de irse a la mesa de al lado para atender a los clientes.

—¡Cómo me pone este hombre! —exclamó en alto, para que él la escuchara.

Y tanto que lo hizo, en cuanto Sergio se separó de los clientes se fue riendo hacia el interior del bar.

—Bueno, ¿qué tal vosotras? ¿Qué os contáis? —pasó la mirada de una a otra, llevándose la jarra a los labios para darle un buen sorbo a la cerveza.

—Tengo un notición —habló Gaby, levantando una mano en alto—. Tú me vas a entender, con nuestra amiga desisto.

—¿Y eso? — Nadia me miró con expresión divertida.

—Te vas a quedar muertecita cuando te diga quién ha entrado hoy al hotel y se va a quedar por varias semanas —continuó Gaby, con una sonrisa pícara.

—Suéltalo ya —le pidió riendo.

—Bansy —soltó satisfecha porque Nadia dejó de reír de golpe.

—¿Qué me estás contando? —jadeó— ¿Bansy? ¿El futbolista?

—Así es, amiga. Joder, qué gustazo hablar con alguien que sabe quién es —comentó Gaby, mirándome con humor.

—¡Dios! ¡Tienes que colarnos en el hotel! ¿Cómo es en las distancias cortas? ¿Te has acercado a él?

—Lo he atendido yo —respondió orgullosa, provocando que los ojos de Nadia se abrieran al máximo.

—No fastidies, cuentaaa…

—Estaba demasiado dormida para reaccionar —la informé.

—La madre que te… ¿Has dejado pasar esa oportunidad? —jadeó Nadia.

—Joder, eran las siete de la mañana y solo llevaba un café en el estómago —bufó Gaby—. Pero hay más días por delante —le hizo un guiño.

—Ay, tienes que provocar algún choque o cualquier situación que se te ocurra. Nena, haz que se fije en ti —le pidió emocionada.

—Ya me gustaría —rio Gaby—. Mírala, sigue sin reaccionar —se refirió a mí.

—Paso del tal Bansy y de su vida de lujo —me encogí de hombros.

—No pasarías de la misma forma si supieras de quién estamos hablando —negó Nadia.

Sacó del bolso el teléfono y estuvo toqueteándolo, hasta que me lo acercó y me enseñó la pantalla.

—Es este —dijo emocionada.

Miré la imagen por unos segundos y tuve que reconocer que me sonó su cara de los medios. En algún lado lo había visto, en la televisión por alguna noticia o en el periódico porque me gustaba estar al día.

—Mmm… Es guapo.

—¿Guapo? El lunes vas a una óptica —casi gritó Gaby—. Guapo dice… Está tremendo y es más joven que nosotras.

—Un jovenzuelo —fruncí los labios.

—A mí con que tenga la mayoría de edad me vale —rio Nadia—. Aparte es súper simpático, al menos así se muestra delante de las cámaras —se encogió de hombros.

—Podéis seguir hablando todo lo que queráis, pero yo no me acercaría ni loca a un hombre con tanto poder económico y que está en boca de todos —comenté.

—Pues una menos —soltó una carcajada Gaby—. Tú quédate con tu Mario del gimnasio —me hizo un guiño.

—Estoy perfectamente sola, gracias —le devolví el gesto.

—¿Lo has visto hoy? —quiso saber Nadia.

—Cuando me iba, pero dejad ya el tema que mis pensamientos no van por donde los vuestros.

—Me viene genial que digas eso porque la del notición soy yo —comentó Nadia.

—¿Más que el mío? —se extrañó Gaby.

—Y tanto, ya le pueden dar a Bansy —rio con ganas.

—¿De qué se trata? No tiene nada que ver con tu trabajo, ¿no? —me preocupé.

Nadia trabajaba de directiva en una gran sucursal de una de las empresas nacionales más importantes del país, una líder en telecomunicaciones. Estaba muy bien posicionada y que yo supiera se sentía feliz y realizada en su trabajo, como también que se llevaba genial con su jefe y sus compañeros.

—¡No! Mi vida laboral está perfecta —nos tranquilizó.

—Ah, menos mal. ¿Entonces? —le preguntó Gaby.

—Os traigo una bomba, llegó a mis manos ayer por la tarde —se las frotó —. ¿Cómo lo tenéis para ausentaros unos días de las obligaciones?

—¿En qué estás pensando? —Arqueé una ceja.

—Primero respondedme —sonrió de manera exagerada—. Yo ya he hablado con Daniel —mencionó a su jefe—, no pude contenerme por si nos salía la oportunidad. Por mi parte no hay problema con el trabajo.

No lo había dudado ni por un segundo, para su jefe era como si fuese una de sus manos, indispensable, y Nadia se dejaba la vida en su puesto porque le gustaba y le nacía. No le suponía un problema dedicarle tantas horas, por eso sabía que Daniel le facilitaría cualquier cosa que le pidiera, aparte de que tenían una unión que iba más allá de lo profesional. No penséis lo que no es, me refiero a la confianza, la amistad y el cariño que era recíproco. Él la consideraba como parte de su familia.

—Mierda. ¿Quieres soltarlo de una vez? —le pidió Gaby intrigada y soltó un bufido—. Yo me perdería la oportunidad de ver a Bansy y de meterme en su habitación —hizo un puchero y reímos—, pero si es muy jugoso lo que vas a decir me importa poco —rio—. Me deben días de vacaciones y cuadrándolo con mis compañeros puedo cogerme esos días —confirmó aplaudiendo—. ¿Cuántos serían?

—Dos semanas, no sé si un poco más —confirmó Nadia y Gaby silbó—. ¿Y tú? —me preguntó directamente.

—La semana que viene la tengo bastante liada, no puedo ausentarme sin terminar el proceso de selección. Una vez haya elegido a la persona que cubra el puesto tendría que coordinarlo todo, pero supongo que puedo ausentarme —dije pensativa, empezando a pensar en todo lo que tenía que mover si nos íbamos, a saber, dónde—. ¿Por qué tanta prisa?

—Ahora lo entenderéis. Me pasó la información un compañero, él no puede apuntarse porque su mujer está muy liada con las oposiciones a las que se presenta dentro de unos meses. Está tan agobiada que, según él, si se lo hubiese propuesto lo habría dejado calvo —rio con ganas y nos contagió —. Mirad —buscó dentro del bolso.

Gaby y yo, con la vista fija en lo que hacía, esperamos, hasta que puso sobre la mesa una hoja de periódico doblada.

—Mmm… —dije.

—Cógela que no muerde —dijo con humor.

—Trae —se adelantó Gaby y empezó a ojearla—. ¿Qué mierda hay de interesante aquí?

—¡Estás mirando dónde no es! Dale la vuelta —le pidió Nadia, sin perder la diversión.

—Ah. A ver —lo hizo—. ¡Coño! —agrandó los ojos y continuó leyendo.

—¿Qué pasa? —pregunté con mucha curiosidad.

—Esperaaa… Me va a dar algo —jadeó Gaby.

Miré a Nadia. Mi amiga me hizo un guiño y se limitó a beber y a picar de las tapas, satisfecha con la reacción de Gaby y más que divertida con la mía.

—Joderrr… ¿En serio?

—Me cago en todo —bufé y terminé por quitarle la hoja de periódico de las manos.

Me estaban poniendo nerviosa y para cuando hablaran claro ya habría sobrepasado los límites. Leí por encima los titulares, buscando yo qué mierda sabía, hasta que localicé la gran noticia y me centré en ella.

*«**Una oportunidad única y especial en el corazón de Finlandia. ¡Atrévete a no dejarla escapar!***

Está a punto de inaugurarse un hotel en medio de la naturaleza, más concretamente en el Parque Nacional de Nuuksio, una ubicación natural en el área metropolitana de Helsinki. La meseta rocosa del lago alberga especies de bosques antiguos, prados, pantanos y numerosos cuerpos de agua que hacen las delicias de todos los visitantes y lugareños.

La región de Helsinki que rodea la capital de Finlandia es verde, espaciosa y vibrante, con una arquitectura y diseños de primer nivel, una cultura especial con saunas públicas muy variadas, restaurantes nórdicos y pueblos y ciudades de lo más pintorescas. Es un entorno muy atractivo digo de ver, de descubrir y disfrutar.

Se desconoce la identidad del propietario del hotel, pero según hemos podido informarnos hay rumores de que se trata de un hombre hosco y de un carácter muy especial. Suponemos que este es el motivo por el que quiere continuar manteniendo su anonimato y privacidad. Contradiciendo a esta definición de su personalidad ha lanzado una apertura muy llamativa y suculenta con la que muchos cambiaran de opinión sobre él.

Se trata de una oportunidad irrepetible y única, como indica el titular de esta noticia. Antes de abrir sus puertas definitivamente, acogerá en sus instalaciones a veinte personas para que tengan una primera toma de contacto. Una de las cosas más interesante es que la estancia tendrá una duración de dos semanas y será a gastos pagados en pensión completa. En el paquete se incluyen los vuelos, y si todavía no os habéis decidido a dar el paso, el dato que os contamos a continuación os hará salir de dudas. Los veinte participantes optarán a un premio económico si cumplen con los requisitos: el conjunto de ellas debe dividirse en grupos de cuatro, estas personas tienen que comprometerse en subir a sus redes sociales imágenes, videos, comentarios de sus experiencias con el entorno… Suena bien, ¿verdad?

Prosigamos. ¿Qué hay qué hacer para conseguir plazas para ser elegidos? Simplemente inscribirse en el correo electrónico que cierra esta noticia, enviando todos los datos personales de las cuatro personas que formaran el grupo. Una vez seleccionados y cuando estén en el lugar, participarán en varias pruebas. Será como una especie de competición y aparte de todo lo mencionado, los ganadores también se beneficiarán de estancias pagadas en el hotel durante cuatro años, para que regresen cada vez que lo deseen. Independientemente de esta gran oportunidad, a los

vencedores de las pruebas se les obsequiará con una cantidad económica muy jugosa: ochenta mil euros en total y a repartir, totalmente libres de impuestos, por lo que cada uno que compone el grupo se beneficiará de veinte mil euros, siempre y cuando resulten ganadores. Esta cifra no está cerrada, cabe la posibilidad de que aumente un poco más, pero por el momento desconocemos hasta qué punto.

Los gestores del propietario han confiado en nuestro periódico para dar la noticia a nivel nacional, así que solo nos queda desearos suerte si os animáis a volar hacia esta aventura especial. ¿Qué más se puede pedir?».

Me fijé en el correo electrónico que cerraba la noticia, sin creerme lo bonito que parecía todo. ¿Viajar gratis? ¿Estancia a gastos pagados en un entorno espectacular? ¿Un premio de veinte mil euros? Bueno eso si salías seleccionado y superabas las pruebas, las que no tenía ni idea de qué se tratarían.

—¿Qué os parece? —nos preguntó Nadia— ¿A qué estáis pensando en preparar las maletas ya? —rio— Yo ya tengo en mente todo lo que voy a llevarme.

Capítulo 3



—¿Es una broma? —habló Gaby.

—Es uno de los periódicos más importantes y líderes del país —comenté.

No podía ser, la noticia era fiable al cien por cien. Estaba segura de ello, pero…

—Es demasiado bueno —terminé diciendo, dejando la hoja doblada en la mesa.

Nadia la cogió rápido y se la guardó en el bolso.

—Para que no se vuele porque como lo vea más gente… —dijo como excusa y sonreí.

—La fecha es de ayer. ¿Sabes la de millones de personas que ya se habrán inscrito? —Arqueé una ceja.

—Cállate, no me quites las ilusiones —negó varias veces.

—Por intentarlo… —dijo Gaby, ilusionada— Joder, que es viajar gratis, a gastos pagados y lo mejor, ganaríamos veinte mil euros de un día para otro —jadeó—. Ese dinero me vendría genial. Madre mía…

—Somos tres —les recordé.

—Buenooo… —carraspeó Nadia— He pensado en todo.

—Sorpréndeme —la miré a los ojos.

—He contado con tu hermano —sonrió de forma exagerada y arqueé las dos cejas.

—Con mi hermano.

—Joder, ¡lo tenemos! —gritó Gaby, dando un golpe fuerte en la mesa.

—Tendría que hacer malabares para ausentarse tantos días del trabajo. No lo veo —dije pensativa.

—¡No seas negativa antes de tiempo! ¿Cómo va a rechazar esta oportunidad?

—Es demasiado tentadora —insistió Nadia—. ¿Lo llamamos para preguntárselo?

—No —reí—. Si hablo con él tiene que ser en persona —esta parte la tenía clara.

—Veinte mil euros —dijo soñadora Gaby, con un suspiro.

—Eso si ganamos —le recordé.

—Pero, aunque no lo consigamos nos llevaríamos la experiencia y sin que nos cueste dinero —añadió Nadia.

—Sí —afirmé.

—¿Qué te frena?

—Que parece de ensueño —me encogí de hombros—. Sé que sería real si salimos seleccionadas, por el periódico donde está publicada la noticia, pero no sé…

—No podemos dejar pasar mucho tiempo —hizo un puchero Gaby, mientras las dos me miraban fijamente.

—Es que no sé si mi hermano podrá, por muy jugoso que sea todo —solté un suspiro.

—¿Y si nos inscribimos ahora y ya pensaremos cómo lo hacemos? Lo mismo ya han elegido a las veinte personas, a los cuatro grupos —dijo Nadia, encogiéndose de hombros.

—No puedo con vuestra positividad —comentó con ironía Gaby.

—¿Y si resulta que no es así y después mi hermano no puede?

—Lo secuestramos —soltó Gaby, provocando que Nadia riera. Yo la miré divertida.

—Me parece todo demasiado, no sabemos qué pruebas tendremos que superar —comenté—. ¿Y si no nos gustan?

—Pues no ganaremos, pero disfrutaremos de unas buenísimas vacaciones —respondió Nadia.

—Tú podrías saber quién es el dueño —me dijo Gaby.

—Ni hablar —me negué en rotundo—. Eso sería meterme en la privacidad de una persona que quiere preservarla y cuidarla.

—Tu moral no mola —bufó.

—Es lo que hay.

Cogí la jarra y bebí un buen trago de cerveza.

—No sabemos el plazo límite para inscribirse —comenté.

—Da igual, tenemos que ser rápidas.

Nadia tenía razón, estas cosas eran de esas oportunidades que se presentaban de la nada y eran muy para tener en cuenta. Seguramente la gente que había visto la noticia ni se lo pensó a la hora de buscar personas de su entorno para formar el grupo de cuatro y enviar el correo electrónico.

—Mi hermano me va a noquear, como poco, si es que salimos elegidos —solté un suspiro.

—¿Eso es un sí? —preguntó emocionada Gaby.

—Escribe antes de que me arrepienta —le pedí a Nadia.

Después de que las dos soltaran un grito nervioso, Nadia se centró en redactar el correo electrónico. No necesitaba preguntarnos nuestros datos personales, ni siquiera a mí, los de mi hermano. Nos conocíamos demasiado bien y habíamos hecho otros viajes, por lo que sabía hasta el número de su DNI.

*«*En menudo marrón me estoy metiendo como salgamos seleccionadas*»*.

—¡Sergio! ¡Te necesitamos! —lo llamó Gaby.

Cuando el camarero se acercó risueño ella le pidió otra ronda de cervezas y unas tapas diferentes a las que ya habíamos comido.

—¿Por qué el dueño habrá elegido ese tipo de apertura? ¿Pagar tanto dinero antes de abrir las puertas de su negocio? —exterioricé unas de las tantas preguntas que me estaba haciendo.

—Vale la pena solo por el hecho de que millones de personas ya saben de la existencia del lugar. La noticia estará por todas partes del mundo, el propietario ha sabido llamar la atención. Lo ha conseguido a lo grande —respondió Nadia—. Y si ofrece esa cantidad será porque le sobra —dijo divertida.

—Sí —acepté, me costaba pensar con claridad.

—Ya está, enviado —dijo satisfecha y Gaby rio y lloró, todo al mismo tiempo.

No pude hacer otra cosa que soltar una carcajada, la situación era de locos. Estaba por ver cómo terminaría porque lo mismo se quedaba en una anécdota.

Al final no nos movimos de la terraza del bar, estuvimos hasta la una y media de la madrugada consumiendo, a falta de media hora del cierre. Hicimos planes de todo tipo, hasta miramos el tiempo que hacía en Finlandia y comentamos qué ropa nos llevaríamos.

Los ánimos fueron aumentando, mientras hacíamos planes por si éramos unas de las afortunadas en iniciar la aventura del viaje. Las preguntas y las dudas no cesaron y finalizamos la noche con gin-tonics, mientras nos imaginábamos ganando los veinte mil euros cada una.

De ilusión también se vive, a ella precisamente nos aferramos las tres. A la que mejor le vendría el dinero era a Gaby, Nadia tenía un gran sueldo por su trabajo de directiva, en el que cobraba extras muy jugosos cada ciertos meses. Iba más que sobrada y mi hermano, no se quedaba atrás, era inversor independiente y se movía en el mundo de las finanzas como pez en el agua.

Y yo, bueno, era la dueña de una empresa dedicada a la ciberseguridad a nivel nacional e internacional.

Mis primeros pasos en el mundo laboral fueron pequeños, pero seguros. La empresa que hoy día abarcaba un gran edificio en el centro de la ciudad y que era un referente en el sector, con muchos clientes, tanto nacionales como internacionales, la creé desde mi piso y después continué desde un pequeño despacho alquilado. Trabajé muy duro y sin horarios, hasta que con el tiempo fui conocida y me afiancé dentro del área en la que trabajaba.

Durante varios años mi base principal las tuve en los lugares que he comentado, con todo tipo de tecnología porque en eso no escatimé. Hasta que poco a poco mi esfuerzo y mi dedicación dieron sus frutos y del despacho me trasladé a la planta baja de un edifico. Cuando llegó ese momento tuve que contratar a los primeros trabajadores que tuve a mi cargo, fue inviable que pudiera llevarlo todo yo sola. Me iba la vida en ello y la poca paz mental que conseguía tener en los pequeñísimos descansos que me daba de vez en cuando.

Al cabo de tres años el volumen de trabajo era tanto, que tuve que ampliar la plantilla para ofrecer los mejores servicios a las empresas, por lo que también cambié el lugar de trabajo. En aquella época fue cuando alquilé, con opción a compra, el edificio completo de cinco plantas en el que hoy día llevábamos seis años. Tengo a mi cargo una plantilla considerable, personas que están organizadas por plantas, y en las que en cada una de ellas se enfocan en actividades diferentes dentro de la ciberseguridad y de los diversos campos informáticos, a altos niveles.

Me sentía muy orgullosa de todo lo que había logrado, lo que inicié con ilusión y bastante limitada, se había convertido en algo inmenso que a veces me ponía el vello de punta. No había motivos para ello, el ritmo de trabajo siempre iba en aumento, por poco que fuese algunos meses. Continuaba conservando a los clientes fijos que tenía desde los primeros años y cada vez se les sumaban más. Estaban más que satisfechos con mi empresa y con nuestro rendimiento, y si surgía alguna dificultad la solucionábamos rápido.

La mejor carta de presentación era la calidad, la implicación y la constancia, es lo que ofrecía a todo aquel se estuviese con nosotros.

¿Un extra de veinte mil euros? Sinceramente no lo necesita y no es por dármelas de nada, solo hablo de la realidad, pero ¿a quién le amarga un dulce? La experiencia bien lo valía y más al poderla disfrutar con las personas que quería, y si en el proceso favorecíamos a Gaby, pues era un lujo y un extra añadido para tener muy en cuenta.

Aunque nuestra amiga cobraba muy bien como recepcionista del hotel de lujo y de prestigio, su nivel adquisitivo no se comparaba al de Nadia, al de mi hermano, o al mío. Podía estar tranquila en ese sentido, bien lo sabía ella porque nos tenía a su lado para lo que fuera. No eran pocas las veces en las que le habíamos dicho que si quería cambiar de trabajo solo debía decírnoslo porque lo tenía asegurado con los tres.

Era algo que tenía muy presente, pero a Gaby le encantaba su puesto. El ambiente en el hotel era familiar, por lo que no tenía ninguna necesidad de cambiar, pero sí que esos veinte mil euros le vendrían genial para quitarse de encima algunos gastos: como liquidar el préstamo del coche que se compró hace dos años e incluso una parte de la hipoteca de su piso, de la que no le quedaban muchos años para finalizarla.

Sería genial y yo ya tenía en mente darle mi parte del premio si es que nos elegían y ganábamos. Sabía que lo rechazaría en cuanto se lo ofreciera, por eso prefería quedarme callada, pero tenía mis métodos para que lo aceptara, así que por esa parte estaba tranquila.

Cuando llegué a mi casa eran casi las dos de la madrugada. Se trataba de una vivienda de dos plantas, la compré hace siete años, el mismo tiempo que había pasado desde que vendí el piso pequeñito que compré sin saber cómo me irían las cosas. El cambio fue notable, el gran espacio del que disponía en esta casa no se podía comparar, pero aquel piso se quedó con una parte de mi corazón.

En él viví mis comienzos, mis ilusiones, mis nervios y mis angustias, y para mí nunca tuvo importancia su tamaño ni lo limitado que era. Con el tiempo elegí cambiar porque podía permitírmelo, por cómo evolucionó mi empresa, pero cada vez que pasaba por la calle sonreía con cariño y miraba hacia el portal con nostalgia, porque me venían a la memoria los años que pasé allí.

A oscuras, fui directa a mi habitación recorriendo el salón y subiendo las escaleras, con ganas de quitarme la ropa y de tumbarme en la cama. No tardé mucho en hacerlo y en soltar un suspiro de alivio. La semana de trabajo había sido intensa, pero por fin tenía dos días de descanso para recuperar las energías.

Cerré los ojos, cansada, con el último recuerdo consciente de mi hermano. A ver cómo narices le sacaba el tema de lo del viaje y tenía que ser cuanto antes para que pudiera organizarse, si es que teníamos la suerte de embarcarnos en la aventura.

Capítulo 4



Salí al porche con una bandeja en la que había colocado una taza de café y un plato con una tostada ya preparada. Me encantaba desayunar al aire libre, por lo que más me alegraba del cambio que hice de vivienda era por poder disfrutar del porche, del jardín, de la barbacoa cuando organizaba comidas o cenas con mis amigos y con mi hermano, y de la piscina y del yacusi. Esta zona era mi preferida y en la que más paz encontraba en cualquier época del año y también en la que más tiempo pasaba cuando llegaba el buen tiempo.

Todavía no estábamos en verano, pero faltaba menos de un mes para que llegara. La temperatura empezó a cambiar varias semanas atrás, eran las once de la mañana y el sol brillaba con fuerza. La sensación era más que agradable.

Dejé la bandeja en la mesa del porche y me senté en el sofá acolchado, entre cojines, para comer mirando hacia el jardín. Estaba deseando estrenar la piscina esta temporada, pero por el momento no me había atrevido. Lo que sí había utilizado varias veces era el yacusi que se encontraba a pocos metros de la piscina, me encantaba meterme con una copa de vino, sobre todo por las noches, aunque hasta hacía unas semanas al salir corría hasta el interior de la casa, con el albornoz bien pegado al cuerpo.

Le di un sorbo al café. No solía desayunar tan tarde, pero entre que me dormí de madrugada y que no puse la alarma para despertarme antes… marcaba la diferencia los fines de semana porque lo retrasaba todo, con calma, y como hoy era sábado… No tenía planes, por el momento me

quedaría en casa, aunque eso podía variar en cualquier instante por mis amigas.

Pensé en llamar a mi hermano dentro de un rato. Cuanto antes mejor para ponerlo al día, me dije, mientras me llevaba la tostada a la boca. Di buena cuenta de la comida y del café, estaba hambrienta y el estómago me rugió al dar el primer mordisco. Al terminar recosté la espalda en el sofá y cerré los ojos, disfrutando de los rayos del sol que se colaban en el porche.

La carretera quedaba alejada de la casa, desde la acera había un camino privado largo y asfaltado hasta la entrada, rodeado de césped, por lo que solo se escuchaba el murmullo de los sonidos del tráfico. Aunque el fin de semana no había mucho y menos a esta hora, aquí la gente empezaba a moverse más tarde.

Me encontraba bastante apartada del centro, algo que elegí para escapar del ajetreo que llevaba en la empresa y en la ubicación en la que estaba. En mi calle, como en la de enfrente, todo eran casas de diferentes tamaños separadas por extensiones de jardines. Mis vecinos iban a lo suyo, igual que yo, así que coincidíamos en contadas ocasiones.

El sonido lejano de una llamada se oyó a través de la ventana que había dejado abierta. Me levanté rápido del sofá y entré casi a la carrera al salón, para subir las escaleras de la misma forma. Llegué a mi habitación y me dirigí a la mesita de noche, donde tenía el móvil. Sonreí al ver el nombre que mostraba la pantalla.

—Hola —respondí animada.

—Buenos días, cariño —dijo mi hermano.

—Buenos días —caminé de vuelta al porche—. ¿Cómo va la mañana? —me interesé, descendiendo los escalones.

—Estupendamente, tengo el fin de semana libre.

—¡Qué novedad! Me alegro.

—¿Y la tuya?

—Igual. Hace poco que he desayunado, anoche llegué cerca de las dos.

—¿Tienes ganas de verme?

—¿Qué pregunta es esa? —reí.

—Anda, ábreme —me pidió divertido.

—¿Estás aquí? —me sorprendió.

No es que fuese raro que Yael se presentara en mi casa, así se llamaba mi hermano, pero no me lo esperaba porque antes de que me dijera que tenía el fin de semana libre lo hacía trabajando.

—Iba a aparecer por el porche, pero te he evitado un ataque —rio—. Cuelga que parecemos tontos, estamos a solo un paso.

Solté una carcajada que tuvo que escuchar al otro lado de la puerta principal. Dejé el teléfono en la mesa alta del salón y abrí con una gran sonrisa. Mi hermano tenía la misma expresión. Me aparté para que entrara y nos dimos un abrazo, después de cerrar.

—¿Has desayunado? —le pregunté.

—Sí, pero sabes que a un café nunca le digo que no —me hizo un guiño.

—Marchando —dije animada, dirigiéndome a la cocina.

Aproveché para hacer otro para mí, con él a mi lado. Cuando tuve los dos preparados cogió las tazas y fuimos al porche, para tomárnoslos acomodados en el sofá.

—Te has adelantado, iba a llamarte —le comenté, moviendo la cucharilla —. Si me hubieras dicho que no trabajabas podríamos haber desayunado juntos.

—No pasa nada. Daba por hecho que saliste con las chicas y que te levantarías tarde —me hizo un guiño.

—No nos liamos mucho, estuvimos en el bar de Sergio —le di un sorbo al café.

Aunque Sergio no era el dueño, solo uno de los camareros, teníamos la costumbre de mencionarlo siempre para saber el lugar al que nos referíamos. Mi hermano también lo conocía, bastante mejor que nosotras porque eran amigos, pero no íntimos ni de los que solían quedar de vez en cuando. Sergio y él fueron compañeros de la misma clase hasta el final de la secundaria. Yael era mayor que yo por cuatro años.

—Anoche tuve una cita.

—¿Y eso? ¿Qué me he perdido? —jadeé, provocándole una carcajada.

—Muy poco, estuve con una chica que conocí hace dos días.

—¿Yyy…?

—Quedamos a las nueve, la invité a cenar y terminamos en un hotel hasta las cuatro de la madrugada —habló con tono de humor—. ¿Algo más? ¿Quieres saber todos los detalles? ¿Cómo terminó gritando en la cama y en la bañera?

—Oh, por favor —puse los ojos en blanco y me tapé los oídos. Volvió a reír—. No te lo creas tanto —bufé—. Y no me hacen faltan esos datos —negué.

—No me lo tengo creído, digo la verdad —me hizo un guiño.

—Un sábado tan temprano no estoy preparada para escuchar tus perversiones —hice una mueca.

—No haber preguntado, has sido tú la que te has interesado —rio con ganas.

—Con saber que te fue muy bien tengo bastante —le sonreí—. ¿Cómo se llama? ¿Volverás a verla?

—Sandra y quizás algún día. Quién sabe —se encogió de hombros.

—No suena como esperaba.

—Es buena chica, al menos hablo hasta lo que conozco de ella, que no es mucho. Pero esas cosas normalmente se notan y Sandra lo transmite. Nos atraemos y hay química, pero los dos tenemos claro que como para hacernos constantes en la vida del otro, no.

—¿Ella también? —hice una mueca— Lo mismo te has encontrado con la mujer que te haga cambiar de idea.

—Siento desilusionarte, pero Sandra tiene mí mismo punto de vista —sonrió con picardía—. Sabes que me gusta ser claro y directo en todo momento —asentí.

—Bueno, pues está bien si ambos disfrutáis de vez en cuando sin compromiso.

—Claro —me hizo un guiño—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Cuál? —le pregunté emocionada.

Subí las piernas al sofá y las crucé, girada hacia él.

—Hace unas semanas hice una jugada con tu dinero y mejor no me ha podido salir —dijo satisfecho—. Tu cuenta se va a engrosar muchísimo más de lo que la tienes.

—¡No fastidies! —Agrandé los ojos.

—Tanto que podrías comprar otra casa bastante más grande que esta, en la zona más lujosa de la ciudad, al contado y te sobraría dinero —frunció los labios.

—Joderrr… —jadeé— ¿Te he dicho que te quiero?

Soltó una carcajada cuando salté encima de él para abrazarlo. Me uní a sus risas, por lo visto con muchos más ceros en mi cuenta, aunque todavía no me los había traspasado. Ya he comentado lo bueno que era Yael en su profesión, a la vista estaba lo que había conseguido conmigo.

—No quiero otra casa, con esta tengo más de lo que necesito y me encanta —dije, aunque él lo sabía de sobra.

A ninguno de los dos nos gustaban los lujos exagerados e innecesarios, a pesar de que podíamos permitírnoslos. Quizás venía de familia porque compartíamos la misma opinión y el modo de ver la vida, con tener nuestras necesidades cubiertas teníamos suficiente y éramos felices. Todo lo que nos llegara de más, bienvenido era, pero no por ello perdíamos la cabeza. Para mí, nunca ha sido una prioridad disfrutar de cosas excesivas que pudiesen compararse con el dinero que tenía en mi cuenta bancaria.

Los únicos caprichos que había ido dándome con el tiempo eran la compra de la casa, la de un segundo coche porque el anterior empezó a darme muchos problemas, y los viajes o las escapadas que hacía con mis amigas, a los que Yael, se apuntaba cada vez que podía. También disfrutaba de salir de fiesta y de ir a desayunar, a comer o a cenar con mis amigas, cosas muy comunes y del día a día, lógicamente centrándolo más en los fines de semana.

Mi vida era muy normal y quería que continuara como estaba, a pesar de mi posición económica por los beneficios.

—Ese dinero lo utilizaré para pagar una parte de la hipoteca de la empresa, estoy deseando quitármela de encima.

Como mencioné al detallar mis comienzos en el terreno laboral, alquilé con opción a compra el edificio completo en el que hacía años que estaba establecido mi negocio, pues en cuestión de un par de años de estar en él decidí adquirirlo. Fue una grandísima oportunidad, por su ubicación estratégica y por las dimensiones de su interior. Cada año amortizaba parte de la deuda y el dinero que había conseguido mi hermano me vendría de lujo porque, por lo que Yael me había hecho intuir, me quitaría una buena cantidad pendiente.

—Buena elección que ya había anticipado —me sonrió—. Una operación más y te librarás de esa carga, te lo aseguro. Estoy en ello, de hecho, si mis cálculos no fallan, el martes será el gran día y tocará esperar los resultados que multiplicarán los últimos beneficios.

—Madre mía —jadeé—… Suena de maravilla.

Solté un suspiro soñador porque el importe que desaparecía cada mes de la cuenta de la empresa era un gasto muy fuerte, y verme desahogada de esa obligación significaba que podía hacer muchas más cosas, como subir sueldos y me sobraría. Era algo que tenía en mente, pero no porque mis trabajadores cobraran mal, nada de eso. Les pagaba muy bien, pero me

gustaba ser justa y hacer gratificaciones por el trabajo bien hecho y por la dedicación y la fidelidad de todos. Solo con pensar en reunirme con ellos en mi despacho y en darles la noticia… se me formó una gran sonrisa en los labios.

—Te está saliendo humo de la cabeza —dijo divertido mi hermano.

—Ya te digo —reí—. Tú, haz todo lo que tengas que hacer —le hice un guiño.

—¿Y si te dejo en la bancarrota?

—Siempre me quedará tu dinero, antes te desplumo a ti —soltamos una carcajada.

Ni él se lo creía, cuidaba mucho los movimientos que hacía porque no jugaba con pocos euros. Si estaba seguro de lo del martes era porque se había informado al detalle de la fiabilidad.

—Yo también tengo algo que contarte.

Cogí la taza y la agarré con las dos manos, para beber sin apartar los ojos de los suyos. No necesitó ni un segundo para arquear las cejas, al detectar algo diferente en mí. ¿El qué? No lo sé porque no varié mi expresión. Era un misterio porque mi hermano siempre había tenido un sentido extra hacia mí y para mi desgracia, nunca se equivocaba. En algunos momentos, cuando era más joven e intentaba ocultarle algunos temas, me hubiera gustado que fuese diferente. Cosas de la edad.

Capítulo 5



—¿Tengo que preocuparme y hacer algo al respecto? —me preguntó antes de beber un sorbo de café.

—No —respondí riendo.

—¿De qué se trata? ¿Es algo relacionado con algún tío?

—Frío, frío —fruncí los labios.

—Sé que me he congelado y que ese no es el camino, pero… —me observó con atención—. ¡Quieres soltarlo ya! —rio.

—Es una bomba que nos contó anoche Nadia y en la que estás metido.

—Bueno, ya nos veremos otro día. Quizás dentro de unos meses —dijo levantándose y solté una carcajada, mientras el hacía un gran esfuerzo por no reírse.

—Soy tu hermana pequeña —acompañé mis palabras con un puchero, para que tuviera más efecto.

—Lo estás haciendo fatal, por si no te has dado cuenta —negó, sentándose otra vez.

—Te va a gustar la idea y tuvimos que ser rápidas. Ahora lo entenderás. ¿Puedes tomarte unas semanas libres? —Arqueó una ceja.

—¿Cuándo?

—No lo sé y lo mismo no llega nunca la fecha.

—Empieza por el principio —se bebió lo que le quedaba de café y retiró la taza. Apoyó los brazos en la mesa, con la cabeza girada hacia mí.

—Resulta que un compañero de trabajo de Nadia le dio el jueves un recorte de periódico en el que venía una noticia, o más bien una grandísima oportunidad. Van a abrir un hotel en Finlandia, en el Parque Nacional de Nuuksio. Dame tu móvil —le pedí y lo sacó.

Desbloqueé la pantalla y busqué en Internet información sobre la zona. El impacto visual hacía más efecto, acompañado con el de la información.

—¿Ves? Es una pasada —dije, pasando las imágenes.

—La ubicación es increíble, pero sigo sin pillarte. ¿Queréis ir hasta allí? ¿Tan precipitadamente?

—Sí, pero todo está en el aire. Nadia envió anoche un correo electrónico con nuestros datos para inscribirnos. El tema es que han lanzado una oferta para la apertura del hotel, en uno de los periódicos más importantes a nivel nacional. La oportunidad es muy llamativa y suculenta.

»De todos los correos que reciban seleccionarán un total de cinco, con los que completarán a las veinte personas que vivirán la experiencia. El hotel los acogerá en una estancia de pensión completa con todos los gastos pagados, hasta los vuelos. Las bases son que tienen que ser grupos de cuatro y que en equipo se realizarán unas pruebas, no sé cuáles porque no las detallaban, pero si se ganan hay una gran gratificación.

»Los vencedores de la competición, aparte de todo lo anterior, se beneficiarán de estancias pagadas en el hotel por una duración de cuatro años. No marcarán las fechas, cada uno podrá elegir cuando regresar dentro de ese plazo. Además, por ganar recibirán ochenta mil euros libres de impuestos, a repartir entre las cuatro personas del grupo.

»Según detallaban es una cifra inicial que puede variar al alza. Si nos eligen se trata de participar en los juegos que hagan, en conseguir superarlos para llegar al final como vencedores, y mientras dura la estancia de las dos semanas tendremos que subir a las redes sociales imágenes, videos y comentarios de las experiencias que tengamos con el entorno —hice una pausa.

»¿Qué te parece? No me dirás que no vale la pena, aunque no ganemos —dije emocionada—. Por eso te he dicho que todavía no hay nada seguro. Es difícil que salgamos elegidos, pero la posibilidad está ahí —me encogí de hombros.

—Joder, ¿dónde está la trampa?

—Eso pensé yo —reí—. Es fiable —asentí al asegurárselo.

—La experiencia vale muchísimo la pena, eso es indiscutible, sin importar que se gane o no —dijo pensativo.

—Sí. ¿Podrás acompañarnos si tenemos suerte? Si fallas descartarán el correo electrónico de Nadia.

—¿Me estás presionando? —dijo divertido.

—¿Yo? ¡Para nada! —Moví una mano en el aire.

—Ya… —carraspeó.

—Un viaje siempre es bienvenido y si encima es gratis… —sonreí al ver que estaba a punto de escuchar lo que quería— Estamos emocionadas con

la idea y Gaby se puso como loca por lo del dinero extra —continué tentándolo, tocándole la fibra sensible.

—Ahora me estás chantajeando —soltó una carcajada y reí con él.

—Joder, no puedes negarte —hice otro puchero.

—Es que sin saber las fechas… —sacudió la cabeza— Sabes que es lo único que me frena. Como te he dicho, el martes voy a hacer una gran operación y después tengo que estar muy pendiente de los avances. Me juego demasiado, no solo con tu dinero.

Lo sabía de sobra, Yael movía mucho dinero de sus clientes.

—Lo entiendo, pero no creo que sea tan rápido. Yo también estoy en medio de un proceso de selección para encontrar al mejor candidato para trabajar en uno de los sectores de la empresa.

—¿Qué tal por ahora?

—Bien, hay una chica y un chico que encajan en el perfil, y tienen experiencia.

—Estupendo, no se te complicará. Sobre lo que me has contado, si no es hasta dentro de diez días, contad conmigo. Si fuese antes ya hablaríamos, para ver cómo lo hacemos.

Solté un grito y me lancé a su cuello, provocando que riera, mientras me rodeaba con fuerza con los brazos.

—Gaby y Nadia se van a volver locas —susurré con la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Por qué te crees que he aceptado? No quiero que me persigan por las calles el resto de mi vida —dijo con humor.

—Te van a perseguir igualmente, pero por otros motivos —comenté con el mismo tono.

—Lo sé, soy irresistible —reímos—. ¿Qué te parece si te vistes y salimos a dar una vuelta? Te invito a comer lo que se te antoje.

—Si pagas tú, no tengo que pensármelo.

—Tendrás morro —me revolvió el pelo, despeinándome más de lo que estaba.

Continuaba tal y como me había levantado de la cama, no me había parado a pasarme el cepillo por la melena. Llevaba puesto un pijama de pantalón pirata y camiseta de manga corta.

—¿Te hago otro café mientras me esperas o prefieres otra cosa? —le pregunté levantándome.

—Ve tranquila, yo me preparo el café —me imitó, incorporándose.

Nos separamos en mitad del salón, él se fue hacia la cocina y yo hasta la escalera. Cuando llegué a mi habitación me dirigí directamente al vestidor y elegí una minifalda vaquera y una camisa informal, sin botones y sin mangas. En el último momento cogí una chaqueta de punto abierta, por si en algún momento la necesitaba.

Me quité el pijama y me vestí, de calzado me decidí por unas sandalias cómodas. Entré en el baño para terminar de arreglarme, pensando en cómo se iban a poner mis amigas cuando les diera la noticia de que mi hermano había aceptado. No creía que tuviésemos problemas con el tiempo que necesitaba Yael para terminar de cerrar las operaciones de trabajo, tiempo

que a mí también me vendría genial para organizarlo todo y poder irme tranquila. Eso si salíamos elegidos, pero como no quería ser negativa para fastidiar la oportunidad…

Cuando terminé salí del baño y cogí el bolso de la cómoda, yendo al encuentro de mi persona favorita.

—Ya estoy —dije al salir al porche.

—Perfecta —me hizo un guiño—. Te he hecho uno —me acercó otra taza.

—Gracias —me senté en uno de los sillones de jardín.

—¿Has hablado con las chicas? No he escuchado gritos —dijo y reí.

—No, dentro de un rato les hacemos una videollamada para que los dos seamos testigos de sus reacciones.

—De acuerdo, me haré el duro al principio.

—Cómo te gusta ponerlas nerviosas y tentar a la suerte… —comenté divertida.

—Y lo bien que me lo paso, ¿qué? —chocó su taza con la mía y bebimos a la vez— Hoy te haré la transferencia del dinero, el lunes lo tendrás disponible.

—En cuanto pueda, antes del mediodía, iré al banco para amortizar la hipoteca de la empresa —dije animada.

—¿Quieres que te acompañe? El lunes lo tengo tranquilo, es a partir del martes cuando estaré desaparecido.

—Así podemos celebrarlo comiendo en un restaurante.

—En el que invitaré yo también, ¿no? —frunció los labios.

—Pues claro, yo no voy a ver ni un euro de ese dinero —me encogí de hombros, provocando que soltara una carcajada.

—¡Tendrás valor! —sacudió la cabeza— Como te recuerde lo que tienes en las cuentas del banco…

—Hace un día genial, ¿verdad? —desvié la conversación con toda la intención y terminamos riendo.

Nos bebimos rápido los cafés y después de dejar el porche recogido y cerrado, y de coger mi móvil de la mesa alta del salón, el que guardé en el bolso, salimos de mi casa poniendo la alarma para ir a su coche.

Yael se dirigió al paseo marítimo. Estaba un poco apartado de mi zona, pero bien mereció el tiempo que nos llevó llegar por el día tan espectacular que hacía. Paseamos por el paseo, abrazados. Ante los ojos de cualquiera dábamos una imagen muy diferente a la real, pero mi hermano tenía la costumbre de tenerme cerca siempre y a mí me encantaba.

Solo nos teníamos a nosotros, refiriéndome a la familia de sangre. Nuestros padres hacía años que murieron en un accidente de tráfico, sucedió al final de mi adolescencia, una etapa bastante crítica para mí por ese motivo. Nuestras vidas se truncaron en un suspiro, fue un duro golpe totalmente inesperado, un choque emocional y brutal que superamos juntos, porque si no hubiese sido por el apoyo constante de mi hermano, que, pese a su dolor tuvo que ser mucho más fuerte por mí, no sé cómo lo habría superado yo.

Yael siempre fue muy protector conmigo, pero desde aquel momento hasta hoy había estado mucho más pendiente y encima de mí. Era su naturaleza y un pilar primordial y fundamental en mi vida. No la concebía sin él, lo que era recíproco.

Nos apoyamos en la baranda del paseo, observando los barcos y los yates atracados, fantaseando con que éramos los propietarios de uno de los más lujosos. Reímos por nuestras ocurrencias, al imaginarnos a bordo y navegando, y no era porque no pudiéramos tenerlo, pero a ninguno de los dos se nos ocurriría comprar uno.

Cuando nos entró hambre nos dirigimos hacia la zona de los restaurantes y no nos lo pensamos mucho para ocupar una mesa en una de las terrazas, para seguir disfrutando de la temperatura y del ambiente. Estaba muy animado al ser sábado y más alegría le dimos nosotros cuando juntamos las sillas y les hicimos una videollamada a las chicas.

Me reí mucho cuando, durante más de diez minutos, Yael se hizo el duro con ellas, como me había anticipado. Nadia y Gaby se deshicieron en halagos y elogios hacia él, hasta que mi hermano les dio la misma respuesta que a mí sobre lo del viaje que estaba en el aire. Mis amigas gritaron por la emoción y se lo comieron a besos desde el otro lado de la pantalla.

Lógicamente llamamos la atención de todas las personas que teníamos a nuestro alrededor y de los que pasaban caminando cerca.

Fue un momento divertido y colgamos la videollamada después de que quedáramos las tres para salir por la noche, una salida que incluiría la cena. Mi hermano iba a reunirse con sus amigos porque hoy celebraban el cumpleaños de uno de ellos, pero se unirían a nosotras cuando salieran del restaurante, para tomar unas copas y lo que surgiera hasta que diéramos por finalizado el día.

Pasadas las cuatro y media de la tarde me llevó de regreso a mi casa, donde nos despedimos con un abrazo y un beso. Le pedí que tuviera cuidado con el coche y como respuesta me hizo un guiño, quitándole importancia.

Era un pequeño trauma que se me quedó por lo de nuestros padres, no podía evitar los nervios. A estas alturas había conseguido controlarlos, pero se me asentaban en el estómago cuando se trataba de alguien a quien quería y yo no estaba a su lado. Las únicas veces que no los sentía era cuando yo conducía. Me costó mucho apuntarme a la autoescuela, pero, sobre todo, ponerme delante de un volante antes de decidirme a empezar. Yael se encargó de quitarme el miedo con clases prácticas por los polígonos vacíos, en los horarios en los que nadie se movía por ellos.

Quedamos en llamarnos por la noche, para darnos el encuentro, y me dirigí a la entrada de mi casa. Era el momento ideal para una buena siesta, de la que me levantaría para darme una ducha que sería el comienzo para prepararme para la noche.

Capítulo 6



Kaarle

Me incorporé despacio del sillón, ignorando el silencio que provocó mi movimiento y las miradas puestas en mí.

—Me voy —dije tranquilamente, a nadie en particular.

—¡¿Cómo qué te vas?! Estamos hablando de ti.

—Exacto —arqueé una ceja, girándome hacia mi padre—. Estáis, yo no he participado en ningún momento desde que habéis sacado el tema, el que por cierto no me interesa en absoluto. Podéis continuar haciéndolo, no necesitáis mi presencia para seguir y valoro mucho mi tiempo como para desperdiciarlo de esta forma.

—Kaarle, hijo… —habló mi madre, exteriorizando los nervios.

Dándole la espalda a mi padre di los pocos pasos que me separaban de ella y me incliné para besarla en la mejilla.

—No te preocupes —le susurré antes de apartarme.

Miré de reojo a mi abuelo, el que asintió muy levemente con los labios tensados hacia un lado. Le hice un guiño y empecé a caminar hacia la

puerta del salón, sin mirar atrás.

—Así es como solucionas todas las cosas, ¡huyendo! —soltó mi padre, con rabia por mi actitud.

—No te equivoques —medio giré a poca distancia del marco de la puerta —. No es lo mismo huir que ignorar lo que me suda los cojones —le dejé claro.

Mi madre contuvo el aliento, mi abuelo mostró una sonrisa verdadera, sin ocultarse. Mi padre, joder, cómo me gustaba ver cómo había reaccionado, parecía a punto de estallar.

—Algún día tu lengua y tu comportamiento te meterán en un problema del que no podrás salir —dijo entrecortadamente mi padre, alterado.

—Y eso te ocasiona mucho nerviosismo y miedo, ¿verdad? —solté una carcajada— Tranquilo, estaré esperándote porque el único traicionero del que tengo que estar pendiente eres tú.

—Cómo te atreves… —siseó.

—Que tengáis un buen día, familia.

Esas fueron mis últimas palabras, antes de traspasar la puerta y largarme, yendo directo hacia la salida de la casa. Demasiado había aguantado, una puñetera hora escuchándolo hablar de lo inepto que era yo y de mi alocada vida, mientras mi abuelo me defendía y mi madre, intentaba mediar entre ellos, a mi favor también.

Bajé las escaleras y recorrí la zona principal, pensando en que más tarde llamaría a mi madre para tranquilizarla. A mis treinta y nueve años nadie iba a pisotearme, ni a pasar por encima de mí, mucho menos el que se daba golpes de pecho haciendo el papel de padre frente a otros.

Un papel que era totalmente ficticio. Conmigo le había salido mal la jugada, solo le daba toda la razón en una cosa, en que yo era incorregible, pero únicamente en todo a lo que a él se refiere. Mi actitud se correspondía a lo que recibiera de mi padre, siempre había sido así. Ante sus ojos era un rebelde que no tenía arreglo y peor lo hacía yo para tocarle las narices y ver cómo la rabia lo consumía por no poder controlarme.

No sabía por qué mierda había venido a la vivienda familiar, con lo tranquilo que estaba desde hacía unos meses… la respuesta estaba clara, por mi madre y por mi abuelo, las dos únicas personas de mi familia a las que quería y adoraba, y por las que sufría porque vivían bajo el mismo techo que mi padre. También estaba mi hermana pequeña, pero por suerte a sus once años estudiaba y vivía en un colegio privado a las afueras de la ciudad. Solo salía los domingos y para las vacaciones de Navidad y de verano, lo que agradecía inmensamente para que tuviese el menor trato posible con mi padre. Cuanto más lejos mejor, no soportaría ni permitiría que influyera en ella.

Fue idea de mi padre quitársela de en medio a los seis años, en cuanto empezó su etapa escolar. Para mí fue lo que hizo porque la consideraba un estorbo y de esa forma continuaba tranquilamente su vida, sin estrés y sin tener más problemas de los que yo le ocasionaba. Esto último era una ironía muy grande, pero con la que yo disfrutaba al máximo.

—¿Ya te vas?

Me paré de golpe y sonreí de medio lado, encontrándome en una esquina a Helmi. Trabajaba para mis padres como empleada del hogar. Me acerqué a ella.

—Sí. ¿Querías algo? —apoyé un brazo en la pared.

Ya nos habíamos saludado y hablado un poco cuando llegué, pensaba que estaría descansando. Helmi hizo lo mismo que yo, imitó mi postura en la

pared mientras se le iba la vista detrás de mi espalda.

—Tranquila, no va a aparecer —intenté tranquilizarla, refiriéndome a mi padre—. Le he dado algunos dolores de cabeza y ahora estará tirándose de los pelos, en soledad —sonreí de medio lado.

—¿Otra vez? —se mordió el labio inferior, centrándose en mí.

—La pregunta correcta es, ¿cuándo no?

—Soy tus ojos y tus oídos aquí, si me entero de algo…

—Te lo agradezco, como siempre, pero no quiero que te metas en problemas por mí. Cada vez que vengo te lo repito.

—No pasa nada, soy invisible en esta casa para tu padre —se encogió de hombros.

—Por la cuenta que te trae espero que continúe siendo de la misma forma —dije serio y tragó saliva.

—Yo no permitiría que me faltara el respeto.

—Lo sé, como también que mi madre y mi abuelo no lo consentirían, pero por desgracia no se trata de que tú lo permitas y ellos no pueden estar presentes siempre. ¿Lo entiendes? —asintió— Protégete todo lo que puedas. Me voy —me separé de la pared.

—¿Tan pronto?

—¿Quieres algo? —repetí, aunque sabía perfectamente lo que su cuerpo desprendía. Me echaba de menos.

Frunció los labios con fuerza, con los ojos fijos en los míos. Me lo estaba pidiendo a gritos silenciosamente y le di una pequeña parte de lo que necesitaba. Le rodeé la cintura con un brazo y la acerqué a mí, para tenerla bajo mi protección, aunque durase poco. Colocó las manos en mi pecho, por encima del jersey.

—Hace meses me dijiste que estabas bien y lo acepté por cómo te vi. ¿Ha cambiado algo a lo que tenga que ponerle solución? ¿Qué ha sido del chico con el que estabas saliendo?

—Todo sigue igual y con ese chico… Todavía nos vemos de vez en cuando, pero no quiere nada serio conmigo —dijo muy desanimada.

—Pues no le permitas tenerte, si no es lo que quieres.

—Lo intento, pero cada vez que me busca… —soltó un suspiro.

—Recuerda lo que mereces, Helmi. No recibas menos —le pedí serio.

—Sí. Gracias —me sonrió con dulzura—. Cada vez que hablo contigo me inspiras fuerzas.

—Aférrate a eso y si tienes que pensar en mí, hazlo, pero con la mente limpia —carraspeé, haciendo una broma.

—¡Oye! —me golpeó en el pecho y reí— Mi enamoramiento por ti se terminó hace muchos años —se quejó.

—Ya sabes lo que dicen, donde hubo fuego…

—Me quemé yo solita y me abrasé —rio y sonreí—. Siempre me has mirado como a una hermana —hizo un puchero.

—Tienes que dar gracias a eso, si te hubiese visto como a una mujer con la que liarme, sabes cómo hubiésemos terminado —arqueé una ceja.

—Algún día encontrarás a alguien de quien no huyas —levantó la barbilla.

—Lo dudo —sonreí de medio lado—. Estoy muy bien así, sin complicaciones —le hice un guiño.

—Te lo aseguro, y cuando ella te ponga contra las cuerdas entonces me reiré con ganas, aunque también me dará mucha pena.

El que se rio fui yo por su contradicción. No era la única que no podía ver pasarlo mal al otro. Con Helmi tuve una conexión fraternal al instante, supongo que la falta de mi hermana pequeña tuvo el efecto de que me acercara más a Helmi. Empezó a trabajar para mis padres a los dieciocho años, cuando yo ya era adulto. Habían sido muchas las veces en las que la había encubierto frente a mi padre.

Mi madre y mi abuelo eran las dos únicas personas de la familia, que vivían en esta casa, que se merecían el respeto que todos les tenían.

—Ahora sí que me voy, tengo una cita importante y no quiero llegar tarde —dije antes de darle un beso en la frente—. Pórtate bien contigo misma.

—Vale —soltó un suspiro—. Lo haré —asintió.

—Cuídate, preciosa, y llámame por cualquier cosa importante que te pase.

—Sí —me regaló una gran sonrisa.

—Si ese tío te da problemas, solo tienes que decirme quién es y yo me encargaré.

—¡No! —soltó una carcajada y sacudí la cabeza.

Nos dimos un último abrazo y salí de la casa, mirando el reloj de pulsera. Iba con tiempo de sobra para llegar al encuentro que estaba deseando tener, aunque la persona que iba a ver se llevaría una sorpresa porque no me esperaba.

Bajé los escalones de la entrada y me dirigí hacia la moto. La propiedad de mis padres estaba vallada, era privada, así que había dejado el casco apoyado en el asiento. Me lo puse y me monté. El rugido del motor me activó al instante. La verja empezó a abrirse y giré la cabeza hacia la casa, donde vi a Helmi con la mano en alto. Le agradecí que me facilitara la salida lanzándole un beso al aire, por el que la vi reír. Me hubiese encantado escuchar el sonido de su risa, pero en cambio me conformé con el de mi moto, cuando aceleré.

Salí para incorporarme a la carretera y empecé a acortar la distancia que me separaba de mi destino. Me encantaban estos momentos disfrutando de la sensación de dirigir la moto, de la libertad que me proporcionaba, momentos que se daban menos veces de las que me gustaría. En mi rutina diaria me movía en transporte público, como la gran mayoría de los habitantes de la ciudad.

Hice el trayecto en cuarenta minutos al tomármelo con calma. Cuando estacioné a unos metros del inmenso edificio, sonreí quitándome el casco. Dejé la moto bloqueada y caminé por el camino central del jardín que se extendía a los lados.

Al entrar me dirigí directamente al mostrador que estaba situado en la parte central y le devolví la sonrisa a la chica que me recibió, aunque la mía fue mucho más normal que la suya. Después de intercambiar unas palabras cordiales con ella, le pedí que avisara a quién había venido a ver. Me conocía perfectamente.

Cuando tuve su confirmación se levantó para abandonar su puesto. Me aparté un poco, para ir hacia una de las grandes columnas, donde me apoyé. El único sonido que se escuchaba de fondo era el de unos murmullos lejanos que rompían el silencio, hasta que un grito me hizo sonreír ampliamente.

—¡¡Kaarle!!

Taimi, mi hermana, vino corriendo hasta mí, irradiando felicidad. La cogí al vuelo cuando saltó a mis brazos y la estreché contra mí, inspirando su aroma característico. Mi casa, mi hogar, mi familia, mi paz y tranquilidad, todo ello resumido en el cuerpo de una niña de once años que empezaba su etapa adolescente.

—Hola, cariño —le di un beso en la mejilla.

—¡Qué sorpresa! No sabía que vendrías, ayer me dijiste que tendrías trabajo —habló ilusionada.

—Lo pude arreglar y es lo que pretendía, sorprenderte —le hice un guiño —. Vamos a los jardines —le rodeé los hombros con un brazo y tiré de ella, para disfrutar del buen día que hacía.

—Te he echado mucho de menos —dijo sin dejar de abrazarme.

—Yo también, pequeña —le di un beso en la cabeza—. Estoy pensando en secuestrarte hoy, ¿qué te parece la idea?

—¡Sí! —Gritó y solté una carcajada.

Me paré antes de cruzar la puerta principal y bajé la cabeza hacia ella.

—Pues cambio de planes, nada de jardín. Voy a hablar con la supervisora de los fines de semana y tú, sube a tu habitación a por lo que quieras

llevarte porque hasta las cinco o las seis no volverás.

—Valeee… —dijo, cuando ya se alejaba de mí, corriendo.

Sonreí de oreja a oreja. Definitivamente me encantaban estos días junto Taimi. Retrocedí sobre mis pasos y la chica que volvía a estar en su puesto al otro lado del mostrador y nos había escuchado perfectamente, me señaló sonriente hacia la derecha, hacia el lugar donde encontraría a la supervisora que no abandonaba el centro los fines de semana para estar al cargo de todos los estudiantes. De lunes a viernes era diferente por sus días de descanso, entresemana le hacían el relevo varios compañeros que por norma general descansaban los sábados y domingos.

Capítulo 7

Salí del baño con la toalla enrollada en la cintura. Acababa de darme una ducha que me había sentado genial, y servido para espabilarme de la cabezada que había echado en el sofá. Eran las ocho y cuarto, había quedado con mis amigos a las nueve y media para cenar y después tomarnos unas copas.

El sábado había trascurrido perfecto, Taimi había disfrutado mucho. Le encantaba subirse en la moto conmigo, en la que habíamos dado un paseo largo hasta llegar a una zona del centro de la ciudad en la que había mucho movimiento. Llamó a nuestra madre emocionada y escuché al otro lado de la línea cómo ella le devolvía el entusiasmo. Taimi le contó que había ido a por ella y que íbamos a comer juntos, lo que nuestra madre ya sabía porque se lo adelanté el día anterior.

Ella y mi abuelo fueron el viernes por la tarde para llevársela a merendar. Mañana domingo la recogerían temprano para que pasara el día en la casa familiar, hasta la hora límite de regreso al colegio, las ocho de la tarde.

Aproveché la llamada para hablar con mi madre cuando Taimi se alejó a observar de cerca un escaparate. Le insistí en que no se preocupara por lo que sucedió cuando me fui. Para mi tranquilidad su padre, mi abuelo, había hablado con ella para tranquilizarla, así que todo estaba perfecto.

Cuando colgué me acerqué a mi hermana y le di un capricho, arrastrándola al interior de la tienda. Bueno lo de arrastrarla es un decir

porque en cuanto le dije que le iba a hacer un regalo, el que quisiera, me cogió de la mano y tiró de mí. Entramos riendo.

Desde los seis años me había perdido el vivir en persona muchas cosas de su día a día. Aunque yo siempre encontraba momentos para ir a verla y pasar tiempo juntos, no era lo mismo que poder darle las buenas noches con un beso, arroparla, desayunar juntos o que me contara sus inquietudes o alegrías en el instante en el que las sentía, sin tener que esperar a una llamada o a los ratos que la visitaba en el colegio.

Normalmente entresemana me pasaba dos tardes, cuando sabía que sus horas de estudios habían finalizado, y la gran mayoría de mis sábados eran para mi hermana. Los domingos eran los únicos días de la semana que no la veía, por motivos obvios. Podía darse cualquier cosa con tantas horas por delante bajo el mismo techo con mi padre y no quería que ella fuera testigo.

Me negaba directamente y Taimi, aunque todos le tapábamos ciertas cosas para que no sufriera ni se preocupara, era más consciente de la situación de lo que todos nos imaginábamos. Lo sabía por algunos comentarios que me hacía, a los que yo les quitaba importancia, mostrándome tranquilo y sereno. Algún día hablaría abiertamente con ella, respondiéndole a todas las preguntas que quisiera hacerme, pero por ahora prefería que se mantuviera aislada y alejada de ciertas verdades.

Lancé la toalla encima de la cama y me vestí con un pantalón de salir en tejido fino y una camiseta que combinaba perfectamente. A la hora de vestir era muy básico, como un conjunto encajara dentro de lo que gustaba nunca variaba cuando elegía una de las dos piezas.

Me calcé y fui de nuevo al baño, con la toalla. La extendí para que se secara y frente al espejo, me pasé las manos por el pelo húmedo. Rara vez me peinaba. Lo último fue echarme perfume y salir del piso con la cartera, el móvil y las llaves, con las que cerré.

En la calle caminé por la acera, para encontrarme en el punto en el que había quedado con mis amigos. Ya no volvería a acercarme a la moto hasta el fin de semana que viene, volvía la rutina de ir a todos los lados a pie y en transporte público. Con las manos en los bolsillos, recorrí las calles sin prisa.

Había mucho ambiente, eran las nueve y cuarto de la noche. Al girar una de las calles que daba a la gran avenida, sonreí al localizar a Leevi apoyado en la fachada de un edificio. Él no me vio, estaba concentrado en su teléfono.

—Se te van a salir los ojos, a saber, lo que estás mirando —dije con tono divertido al acercarme a él.

—Kaarle, tío —levantó la cabeza, sonriente.

Nos dimos un abrazo después de que se guardara el móvil.

—Me estaba escribiendo Venla —dijo con picardía.

—¿Qué tal con ella?

—Las veces que hemos quedado muy bien.

—¿Estás cayendo? —le pregunté divertido.

—¿Qué dices, tío? —bufó y solté una carcajada por su expresión de agobio— En nuestro grupo llegaremos a ser los solteros de oro, tiempo al tiempo.

—La semana pasada parecías más entusiasmo con Venla —arqueé una ceja.

—Es que ha empezado a agobiarme —dijo pensativo—. Desde el principio sabe lo que hay entre nosotros, pero últimamente me satura a mensajes y a llamadas. Si vieras los que se me acumulan —sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—Habla con ella —le pedí.

—Ya. Lo haré, pero esta noche es nuestra —me hizo un guiño.

—Pues más te vale que lo pongas en silencio o lo apagues —hice un gesto hacia abajo, señalando su pantalón. Le habían llegado varios mensajes seguidos.

—Lo que yo te diga, y eso que le he dicho que estaría con vosotros. Una clara invitación a que no quiero saber nada de nadie más —puso los ojos en blanco, sin intención de coger el móvil.

—Está claro que ella ha cambiado de parecer con lo vuestro —apoyé la espalda en la fachada.

—Me jode mucho porque no quiero hacerle daño.

—Lleváis menos de un mes viéndoos. ¿Cuántas veces habéis quedado?

—Joder, pocas —se lamentó.

—Pues si lo tienes tan claro cuanto antes mejor. ¿Sabes algo de Emil y Eevi?

—Están de camino, no tardarán en llegar —respondió y asentí.

—Vamos a una terraza a esperarlos, estoy sediento.

Empecé a caminar con Leevi a mi lado, no tuvimos que movernos mucho, estábamos cerca del final de la avenida y en cuanto giramos a la derecha llegamos a una zona peatonal amplia, llena de bares y restaurantes. Ocupamos una mesa en el que íbamos a cenar, sin preocuparnos por nuestros amigos porque al no encontrarnos en el punto de encuentro vendrían directamente.

—¿Qué tal con la pequeña? —se interesó cuando le pedimos a un camarero dos cervezas.

—Estupendamente, hemos pasado un día genial.

—Tu cara lo dice todo —sonrió.

Mis amigos sabían que los sábados los dedicaba a estar con Taimi, aunque algunas veces me saltaba esa norma, cuando mi hermana estaba en época de exámenes o porque yo no podía. Eran las dos únicas excepciones porque incluso cuando se ponía mala y coincidía en fin de semana, me quedaba con ella en su habitación del colegio para cuidarla y hacerle compañía, hasta que me veía obligado a irme.

—No puedo decir lo mismo de mi padre —dije con ironía.

—Joder, ¡es verdad! —bufó.

—¿El qué es verdad?

Nos giramos al escuchar a Eevi, quien nos sonreía dando los últimos pasos hasta nosotros. Emil estaba a su lado.

—Si lo ha dicho Leevi, cualquier cosa es posible —habló con humor Emil.

Nos levantamos para recibirlos y saludarlos.

—Muy gracioso —se quejó Leevi, mientras ocupábamos las sillas—. Es que no me acordaba de que hoy iba a la casa de sus padres, lo comentó a principios de semana y se me ha pasado —se justificó.

—Para escuchar eso necesito una cerveza —comentó Emil, llamando la atención del camarero.

El mismo hombre que nos había atendido se acercó y pidieron sus bebidas, antes de que se fuera aprovechamos para añadir lo que íbamos a cenar.

—No es ninguna novedad cómo me ha ido con él —dije, llevándome el vaso a los labios.

—Has comenzado mal el día —hizo una mueca Eevi.

—Nos lo esperábamos todos —comentó serio Emil.

—Tenía la esperanza de que no estuviera y de que Kaarle pudiera librarse de verlo —se encogió de hombros ella.

—He ido principalmente por mi madre y mi abuelo, y de paso a ver a todas las personas del servicio a las que les tengo cariño. El rato que he pasado con Taimi ha borrado todo lo malo.

—¿Cómo está la princesa? Tengo ganas de verla —dijo animada Eevi.

Algunos sábados me acompañaban para darle una buena sorpresa a mi hermana. Era la consentida de todos, en el buen sentido y sin que a Taimi se le subiera a la cabeza.

—Pues como no lo organicemos para el siguiente sábado pasaremos algunos sin tener la posibilidad —dijo Leevi, pensativo.

—La sorprenderemos —concluí para que tuvieran presente que dentro de una semana no hicieran planes para el sábado.

—Genial —sonrió Eevi.

—¿Cómo va el negocio? —me preguntó Emil, justo cuando el camarero regresó con las cervezas para él y Eevi.

—Bien, tengo esperanzas en la jugada que he hecho —comenté pensativo, acariciando el borde del vaso.

—Saldrá bien —asintió seguro de ello.

—Joder —bufó Leevi, provocando que los tres lo mirásemos.

—Te he dicho que lo pusieras en silencio o que lo apagaras —fruncí los labios conteniendo la diversión, al verlo otra vez agobiado.

—Mierda, mirad.

Sacó el móvil y nos enseñó la pantalla. Tenía más de treinta notificaciones de mensajes de Venla. Pues sí, era bastante agobiante porque me entraron picores al instante.

—Mmm… creo que alguien tiene un problema —carraspeó Eevi.

—No lo sabes bien —se lamentó Leevi.

—Corta de raíz —le aconsejó Emil.

—No me ha dado tiempo —se pasó una mano por el pelo y empecé a preocuparme porque realmente le afectaba la situación.

No es que lo hubiese dudado, lo conocía muy bien, pero al contármelo minutos atrás no pensé en que llegaría a tanto.

—He tenido una semana muy liada de trabajo, tenía que dejar varias cosas cerradas y su insistencia empezó justo el domingo pasado —puso los ojos en blanco.

—Esta noche pasa y relájate, mañana le pondrás solución —lo animó Eevi.

—Si me hubiese acostado contigo no habría pasado esto —le dijo con una media sonrisa Leevi.

—Menuda directa —silbó Emil y los cuatro soltamos una carcajada.

—Estás tan desesperado que no sabes lo que dices. ¿Tú y yo? ¿En serio? —habló con tono de humor Eevi.

—No tienes nada que hacer, tío —rio Emil.

—Ni lo quiere —añadí.

Estábamos de broma, Eevi era la única mujer en nuestro grupo de amigos, pero ni por asomo ninguno de los tres pensábamos en ella más allá de la amistad que nos unía de muchos años. Éramos un equipo, familia, imposible que nos viéramos de otra forma entre nosotros, por mucho que volaran de un lado al otro de la mesa los comentarios pícaros.

Cuando el camarero nos trajo los primeros platos de la cena y la botella de vino nos estábamos riendo por el último disparate que había soltado Emil.

—¡Por las aventuras! —dijo Leevi, levantando su copa.

Lo imitamos y brindamos en el centro de la mesa, antes de bebernos todo el contenido, para empezar a comer después. Fue el cierre perfecto para el sábado, junto a mis amigos y en un ambiente inmejorable.

Alargamos la noche. Sin prisa por irnos del restaurante, nos tomamos relajados unas copas, antes de trasladarnos a un local en el que continuamos divirtiéndonos. Una de las ventajas de no tener que conducir era que no nos preocupábamos por cómo podíamos terminar. Leevi se vino arriba muy rápido, con sus comentarios por los mensajes de Venla nos hizo doblarnos de la risa, pero él no fue el único, los demás no tardamos en seguirlo.

Capítulo 8



Una semana más tarde…

Edmee

—Miraaa…

Gaby me pidió que prestara más atención a la pantalla del móvil, me había hecho una videollamada.

—¿Qué leches tengo que ver? —le pregunté, concentrada en la imagen que estaba enfocando.

Se encontraba en una parte del comedor del hotel, pero lo más llamativo eran las mesas, por la elegancia con la que estaban decoradas. Había varias personas comiendo, pero no reconocí a nadie.

—¡A mí me va a dar algo! ¿Ya no te acuerdas de la fotografía que te enseñó Nadia de Bansy? Lo tuyo es muyyy fuerte —se lamentó.

Ahora tenía su cara en primer plano, para hablarme había invertido la cámara y se enfocaba a ella.

—Ah… Joder, han pasado días. ¡Ya no me acordaba! ¿Te has colado en el comedor? Como te pillen con el móvil así…

—Cállate —bufó—. A ver si lo ves —volvió a darle la vuelta a la cámara.

—Localizado —dije divertida.

—Menos mal —soltó un suspiro—. ¿Qué te parece en persona?

—En persona lo estás viendo tú, yo sigo viéndolo a través de una pantalla —reí.

—Shhh… no llames la atención.

—¿Más que tú en medio del salón con el teléfono en alto? Lo dudo.

—Estoy disimulando —bajó el tono de voz—, para los demás parece que esté haciendo un… yo qué sé —volví a reírme.

—Déjalo ya, no quiero que tengas problemas.

—¿Has comido? —me preguntó después de hacerme caso, volví a verla— Adiós, mi amor, te prometo que antes de que dejes el hotel me tropezaré contigo para que caigas rendido a mis pies —se despidió de él de forma dramática, como si de verdad se lo estuviese diciendo en persona al tal, Bansy que debía estar comiendo tranquilamente, ajeno a todo lo de su alrededor. Fruncí los labios.

—Como te tropieces con él la que se caerá serás tú —le advertí.

—¡Qué poca fe tienes en mí!

—Tengo muchísima, pero también te conozco y sé perfectamente cómo terminaría la situación —reímos—. No, todavía no he comido —le informé —. Dentro de media hora saldré del despacho, se me ha complicado la mañana.

A pesar de que era sábado llevaba encerrada desde las siete de la mañana en la que consideraba mi segunda vivienda, mi despacho. El día anterior, el viernes, me fue imposible terminar unos temas y eran lo suficientemente importantes como para tener que trabajar el fin de semana. Por suerte estaba a punto de acabar y ya me olvidaría hasta la semana que viene.

No estaba sola, un pequeño grupo de tres personas de cada uno de los departamentos se alternaban los fines de semana porque la seguridad no frenaba y era importante estar pendiente de las filtraciones que bloqueábamos.

Gaby también había hecho una excepción hoy, ya que trabajaba de lunes a viernes. Una de sus compañeras que hacía los turnos de las mañanas los fines de semana se había puesto mala y habían llamado a mi amiga a las ocho, para que la cubriera. Ella aceptó sin dudar, el domingo se encargaría otra persona.

—Termino el turno dentro de veinte minutos y soy libre —me dijo—. ¿Voy para allá y comemos juntas?

—Te propongo otro plan al que no vas a poder negarte.

—Venga.

—Cuando salgas del hotel ve directa a tu piso, iré a buscarte y compramos la comida que más nos apetezca por el camino. Te invito y así comemos tranquilas y relajadas en mi casa, me apetece estar cómoda. Vamos a estrenar la piscina, así que, tú misma, coge un bikini o te pones uno de los míos.

—¡¡Te amo!! —solté una fuerte carcajada.

—Envíame un mensaje cuando salgas, para calcular el tiempo —le pedí.

—De acuerdo.

—Voy a llamar a Nadia, para que se pase. Por la hora que es ya habrá comido.

—Perfecto, nos vemos en un rato.

—Hasta ahora.

Colgué y dejé el móvil a un lado de la mesa. Me centré en la pantalla del ordenador, para terminar lo último que me faltaba. Estaba deseando darle inicio al fin de semana, aunque ya había pasado la mitad de uno de los días.

Pasados veinte minutos recibí el mensaje de Gaby, justo cuando escribía un correo electrónico a uno de los departamentos, dándoles las indicaciones que tenían que seguir. En cuanto lo envié apagué el ordenador y me levanté de la silla. Me estiré para relajar los músculos de la postura que había tenido durante horas.

Me iba satisfecha, pero con muchas ganas de llegar a casa. Necesitaba quitarme la ropa de vestir y sustituirla por otra más fresca y ligera.

Caminé hasta el armario que había en un lateral y saqué el bolso, donde guardé el teléfono.

Salí del despacho dejando la puerta cerrada con llave y me despedí de las cuatro personas que se mantenían en sus puestos, al menos hasta que los relevaran otros compañeros.

Bajé en el ascensor, sintiéndome especialmente cansada hoy. No había dormido mucho durante la noche, sin motivo, pero la falta de sueño y la concentración durante horas me empezaron a pasar factura en cuanto me relajé.

Agradecí en la calle el sol que me dio en la cara, mientras me alejaba del edificio. Fui directa al coche y nada más ponerme frente al volante le escribí a Gaby, informándola de que me dirigía a su piso. Lo siguiente que hice fue arrancar y llamar a Nadia. Los tonos empezaron a sonar envolviendo el interior del vehículo cuando ya estaba en movimiento.

—Hola —respondió rápido—. No hay novedades.

—Sabíamos que sería complicado —dije para animarla.

Nos estábamos refiriendo al viaje en el que nos inscribió. Había pasado una semana y Nadia no tenía respuesta, por lo que dábamos por hecho que habíamos perdido la oportunidad. Al menos yo lo creía y no me paraba a pensar en ello.

—Yaaa… pero me fastidia.

—Teniendo en cuenta las personas que se apuntarían… Era como encontrar una aguja en un pajar.

—Yo soy como un detector de metales, habría dado con ella —dijo como queja y reí.

—Por la hora que es imagino que has comido.

—Sí, hace un rato. ¿Por?

—Acabo de salir de la empresa y voy a recoger a Gaby a su piso. Hace poco que ha terminado el turno en el hotel y le he propuesto comer en mi casa. Compraremos la comida por el camino. ¿Te vienes? Vamos a estrenar la piscina, así pasamos la tarde entre las hamacas y el agua.

—Planazo, os necesito para que me subáis el ánimo.

—¿Te recojo también?

—No te preocupes, tienes que desviarte. Ve a por Gaby y cuando lleguéis a tu casa avísame, para salir para allá.

—Vale, nos vemos dentro de un rato.

La llamada se cortó después de intercambiar varios comentarios rápidos. Circulé por las calles pensando en cómo había ido la semana, el lunes mi hermano me acompañó al banco a última hora de la mañana. Liquidé una parte de la hipoteca de la empresa con el dinero que ganó para mí. Cuando salí del banco poco me faltó para llorar de la emoción y Yael, rio con ganas por mi reacción.

Ya no lo había vuelto a ver, desde que nos despedimos con un abrazo al salir del restaurante al que me invitó a comer para celebrar el movimiento tan bueno que pude hacer gracias a él. Había sido una semana importante, me había quitado un gran peso de encima, aunque aún faltaba para liberarme del todo.

Yael estaba completamente desaparecido desde el martes, el último mensaje que me envió fue diciéndome que había llegado el gran día, por la operación que iba a realizar. No había querido molestarlo, en alguna ocasión vi de cerca el estrés que soportaba, casi sin poder parpadear para mantenerse atento a los cambios que se daban en tiempo real en el mundo por el que se movía, por si tenía que actuar rápido. En cuestión de segundos podía triunfar o fracasar.

Con la idea de llamar a mi hermano al día siguiente, para ver si estaba más relajado el domingo y podíamos vernos, lo aparté de mi mente cuando paré en una zona de carga y descarga en la que a esta hora se podía estacionar. Me bajé del coche para que me diera un poco el aire y me apoyé en el lateral, mirando hacia el portal. Estaba cerca del bloque de Gaby, la vería salir.

El día no podía ser más perfecto para iniciar la temporada de la piscina, la temperatura era asfixiante, pero lo agradecía al haber estado tanto tiempo encerrada. Estábamos sobrellevando las consecuencias de una ola de calor que empezó a notarse el jueves.

Sonreí al ver a mi amiga salir por el portal. Silbé y levanté una mano, cuando miró hacia los lados, buscándome. Al localizarme dio un saltito que me hizo reír y caminó rápido hacia mí, con una mochila colgada de un hombro.

—Hola —me saludó animada y le correspondí de la misma forma.

—¿Qué llevas?

—Hasta el pijama, no voy a salir de tu casa hasta mañana —reímos.

—Como si no tuviera para dejarte —sacudí la cabeza.

—Me ha engordado el culo —dijo divertida.

Fruncí los labios cuando me dio la espalda, para ponerlo en pompa. Solté una carcajada, mientras me burlaba de sus tonterías. Estaba más que perfecta, así que ignoré sus quejas. Abrió la puerta trasera para lanzar la mochila a los asientos y se sentó en el del copiloto.

—¿Qué te apetece comer?

—Algo con langosta, pagas tú —dijo con humor, el mismo que desprendió mi mirada.

—Marchando una de langosta.

—¡¡Era broma!! Como si paras en una hamburguesería para ir más rápidas, me da igual.

—Elige —le pedí insistiendo.

—¿Comida mejicana?

—Me encanta —asentí sonriendo—. Llama al restaurante de siempre para pedir, así cuando lleguemos no esperaremos mucho.

—Vale.

Al arrancar bajé el volumen de la música para facilitarle el hablar y tomé la dirección que estaba a unos diez minutos de mi casa, desde donde nos encontrábamos tardaríamos quince.

—Hecho —dijo al colgar—. Me has escuchado decir la variedad de comida y ya te ruge el estómago —rio.

—Joder, es que será lo primero consistente que coma. Hoy solo he bebido cafés, no me he parado a desayunar.

—Muy mal, pues te toca ración doble de todo.

—Con lo que has pedido va a sobrar para estar comiendo varios días —sonreí de medio lado.

—Es lo que solemos elegir.

—Sí, pero te recuerdo que esta vez somos dos, en vez de tres o cuatro —la miré de reojo—. Da igual, a mí me encanta de un día para el otro, además, ya no tenemos que molestarnos para la cena —me encogí de hombros.

—Bien pensado.

Cuando llegamos a la calle del restaurante tuve la suerte de que un coche salía del estacionamiento. Lo ocupé enseguida, era complicado aparcar y más por la hora que era. Tuvimos que esperar poco para que dejaran nuestras bolsas sobre la barra. Pagué y nos fuimos, por fin hacia mi casa.

En cuanto entramos por la puerta y dejamos las bolsas en la cocina, fuimos a mi habitación para ponernos cómodas. A la mierda el pantalón de vestir y la camisa, los sustituí por un camisón fresco de tirantes que me llegaba hasta medio muslo, parecía un vestido. Gaby se puso un conjunto de pijama de raso, de pantalón corto y camiseta de tirantes.

Preparadas, bajamos la escalera, yendo directas a sacar toda la comida al porche para saciar el hambre. Se estaba perfectamente porque no daba el sol directo, así que nos acomodamos en el sofá acolchado y empezamos a sacar de las bolsas todas las cajas, las que no tardamos en abrir.

Capítulo 9



—Como me meta ahora en la piscina me hundo a plomo —dijo Gaby y reí.

—Quédate mejor en la escalera porque como tenga que bucear para rescatarte, saco por la boca todo lo que he comido —comenté divertida.

—Nos hemos pasado —nos miramos serias por unos segundos y soltamos una carcajada—. Como me preguntes si quiero un café no respondo de mí.

El timbre sonó, pero no me molesté en levantarme para abrir la puerta. Era Nadia, por el tiempo que hacía que le envié el mensaje. Sabía que estábamos en el porche, por lo que no tardaría en aparecer rodeando la casa. Así fue, se bajó las gafas de sol, mientras se acercaba a nosotras, mirándonos divertida.

—Os habéis puesto finas, ¿eh? —habló, soltando la mochila sobre una silla.

—Ya te digo, se me cierran los ojos —dijo Gaby, antes de frotárselos.

—A las dos no os vendría mal una siesta.

Después de darnos besos se sentó enfrente.

—Yo no lo descarto, con lo poco que dormí anoche y con el día de hoy… —solté un suspiro.

—Por mí no hay problema, me apunto a todo —sonrió de medio lado Nadia—. Aunque nos echemos un rato tenemos mucha tarde por delante para disfrutar de la piscina.

—Y noche —añadió Gaby.

—También —estuve de acuerdo.

—Sobre lo del viaje a Finlandia nada, ¿verdad? —le preguntó Gaby.

—No, cariño —respondió Nadia, con una mueca—. ¡Qué mierda! He querido mantener un mínimo de esperanzas, pero… —Negó con la cabeza.

—Joder, la de planes que había hecho con los veinte mil euros —se lamentó Gaby.

—Igualmente no sabíamos si los hubiéramos ganado —me acomodé más en el sofá, hasta que apoyé la cabeza—. ¿Quieres un café? —le pregunté a Nadia.

—No, y si cambio de idea ya me lo preparo yo —me hizo un guiño y sonreí—. Bueno, al menos lo hemos intentado.

—¿Qué tenías en mente hacer con ese dinero? —quise saber, dirigiéndome a Gaby.

—Quitarme algunos de los gastos más fuertes, como el del coche. También habría amortizado lo que pudiese de la hipoteca del piso, pero dejando algo de dinero en el banco, por lo que pudiera pasar. Al menos soñé durante unos días.

Exactamente lo mismo que yo había pensado, me dije.

—Sabes que… —empecé a decir, pero me cortó.

—No —se negó en rotundo—. Son mis gastos, mi responsabilidad. Te lo agradezco, Edmee, infinitamente, al igual que a ti —miró a Nadia que, aunque no se había pronunciado, no hacía falta porque sabíamos cuál era su opinión—. De verdad que sí y me siento muy afortunada por teneros como amigas, a mi lado para todo, pero tengo la suerte de tener un buen empleo y solo es cuestión de tiempo que lo consiga todo, poco a poco —dijo más animada.

—Eres muy cabezota —solté un suspiro.

—Habla la número uno —carraspeó Nadia—. Nos quitas el puesto a las dos.

—No pienso responderte al ataque, estoy muy tranquila y relajada —comenté sonriendo—. Ponte cómoda.

—Eso sí que voy a hacerlo —se levantó para ir a mi habitación.

Entró con la mochila y se perdió en el interior. Cuando bajó al salón nos encontró a Gaby y a mí, estiradas en el sofá en forma de *«*ele*»*. Se estaba de lujo con el aire acondicionado y Nadia se unió a nosotras, tumbándose en la otra parte, con su pijama de verano puesto.

—Estoy más cansada de lo que pensaba —susurró Gaby, tapándose los ojos con el brazo.

—Hace años que perdiste la costumbre de trabajar los sábados —comentó Nadia.

—Hoy ha sido una excepción, pero no veáis lo que me ha costado.

—No te he visto muy decaída cuando me has llamado por videollamada, para que viera en el restaurante a ese Bansy —dije.

—¿Qué? —Nadia abrió los ojos de golpe— ¿Qué ha hecho qué?

—Has oído bien y encima se ha molestado porque no lo he localizado hasta que me ha insistido —fruncí los labios.

—Joder, es que solo a ti se te puede escapar ver a un monumento de hombre como él —bufó Gaby.

—En eso tiene toda la razón.

—Lo que vosotras digáis —sonreí con los ojos cerrados.

—¡Callaros ya! Quiero dormir —nos pidió Gaby.

—Si eres la primera que no puedes dejar de mover los labios —rio con ganas Nadia—. ¿No estabas tan cansada?

—Sí, mucho. Hasta luego.

Se giró para quedar de cara al respaldo del sofá y Nadia y yo nos miramos divertidas. No volvimos a hablar, aprovechamos también para descansar. A mí el sueño me atrapó rápido, no fui consciente de nada más en cuestión de segundos. La siesta me sentó genial, durante la hora y media que tardé en abrir los ojos recuperé las fuerzas.

Giré la cabeza hacia mis amigas. Nadia ya no estaba, Gaby continuaba durmiendo en la misma posición. La casa estaba en completo silencio, así que busqué con la mirada a Nadia, hacia el otro lado de la corredera del salón. La localicé en el jardín tumbada en una hamaca, con el bikini y disfrutando del sol.

Me incorporé despacio y me senté, tomándome unos largos segundos para volver a moverme. Al final lo hice para ir a por el móvil, para ver la hora que era. Una buena, pasaban unos minutos de las cinco y media. Sin hacer ruido subí las escaleras y entré en mi habitación, para ir directa al vestidor.

Me quité el camisón y me coloqué el bikini. Con tres toallas en los brazos bajé a la planta principal y sonreí al ver que Gaby seguía igual. No la desperté, la dejé dormir un poco más. Salí al porche y caminé por el césped, hasta la hamaca de al lado que había ocupado Nadia.

—Hola —dije en tono bajo, por si estaba dormida.

—Hola —me correspondió entreabriendo los párpados—. Tienes mejor cara.

—Así me siento —le confirmé dejando las toallas en una mesa baja.

Me tumbé en la hamaca y cerré los ojos.

—Esto es vida, tenía unas ganas… —susurré.

—Por lo que he escuchado la ola de calor se alargará una semana más —comentó.

—Mientras pueda estar así, estupendo.

—Cógete unos días libres, te ibas a dar un respiro por lo del viaje.

—Sin motivo no puedo.

—¿Qué tal fue el proceso de selección? Hasta ahora no me he acordado de preguntarte.

—Muy bien —giré la cabeza hacia ella—. Al final elegí a una chica y a un chico. Tenían mucho talento, no quería dejarlos escapar.

—Guay —dijo satisfecha—. Una cosa menos que te liberará un poco.

—No te creas, son demasiadas cosas.

—En ocasiones no te envidio.

—¿En otras sí? —hablé con humor.

—Ya me has entendido —rio—. Me refiero a la responsabilidad que llevas sobre los hombros. Trabajas muchas horas y todo recae en ti.

—Muchas menos horas que cuando empecé.

—Solo faltaría —arqueó una ceja—. Con todas las personas que tienes a tu cargo… ¿Quién narices es? Joder que es sábado y por aquí solo recibo cosas de trabajo —dijo molesta.

Alargó el brazo para coger el móvil y se incorporó despacio, hasta que se quedó sentada en la hamaca, con las piernas cruzadas.

—¿Es importante? —le pregunté al cabo de unos segundos, ante su silencio— ¿Nadia? —hice una pausa— ¿Eh? —Me levanté, preocupada— ¿Estás bien?

—Edmee, lee en voz alta lo que pone aquí —se giró de golpe, casi plantándome en la cara la pantalla del teléfono.

—Nos complace anunciarle que su grupo ha sido… ¿seleccionado? —agrandé los ojos, leyéndolo varias veces en inglés— Ay, que me daaa…

—¡Joder, pensaba que me estaba fallando la vista y que me había vuelto loca de remate! —gritó, incorporándose de un salto.

—¡¡Qué nos han elegido!! —igualé su tono de voz.

—¡¡Sí!!

Lanzó el teléfono a la hamaca y nos pusimos a saltar, abrazadas. De los gritos de emoción pasamos a las risas histéricas, normal que Gaby apareciera en el porche, con cara de sueño, mirándonos como si se nos hubiese ido la cabeza.

—¿Qué hacéis? —nos preguntó, desde lejos.

—¡Nos vamos de viaje! —gritó Nadia.

—Vale, mis vecinos se han enterado antes que ella —dije divertida, al ver que Gaby no reaccionaba.

—¿Cómo? —preguntó al fin.

—Nena, que nos largamos a Finlandia. Acabo de recibir un correo electrónico, mira —la animó a acercarse.

Gaby se despertó de golpe. Soltó un pequeño grito y vino corriendo hasta nosotras, para lanzarse a quitarle a Nadia de las manos el móvil que había vuelto a coger.

—La madre que… ¡Qué fuerte! ¿Esto es verdad? —tragó saliva, mirándonos.

—No bromearíamos con algo así —dije, sonriéndole con cariño.

—Me estoy mareando, creo que me voy a desmayar —se tocó la frente.

—No juegues con eso —le pidió preocupada, Nadia.

Yo me acerqué a ella rápido, al detectar que no estaba bromeando. Nadia actuó de la misma forma. Gaby se había mareado de verdad por la impresión y entre las dos la llevamos hasta una hamaca. La sentamos con cuidado y nos pusimos a su lado.

—Nos vamos a Finlandia —tragó saliva.

—Sí —le confirmé, acariciándole la espalda—. ¿Mejor?

—Joder no lo sé, tengo ganas de llorar —giró la cabeza hacia mí, todavía pálida—. ¿En qué fecha salimos?

—No tengo ni idea, no he pasado de la primera línea —rio Nadia.

—Yo tampoco, me he quedado con lo más importante —fruncí los labios.

—Pues yo lo he visto todo borroso, no sé ni para que te he quitado el móvil.

Terminamos la tres riendo, con ganas. Por suerte Gaby se recompuso y pudimos tranquilizarnos en ese sentido. Con respecto al viaje, eso fue imposible, nos pusimos eufóricas y entre las tres conseguimos leer el correo electrónico completo.

«De: Hotel Linna Nuuksio
Para: Nadia Álvarez

Nos complace anunciarle que su grupo ha sido seleccionado para vivir una gran experiencia en nuestro país.

¡Enhorabuena! Vayan preparando las maletas, en unos días volveremos a ponernos en contacto con usted para notificarle todos los detalles que van a necesitar para viajar a Finlandia: las fechas y horas concretas, los vuelos y la ubicación exacta de nuestro hotel.

Estamos encantados de poder contar con ustedes. Sin más, nos mantendremos en contacto».

—¿A que ya no te acuerdas del tal Bansy? —le pregunté a Gaby, divertida.

—¿Quién es ese?

Soltamos una carcajada y estuvimos un buen rato riendo, haciendo bromas.

—¿Allí hablarán inglés? —quiso saber Gaby, como en una nube de felicidad.

—Los idiomas oficiales son el finés y el sueco. La gran mayoría habla el finés, es el que predomina, aunque supongo que en algunas zonas podremos comunicarnos en inglés —dijo Nadia, encogiéndose de hombros.

—¿Y cómo mierda vamos a entenderlos? —jadeó.

—¿Te olvidas de que Edmee domina bastantes idiomas? —Nadia me señaló con un gesto de la cabeza.

—Mal me iría, tengo clientes en muchos países —sonreí—. Estoy segura de que Yael tampoco tendrá problema. Oh, joder —me levanté de golpe de la hamaca—. Tengo que llamarlo, seguro que ya ni se acuerda.

—Asegúrate de que esté sentado cuando le des la noticia —me advirtió Nadia.

Gaby y ella rieron, imaginando el momento.

—Todavía no sabemos la fecha, pero detallan que en unos días volverán a escribir, por lo que seguro que tu hermano no tiene problema —comentó Gaby, dando una palmada.

—Espero que no —sonreí—. Voy a hablar con él.

Me alejé de ellas y entré en la casa, yendo directa hasta el móvil que con los nervios no recordaba dónde lo había dejado.

Aún no me lo creía, me parecía tan increíble que entre millones de personas fuéramos nosotras y mi hermano los seleccionados para disfrutar de la aventura…

Capítulo 10



—Toma.

—Gracias —le sonreí a mi hermano, aceptando la taza de café.

Se había encargado de pedirlos él al ir al baño, adelantándose a que el camarero nos atendiera, y al salir los había recogido. Se sentó frente a mí en la mesa de la terraza de la cafetería y se llevó su taza a los labios, sin dejar de observarme.

Al final el sábado no pude hablar con él cuando lo llamé. A la media hora me envió un mensaje, en el que me decía si todo estaba bien. Le respondí que sí, que no se preocupara, pero que necesitaba contarle una cosa en cuanto pudiera. Su siguiente mensaje fue para decirme que, hasta el domingo, no sabía la hora, no podría estar pendiente de mí, a no ser que fuera algo urgente. Lo dejé estar, tampoco corría prisa porque era lunes y a Nadia todavía no le habían vuelto a escribir un correo electrónico para facilitarle todos los datos. Íbamos con tiempo y preferí no agobiar a Yael.

—¿Qué es tan importante que no podía esperar? Has salido del trabajo a las —miró el reloj de pulsera— nueve y media.

—Tenía ganas de verte, estaba preocupada —respondí y arqueó una ceja —. Es verdad —reí—. Desde el martes pasado has estado tan liado que no has tenido tiempo para nada.

—Edmee… ya sabes cómo es mi profesión. Pero ya está, a partir de ahora los días serán más relajados. ¿Contenta?

—Mucho —le sonreí.

—Ha valido la pena.

—¿Eso quiere decir que…?

—Que en menos de veinticuatro horas tendrás en tu cuenta bancaria tu salvación para cancelar la hipoteca de la empresa —aseguró y solté un jadeo.

—¿En serio? —Agrandé los ojos.

—Claro —sonrió de medio lado.

—Joder —me llevé las manos a la cabeza—. Madre mía, Yael.

—Había que esperar el momento perfecto y ya llegó —me hizo un guiño.

—No sé cómo…

—Ni se te ocurra agradecérmelo porque soy capaz de tumbarte sobre mis piernas y ponerme a darte nalgadas. Piensa bien en la vergüenza que pasarías —soltó una carcajada por el reto que vio en mi expresión.

—Me cuesta asimilarlo —dije pensativa.

—Te lo he hecho alguna vez.

—¡No hablo de eso! —reí— ¡Qué el edificio vaya a ser mío! —bajé el tono de voz— ¿Sabes de la carga que me has liberado? —me mordí el labio inferior.

—Completamente tuyo, sí, y yo mejor que nadie lo sé. Otro día para celebrarlo cuando salgamos del banco, pero esta vez me invitas tú a comer —me hizo un guiño.

—Por supuesto, a lo que quieras. ¿Tú también te has beneficiado?

—Sí y de la operación anterior también. ¿Lo dudabas?

—Yo qué sé —me di aire con las manos, con un sofoco impresionante por las noticias.

La suya era muchísimo más increíble que la mía, aunque en ciertos aspectos no podían compararse porque viajar y disfrutar junto a mi hermano y mis amigas estaba por encima del dinero.

—Te sobrará un buen capital una vez liquides el préstamo, en cuanto llegue a casa te lo transfiero todo.

—Yael… —me dejó sin palabras.

—Edmee, llevas toda la vida trabajando muy duro, no te imaginas lo que llegué a pensar en algunos momentos. Creía que caerías enferma, los primeros años fueron demasiado intensos, no remontabas con la salud, pero los soportaste por la pasión que le ponías a tu trabajo, la que continúas sintiendo.

»Tu dedicación, constancia y profesionalidad dieron sus frutos y no puedo estar más orgulloso de todo lo que has conseguido por ti misma. Has creado un imperio que sigue creciendo y gracias a la habilidad que tengo he podido aportar mi granito de arena para ayudarte, para que te sientas más ligera sin la presión constante de tener que pagar una cantidad desorbitada cada mes. El mayor regalo que puedes hacerme es cómo te veo ahora mismo.

—¿Granito? —sacudí la cabeza, emocionada por sus palabras.

—Granazo suena muy mal —reímos.

—Tú me ayudaste mucho, sino hubieses estado a mi lado en cada paso que di…

—Y seguiré haciéndolo y estando —dijo serio—. Eres lo más importante que tengo en la vida.

—Lo sé, al igual que tú sabes que es recíproco —me sonrió con cariño.

—Bueno, después de darte esta alegría y de que los dos tengamos una locura de dinero en el banco, cuéntame.

—El sábado tuve que trabajar hasta mediodía, cuando salí fui a buscar a Gaby y comimos en mi casa. Nadia llegó un poco más tarde, se quedaron conmigo hasta el domingo después de comer.

—Bien, ¿no?

—Sí —le sonreí—. El caso es que nos llevamos una gran sorpresa —Frunció ligeramente el ceño.

—¿Buena?

—Nadia recibió el correo electrónico que todos esperábamos, incluido tú.

—Creo que los números me han fundido casi todas las neuronas porque no te sigo —reí.

—Nos han elegido, ¡nos vamos a Finlandia!

—No jodas —apoyó los brazos en la mesa.

—Y más perfecto no puede ser el momento. Has dicho que durante un tiempo estarás tranquilo en el trabajo y yo me iré con la hipoteca liquidada y planeando muchas cosas para cuando regrese.

—Ya ni me acordaba, he estado tan concentrado que… Daba por hecho que era imposible que nos seleccionaran.

—Yo pensaba lo mismo, pero ya ves… —Me encogí de hombros— Tienes que preparar el equipaje.

—¿Para cuándo?

—Aún no lo sabemos, en el correo del sábado detallaban que en unos días Nadia recibiría otro con los datos de las fechas, los vuelos y la ubicación del hotel. Estará al caer.

—¿Tú ya lo has preparado?

—El domingo, me ayudaron las chicas —sonreí de forma exagerada y soltó una carcajada.

—Joder, nos va a venir de lujo esa desconexión —se frotó la barbilla—. Fíjate si lo daba por perdido que había pensado en proponerte hacer uno por nuestra cuenta, incluyendo a las chicas.

—Te quiero —alargué el brazo por encima de la mesa y le agarré la mano, en la que me dio un apretón. Con ese gesto y con su mirada me ofreció la respuesta silenciosa que igualaba a mis palabras—. Nos lo vamos a pasar genial, en cuanto he llegado a mi despacho he empezado a coordinar todo el trabajo, en un par de días más podré irme tranquila.

—Tienes a tu cargo a los mejores profesionales y besan el suelo por el que pisas.

—Con lo último te has pasado —fruncí los labios.

—¿Lo comprobamos? No me cuesta nada ir a tu empresa y empezar a hacer preguntas.

—¡Ni se te ocurra! —Lo señalé, soltándolo.

—Pues acepta la realidad y los cumplidos —sonrió con picardía porque no dudaría en hacerlo.

—Estoy muy emocionada con todo —cogí la taza con las dos manos.

—No sabes cómo me alegro. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre y lo pasamos juntos? Lo poco que tengo que hacer puedo dejarlo para el final de la tarde, y hasta que Nadia reciba el correo, aunque sea hoy, habrá un margen de varios días hasta que nos vayamos. Podemos cerrar lo del dinero e ir al banco dentro de un rato, y después celebrarlo en mi casa.

—Me has pedido que te invite a comer —dije divertida.

—Así es mejor, me vas a preparar la comida —reí.

No se lo creía ni él, no porque no pudiera hacerlo, se la haría sin que me lo pidiera, pero sabía que no iba a permitir que me pusiera a cocinar. Sus planes eran los que había dicho y una vez en su casa, estar tranquilos y relajados. También tenía piscina, la vivienda de mi hermano era unos metros cuadrados más grande que la mía, pero ambas ofrecían lo mismo.

—Me has convencido —asentí—. Acompáñame a la empresa, hago un par de cosas, lo dejo todo recogido y nos vamos.

—Perfecto, mientras te entretienes con eso yo te transfiero el dinero.

—Hoy me emborracho —le advertí.

—Ya me estoy arrepintiendo —dijo serio y después soltamos una carcajada.

Nos tomamos el café sin prisa, disfrutando de nuestra compañía. Eso sí, con un poco de agobio por el calor que hacía, pero lo soportaríamos hasta que estuviéramos en la piscina. Me encantaba hacer planes con Yael, necesitábamos tan poco para ser felices, aunque hoy era una excepción, por lo de poco, refiriéndome al dinero.

Aún no era realmente consciente de la cantidad que me había hecho ganar, pero solo sabiendo lo que quedaba de la hipoteca de la empresa, y si encima me iba a sobrar un buen capital… No solo a mí, a él también y no podía estar más orgullosa de mi hermano.

—Tienes que guiarme en una cosa que quiero hacer —le dije.

—¿De qué se trata?

—Es sobre Gaby, quiero liquidarle el préstamo del coche y la hipoteca del piso —dije convencida.

Los labios de mi hermano se curvaron en una sonrisa cómplice.

—Vamos a medias —me propuso y le devolví el gesto.

—¿Estás seguro?

—¿En serio me preguntas eso? ¿En qué momento digo algo de lo que no esté convencido? —Arqueó una ceja— ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Todavía no, cuando volvamos del viaje. Los veinte mil euros que gane del premio no los va a gastar en lo que tiene pensado. ¡Por qué vamos a ser

los vencedores! —levanté los puños en alto, provocando que riera.

—Brindo por eso —levantó su taza y la choqué con la mía.

Bebimos para que se hiciera realidad, no por el dinero, lógicamente, sino porque ambos éramos muy competitivos y una vez que se nos metía una idea en la cabeza no parábamos hasta conseguir nuestro propósito.

A ver cómo se nos daría, estaba por ver cuáles serían las dichosas pruebas o los juegos que nos tenían preparados. Saliera como saliera la experiencia, estaba claro que nos íbamos a divertir y era lo que más valor tenía.

Tal y como habíamos hablado, de la cafetería nos fuimos caminando directamente a mi empresa. Estábamos a dos calles de distancia, mi hermano se había desplazado para venir a verme.

Mientras yo enviaba varios correos a los diferentes departamentos, Yael, me transfirió el dinero. El siguiente lugar imprescindible al que nos dirigimos fue al banco y en esta ocasión, sí, lloré, no pude contener las lágrimas cuando salimos por la puerta con la hipoteca liquidada. Las emociones eran muchas, por las que mi hermano me abrazó con fuerza y no hizo ningún comentario para frenarme. Dejó que me desahogara como necesitaba y cuando me calmé, nos separamos para ir cada uno hasta su coche.

Volví a pedirle que tuviese cuidado, como tantas veces hacía. Nos íbamos a ver en mi casa, los dos nos dirigimos hacia allí para movernos en un solo vehículo, en el suyo, y para que yo cogiera el bikini y lo que necesitara llevarme a su casa.

El tic tac del reloj empezó a sonar en mi cabeza, sabía que en cualquier momento Nadia me daría otra sorpresa, al haber recibido el correo electrónico. El viaje y la aventura ya estaban confirmados, pero hasta que no viera los billetes de avión con nuestros nombres no me parecería real.

Al llegar a la vivienda de Yael nos pusimos los trajes de baño y nos sentamos en la terraza que daba a la parte del jardín donde estaba la piscina. Nos tomamos dos cervezas bien frías, antes de meternos en el agua. Todavía era pronto para pedir la comida.

—¿Sabes algo de Sandra? —le pregunté, apoyada en el poyete.

—Llevo días desconectado de todo —negó.

—¿Y te apetece verla? —Me miró de reojo.

—¿Qué quieres saber exactamente? ¿Si tengo ganas de verla para acostarme con ella, o si la he echado de menos y me he dado cuenta de que es el amor de mi vida?

Hice una mueca por el tono de humor de sus palabras.

—Lo mismo habías cambiado de opinión —me encogí de hombros.

—Te dije lo que había entre nosotros y no va a cambiar. Para saciar tu curiosidad, no me he acordado de ella, aunque no me negaría a repetir lo de la vez anterior.

—No somos afortunados en el amor —solté un suspiro.

—Tengo todo el amor que quiero y necesito —nadó hasta colocarse a mi lado—. ¿Y tú? ¿Hay alguien de quién tengas que hablarme? Ya que has sacado el tema…

—No —reí porque cuando me observaba de esa forma…—. Papá y mamá estarían muy orgullosos de nosotros —susurré apoyando la cabeza en los brazos, con las piernas flotando en el agua.

—No lo dudes nunca, ni en nuestros peores momentos podríamos decepcionarlos —me dio un beso en la mejilla y sonreí, cerrando los ojos.

—Pienso mucho en ellos —murmuré.

—Lo sé, cariño, no hace falta que me lo digas. Yo también, siempre nos acompañarán desde donde estén.

—¿Crees que…?

—Solo creo en lo que siento, aunque no pueda verlo. ¿Otra cerveza?

—Sí a todo.

Me sonrió antes de impulsarse para salir del agua. Lo seguí con la vista, hasta que me giré para quedarme mirando hacia arriba, con la cabeza apoyada en el poyete, mientras disfrutaba de la paz que había.

Capítulo 11



—Por fin —dijo emocionada, Gaby.

—Todavía no nos hemos movido, la puerta está abierta —dije, conteniendo la risa.

Parecía que tenía un muelle en el trasero, no paraba de dar saltitos y de inclinarse sobre Nadia en el asiento del avión. Las dos iban delante de mi hermano y de mí, todavía estaban entrando las personas y no podía quedarse quieta.

—Lo próximo una tila, como te vea con otro café… —comentó Nadia.

—¿Me has visto cara de grillo? No me gustan las hierbas —se quejó bufando y reímos—. Tenéis muy poco aguante, no os veo muy emocionados ahora que ya es un hecho —se quejó.

Así era, días atrás Nadia recibió el correo electrónico que estábamos esperando, en el que le detallaron todo lo importante y necesario, donde incluyeron los billetes de avión para los cuatro.

Era viernes, las nueve y media de la mañana, y a todos nos costaba controlar el entusiasmo, pero a Gaby se le empezaron a desbordar los nervios la noche anterior.

Teníamos por delante casi cuatro horas y media de vuelo, tiempo suficiente para que termináramos peor o para que consiguiéramos tranquilizarnos un poco. Giré la cabeza hacia Yael, estaba leyendo las noticias en el teléfono.

—¿Algo interesante? —le pregunté.

—La mayoría son deprimentes —lo bloqueó.

—Es que lo único bueno es lo que nos ha traído hasta aquí —sonreí.

—¡Ya empieza! —dijo en voz alta Gaby, cuando cerraron la puerta, como si estuviésemos en una atracción de feria.

Riendo, mi hermano se inclinó hacia delante y la agarró de los hombros, para que se estuviese quieta.

—Me vas a dar el viaje —se lamentó Nadia.

—Eres la menos indicada para hablar, te vas a dormir en cuanto despeguemos.

—Y menos mal porque si no, no llego a Finlandia —rio Nadia.

Nos quedamos callados cuando la azafata se colocó en el pasillo y empezó a dar las indicaciones e instrucciones por si había alguna emergencia durante el vuelo. El avión empezó a moverse despacio y puse mi atención en la ventanilla. Me sabía de memoria todo lo que explicaba la azafata, había viajado mucho en este transporte.

Me acomodé y apoyé la cabeza en el respaldo. Sonreí cuando los motores sonaron a máxima potencia y la aceleración nos pegó a los asientos, para dejar de tocar tierra firme. Ahora sí, me dije, viendo cómo cada vez nos alejábamos más de la pista.

Fue un trayecto muy bueno, al final Gaby se relajó viendo una película y después dio una cabezada. Lo que anticipó con Nadia sucedió a los pocos minutos de iniciar el viaje, yo no pude cerrar los ojos, me serví del hombro de Yael para ir cambiado de postura, mientras leía en el libro electrónico. Llegamos sin retraso al aeropuerto de Helsinki-Vantaa, aterrizando en Finlandia a la hora prevista.

—Vacaciones, vacaciones… —Gaby, iba cantando una canción improvisada, mientras caminábamos hacia la zona de recogida de equipaje.

Los cuatro cargábamos con una de tamaño mediano, en las que habíamos metido un poco de todo. Por lo que estuvimos informándonos hacía buen tiempo durante las horas de sol, sin llegar a aproximarse al agobio del que nos habíamos alejado. Por las noches refrescaba, aunque teniendo en cuenta que estaríamos en el corazón del Parque Nacional de Nuuksio, estaba por ver las temperaturas que haría. Yo no había escatimado en meter ropa, hasta tuve que cerrar la maleta con ayuda de mi peso.

En cuanto cogimos las maletas nos dirigimos hacia la salida. Al traspasar la puerta de llegada buscamos con la mirada a alguien que llevara un cartel o algo identificativo con el nombre de Nadia. En la información que le detallaron a mi amiga le informaban de que nos venían a recoger, para llevarnos al punto de encuentro donde cabía la posibilidad de coincidir con algunas de las personas con las que estaríamos de vacaciones durante las dos semanas. Imaginaba que, dependiendo de los países de orígenes, el grupo de veinte personas estaría completo al finalizar el día.

Localizamos a un hombre de mediana edad, después de apartarnos de la gente que esperaba a sus seres queridos. El hombre mantenía en alto una hoja y en ella se leía perfectamente el nombre de Nadia, por lo que caminamos hasta él.

—¿Nadia? —preguntó y ella asintió, sonriente— Bienvenidos a Finlandia —nos recibió hablando en uno de los idiomas oficiales del país, el finés.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó entre susurros Gaby, tirándome de la camiseta.

—Nos ha dado la bienvenida —le respondí divertida—. Gracias —me dirigí al hombre, agradecimiento que repitieron Yael y Nadia. Ella intentó imitar las palabras y el tono de voz de mi hermano.

—Encantada —dijo Gaby en español, muy animada, sin importarle el pequeño detalle del idioma. Él le sonrió.

—¿Ha ido bien el vuelo? —se interesó amablemente y se lo afirmamos.

Gaby pasaba la miraba de unos a otros, intrigada, pero feliz. Ya la pondríamos al día cuando estuviéramos de camino al lugar.

—Mi nombre es Aleski.

—Ellas son Edmee, Gaby y Nadia —nos presentó mi hermano, señalándonos conforme nos mencionaba—. Yo me llamo Yael.

Nos dimos las manos y tirando de las maletas, seguimos a un sonriente Aleski cuando nos pidió que lo hiciéramos. Salimos de la terminal para ir directos hasta su coche, en el que nos montamos después de que lo ayudáramos a meter los equipajes en el maletero.

Por lo que nos comentó Aleski, el recorrido tenía una duración de media hora. La persona encargada de llevarnos hasta el hotel nos esperaba en el lugar al que íbamos y una vez que nos encontráramos con él, aún faltarían otros diez minutos más para dar el viaje por concluido.

Entre Yael y yo, fuimos traduciéndoles a Nadia y a Gaby toda la conversación, mientras observábamos por las ventanillas las calles por las que pasábamos. Con cada imagen que se presentaba ante nosotros nos

quedábamos embobados, incluso cuando Aleski se desvió y se alejó del límite de la ciudad, para adentrarse cada vez más en las zonas arboladas cubiertas de vegetación.

Era un espectáculo para la vista, en el que nos faltó por ver el centro de Helsinki. Algo que ya sabía porque me había informado, era que en este país los vehículos particulares no eran el transporte principal, aunque los habitantes los tuvieran. Se trataba de un país muy limpio, en referencia a la contaminación.

La mayoría de la gente optaba por desplazarse a pie, en bicicletas urbanas, en tranvía, en metro, en autobús, en trenes, e incluso en patinetes que fueron una sensación en su momento. Estos últimos era casi imposible no verlos por toda la ciudad, al igual que las bicicletas. Sobra decir que a la población le encantaba caminar, por eso existían muchas rutas para disfrutar de la experiencia.

Finlandia cuenta con numerosos entrantes y salientes: cabos, golfos, penínsulas, bahías, archipiélagos costeros y estrechos canales de navegación. La costa finlandesa está dominada por la presencia del mar y por ese motivo muchos de sus habitantes disponen de embarcaciones propias para disfrutar del entorno, también hay mucha movilidad utilizando los ferris.

El país tiene más de 175.000 islas y el archipiélago más grande de Europa en la costa de Turku, incluyendo las islas de Alandia. Turku es la ciudad más antigua de Finlandia y una de las más extensas del país.

—Qué bonito —susurró Nadia, sin apartar la vista del paisaje.

Miré hacia delante, al asiento del copiloto en el que estaba sentado mi hermano. Sonreí satisfecha porque su expresión lo decía todo. Cuando nuestro conductor se desvió de la carretera principal, para acceder a una secundaria, nos adentramos en una zona boscosa. Faltaba muy poco para

poder bajarnos del coche, todos lo estábamos deseando. El hotel estaba cada vez más cerca e íbamos a ser de las primeras personas en estrenarlo.

—Hemos llegado —nos informó Aleski, antes de abrir la puerta del conductor.

Nos encontrábamos al final de la carretera, literalmente porque se había terminado. Entre árboles frondosos, rodeados de varias tonalidades de verdes y de los olores característicos de la naturaleza, me bajé y recorrí la zona con la vista. Por el momento no había nadie más, éramos los únicos. Cogí varias bocanadas de aire, disfrutando de la sensación de bienestar, paz y armonía que se respiraba y transmitía. Me dirigí hacia el maletero, donde Yael ayudaba a Aleski a sacar nuestras maletas.

—Espero que os guste lo que habéis visto hasta ahora —habló Aleski y asentimos sonrientes. Gaby y Nadia se dejaron llevar por mi hermano y por mí, imitándonos—. El paisaje que nos ha acompañado desde que nos desviamos de la carretera principal, al igual que este, es una mínima parte. Estamos rodeados de numerosos bosques antiguos, acantilados y precipicios, arroyos, pantanos, lagos, lagunas y estanques.

»El parque cuenta con varias zonas de acampada, refugios para cocinar y lugares de descanso. Según os adentréis y lo descubráis os iréis encontrando con pequeños senderos que recorren toda la extensión, desde los que se pueden realizar diferentes actividades.

»El transporte público llega hasta aquí, hay diferentes puntos facilitando el acceso desde varias direcciones. Son cientos de miles los visitantes que acuden al año, lo más normal es que coincidáis con las personas que vienen a pasar el día, como también con los excursionistas que se quedan a descubrir el parque.

Cuando Aleski hizo una pausa y respondió a varias preguntas de Yael, les conté a Gaby y a Nadia lo que había dicho. Justo cuando terminé de hablar nos giramos hacia la izquierda, al escuchar ruido. Un todoterreno de grandes dimensiones se acercaba despacio, por lo que suponía que era un

camino porque no se distinguía como tal. El chófer paró a unos metros de distancia de nosotros y se bajó, para acercarse.

—Hola, bienvenidos —nos saludó mirándonos a todos—. Mi nombre es Jaakko —nos ofreció la mano y se la aceptamos—. Yo me encargo de todo —dijo refiriéndose a las maletas, cuando las agarramos para cargar cada uno con la suya—. Estaréis deseando llegar para descansar un poco. Gracias, Aleski —colocó una mano sobre su hombro.

Los dos intercambiaron unas palabras amistosas y mientras nos despedíamos de Aleski, Jaakko llevó nuestras maletas al todoterreno. Cuando el coche que nos había traído hasta aquí se alejó, caminamos hacia el nuevo transporte, donde Jaakko nos esperaba frente al volante.

—Perdonad mis modales. He hablado como habitualmente, sin saber si alguno de los cuatro conoce el idioma del país —comentó cambiando al inglés, cuando se puso en movimiento—. ¿Me entendéis? —preguntó con un tono divertido.

—Ahora síii… —soltó Gaby, tan emocionada como si le hubiese hecho un gran regalo.

Reímos por su ímpetu y Jaakko interpretó cómo tenía que comunicarse con el grupo para que lo entendiéramos. Yael y yo no lo sacamos del pequeñito error, por nuestras amigas nos venía bien que se dirigiera a nosotros en inglés.

—Lamento si os habéis sentido un poco perdidos con Aleski, él no tiene la facilidad de variar con el idioma —comentó Jaakko, disculpándolo.

—No pasa nada —le quité rápido importancia—. Ha sido muy amable y simpático.

—Sí, es todo sonrisas y buen carácter —asintió sonriendo él—. Sé vuestros nombres —dio varios golpecitos con un dedo en un papel doblado —, pero no a quién de vosotras pertenece. Contigo no tengo problema —Yael rio al dirigirse a él—. Nos veremos por el hotel y me gustaría empezar a familiarizarme con vosotros.

Para aclararle quiénes éramos cada una fuimos diciendo nuestros nombres, con asentimientos de Jaakko.

—Estupendo —hizo una pausa—. El Parque Nacional de Nuuksio es uno de los treinta y cinco parques nacionales de Finlandia, el más cercano a la ciudad de Helsinki. Se extiende por los municipios de Espoo, Kirkkonummi y Vihti. Fue establecido en 1994, cubriendo una superficie de cuarenta y cinco kilómetros cuadrados de terrenos marcados por lagos pequeños, considerando las dimensiones de otros.

»Aquí hay cerca de ciento cincuenta, entre lagos y lagunas. Estoy seguro de que cuando veáis algunos os sorprenderá que me haya referido a ellos como pequeños. Este parque es una meseta rocosa rodeada de agua, de vibrantes praderas, valles y estanques, zonas de acampada y también se encuentran cuevas. Acoge a numerosas especies que prosperan en sus bosques primarios, lo que es lo mismo que decir bosques vírgenes que permanecen prácticamente intactos con el paso del tiempo por la intervención humana.

»Es un lugar fascinante para explorar y el hotel al que vais es una excepción, único, porque se complementa perfectamente con el entorno y el ecosistema, como os daréis cuenta. Está muy cerca de uno de los lagos y las características de la zona propiciaba a que aprobaran su construcción ecológica, verde y sostenible, con la que se ha respetado el medioambiente utilizando los recursos naturales de forma eficiente.

»No dudo que será un punto clave para los turistas y para los habitantes del país, por las llamativas oportunidades que ofrece a sus clientes, u ofrecerá. Vosotros tenéis la gran suerte de ser los primeros, literalmente, porque las dieciséis personas que os acompañarán en esta experiencia tienen previstas las llegadas durante la tarde, en diferentes horarios.

—Joder, un hotel para nosotros solos durante unas horas —silbó Nadia.

—Sí —sonrió con picardía Jaakko—. Los horarios de las comidas y todos los detalles que necesitáis saber del hotel los encontraréis en vuestras habitaciones. A partir de esta noche se cenará a la hora habitual, pero ahora os están esperando en el comedor.

Era de agradecer porque pasaban unos minutos de las dos de la tarde y estábamos hambrientos.

Capítulo 12

—Joderrr… ¡Qué pasada! —jadeó Nadia.

Por fin habíamos llegado y estaba totalmente de acuerdo con ella. Nos encontrábamos frente al hotel, a unos metros de distancia de la entrada principal, con las maletas a los lados. Jaakko se había despedido de nosotros y había desaparecido por un lateral con el todoterreno. Antes de dejarnos solos nos invitó a entrar, nos esperaban como ya nos adelantó.

—Es increíble —comentó Gaby observándolo, al igual que los alrededores.

La construcción se integraba con la naturaleza, incluso los colores, hasta los más mínimos detalles combinaban perfectamente con las tonalidades del bosque. Tenía tres plantas de altura y ocupaba bastante terreno, pero, a pesar de su tamaño, no daba la impresión de excesivo. Se veía muy moderno, pero al mismo tiempo con toques clásicos característicos de los alojamientos de montaña. Era como una cabaña de madera enorme.

Todo lo que lo rodeaba era vegetación y algunas copas de los árboles, las de los más bajos y próximos, parecían descansar su peso sobre el tejado. El conjunto era un regalo para la vista y para los sentidos, un espectáculo en medio del entorno en el que nos encontrábamos.

A unos metros de distancia, hacia los lados, había otras pequeñas construcciones que no tenía ni idea de lo que escondían. En otro momento,

me dije.

—No perdamos mucho tiempo, para no retrasarnos más —comenté, porque nos estaban esperando para servirnos la comida fuera del horario—. Después lo vemos todo bien.

—Tengo un hambre… —bufó Gaby.

—La sensación es rara —dijo Yael.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque seremos los únicos, junto al personal, hasta que vayan llegando los demás —me aclaró.

—Como si estuviéramos en nuestras casas —rio Nadia.

Tiramos de las maletas, caminando hacia la entrada, la que por cierto era preciosa. Había maceteros grandes con pequeños árboles y una enredadera cubría todo el marco de la puerta, en la que destacaban pequeñas flores de color blanco.

Accedimos a un vestíbulo muy espacioso y nos dirigimos hacia el mostrador de la recepción que estaba hacia un lateral. No había nadie, pero no tardó en aparecer una chica.

—Hola, bienvenidos —nos recibió comunicándose en inglés—. He hablado con Jaakko, me ha dicho que no conocéis nuestro idioma natal —asentimos, sonrientes—. Mi nombre es Lumi.

Le correspondimos dándoles las gracias y diciéndole que estábamos encantados de conocerla y de estar en el hotel, como también nos presentamos. Lumi nos comentó que lo tenía todo preparado, por la

documentación que enviamos cuando nos inscribimos, por lo que solo tuvo que darnos las llaves de las habitaciones.

Lógicamente, con el hotel vacío de huéspedes y con las pocas personas que lo íbamos a ocupar, nos tocó una habitación para cada uno.

—Muchas gracias —le dije cuando me dio la mía.

—No os preocupéis por el equipaje, os los encontraréis en las habitaciones. El comedor donde os servirán la comida no tiene pérdida, está al fondo en la última puerta —señaló hacia delante.

Se lo agradecimos de nuevo y dejamos las maletas con ella, antes de dirigirnos donde nos había indicado. El comedor era grande, todas las mesas estaban cubiertas por manteles y un centro floral, pero solo una estaba preparada para utilizarla. Hacia ella caminamos, admirando todo el espacio.

Las vitrinas donde se presentaba la comida estaban vacías y mientras nos preguntábamos si teníamos que buscar a alguien para que supieran que habíamos llegado, apareció un hombre que se acercó a nosotros.

—Bienvenidos al hotel Linna Nuuksio —lo saludamos y le dimos las gracias—. Hemos preparado tres primeros y segundos, para que pudiesen elegir. Las siguientes veces será diferente, habrá una gran variedad de comida en las vitrinas.

—Está perfecto —comento Yael.

—¿Qué le apetece beber?

—¿Una copa de vino para celebrar el día? —nos preguntó Nadia y todos estuvimos de acuerdo.

—Enseguida se las sirven y regreso con una pequeña muestra de la comida, para que elijan la que más les apetezca.

El servicio era inmejorable, fue lo que pensé cuando el hombre se alejó. Otro salió de la misma puerta, a los pocos segundos, con una jarra de vino. Cuando nos llenó las copas la dejó a un lado.

Todos probamos de las pequeñas tapas que sacó el primer hombre y nos decantamos por las que más nos gustaron, aunque debo decir que a mí me costó decidirme porque tenían una pinta exquisita y todos los sabores me encantaron.

—Ahora sí que podemos decir: por el inicio de unas vacaciones impresionantes —comentó Gaby, levantando su copa.

—Lo vamos a pasar genial —añadió Nadia, mientras brindábamos los cuatro.

—Solo con esto me conformo —dije después de soltar un pequeño jadeo al tragar el primer sorbo de vino.

—Mierda, es peor que la sangría —se sorprendió Gaby.

—Entra solo, sí —rio Yael—. Con calma hasta que empecemos a comer.

¿Le hicimos caso? Pues no. Lo ignoramos completamente porque todo favorecía a beber sin ninguna preocupación. No fuimos las únicas, mi hermano bebió a nuestro ritmo, pero con la gran suerte de que tenía mucha más resistencia que mis amigas y yo.

Solos en el salón, con la mesa llena de platos, comimos tranquilos y relajados, entre comentarios divertidos que fueron aumentado conforme rellenábamos las copas. Todo nos sentó de lujo y al terminar y despedirnos el chico que recogía la mesa, salimos cogidos de los brazos.

—El hombre duro ha caído —dije riendo, al ver a Yael apretándose a mi costado.

—El primer día y ya me habéis liado, si es que no puede ser… —Sacudió la cabeza— Acabamos de empezar, no quiero pensar en cómo terminaremos.

—Más vale que no lo hagas, mejor disfruta y olvídate de todo —comentó risueña Gaby.

—A mí no me soltéis hasta que lleguemos a la puerta de mi habitación —nos pidió Nadia.

Afectados por el alcohol, conseguimos no tambalearnos mucho mientras nos diríamos al ascensor. Las escaleras las descartamos al instante, no estábamos en condiciones de aventurarnos más por hoy. Subimos a la primera planta, donde teníamos las habitaciones y donde Yael nos guio hacia el lateral en el que indicaba que estaban nuestros números.

Las cuatro eran contiguas y nos separamos hasta más tarde. En cuanto entré a la mía ni me fijé en cómo era, ni si ya habían traído la maleta, fui directa hacia la cama y me dejé caer, con bolso incluido. Me reí sola cuando reboté, lo que me mareó más de lo que me encontraba. Di con la almohada por algún lado de la cama enorme y me abracé a ella, soltando un suspiro.

Entre que la noche anterior dormí muy poco, y las horas pesadas y cansadas de la espera en el aeropuerto, el vuelo y el trayecto hasta llegar al hotel, sumándole que tenía el estómago lleno y que el vino había hecho un efecto sedante en mi cuerpo, los ojos se me cerraron rápidamente y el sueño me atrapó sin darme cuenta.

✣ ✣ ✣

Me senté en la cama para ponerme las deportivas. Acababa de darme una ducha, una muy necesaria para espabilarme. Me había despertado aturdida y con la cabeza embotada. Aún me sentía un poco mareada, pero ni punto de comparación con hacía unas horas.

Me incorporé y cogí el móvil, comprobando que habían pasado dos. Eran casi las seis de la tarde y ninguna de mis amigas ni mi hermano habían picado a mi puerta para despertarme. Di por hecho que todavía continuaban descansando o que se estaban duchando.

Había elegido una falda vaquera corta y una camiseta de tirantes anchos que se me adaptaba al cuerpo, todo podía ser que tuviese que volver a la habitación a por una chaqueta de punto, pero por el momento no la cogí porque había mucha luz natural en el exterior. Sí, aunque no la vi cuando entré, al poco de abrir los ojos localicé la maleta en un lateral.

La estancia era espaciosa y estaba decorada con mucho gusto y mimo. No faltaba ningún detalle, al igual que en el baño. En cuanto lo vi tuve un flechazo con la bañera, era amplia y se podía convertir en un pequeño yacusi.

Salí de la habitación al pasillo. Todo estaba en silencio, por lo que lo recorrí para salir al aire libre. La zona me había enamorado y estaba deseando descubrir lo que ofrecía donde estábamos. No encontré a nadie en el camino, ni siquiera en la recepción cuando llegué al vestíbulo. Fui hacia la puerta principal y una sonrisa apareció en mis labios en cuanto puse los pies fuera del hotel.

—Es una maravilla… —susurré.

Bajé los pocos escalones que había hasta la hierba y giré hacia la derecha. Antes de que nos bajáramos del todoterreno, Jaakko señaló en esta dirección cuando mencionó dónde se encontraba el lago. Hacia él me dirigí, con una calma total a mi alrededor. Durante unos minutos, no muchos, me adentré en el bosque y sorteé árboles y vegetación, hasta que llegué a la última hilera de árboles. Apoyé una mano en uno, sonriendo, y solté un suspiro al ver el lago que apareció ante mis ojos.

Pues no, no era nada pequeño, al menos el que tenía delante. El agua brillaba por el reflejo del sol, era un espectáculo para la vista y transmitía tanto…

—¡Joder! —grité con fuerza y me agaché rápido, quedándome de cuclillas de golpe— ¡Mierda! ¿Qué era? —pregunté a la nada, sin atreverme a levantar la cabeza.

—Eso se puede considerar contaminación acústica en un lugar como este.

Me sobresalté al escuchar una voz que no reconocí, una que sonó bastante cerca de mí.

—¿Qué…? —hablé mirando hacia el lago.

—Tus gritos —me aclaró.

Giré la cabeza hacia la izquierda, es lo único que moví. Me mantuve agachada, encontrándome con un hombre al que parecía que había molestado al interrumpir su momento de tranquilidad. Con la espalda apoyada en un árbol y la vista al frente, lanzaba al aire una piedra con la mano, para repetir el movimiento cada vez que le tocaba la palma en la caída.

Me miró de reojo, mientras me levantaba despacio. No pude evitarlo y mis ojos se fueron hacia arriba, a las copas de los árboles. Lo que me había asustado podía estar en cualquier lado, lo que por cierto me había parecido…

—¿Aquí hay murciélagos?

Era la impresión que me había dado lo que pasó volando por encima de mi cabeza.

—¿En serio? ¿Murciélagos? —su tono de voz fue de incredulidad.

Sentí vergüenza porque no podía ser, ¿verdad? Pero la carcajada que soltó de repente sustituyó mi vergüenza por rabia.

—¿Te estás riendo de mí? —lo encaré.

¿Sería algún trabajador del hotel? ¿O quizás alguno de los huéspedes, de los dieciséis que tenían que llegar? Según la información de Jaakko aparecerían a diferentes horas de la tarde, y por la que era… No tenía ni idea, pero el detalle de que se hubiese dirigido a mí en inglés desde el principio podía darme la respuesta.

Era mucho suponer, aunque tampoco me interesaba saberlo, y menos por cómo me miraba fijamente en este momento. Había girado la cabeza hacia mí, ya no lanzaba la piedra.

—Tu pregunta ha sido un poco ridícula —dijo y entrecerré los ojos.

—El ridículo eres tú, en estos bosques es perfectamente viable que vivan murciélagos.

—Eres incapaz de distinguir una ardilla voladora de un murciélago, lo que me lleva a pensar que no vas a aguantar mucho tiempo aquí y que eres de ciudad —arqueó una ceja.

—Entiendo, eres de los que atacan primero. Sigue creyéndolo, cuando veas que mi equipo es el vencedor se te borrará esa sonrisa absurda de la cara.

No sé porque me mostré tan competitiva, ni porque me puse a su nivel con el comentario, pero no pude evitarlo.

Capítulo 13



Kaarle

Mi sonrisa se amplió al escucharla, mientras una vocecilla interna me repetía, una y otra vez, que iban a ser unos días muy interesantes. Recorrí con la vista su figura, poniéndola más nerviosa.

—¿Qué miras?

Me hizo gracia su indignación, pero disimulé muy bien.

—Lo que tengo delante —respondí tranquilamente—. Viéndote a ti imagino cómo serán los de tu *«*equipo*»*, has sacado muy rápido el tema.

—Me gusta ir de frente y ser clara.

—¿Para todo? ¡Qué decepción! Hay muchas más posiciones que te gustarían, te lo aseguro.

—Vete a la… —Fruncí los labios.

—Urbanita, maleducada, insoportable, asustadiza, competitiva… derrochas simpatía, ¿eh?

—Si no te hubieras reído de mí y me hubieses ayudado…

—¿Querías que te cogiera en brazos, preciosa? ¿Qué fuera tu salvador de una inocente ardilla voladora? ¡Haberlo dicho antes! —Levanté las manos, después de dejar caer la piedra.

—¡Imbécil! —soltó con un pequeño grito y volví a reír.

Era tan fácil hacerla saltar y alterarla… Empezó a caminar entre los árboles y no lo dudé, fui detrás de ella. Su aparición en el lago había sido inesperada, cuando yo ya llevaba más de media hora en soledad, disfrutando del silencio y del paisaje.

Se paró de repente y se giró rápido hacia mí.

—¿Qué haces? No me sigas.

—Hay pocas posibilidades aquí y no entra en mis planes lanzarme al agua —señalé mi ropa—, así que solo puedo ir en esta dirección.

—Da un rodeo —entrecerró los ojos.

—Caminaría más y me cansaría. ¿Quieres agotarme? ¿Esa es tu intención? Conozco muchas otras formas más divertidas —sonreí de medio lado.

Soltó un bufido antes de volver a darme la espalda. Hice un gran esfuerzo para no volver a reírme al verla alejarse de mí, dando zancadas grandes y rápidas, para tomar la máxima distancia conmigo.

—Por si te interesa saberlo todas las ardillas voladoras que te encuentres, que no serán pocas, son herbívoras, así que no tienes que preocuparte de que te muerdan o que te ataquen. La dieta de los murciélagos se basa principalmente en los insectos, con algunas variaciones. Por parte de los dos estás a salvo.

—Te lo podías haber ahorrado, me da igual —dijo cortante y aceleré los pasos sin que se diera cuenta, para caminar más cerca de ella.

—¡Qué poco agradecida! —exageré la indignación con un toque de diversión.

—Déjame en paz —bufó.

—¿Cómo te llamas?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para tener claro a quién pasaré por encima en las pruebas —respondí y volvió a pararse, pero se mantuvo mirando hacia delante.

Solté una carcajada cuando vi su mano levantada, manteniendo en alto el único dedo que me mostró. Se puso a caminar de nuevo.

—Nunca imaginé que en esta zona hubiera tan buenas vistas, las de los paisajes se quedan cortas —comenté para hacerla saltar de nuevo.

—¿Me estás mirando el culo? —conseguí que girara la cabeza hacia atrás, sin frenar su avance.

—Y las piernas y cómo se te pega la camiseta —respondí con sinceridad —, aunque de esta última me gustaba muchísimo más la parte delantera.

—¡Eres insoportable! ¡Descarado! —gritó.

—Has dicho que te gustaba ir de frente y ser clara, te estoy devolviendo lo mismo. ¿No tendrías que estar contenta y satisfecha?

—¿Por qué una persona como tú me diga esas cosas? Te aseguro que no —habló con rabia—. Si estuviéramos en otro lugar y no tuviese tanta prisa por perderte de vista, te haría tragar todas las palabras que has dicho.

—Eres muy desagradecida, otras habrían caído al primer comentario con mis encantos —dije con humor, para enfadarla más.

—No te cruces más en mi camino —me advirtió.

—Difícil cuando estamos en el mismo hotel —fruncí los labios.

—Por tu bien —añadió.

Con esas palabras sorteó los últimos árboles y salió a la explanada. Desvié la vista, dirigiéndola hacia más allá de ella. Mis labios se curvaron cuando vi a mis amigos, Eevi estaba subida sobre la espalda de Leevi, mientras lo incitaba a correr como si estuviese sobre un caballo. Apreté los labios para contener la diversión.

La mujer que tenía delante fue hacia la entrada del hotel casi a la carrera, yo continué caminando recto hacia mis amigos. A Emil, que estaba hacia un lateral de Eevi y Leevi, no le pasó desapercibido que yo no había regresado como me marché a mi pequeña escapada solitaria. Mi amigo me observaba con curiosidad, después de estar pendiente de todos los movimientos de la mujer que acababa de huir de mí. Ya había desaparecido en el interior del hotel.

—Os veo muy entretenidos —les dije al llegar junto a ellos.

—Estoy haciéndolo sufrir un poco —comentó Eevi, entre risas.

—Quién me ha visto y quién me ve —sacudió la cabeza Leevi, haciéndose el indignado, pero sin perder la sonrisa.

—Emil es un aburrido —se quejó Eevi.

—Alguien tiene que ser el centrado del grupo, vosotros no estáis muy por la labor —comentó el aludido—. ¿Qué tal? ¿Has encontrado lo que querías? —me preguntó.

—Sí —respondí sin dar detalles.

Me subí para sentarme en la valla de madera en la que él estaba apoyado.

—¿Quién era? —insistió ante mi silencio.

—¿Quién era quién? —Me incliné hacia delante, colocando los brazos en las piernas.

—¿Es una especie de juego de palabras? —quiso saber Leevi, mientras se acercaba con Eevi todavía sobre su espalda.

—La mujer con la que has salido de entre los árboles —especificó Emil contestando a mi pregunta y después se dirigió a Leevi y Eevi—. Estoy intentando que nos explique qué hacía con ella y el por qué esa mujer se ha alejado de nuestro amigo como si fuera a explotar en cualquier momento.

—No me he dado cuenta —jadeo Eevi.

—Normal, estabas muy entretenida cabalgando —dijo Emil—. El espíritu de amazona se ha apoderado de ti al llegar aquí.

Ella soltó una carcajada y liberó a Leevi, bajándose de su espalda para colocarse a mi lado en la valla.

—¿Qué nos hemos perdido en poco más de media hora? —me preguntó Eevi, chocando su brazo con el mío.

—Nada interesante —respondí, mirando hacia el inicio de los árboles que quedaban frente a nosotros, a metros de distancia.

—Pues a mí me da que es todo lo contrario —carraspeó Emil.

—Y digo yo —intervino Leevi—. ¿Desde cuándo te sorprendes que Kaarle esté cerca de una mujer? Siempre se le han acercado a él primero y continúa siendo así.

—Yo no me he acercado a nadie —aclaré—. Esa mujer estaba dando un paseo y ha llegado hasta el lago, donde yo estaba tranquilamente.

—Mmm… es una de las huéspedes —dijo Eevi—. ¿Cómo se llama?

—¡Has descubierto el gran misterio! La naturaleza te sienta bien —rio Leevi.

—Idiota —se quejó ella, pero sin perder la diversión—. Estás a muy poco para descubrir lo bien que me sienta, ten cuidado.

—No sé su nombre —comenté.

—¿No se lo has preguntado? —Arqueó una ceja, Emil.

—Sí, pero no ha querido decírmelo —le contesté y bajé de un salto de la valla, con las miradas de todos puestas en mí—. Según esa mujer soy descarado, insoportable e imbécil —encogí un hombro.

—Y tú no has hecho nada para que tenga esa opinión rápida de ti, ¿no? —habló Leevi, con la expresión contraída al aguantar las risas que estaba conteniendo.

—Quizás… —sonreí de medio lado.

—Es… —empezó a decir Emil.

—¿Qué? —lo corté.

—Curioso —arqueó una ceja.

—Más huéspedes.

Las palabras de Eevi nos hicieron mirar hacia el todoterreno que se había hecho visible y recorría los últimos metros hasta el hotel.

—¿Han llegado más desde que me he ido? —pregunté.

—Sí. Si no me equivoco solo faltan las últimas cuatro personas —respondió Emil.

Asentí viendo cómo se bajaban del vehículo y admiraban la construcción y la zona que la rodeaba.

—Aquí os quedáis, voy a descansar un poco —les dije antes de empezar a caminar hacia la entrada—. Nos vemos para la cena.

—No vayas a confundirte y te metas en la habitación de esa mujer —comentó Leevi.

—No sé cuál es —hablé sin volverme hacia ellos.

Mi comentario lo podían interpretar de varias formas, pero cómo no, eligieron el significado que quisieron.

—Como si averiguarlo fuera un problema para ti —dijo Eevi, con tono de humor.

—Dadle unas horas —continuó Emil.

—Está claro, le ha creado curiosidad y no tardará en suceder —siguió Leevi—. Al gran Kaarle no se le resiste nada ni nadie.

—¿No tenéis nada mejor que hacer, que hacer suposiciones y decir tonterías? —les pregunté en alto, por la distancia que nos separaba ya.

—¡Ahora mismo no! —rio Eevi.

Sacudí la cabeza, al escuchar su comentario y las risas lejanas de los tres. Al acceder al vestíbulo asentí con una sonrisa hacia la recepción. Lumi me correspondió a todo, antes de atender a las dos chicas y a los dos chicos que se acercaron a ella. Subí por las escaleras hasta la segunda planta, donde los cuatro teníamos las habitaciones.

Había más silencio dentro del hotel que en el exterior, lo que por un lado agradecía, pero por otro, me resultaba extraño verlo y sentirlo tan vacío. Tiempo al tiempo, pensé, estaba seguro de que el ambiente cambiaría

mucho en cuanto el hotel empezara a acoger a huéspedes de todas partes del mundo, incluyendo a los finlandeses.

Nada más entrar en mi habitación me dirigí al baño. Mi plan era darme una buena ducha, sin límite de tiempo, para después disfrutar del yacusi hasta que mi piel se arrugara y me cansara. El horario de la cena empezaba a las siete y media, con servicio de bufé, al igual que sería para los desayunos y las comidas.

Me desvestí e hice lo que tenía pensado. Cuando me tumbé en la bañera y el agua me cubrió, cerré los ojos ante la sensación de paz que sentía. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajado, estar aquí era como aislarte del mundo exterior, parecía que solo existía este hotel y la naturaleza con la que se fusionaba a la perfección.

Abrí los ojos despacio, al mismo tiempo que curvaba los labios. El recuerdo de la mujer del lago me vino a la mente, aunque contraponiendo a todo lo que parecía desde fuera, por la actitud que había tenido hacia ella, no tenía la intención de acercarme más allá de la diversión que me provocaba alterarla.

Mi propósito en este lugar era otro, uno que no tenía nada que ver con una belleza cautivadora y con un cuerpo digno de admirar. Me sumergí en el agua, donde estuve conteniendo la respiración para hacer desaparecer mis últimos pensamientos, por la reacción que había tenido mi cuerpo. Hasta que no pude aguantar más y salí a la superficie cogiendo una bocanada de aire.

Estuve más de media hora sin moverme de la bañera y cuando salí del baño, con la toalla enrollada en la cintura, lo primero que hice fue llamar a mi abuelo. Necesitaba asegurarme de que todo estaba bien y así fue, me quedé tranquilo cuando me dijo que mi padre se había ido de viaje por trabajo. El saber que él y mi madre, junto a todo el personal de la casa,

estarían unos días sin su presencia, fue un extra de alegría con el que no contaba.

Para mí, mi abuelo mí era mi confidente, desde la niñez. Yo para él, era el nieto al que adoraba. Siempre me había apoyado en todo, jamás me había soltado de la mano y esperaba que continuara siendo de la misma forma por muchos años porque era una persona vital en mi vida, uno de los pilares principales.

A Taimi le envié un mensaje por la mañana, diciéndole que cuando pudiese me llamara. Lo hizo media hora más tarde y le conté que estaría unas semanas desaparecido, al menos en presencia para ir a verla. Le expliqué el motivo y se ilusionó pidiéndome que la trajera al hotel en cuanto saliera del colegio para las vacaciones de verano.

Por supuesto que la traería, le iba a encantar y yo no podía disfrutar de una mejor compañía que la de mi hermana.

Capítulo 14



Edmee

Me miré en el espejo. Me había puesto un vestido con unas sandalias para bajar a cenar, para ir un poco más arreglada.

En la hoja informativa que encontré en la mesita de noche especificaba que abrían el comedor a las siete y media. El desayuno era entre las siete y las ocho y media, y las comidas eran de las doce del mediodía hasta la una y media. Al final de la información comunicaban que los habían retrasado y alargado para los turistas porque las costumbres del país eran un poco diferentes. Igualmente, para quién no le apeteciera salir de la comodidad de la habitación, había servicio de habitaciones las veinticuatro horas.

Fui al baño para hacerme un moño alto despeinado y justo cuando terminaba, picaron en la puerta con varios golpes. Me dirigí hasta ella con las manos libres, no iba a llevarme el móvil. Ya había enviado varios correos electrónicos y hecho algunas llamadas, para asegurarme de que en la empresa todo iba bien. Las respuestas fueron positivas, así que no tenía que estar pendiente de nada más que de disfrutar.

—Hola —saludé a mis amigas y a mi hermano.

—Estás preciosa —fue el recibimiento de Yael y sonreí.

—Tú no cuentas, me dirías lo mismo si estuviera en pijama, con ojeras y con la nariz roja y goteando por un resfriado —dije con humor al salir al pasillo, mientras la puerta se cerraba sola.

—Es que igualmente lo estarías —arqueó una ceja y reí.

—¿Habéis descansado? —les pregunté, cuando empezamos a caminar hacia la escalera.

Desde que nos despedimos, a los pocos minutos de llegar al hotel, no nos habíamos visto. Me había venido bien para calmarme del encuentro con el hombre impertinente en el paseo improvisado. Lo conseguí y también me había mentalizado para volver a verlo porque coincidiríamos en muchos momentos, para mi desgracia.

—Sí, la cama es muy cómoda —contestó Gaby.

—Es una pasada, y la almohada también —confirmó Nadia—. ¿Sabéis de lo que me he enterado?

—¿De qué? —se adelantó Yael.

—Esta noche hay una fiesta de bienvenida, será en la parte de atrás del hotel. Me han dicho que la zona está habilitada para hacer hogueras y que habrá varias, como también bebida y espectáculo. Estaremos todos, incluido el personal del hotel.

—Mola —dijo animada Gaby.

—Suena bien, sí —sonreí.

—Supongo que mañana nos dirán cómo va lo de los juegos y cuando empezarán —comentó Yael.

—Nos podrían dar el premio directamente —soltó Gaby.

Reímos por cómo lo dijo, más que por el significado de sus palabras.

—Eso ya sería el remate de unas vacaciones de ensueño —aseguró Nadia —. Aunque estoy segura de que será divertido, nos lo pasaremos bien en las pruebas.

—Según cuales sean —dije pensativa.

—¿Qué más da? Esta ocasión bien lo merece todo —me animó Yael.

Me rodeó los hombros con un brazo y me hizo un guiño, bajando los últimos escalones. Al llegar al vestíbulo la recepción estaba vacía y nos dirigimos al salón del comedor, en el que entramos captando la atención de todas las miradas.

Por lo visto éramos los último en llegar, y eso que, o eran las siete en punto, hora en la que abría el comedor, o pasaban muy pocos minutos. Todas las caras eran desconocidas, todas menos una, al menos para mí. Aparté la vista rápido del mismo hombre que me había alterado por la tarde y agradecí que mi hermano tirara de mí al moverse. Todavía no había apartado su brazo de mi hombro, por lo que me dejé llevar por él, mientras caminábamos hacia la mesa con las manos levantadas, a modo de saludo general.

Ya habría tiempo para conocer a las dieciséis personas que estaban sentadas en las mesas. Para mi mala suerte, Gaby eligió una que estaba demasiado cerca del que estaba evitando, yo me habría puesto en el extremo opuesto. No dije nada, ese hombre no iba a perturbarme más durante los días que estaríamos aquí.

Como si nuestra entrada hubiese sido una señal, todos empezaron a levantarse para ir hacia las vitrinas, por la comida. Olía de maravilla y se me abrió el estómago rápido. Un camarero se acercó a nosotros para preguntarnos qué queríamos beber. Le pedimos agua y vino, antes de seguir al resto para llenar nuestros platos.

Toda la comida tenía una pinta exquisita y caí en la tentación de servirme un poco de variación, para probar lo que me pareció comida típica del país. Debía serlo porque era la primera vez que veía muchas cosas. Cuando regresamos a la mesa ya teníamos la botella de agua y una jarra de vino sobre ella.

—Esto está buenísimo —dijo Gaby, después de tragar el primer bocado —. Tenéis que probarlo.

Reímos cuando nos fue ofreciendo uno a uno el tenedor lleno. Estuvimos de acuerdo con ella y al final todos compartimos la comida con la que habíamos llenado los platos, para probar diferentes sabores y texturas.

—El vino es una perdición —me toqué la frente, al notar los efectos.

—Tú bebe y calla, lo peor que puede pasar es que terminemos bailando alrededor de las hogueras y que seamos el alma de la fiesta —comentó Nadia.

—Joder, es que entra muy bien.

—Como todo —rio Yael—. Hemos dejado los platos que parecen que están limpios.

—¿Queréis repetir? —Se levantó Gaby, dispuesta a hacerlo.

—Vamos a llenar cuatro más y volvemos a compartirlos —propuso Nadia, imitándola—. No hace falta que os mováis, ahora venimos.

Se fueron las dos sin darnos opción a hablar.

—¿Bien? —me preguntó Yael.

—Claro —le sonreí—. Estoy relajada, con vosotros, he descansado y este lugar es una maravilla. ¿Qué más puedo pedir?

—Me alegro, yo me siento igual. Hasta que llegué aquí no me había dado cuenta de cuánto necesitaba un respiro de la rutina.

—Me hace muy feliz haberte arrastrado con nosotras y que esta oportunidad se haya hecho realidad —le agarré la mano por encima de la mesa.

—Lo sé —me sonrió con cariño.

—Tenemos que salir más de la rutina, romper con ella de vez en cuando.

—¿Qué propones?

—Al menos cada mes y medio irnos de viernes a domingo a algún sitio, no tiene que ser lejos, o sí —me encogí hombros—. Yael, tenemos la gran suerte de tener un nivel económico muy alto, pero ¿de qué nos sirve si no lo disfrutamos? Vivimos para nuestros trabajos y está bien, a mí me hace feliz y sé que a ti también, pero nos consumen sin que nos demos cuenta.

—Tienes toda la razón —negó con la cabeza.

—Joder, ha sido fácil —dije sorprendida, provocando que soltara una carcajada.

—¿Qué has hecho durante la tarde? He tenido la intención de ir a buscarte a la habitación, pero me he frenado por si estabas descansado.

—Mmm… poca cosa —cogí la copa y me centré en ella, para que no detectara nada en mi expresión—. No he dormido tanto —hablé divertida.

—Cambiando de tema…

—¿Sí?

—¿Te has dado cuenta de que hay cierta persona que está mirando mucho hacia aquí?

—¿Qué dices? —agrandé los ojos, en parte sorprendida y en parte no.

Maldije por lo mala que era fingiendo, mi hermano me pillaba siempre y esta ocasión no fue una excepción. Me hubiese encantado, pero… arqueó una ceja.

—No sé a qué te refieres —dije igualmente—. ¿Y cómo te has dado cuenta si no has apartado la vista de mí? Estás de lado.

—Es muy interesante que sepas de qué dirección vienen las miradas, no te lo he dicho —bebí sin dejar de observarme—. ¿Se te ha olvidado contarme algo?

—No —respondí rápido y más me delaté.

La llegada de Gaby y Nadia fue mi salvación, las recibí emocionadas, sintiendo una sensación muy rara en el estómago al pensar en lo que me había dicho mi hermano. ¿Por qué me observaba tanto ese hombre? Si Yael se había dado cuenta no había disimulado mucho.

Me entraron calores de repente y no supe si fue por rabia o por otro sentimiento diferente. Para no agobiarme y no llegar a una conclusión, continué comiendo.

—Perdón que os moleste, seré breve —me sorprendió reconocer la voz y me giré en la silla, encontrando a Jaakko en el centro del salón.

Todos lo miramos, hablaba en inglés, idioma que creía que utilizarían todos los trabajadores del hotel hasta que nos fuéramos, porque las voces que había escuchado durante el tiempo que llevábamos en el comedor, en las mesas de alrededor de la nuestra, hablaban en ese idioma.

—Seré breve —nos sonrió—. Por si alguno no se ha enterado, vamos a celebrar una fiesta de bienvenida en la parte trasera del hotel. Habrá bebidas, música, espectáculo y buen ambiente, con hogueras para calentarnos, porque como comprobaréis, aunque de día hace muy buena temperatura, por las noches baja bastante. Todo aquel que quiera pasar un buen rato para cerrar la primera noche divirtiéndose, puede dirigirse hacia allí una vez termine de cenar. Los que opten por ir a sus habitaciones a descansar, nos veremos mañana.

Se despidió de todos y para más sorpresa mía caminó hasta la mesa donde estaba sentado el hombre al que había evitado desde que entré en el comedor. Vi de reojo cómo Jaakko saludaba con la mano a los cuatro, y no solo eso, los cinco se sonrieron y empezaron a hablar. No estaba tan cerca como para enterarme de lo que decían, pero estaba claro que el carácter de Jaakko era muy cercano, como se había mostrado hacia nosotros.

—Subiré a la habitación para coger una chaqueta —dije cuando dejé de ser curiosa.

—Las hogueras nos calentarán, ya has oído a Jaakko —comentó Nadia.

—No nos moveremos del calorcito —sonrió Gaby.

—Como vayas, no bajas —me advirtió Yael.

—Decidido, de aquí nos vamos a la fiesta —concluyó Gaby, animada.

A falta de poco para que termináramos con los postres, varias personas salieron del salón. Nos dimos prisa para no volver a ser los últimos en aparecer y lo conseguimos porque cuando nos fuimos, aún quedaban algunos que se lo tomaron con más calma. No pude evitar fijarme en que en la mesa en la que había estado el hombre con el que coincidí por la tarde, ya no había nadie.

—Joder —empecé a maldecir al salir del hotel, provocando que mis amigas se rieran y que Yael me mirase divertido.

¿Bajada de temperatura? Ja, se había desplomado en picado. Me refugié en los brazos de mi hermano, mientras caminábamos a paso rápido para llegar cuanto antes. El vestido que llevaba era de tirantes y terminaba un par de dedos por encima de las rodillas. Iba desprotegida totalmente y me cagué en todos, eso sí, con confianza que para algo servían los años que hacía que estábamos juntos.

Lo único que conseguí es que se rieran, a pesar de que Nadia y Gaby llevaban ropa muy parecida a la mía.

El genio se me apaciguó en cuanto las hogueras se presentaron ante nuestros ojos, nos ofrecieron una visión especial en medio de la naturaleza. Las fuentes de luz que ofrecían se mezclaban de una forma mágica con el anochecer. Había varios troncos colocados rodeando los fuegos y fuimos hacia uno de ellos.

La mayoría de los huéspedes se habían animado a vivir la experiencia para alargar la noche, y después de nosotros aparecieron más. Se reconocía perfectamente a los trabajadores del hotel, a pesar de que iban vestidos con ropa informal, más que nada porque no habían estado cenando en el comedor.

Empezamos a hablar con unos y con otros, sobre todo con los que teníamos más cerca que se presentaron, al igual que hicimos nosotros. En más de un momento me sentí observaba y supe a quién pertenecían los ojos que notaba atentos a mí.

Capítulo 15



Kaarle

—Os apuntáis, ¿no? —nos preguntó Jaakko, antes de irse.

—La duda ofende —dijo Leevi.

—Bien, cuantos más seamos, mejor —asintió satisfecho—. Nos vemos enseguida —nos sonrió.

Se fue hacia la puerta, nosotros no tardaríamos en seguirlo. Eevi era la única que faltaba por terminar de comerse el postre, al que no había podido resistirse. Emil, Leevi y yo nos lo saltamos, preferíamos terminar de apurar el vino que quedaba en la jarra, el que a estas alturas era poco.

—Creo que lo vas a tener difícil —comentó Emil.

—Te lo está diciendo a ti —llamó mi atención Leevi.

—¿El qué? —Fruncí ligeramente el ceño.

Me había metido en mis pensamientos y no sabía cuánto hacía desde que desconecté de la conversación que mantenían.

—Ha dicho algo así como que se te ha complicado —me aclaró Eevi, haciendo un gesto con la cabeza hacia la derecha.

No me hacía falta mirar para seguir la dirección, era muy consciente a quién se refería y porque lo decían. Se debía a la proximidad que tenía la mujer del lago con el que estaba sentado a su lado, sus amigas estaban frente a ellos.

Al verlos entrar en el salón con el brazo de él rodeándole los hombros me asaltó una sensación extraña, sensación de la que me desprendí rápido porque no tenía sentido. Como ya he dicho anteriormente, no tenía ninguna intención de acortar distancias con esa mujer, ni siquiera intentarlo.

Otra cosa es que me hubiese jodido, aunque no tuviese lógica mi reacción porque por mucho que le quité importancia, no había podido evitar estar demasiado atento a la mesa situada a unos metros de la nuestra.

—No se me puede complicar algo que no me planteo —arqueé una ceja, dando golpecitos en la mesa con varios dedos—. Dejad de estar tan pendientes de lo que no tiene importancia, estáis sacando demasiadas conclusiones. No quiero nada de esa mujer.

—Tus palabras no concuerdan con tu actitud —comentó Emil—. Desde que ella ha entrado en el comedor la has mirado más veces que a tu plato —sacudió la cabeza.

—¿No tenéis vida para tener que estar pendientes de la mía?

Me molestó, no pude controlar la rabia que sentí y se notó en mi tono de voz. El tema era si por lo que estaban diciendo, o porque no quería admitir lo que habían visto.

—Dejadlo tranquilo —les pidió Eevi—. ¿Qué os importará si termina la noche en la habitación de esa chica o en la suya? ¿O es que tenéis envidia?

—Levantó varias veces las cejas, de forma graciosa.

—Solo queremos que se dé cuenta.

—¿De qué mierda tengo que darme cuenta? —Entrecerré los ojos— Os habéis montado una película increíble. Que haya intercambiado varias palabras con esa mujer y que me divirtiera por sus reacciones, no quiere decir que vayamos a terminar desnudos en cualquier parte del hotel. No me toquéis las narices —les pedí, con una advertencia muy clara.

—No te pongas así, Kaarle —hizo una mueca Leevi.

—Es que me jode vuestra reacción. Lo que yo haga o deje de hacer solo me incumbe a mí y si sucede algo, lo que ya os digo que no pasará, pero si sucediera con cualquiera de las mujeres que han llegado hoy al hotel, lo sabréis en algún momento, pero sin tanta insistencia —me levanté de la silla lo más calmado posible.

—De acuerdo, tienes razón —lo aceptó Emil, levantando las manos para apaciguar el ambiente—. Lo siento, tío. Me he equivocado.

—Yo lo último que digo sobre este tema es que si reaccionas así es por algo —comentó Leevi—. Dicho esto —se incorporó también—, vamos a olvidarnos de todo y a disfrutar del resto de la noche.

—Sí, lo que necesitamos es beber —asintió Eevi, uniéndose a nosotros al abandonar la silla.

Acepté sin ganas de hablar más, al menos por el momento. Rodeé la mesa y fui hacia la puerta, con la vista fija en la salida. Con motivo o sin él me había agobiado y lo que me pedía el cuerpo era alejarme de todo, aislarme, pero no lo hice porque en el fondo sabía que el problema lo tenía yo. Reconocí interiormente que hay verdades que joden, aunque me costara admitirlo en este caso.

Agradecí la temperatura fría del exterior, me vino genial para aplacar el cabreo. En silencio, nos dirigimos hacia la parte trasera de la construcción. La magia de la imagen de las grandes hogueras ofreciendo luz tenue al anochecer fue relajándome poco a poco, conforme acortábamos la distancia con ellas. Saludamos a los que conocíamos del personal del hotel y nos presentamos a los huéspedes que ya habían llegado, recibiendo lo mismo por parte de ellos. Nos apartamos para sentarnos en uno de los troncos más separados.

—Voy por bebida —dijo Emil.

—Te acompaño —se unió a él, Leevi.

A unos metros de la zona había una barra en la que atendía un camarero, donde también estaba Jaakko.

—¿Te has tranquilizado? —me preguntó en tono bajo Eevi.

—No te preocupes, estoy bien —me eché hacia delante y apoyé los brazos en las piernas—. Siento cómo he actuado.

—No pasa nada, te has agobiado. Es normal, a veces somos muy pesados.

Sacudí la cabeza, sonriendo. Cerré los ojos ante la sensación del calor de las llamas.

—Quizás hoy estoy más susceptible de lo normal —no quise que pensaran que tenían la culpa.

—Necesitas relajarte, Kaarle.

—Desde que estoy aquí lo he hecho, te lo aseguro.

—Un poco más, hasta que lo consigas del todo —insistió.

—Nunca me había molestado que hicierais comentarios de las mujeres con las que he tenido líos —dije pensativo.

—Bueno… ¿quieres que te diga la verdad? No me gustaría terminar dentro de la hoguera.

Giré la cabeza hacia ella, con los labios fruncidos.

—Yo nunca haría eso.

—Lo sé —rio.

—Aunque quemarte el pelo no lo descarto.

—Joder, está bien saberlo. Me callo que valoro mucho mi melena —se la tocó y reí.

—No tienes que pedirme permiso para hablar, Eevi —le sonreí con cariño.

—Es que te he visto afectado y no quiero empeorar tu noche —se encogió de hombros—. Está bien —soltó un suspiro—, mi impresión es que estás luchando contra algo que no eres capaz de ver ni de diferenciar —fruncí el ceño—. Esa mujer te ha llamado mucho la atención, te atrae y está genial, el problema es que tú nunca te comprometes ni te tomas en serio tus líos, como los has llamado.

»Jamás has estado con una que haya despertado en ti el sentido de la protección y en este caso intuyo que es eso lo que sientes, aparte de que te ha fastidiado verla con otro hombre. No estoy diciendo que te hayas enamorado, aunque los flechazos existen, no creo que sea tu caso.

»Simplemente estás sintiendo algo diferente, quizás no eres consciente realmente de la atracción que sientes por esa mujer de la que has estado

muy pendiente durante la cena —se encogió de hombros—. Por una vez en tu vida no tienes tú el control sobre ti mismo, de tus reacciones y de tus pensamientos, y te desconcierta la situación. Por eso has saltado tan rápido y te has puesto a la defensiva.

—Te has quedado a gusto, ¿eh? —Arqueé una ceja.

—Sí, ya te digo —rio y sonreí.

—Gracias. Puede que tengas razón o puede que no, lo que sí sé es que no lo voy a descubrir esta noche, así que, vamos a olvidarnos de todo y a disfrutar.

—Me encanta el plan —me hizo un guiño.

—Aquí tienes —dijo Emil, ofreciéndome una copa.

Leevi le dio la suya a Eevi y se sentaron a nuestro lado.

—Por una noche mágica —dije levantando la mía, con la vista fija en las llamas.

—Por una noche mágica —repitió Leevi— y los días que tenemos por delante.

Brindamos y bebimos un buen trago, antes de que la vista se me desviara hacia la mujer que acababa de llegar.

—Estamos bien, ¿no?

—Perfectamente —le respondí a Emil, fijando la mirada en la copa.

—¿De qué plan hablabais cuando hemos llegado? —quiso saber Leevi.

—De olvidarnos de todo y disfrutar —contestó Eevi.

—Me gusta, es un planazo —asintió con energía, mientras volvía a beber.

Soltamos una carcajada cuando no solo se mojó los labios, sino que terminó con la nariz dentro de la copa. Leevi empezó a toser y más nos reímos cuando nos hizo varios gestos para que no se nos ocurriera acercarnos a él hasta que se recuperara.

Así lo hicimos y entonces, cuando se recompuso, fue él el que se rio con ganas mientras se secaba el líquido de la cara. Jaakko se acercó y se unió a nosotros, lo que había hecho con algunos antes. Durante más de media hora nos hizo compañía, mientras yo hacía esfuerzos por centrarme. No sabía por qué narices la presencia de la mujer que continuaba al otro lado de las hogueras, me hacía tener que controlarme para que no se me fuese la vista hacia ella. Fracasé varias veces, más de las que me gustaba admitir, pero en esas ocasiones me recreé en la curiosidad que me provocaba, intentando aclarar la situación.

No conseguí nada, seguí sin saber qué tenía para que acaparara tanto mi atención porque, aunque sin mirarla en muchos momentos, tenía muy presente su presencia y el sonido de sus risas cuando se reía con sus amigas y… no tenía ni idea de si el hombre era su pareja u otro amigo. Me sería fácil enterarme, no me supondría mucho, pero no iba a caer en ese error porque suponía más de lo que quería admitir.

El sonido de varios tambores anunció la aparición de hombres y mujeres que se acercaron bailando una danza antigua. La escena captó la atención de todos, dejándonos en silencio, sobre todo cuando rodearon las hogueras y continuaron bailando alrededor de ellas. Empezaron a invitar a las personas que los observábamos desde los troncos, o más bien los arrastraron para que se unieran a ellos.

La mujer que estaba haciendo que me calentara la cabeza, como nunca ante me había pasado, junto a sus dos amigas, aceptaron las manos de los

bailarines. Me llevé la copa a los labios, siguiendo con la mirada la danza, concentrado en solo una de las participantes, mientras los tambores retumbaban en medio de la naturaleza.

Fueron haciendo círculos en las hogueras, siguiendo coordinados la danza, aunque había uno que otro que iba a destiempo. Justo cuando la mujer quedó frente a mí, los bailarines se pararon y continuaron con el baile sin moverse del sitio. Nuestras miradas se cruzaron, lo que provocó que perdiera el ritmo y se quedara quieta. Me la mantuvo y pude detectar un brillo diferente en sus ojos, hasta que una de sus amigas tiró de su mano para llamar su atención. Volvió a moverse, pero con menos energía.

Se notaba que había bebido, no vi que me retara con la expresión. Tenía las mejillas enrojecidas, en gran parte por el calor de las llamas que tenía a su espalda, pero las copas que se había tomado hasta este momento también le habían afectado.

Empezó a reírse con sus amigas, mientras yo balanceaba mi copa, sin poder apartar la vista de ella. Tenía algo diferente, ¿el qué? Ni puñetera idea.

Mis amigos no hicieron ningún comentario al respecto, si se fijaron en mí, lo que no dudaba, se mantuvieron callados respetándome, por cómo me había puesto al terminar la cena. No me importó que se dieran cuenta, aunque siendo sincero, no pude hacer mucho para retirar mi atención de esa mujer.

Capítulo 16

Edmee

Abrí los ojos y soplé para retirarme el pelo de la cara. No vi nada en la oscuridad, así estaba la habitación al tener la persiana completamente bajada.

Solté un suspiro y me incorporé despacio, hasta quedarme sentada en la cama. Me llevé las manos a la cabeza, me dolía por toda la cantidad de alcohol que bebí la noche anterior. Tuve el día completito, consumí más en menos de veinticuatro horas que en dos fines de semanas. Cuando la alarma del móvil volvió a sonar, empecé a dar manotazos para apagarla.

Me arrastré hasta el borde de la cama y me levanté, yendo hacia la ventana. Subí la persiana para que entrara claridad y me tomé unos segundos para observar el exterior. Mi habitación daba a la parte delantera, la que se veía tranquila y sin movimiento. Ya había amanecido, pero el cuerpo me pedía que volviera sobre mis pasos y me tumbara de nuevo.

Si hubiese estado en mi casa lo habría hecho con gusto, bueno en ese caso no me habría levantado siquiera, ni mucho menos me hubiera despertado. No sabía lo que nos esperaba hoy, si empezaríamos con los juegos, pero el desayuno esperaba y tenía diez minutos exactos para vestirme y arreglarme. Ahora ya menos, por el tiempo que había perdido al ir más lenta.

Fui hacia el baño y me lavé la cara con agua fría, para espabilarme. La noche anterior perdí la cuenta de las copas que pasaron por mis manos, solo sabía que mi hermano y mis amigas se encargaron de ir cambiándomelas cuando me las terminaba. Ellos también bebieron a mi par, de eso sí que me acordaba, como del momento en el que estuve más cerca del hombre que encontré en el lago.

¿Cómo olvidarlo? Ni el alcohol había borrado o distorsionado el recuerdo de sus ojos observándome. Quizás la intensidad que me transmitió fue algún efecto de la bebida, pero consiguió erizarme el vello y que por unos segundos solo estuviese centrada en él, sin poder apartar los ojos de los suyos.

Me miré en el espejo y solté un bufido, al ver mi imagen. Necesitaba maquillaje urgentemente, al menos para disimular un poco el desastre de madrugar. Salí del baño para ir al armario, de donde saqué un pantalón pirata estrecho, una camiseta de manga corta y un jersey fino, porque hasta que el sol no calentara más, imaginaba que en el exterior haría fresco.

Me quité el pijama y me vestí sin ganas, con movimientos lentos. Por último, me calcé las deportivas y volví al baño, para hacerme una coleta alta. Después de echarme el antiojeras y un poco de maquillaje, me vi más o menos presentable. Era lo que había.

Cogí el móvil y salí de la habitación. El pasillo estaba en silencio, mientras caminaba hacia la escalera. La noche anterior, antes de que perdiéramos la noción de todo lo que nos rodeaba y de nosotros mismos, quedamos en que nos veríamos para desayunar en la entrada del hotel. Hacia ella me dirigí, pero al llegar al vestíbulo no había rastro de mis amigas ni de mi hermano.

Fui hacia el exterior, comprobando que había estado en lo cierto. Me recorrió un pequeño escalofrío por el cambio de temperatura, pero aun así me quedé fuera. Me senté en el primer escalón, encendí el móvil y cuando

la pantalla se activó me di cuenta de que no era tan tarde. Todavía faltaban unos diez minutos para que abrieran el comedor.

—Joder, ¿he corrido? —dije en tono bajo.

Mi impresión no era esa, pero por lo visto lo había hecho. Tecleé la contraseña y mientras el teléfono se encendía levanté la vista hacia el paisaje de delante. Me encantaba empezar el día de esta forma, tuve la sensación de estar en el porche de mi casa. Los únicos sonidos que rompían el silencio eran los de algunos pájaros que se escuchaban desde diferentes direcciones.

Los únicos, hasta que me entraron varios mensajes. Fruncí el ceño al desplegar la lista de notificaciones, lo que me llevó a llamar a una de las personas que me había escrito, y también llamado. Era un trabajador de mi empresa.

—Edmee —me respondió al segundo tono.

—Buenos días, Lucas. ¿Todavía estás en la empresa? —Me levanté despacio del escalón.

—Sí, jefa. Buenos días.

—¿Por qué? Tendrías que haberte ido hace media hora. ¿Qué ha pasado? —bajé los pocos escalones de había en la entrada.

—Hemos tenido una noche movidita, o más bien madrugada. No quería molestarte porque para una vez que te vas de vacaciones unos días…

—No pasa nada, sabes que prefiero estar informada al momento de todo. Dime, ¿lo que ha pasado lo habéis podido solucionar?

—Estamos en ello todavía, por eso no me he ido. Estoy con Pablo intentando solucionarlo. Ha habido un ataque masivo a la base de datos de uno de nuestros clientes más importante y nos está costando mucho controlarlo y eliminar la amenaza.

—¿Qué tipo de ataque? —Empecé a caminar de un lado al otro por la hierba, agobiada porque muchas de nuestras empresas trabajaban con información muy delicada que no podía verse comprometida.

Lo escuché con atención y maldije en silencio, por la gravedad del asunto.

—¿Cuánto tiempo hace exactamente?

—La alerta saltó a las cuatro de la madrugada, desde entonces estoy trabajando en ello.

—Olvídate, voy a encargarme personalmente de arreglarlo. Vete a casa a descansar y dile a Pablo que lo llamaré en unos minutos, en cuanto esté dentro del sistema. Lo iré guiando en lo que necesite, aquí estoy limitada.

—Claro, espero que no te estropee el día completo —noté el apuro en su tono de voz—. Lamento no haber podido con ello.

—No digas tonterías, sabes perfectamente que los ataques como estos tardamos muchas horas en neutralizarlos. Has hecho lo más importante, frenarlo antes de que llegue a ser un desastre. Desconecta del trabajo.

—De acuerdo, jefa. Que vaya bien.

—Gracias, igualmente —colgué—. Joder —me presioné el puente de la nariz, tomándome unos segundos antes de subir corriendo a la habitación de la que no saldría en bastante tiempo.

Por suerte el portátil había viajado conmigo, en él tenía todo lo necesario para trabajar a distancia por si ocurría algo como esto. Nunca lo dejaba atrás porque, aunque parecía que desconectaba del trabajo, en realidad no lo hacía.

—¿Estás bien?

La voz a mi espalda me sorprendió y me asustó a partes iguales. Solté un pequeño grito y me giré rápido, encontrándome con la última persona que necesitaba ver en este instante.

—Sí. Gracias —le respondí amablemente.

Por cómo me miró no se lo creyó y sus siguientes palabras me lo hicieron saber.

—No lo parece. Estás pálida y…

—Ahora no tengo tiempo —lo corté.

No fue mi intención ser tan brusca cuando se había dirigido a mí bien, pero no pude controlar los nervios por el trabajo. Pasé por su lado rápido y antes de llegar a la entrada empecé a correr, yendo directa a mi habitación.

—¿Adónde vas? —escuché a Yael.

Me paré en los primeros escalones, él, Gaby y Nadia acababan de salir del ascensor. Me quedó claro que no era la única que todavía tenía mal cuerpo por todo el alcohol ingerido.

—Tengo que trabajar.

—¡No jodas! —se sorprendió Gaby.

—Prometo que iré todo lo rápida que pueda, pero… —Miré a mi hermano.

—Tranquila, no lo harías si no fuera muy urgente —dijo y asentí sonriéndole, agradecida.

—No me esperéis, id a lo vuestro. Cuando termine os llamo para saber dónde estáis, puede que se me vaya la mañana o…

—O todo el día —terminó por mí Nadia, con una mueca.

Su expresión no era por dejarlos solos, sino porque todo lo que les estaba diciendo y por cómo me veían, les indicaba que el asunto tenía la gravedad suficiente como para hacerme desaparecer muchas horas. Asentí dándole la razón, aunque realmente no sabía con lo que me iba a encontrar una vez me conectara.

—Ve —me pidió Yael—. Por nosotros no te preocupes —me hizo un guiño, quitándole importancia—. Eso que me propusiste anoche…

—Ajá.

—Está claro que como mínimo siempre seremos tres en los viajes— frunció los labios, al referirse a mi ordenador.

—Por supuesto —reí.

Antes de correr escaleras arriba, desvié la vista hacia el hombre que estaba apoyado cerca de la puerta principal del hotel. Hasta ahora no me había dado cuenta de su presencia, pero por cómo nos observaba había escuchado toda nuestra conversación.

—Te subiré el desayuno —miré a mi hermano.

—Gracias —le lancé un beso y no me retrasé más, subí rápida las escaleras.

Entré como un huracán en la habitación, casi lanzándome al portátil que dejé encima de la cómoda al sacarlo de la maleta. En la cama, con las piernas cruzadas y las almohadas en la espalda, esperé impaciente a que arrancara. En cuanto se encendió marqué el número de Pablo.

—Jefa.

—Estoy accediendo —le informé, tecleando las claves—. ¿Alguna novedad?

—Acabo de detectar el puñetero virus, estaba muy bien escondido. Es colosal —respondió y maldije.

—Vamos a aniquilarlo —dije convencida.

Si algo me hizo triunfar en mi profesión fue mi determinación e insistencia. Me daba igual no dormir cuando se presentaba un problema y más de esta magnitud, hasta que no lo neutralizaba y lo solucionaba no paraba, me costara lo que me costara.

—Me encanta como suena eso —comentó Pablo y sonreí.

—Más te va a gustar cuando lo consigamos.

—El mérito será tuyo —rio.

—Ni hablar, somos un equipo. Lucas ha conseguido frenarlo y sabes que no es nada fácil con un monstruo como este, y tú lo has relevado. Yo solo voy a rematarlo.

Después de esas palabras quise que tuviese claro el significado, nos pusimos a trabajar desde la distancia. Pablo me ayudó con todas las facilidades de las que disponía en la empresa, mientras yo lo iba guiando en cada paso.

Podría decir que fue interminable, pero no es verdad. Nos llevó muchísimo tiempo hacer desaparecer la amenaza y empezar a restablecer el sistema, pero no me di cuenta del tiempo que pasó. Era lo que me sucedía con el trabajo y más cuando estaba tan concentrada que no atendía a nada más que lo que me mostraba el ordenador.

—Ya puedes irte a casa —le pedí, mirando la hora en la pantalla—. Hace una hora que tendrías que haberte ido, podría haber seguido por mi cuenta o que me pasaras con… ¿quién hace el turno de noche hoy?

—Clara, la tengo aquí al lado.

—Ah, ok. Salúdala de mi parte y cuelga, yo termino. Lo tenemos, solo me queda restablecer los últimos datos.

—¿Estás segura? Podemos encargarnos nosotros.

—Segurísima, olvidaros los dos, aunque dile a Clara que se mantenga atenta durante las siguientes horas, por si hacen otro intento al no haber conseguido el objetivo.

—De acuerdo, Edmee. Gracias. Hablamos cuando vuelvas, espero no tener que llamarte hasta entonces.

—No hay de qué. Yo también lo espero porque querrá decir que estáis tranquilos. Hablamos.

Colgué la llamada y me centré en continuar. Para cuando terminé y recosté la espalda en la cama eran las nueve y media de la noche. Hice una

mueca, había perdido todo el día sin moverme de la cama y comiendo un poco de la comida que mi hermano y las chicas me habían ido trayendo. La cena todavía no la había tocado. No tenía hambre, pero sí estaba cansada. En cuanto paré me vino el agotamiento de golpe.

Miré hacia la ventana, todavía había un poco de luz. Costaba habituarse a que los días fueran tan largos, más que nada por costumbre, porque, aunque lo fueran, desde cierta hora se mantenía como un anochecer constante durante un largo tiempo. No molestaba por la falta de los rayos del sol, era muy agradable la novedad.

Capítulo 17



Después de estirarme varias veces en la cama, bajé la pantalla del portátil y me levanté para llevarlo de vuelta a la cómoda. Esperaba no tener que utilizarlo hasta que regresara a casa.

No tenía ni idea de si hoy se habían iniciado los juegos, no me habían informado de nada, o al menos no lo recordaba porque las veces que habían venido a mi habitación había escuchado sus voces de fondo, sin prestarles mucha atención.

Me sentía mal por ellos, pero a la vez muy bien por lo que había conseguido. Una contradicción que me hizo llamar a mi hermano.

—Hola.

—Hola, cariño. ¿Cómo va? Si me has llamado es porque has terminado —dio por hecho.

—Sí, se acabó —solté un suspiro—. ¿Dónde estáis?

—Pues me jode porque estamos un poco lejos.

—¿Y eso? —Fruncí el ceño.

—Nos han sacado del hotel para cenar, estamos de picnic. No sé a qué hora regresaremos.

—Que guay —sonreí—. No te preocupes, ahora que ya estoy tranquila voy a cenar y después me daré una ducha para relajarme.

—Me parece la mejor idea, necesitas descansar. Nos hemos enterado de que la construcción que hay a la derecha del hotel es una sauna, ¿por qué no vas? Te sentará genial antes de la ducha, Lumi nos ha dicho maravillas de ese sitio.

—Mmm… joder, es muy tentador.

—Pues no te lo pienses. Cena, bajas a la sauna y después rematas el día con un buen baño antes de meterte en la cama. Mañana te quiero ver animada y activa.

—Vale —sonreí.

—Hay un pequeño vestuario al entrar, antes de acceder a la sauna. Ahí encontrarás las toallas con las que tienes que entrar. El hotel está vacío de huéspedes, es toda tuya.

—Gracias. Te quiero.

—Yo te quiero más que para algo soy el mayor y te cambié los pañales.

—Con cuatro años no podías —solté una carcajada.

—No, pero estaba al lado de nuestra madre cuando lo hacía y es lo mismo —dijo con humor y sonreí.

—Disfruta de la experiencia, nos vemos mañana para desayunar.

—Vale, cariño, podrás disfrutarla. Jaakko que es el que nos ha guiado hasta aquí y está con nosotros, nos ha dicho que repetiremos.

—Guay.

—Hazlo todo y desconecta.

Intercambiamos varios comentarios más y colgamos. Volví a la cama, me acomodé y cogí el plato de comida de la mesita de noche. En cuanto di los primeros bocados se me abrió el apetito y me lo terminé todo. No era lo mismo comer caliente que frío, pero me sentó igual de bien por lo mal que había comido durante el día.

Me tomé mi tiempo, estaba agotada de la carrera a contrarreloj que había hecho durante todo el día, sin mover más que los dedos y las manos. Cuando encontré las fuerzas, porque me faltó poco para cambiar de planes, me alejé de la cama y fui al armario. Me puse una chaqueta, la distancia no era mucha hasta la pequeña construcción del lateral del hotel, pero sí suficiente para que cogiera frío.

Salí de la habitación solo con la llave electrónica y opté por bajar en el ascensor. No me encontré con nadie en mi camino, ni siquiera en el vestíbulo. Salí del edifico ajustándome la chaqueta al cuerpo y caminé rápido para llegar cuanto antes. En ningún momento pensé en la posibilidad de que hubiese una sauna en el hotel, a pesar de que en este país tenían mucha fama y era una costumbre para los finlandeses. Por lo que descubrí cuando busqué información las había por todas partes, hasta flotantes para disfrutar de la experiencia, mientras una embarcación habilitada para la sauna navegaba.

Al entrar solté un suspiro, por el olor tan bueno a eucalipto que se respiraba y por el calorcito que hacía. Fui al vestuario donde me desvestí y dejé la ropa doblada en un banco. Las toallas eran medianas, me llegaba por la mitad de los muslos al enrollármela en el pecho. Salí y accedí a la única puerta que había, aparte de la de la entrada y la del vestuario.

Sonreí caminando hacia uno de los bancos, donde me senté. Apoyé la espalda en la húmeda pared y cogí aire despacio, acostumbrando a la sensación. Cuando llevaba unos minutos los ojos se me cerraron, no lo pude evitar. El día había superado, lo tuve claro mientras me resistía a quedarme dormida.

Un ruido provocó que no lo hiciera, me espabilé un poco, lo justo y necesario para sentarme más recta al ver el pomo de la puerta girar. ¿Era algún trabajador? Había una posibilidad muy grande o más bien era la única porque los demás todavía no habrían vuelto. No había pasado tanto tiempo.

Contuve la respiración, mostrando la sorpresa en la cara, en cuanto la persona se hizo visible. Por muchas veces que me repetí interiormente, en cuestión de segundos, que no podía ser, tuve que aceptar la realidad. Necesitaba saber su nombre como fuera, estaba cansada de referirme a él en mi cabeza como, *«*el hombre del lago*»*.

Al menos no fui la única sorprendida, él se quedó sujetando la puerta, mirándome fijamente. Me costó mantenerle la mirada, en este momento había muchas otras partes de su cuerpo más interesantes en las que poner mi atención. Tragué saliva disimuladamente, mandaba narices lo impresionante que era.

—Hola —lo saludé en tono bajo, con educación, mientras me ajustaba la toalla al cuerpo.

No podía hacer milagros, el tamaño era el que era, demasiado poco y al estar sentada mucho menos.

—Hola —me correspondió, carraspeando—. Pensaba que no había nadie —dijo cuando entró.

Para mi tranquilidad caminó hasta el banco de enfrente, donde se sentó en línea recta conmigo. Bajé la vista a mis pies, tenía toda la piel húmeda, por

la que se deslizaban las gotas de agua por el vapor que nos envolvía. También debía tener el pelo pegado a la cara, mi imagen no era tan favorecedora como la de él.

—El mismo pensamiento que he tenido yo —dije—. Eres tú el que tendrías que estar lejos de aquí.

—¿Y eso por qué? —detecté perfectamente sin mirarlo el toque de diversión en su voz.

—Porque Jaakko os ha llevado a cenar estilo picnic.

—Ah, ya entiendo. Sí, he estado, pero me he ido en cuanto me he cansado. Hace pocos minutos que he llegado —hizo una pausa—. ¿Cómo estás?

—¿Perdón? —Levanté la cabeza de golpe, encontrándome con sus ojos.

—¿Qué cómo estás? Esta mañana cuando nos hemos visto no parecías encontrarte muy bien.

—Gracias por la preocupación, pero estoy perfectamente —asentí—. He tenido un problema con el trabajo, pero ya lo he solucionado.

—Te ha llevado mucho tiempo, ¿no?

—¿Me has estado controlando? —Entrecerré los ojos.

—¿Yo? En absoluto, pero tus amigos han estado solos todo el día. No somos muchos, así que el recuento es fácil —me hizo un guiño, con una sonrisa de medio lado que le quedaba demasiado bien.

—Era complicado y sí, me he pasado todo el día en la habitación. Solo he salido para venir aquí, hace unos minutos —me froté los brazos, deslizando

el agua—. Necesitaba relajarme.

—Buena idea —asintió serio.

Me extrañó, de todas las veces que lo había visto fue la única en la que no sonrió, no hizo ninguna broma, ni tampoco distinguí en su expresión ni en su voz una pizca o mucha diversión.

Aparté la mirada rápido, era demasiado tentador seguir el camino de las gotas de agua que empezaban a deslizarse por sus facciones, por su pecho y por sus brazos. No me atreví a continuar bajando, yo no llevaba nada más que la toalla, así que él estaba en las mismas condiciones y no quería avergonzarme si miraba de más, donde no debía.

Cerré los ojos, fue lo mejor que se me ocurrió para controlar el impulso que me pedía no apartar la atención de su físico, que era impresionante. La verdad por delante porque llamaba la atención demasiado, con su cuerpo bien torneado y sus músculos, sin llegar a ser exagerado el conjunto. Se notaba que se cuidaba, lo que me llevó a pensar en que me vendría bien salir a correr, con todo el espacio del que disponía durante varias semanas. Mejor lugar y más sano que este no lo encontraría.

Un carraspeo insistente, o al menos eso me pareció, me hizo levantar los párpados lentamente. Los moví varias veces rápido, hasta que conseguí enfocar la vista.

—Me he dormido —susurré desconcertada, sin creerme que lo hubiera hecho.

—Deberías irte a descansar —me habló de nuevo serio—. Lo necesitas.

—Sí —murmuré levantándome muy despacio—. Gra... gracias. Buenas noches.

Asintió siguiendo todos mis movimientos que eran más lentos de los normal. Era muy consciente de ello, me costaba tirar de mi cuerpo, como también supe que tuve toda su atención hasta que salí de la sauna.

—Perdón —aparecí de nuevo, todavía miraba hacia la puerta.

—¿Sí? —Arqueó una ceja.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté, provocando que sus labios se curvaran hacia un lado.

—¿Para qué quieres saberlo? —me devolvió la pregunta que le hice cuando él quiso saber mi nombre.

—Para tener claro a quién pasaré por encima en las pruebas —repetí la respuesta que me dio en aquel momento.

—Kaarle.

—Edmee —asintió.

Me dispuse a irme definitivamente, pero me quedé a medio camino al escucharlo.

—Edmee, no vas a conseguir pasar por encima de mí, otra cosa muy diferente es que quieras estar encima de mí. En ese caso escucharía encantado lo que tengas que decirme.

No me molesté en contestar, volví a enseñarle el dedo mágico apuntando hacia el techo y salí muy digna de la sauna. Escuché sus carcajadas fuertes incluso desde el vestuario.

Arreglarme, para no coger una pulmonía, me supuso un grandísimo esfuerzo. La sauna había agotado las pocas energías que me quedaban. Por

suerte el secador que había era muy potente en pude secarme el pelo rápido. Salí de la sauna soñando en meterme en la cama, el baño que tenía pensado darme lo dejaría para otro día.

Ya estaba seca, por lo que iba directa a ponerme el pijama y a tumbarme en la cama. En cuanto lo hiciera no duraría mucho tiempo consciente. La ducha esperaría a mañana por la mañana, antes de bajar a desayunar con mi hermano y mis amigas.

En cuanto estuve debajo del nórdico y arropada, mis pensamientos me llevaron de vuelta a la sauna, a todo lo que había sentido dentro de ella ante la aparición de... Kaarle, repetí varias veces mentalmente. Ese nombre fue mi último recuerdo consciente antes de dejarme vencer por el cansancio.

Soñé con un bosque, soñé con una sauna, soñé con unos ojos penetrantes de mirada intensa, soñé con provocaciones y con sonrisas pícaras, pero de lo que más disfruté fue de lo que sucedió en cada uno de los lugares que he mencionado, acompañada de una persona que se estaba apropiando de demasiadas cosas de mí.

Capítulo 18

Kaarle

Hacía una hora que salí del hotel, el mismo tiempo que faltaba para que abrieran el comedor para el desayuno. Me había alejado bastante, pero por el momento no tenía la intención de regresar.

Continué avanzando sin rumbo fijo, como atraído por todo lo que me rodeaba, hasta que me paré al llegar a un lago, uno diferente al que había cerca del hotel. Observando cómo el agua empezaba a brillar con los primeros rayos de sol, caminé hasta una roca que estaba situada a pocos metros.

Sentado en ella, con la vista fija en los destellos, perdí la noción del tiempo.

La noche había sido buena, por lo menos las horas que había descansado porque me costó mucho dormirme. Hasta las dos de la madrugada no conseguí que los ojos se me cerraran solos y teniendo en cuenta las horas que pasé mirando fijamente el techo de la habitación…

Cuando Edmee se fue de la sauna yo no salí de ella hasta pasada media hora más. Aproveché que nadie entraría a interrumpirme y disfruté en soledad. La verdad es que ese fue mi propósito al regresar de la cena improvisada a la que nos llevó Jaakko, para vivir aún más la experiencia teniendo contacto directo con la naturaleza.

Aguanté el máximo tiempo posible con el grupo, hasta que decidí regresar por el mismo camino. No había pérdida hasta el hotel, era ir en línea recta toda la distancia y es lo que hice. La idea de ir a la sauna al llegar se me ocurrió sobre la marcha y tomó peso conforme la silueta del hotel se hizo visible entre los árboles.

Di por hecho que estaría vacía, no pensé en otra opción, a pesar de que fui muy consciente de la ausencia de Edmee durante todo el día. Al estar desaparecida, o más bien encerrada en su habitación, lo que menos me esperé es que ella precisamente estuviera en su interior.

Fue una gran sorpresa y es justo que diga que muy gratificante, demasiado para todas las sensaciones que me recorrieron en cuanto abrí la puerta y me quedé por unos segundos paralizado. Verla dentro, con tan solo una toalla cubriéndole el cuerpo, toalla que no era muy grande que digamos, mientras el vapor le había mojado el cuerpo y las gotas de agua se deslizaban por su piel… Joder, fue un gustazo y un martirio al mismo tiempo.

Mi cuerpo reaccionó de forma natural, pero poco me importó que ella se diera cuenta. Fue peligroso tentar a la suerte con la puñetera toalla tapándome lo justo y necesario, al límite de mostrar demasiado, aunque el pensamiento de que tendría que haber sucedido un pequeño accidente en el que la toalla cayera hacia los lados, o que cierta parte de mi cuerpo se hiciera paso hasta salir a la superficie, por estos pensamientos me había costado mucho conciliar el sueño.

En aquel momento le di demasiadas vueltas a la situación, visualicé todas las puñeteras alternativas que ofrecía la sauna vacía, pero la realidad es que no hice nada, solo me conformé con mirar fijamente a Edmee y aprovechar los momentos en los que ella desviaba la vista de mí, para memorizar su imagen y recorrer lentamente con los ojos cada centímetro de su piel expuesta y la que ocultaba la toalla.

Estuve a punto, me faltó muy poco para dar un paso más, pero su expresión cansada y agotada me frenaron. Desde nuestro encuentro, antes del desayuno, sabía lo ocupada que estaría. Escuché a propósito la conversación que tuvo con sus amigos, cuando se dirigía a su habitación.

Como digo al final del día se le notó exhausta y mi preocupación superó con creces a mi diversión. Muestra de ello, de lo primero, es que se quedó dormida sin darse cuenta. Al principio me alteré y me cabreé porque se quedó completamente indefensa y expuesta, cuando yo no era más que un desconocido para ella. Se me pasaron muchas imágenes negativas por la cabeza, las de una mujer a la que únicamente le cubría el cuerpo una toalla, y ni eso.

Mi malestar fue desde el punto de vista de que pudiera haberle sucedido algo, está claro que por mi parte no tenía nada de lo que preocuparse, aunque eso solo lo sabía yo. Durante un rato no pude controlar mi carácter, mi genio, hasta que poco a poco encontré la calma y la serenidad, sin apartar los ojos de sus facciones completamente relajadas que tuvieron el mismo efecto en mí. Lo que Edmee no supo, ni lo sabría, es que me acerqué a ella para ayudarla cuando su cuerpo cayó hacia un lado, deslizándose por la húmeda pared.

La puñetera toalla me hizo maldecir en varios idiomas, por la postura en la que se quedó. Es algo que no voy a detallar porque por el momento, para mí se queda. Fui hasta ella y la incorporé en el banco, despacio y con cuidado, hasta que la coloqué más o menos en la misma posición que tuvo desde que aparecí, al igual que la toalla, la que acomodé sobre su cuerpo para que todo lo que quedó perfectamente visible volviera a estar oculto. Por mi salud mental y por su vergüenza, aunque por mucho que lo había intentado me había sido imposible borrar de la memoria el recuerdo de la sauna.

Lancé una piedra pequeña a la orilla del lago, sonriendo al acordarme cómo supe su nombre. Ya lo sabíamos ambos y no sé porque ese simple detalle me tranquilizó, me gustó demasiado. El último intercambio de

palabras que tuvimos, por lo de los nombres, también me mantuvo despierto y pensativo.

Giré la cabeza hacia atrás, al escuchar un ruido. Durante unos segundos miré hacia los lados, pero no vi a nadie. Le quité importancia pensando en que algún animal andaba cerca de donde me encontraba y continúe admirando la zona. Conseguí dejar la mente en blanco, completamente, y durante un tiempo largo me asilé por completo de la realidad.

Estaba tan relajado y tan bien, que no me di cuenta de que tenía compañía hasta que escuché la voz que me habló.

—Hola —me sobresalté tontamente y me levanté—. Perdón, no quería asustarte, pensaba que me habías oído llegar.

Tenía ante mí al hombre que acompañaba a Edmee y a sus amigas, el que formaba el grupo de cuatro junto a ellas.

—No pasa nada, estaba despistado —carraspeé.

—En este lugar es normal quedarse ensimismado con cualquier cosa.

—Sí —confirmé.

—Mi nombre es Yael, no nos presentamos la noche de las hogueras ni en otro momento, hasta ahora —me ofreció una mano y se la acepté.

—Yo soy, Kaarle —asintió—. Has llegado muy lejos, ya debe ser la hora del desayuno —comenté mirando la esfera del reloj de pulsera.

Estuve en lo cierto, hacía quince minutos que el comedor estaba abierto.

—No pasa nada, llegaré a tiempo. Me apetecía caminar y las chicas hoy no querían madrugar tanto. Es hipnótico —dijo, dirigiendo la vista al lago.

—Sí, por eso me he quedado embobado —comenté y sonrió de medio lado.

—En este lugar parece que no importa el tiempo —dio varios pasos hacia delante, hasta que se quedó a centímetros del agua—. Los días son muy largos y dan la sensación de interminables. En este país todo es tranquilo, hasta lo poco que vimos hasta llegar aquí me sorprendió, es muy diferente a lo que estoy acostumbrado. ¿De dónde eres?

—Soy finlandés —fruncí los labios, divertido al ver su expresión.

—Joder, y yo aquí detallando todas las novedades. Para mí lo son, claro —rio.

—Nací en Helsinki y continúo viviendo en la ciudad —asintió.

—Así que no has tenido que desplazarte mucho para vivir esta experiencia… Estás al lado de tu casa.

—Correcto, tuve mucha suerte —le hice un guiño—. Tuvimos, mis amigos también son de Helsinki.

—Las chicas y yo queremos ir, pero no sé si dispondremos del tiempo suficiente con lo de las pruebas y eso. A no ser que cuando nos vayamos de aquí busquemos otros vuelos, los que tenemos tienen cerrados el día y la hora de regreso —dijo pensativo.

—Seguro que sí, por lo que me he informado ocuparán las horas de las mañanas, a excepción de algún día en el que serán nocturnas. El resto del tiempo es libre —le aclaré.

—Estupendo. Aleski, el hombre que nos trajo al parque donde nos reunimos con Jaakko, nos dijo que hay varios puntos en el parque a los que

accede el transporte público.

—Es buena opción, el problema es que desde el hotel hay bastante distancia y perderíais mucho tiempo. Estamos bastante al interior del parque, pero si habláis con la recepcionista seguro que os puede solucionar lo del transporte, por vuestra comodidad.

—Sí. Ya veremos… Gracias.

—No hay de qué. ¿Tú, de dónde eres? —le devolví la pregunta.

—De España, como las chicas que me acompañan.

—¿En serio? —Arqueé una ceja, sorprendido.

—¿No lo parece? —preguntó con expresión divertida.

—La verdad es que no, habláis muy fluido el inglés. Tenéis muy buena entonación, no he notado la diferencia con el resto de los huéspedes.

—¿Lo sabes por alguien en particular aparte de mí? —me miró de reojo y sonreí de medio lado.

—Quizás, suelo estar muy atento a todo lo que me rodea, y más si merece la pena.

Los dos sabíamos de quién estábamos hablando, lo tuve claro por sus gestos, y todo podía ser que él fuese la pareja de Edmee porque era un dato que no me había aclarado al mencionarla. Todavía terminábamos mal, pensé.

—Entiendo… —asintió, observando de nuevo el lago.

Nos quedamos en silencio durante un buen rato, solo interrumpido por los sonidos característicos del canto de algunos pájaros.

—¿Sabes cuándo empezarán los juegos o las pruebas? No disponemos de muchos datos de cómo serán.

—Jaakko se encargará hoy de hablar con todos, lo que no sé a qué hora —comenté.

—Que gane el mejor —volvió a ofrecerme la mano y como la vez anterior, se la acepté rápido.

—Que gane el mejor, aunque no estaría mal que me especificarás en qué exactamente —lo tanteé.

Mis palabras provocaron que soltara una carcajada, pillando mi directa al instante.

—Noté tu interés la noche de las hogueras —arqueó una ceja.

—¿Y eso es un problema?

—Según para qué y en qué sentido.

—Tenía muy claro que… da igual —sacudí la cabeza—. Está visto y comprobado que soy de cambiar sobre la marcha, me dejo llevar por los impulsos.

—¿Te has dejado llevar mucho por ellos hasta ahora? —carraspeó y lo miré de reojo.

Era difícil saber si la conversación le estaba molestando o le divertía, su pose y su actitud no me lo ponían fácil para decidirme por una de las dos opciones.

—Quizás… pero sorprendentemente contenido —respondí con sinceridad, disimulando la diversión que me provocaba la situación—. ¿Es un problema para ti? —insistí.

—Siempre y cuando Edmee esté bien, no —me dejó claro.

—¿Qué te une a ella? —pregunté directamente, necesitaba salir de dudas de una vez por todas.

—Es mi hermana —dijo y me sorprendió, no había tenido en cuenta esa posibilidad—. Por lo tanto, la protegeré en todo momento, de quién sea, hasta de ella misma —se giró para decírmelo de frente.

—Nos parecemos bastante, por si te interesa saberlo. Me refiero a ti y a mí.

—Está bien saberlo, no me gustaría tener que provocar algún pequeño accidente en las pruebas para sacarte de en medio.

En esta ocasión el que soltó una carcajada fui yo, tuve que reírme por cómo me lanzó la amenaza y me pregunté cómo es que no me había dado cuenta de lo que los unía porque me acababa de quedar muy claro que eran tal para cual. Me refiero a algunos comentarios y actitudes, en apariencia costaba encontrar las similitudes entre los dos.

Esas fueron sus últimas palabras. Levantó una mano antes de caminar hacia los árboles, alejándose de mí.

—Hermanos… —susurré negando.

La paz que había conseguido aumentó por esa información, y el resultado me llevó a quedarme pensativo, observando por donde había desaparecido Yael.

¿Qué mierda me había hecho Edmee? Buenísima pregunta que no estaba dispuesto a contestar, por el momento.

Dejé pasar unos minutos y cuando consideré que habían pasado los suficientes para continuar solo, seguí su camino, para regresar al hotel. Tenía por delante una buena caminata, lo que me venía genial para aclarar las ideas, o al menos para intentarlo. Necesitaba centrarme lo máximo posible, nunca había sentido tantas contradicciones.

—Hermanos —repetí entre susurros—. Y españoles —sacudí la cabeza.

No hubiera acertado si me hubiesen preguntado de qué país eran. Tenía claro que el carácter de los cuatro, por lo que había presenciado y apreciado, era muy diferente a los de los restantes huéspedes, pero ni por esas habría dado con la respuesta correcta.

Me sorprendí a mí mismo al pensar que era una locura, un problema añadido y una putada, directamente. ¿A cuento de qué? Continué ignorándome a mí mismo, era mejor que no me contestara.

Capítulo 19



Edmee

Alargué la pierna para meter los dedos del pie en el agua. Estaba bastante fría, pero la temperatura te hacía querer refrescarte de alguna manera.

Hoy Jaakko, el que Yael, Gaby y Nadia me habían dicho que era el encargado de acompañarnos a los sitios cuando salíamos del hotel, y el responsable de los juegos que nos enfrentarían con los demás, nos había traído a un lago un poco más pequeño que el que se encontraba cerca del hotel.

Íbamos a comer aquí, la comida estaba cargada en el maletero de uno de los todoterrenos que habían dejado a la sombra. Habíamos necesitado varios para trasladarnos. En cuanto llegamos comprendimos porqué la elección de este lugar, en la orilla no había piedras, solo arena donde colocamos las toallas.

Yo estaba sentada en la mía, con las piernas estiradas y las manos hacia atrás, recostada aguantado el peso de la parte superior del cuerpo. Me mojaba los pies de vez en cuando, los más atrevidos, a los que les iba el riesgo, estaban disfrutando de lanzarse al agua desde varias rocas grandes y elevadas.

—Menos mal que no somos las que estamos más blancas —dijo Nadia, tumbada a mi lado.

Gaby estaba al otro y a continuación tenía la toalla de mi hermano que hacía rato que se fue a aventurarse a recorrer los alrededores del lago.

—No me importaría si fuera el caso —comenté.

Con lo poco que había podido disfrutar de la piscina de mi casa no había sido suficiente para coger color.

—Somos pieles pálidas, chicas —rio Gaby.

Levanté la cabeza, para que el sol me diera en la cara, pero me moví rápido, soltando un pequeño grito, cuando una gran cantidad de gotas frías de agua cayeron sobre mi piel caliente.

—Joder, pareces un perro —volvió a reír Gaby, refiriéndose a mi hermano.

Se había colocado detrás de nosotras y acababa de removerse el pelo para quitarse el exceso de agua. Me hizo un guiño cuando me giré con cara de pocos amigos, sabía perfectamente la rabia que me daba lo que acababa de hacer. ¿Le importó? No, terminó riendo con Gaby.

—Estoy pensando en darme un baño rápido —dijo Nadia, incorporándose.

—Decídete porque vale la pena —aseguró Yael—. ¿Tú no te animas? —me preguntó, poniéndose en cuclillas.

—Por ahora no, dentro un rato a lo mejor me atrevo.

—Estás ardiendo —me tocó el hombro descubierto.

Todos los que habíamos venido al lago íbamos en traje de baño, por suerte nosotros los metimos en las maletas pensando en que el hotel podía tener piscina. Yo llevaba uno de los bikinis que más me gustaba como me quedaba. Nos embarcamos en esta aventura sin muchos datos, así que los «por si acaso» en esta ocasión nos habían salvado.

—Ven conmigo —me pidió Yael.

—No —reí con ganas—. Si te acompaño ya sé cómo terminaré —negué.

—Cobarde —rio.

—Lo que tú digas, pero paso de estar hundida en el lago y escuchar tus carcajadas —arqueé una ceja.

—Perdón —la voz de una chica nos hizo girar las cabezas y mirarla.

Era la única mujer del grupo de Kaarle, el que por cierto debía estar por alguna parte porque desapareció al poco de que llegáramos. No había vuelto a verlo.

—Os he escuchado —nos sonrió, pasando la mirada de unos a otros—. Me llamo Eevi.

—Encantado —mi hermano, fue el primero en reaccionar—. Mi nombre es Yael —ella asintió sonriéndole, con la cabeza un poco ladeada.

La siguiente en presentarse fue Gaby, seguida de Nadia y de mí.

—Mis amigos y yo estamos en una zona mejor que esta, podéis venir con nosotros. Hay para tirarse desde las rocas y como una pequeña playa para entrar caminando. En esa parte parece que el agua es más cálida.

—Mmm… has dicho las palabras mágicas —comentó Gaby, incorporándose rápido.

Eevi rio, mientras yo miraba a mis amigas y a Yael, para saber qué les apetecía hacer. El agua más cálida era tentadora, pero si la seguíamos iríamos directos hacia sus amigos, lo que es lo mismo que encontrarme de cerca de nuevo con Kaarle. Desde la noche de la sauna se había mantenido a distancia de mí, lo que por un lado me hizo respirar más tranquila, pero por el otro, no me gustó. ¿Me entendéis? No lo sé, pero yo no.

Y como si Eevi me hubiese leído el pensamiento, o quizás mi expresión fue como un libro abierto, sus siguientes palabras me sacaron de golpe de mis pensamientos.

—Kaarle se fue en cuanto colocó la toalla, todavía no ha vuelto —se encogió de hombros—. Lo mismo apura el tiempo hasta que nos vayamos.

—A mí me parece bien —comentó Yael y ella le sonrió con… ¿picardía?

Mmm… me había perdido algo. Me faltaba información, pero se la sacaría a mi hermano. Vamos que sí. Se habían presentado, por lo que hasta hace minutos no sabían sus nombres, pero eso no quitaba que no se hubiesen mirado con alguna intención que se me estaba escapando. Quizás se aceraron durante el día que estuve encerrada en la habitación, o tal vez por la noche, cuando cenaron en el picnic lejos del hotel. O también estaba la opción de que se llamaban la atención mutuamente y se habían fijado el uno en el otro. Esto último sí que me quedó claro por el cruce de miradas de ambos.

—Vamos, será guay —dijo animada Gaby, recogiendo su toalla y la mochila.

Nadia y yo la seguimos, y le ofrecí sus cosas a mi hermano, que ni se había molestado en recogerlas. Estaba muy entretenido en no apartar la atención de Eevi, mientras ella le decía que conocía muy bien la zona y los

lugares donde perderse. Interesante elección de palabras, entre todas las cosas que podía decir, me dije.

—¿De dónde eres? —se interesó Nadia, mientras caminábamos guiados por Eevi.

—De Finlandia —contestó Yael por ella.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? —le pregunté con una ceja arqueada.

—Me lo dijo Kaarle —respondió como si fuese lo más normal y agrandé los ojos.

—¿Desde cuándo sabes su nombre y en qué momento has hablado con él? —jadeé.

—¿Y tú como estás segura de que no me he equivocado y me he inventado el nombre? —sonrió de medio lado— ¿Tienes algo que contarme hermanita? Porque no sé si te has dado cuenta, yo voy a lo mío, pero no dejo de recoger los hilos que vas dejando por el camino.

Eevi soltó una carcajada, atenta a nuestra conversación. Normal, iba un paso por delante de nosotros.

—¿De qué estáis hablando? —nos preguntó con curiosidad Nadia.

—Ya estás tardando para ponernos al día —me señaló Gaby.

—No tengo nada interesante que decir —bufé, agobiada de repente—. He coincidido varias veces con Kaarle, solo es eso y el motivo por el que sé cómo se llama —sacudí la cabeza, mirando de reojo a mi hermano.

—La última vez en la sauna, de noche —remató mi explicación Eevi.

Maldije porque estuviera al corriente, mientras tres pares de ojos no se apartaban de mí.

—¿Qué? Es una sauna para todos los del hotel y nosotros somos huéspedes —puse los ojos en blanco—. Lo más normal es que suceda y fuiste tú el que me animaste a que lo hiciera, por eso fui —señalé a Yael.

—Define suceder —carraspeó mi hermano—. Porque hay partes en las que no soy cómplice.

—Kaarle se encontró con tu hermana, ella estaba en la sauna antes de que él llegara —dijo Eevi y me mordí el labio inferior—. Lo demás que sé es que les fue muy bien.

Joder, hasta sabía que éramos hermanos. ¿Había algún dato que desconocía de nosotros? Eso quería decir que…

—¿Le dijiste a Kaarle que somos hermanos?

—Sí, ¿algún problema? Que yo sepa nunca te has avergonzado de mí —elevó las dos cejas.

—¿Qué dices? Jamás lo haría —hice una mueca.

—Ah, no sé, tus palabras han sonado a reproche. Para que lo sepas, hasta que Kaarle no me sacó la información no paró —sonrió de medio lado.

—Típico de Kaarle cuando quiere y busca algo —comentó Eevi, con la cabeza girada hacia atrás.

—¡Cuidado! —exclamó Yael, lanzándose a ella.

La agarró del brazo justo cuando su cuerpo se precipitaba hacia delante, al tropezarse con la rama de un árbol.

—Gracias —soltó un suspiro.

—¿Haciéndote el héroe, hermanito? —dije al pasar por el lado de los dos.

Los adelanté, aunque no tenía ni puñetera idea hacia dónde íbamos.

Yael, Nadia y Gaby, soltaron una fuerte carcajada, el sonido provocó que los pájaros que descansaban sobre nuestras cabezas, en las ramas de las copas de los árboles, emprendieran el vuelo para alejarse. La risa de Eevi no la escuché, pero cuando me paré para que volviera a ponerse la primera, me hizo un guiño sonriente.

—¿Has dicho que les fue muy bien en la sauna? —insistió Gaby, sin olvidar el tema.

—Sí, con toallas pequeñas cubriéndoles los cuerpos —le respondió Eevi y tuve que retener el impulso de agarrarla del pelo para tirarle de él.

—La madre que te…

—Silencio —corté a Gaby— Joder, estáis dándole vueltas a algo que no tiene sentido, lo habéis sacado de contexto. ¡Si hasta me quedé dormida en la sauna y Kaarle tuvo que despertarme desde el banco del que no se movió! —Levanté las manos en el aire— Esto es absurdo —bufé.

—¿Seguro que te dormiste y no te desmayaste? —quiso saber mi hermano.

La diversión se había esfumado de golpe de él, ahora estaba preocupado, protector.

—Claro, sé diferenciarlo —le sonreí con cariño.

—Tranquilo, estaba en buenas manos con Kaarle —dijo Eevi—. Yo pondría mi vida en las suyas, sin dudarlo.

La determinación y la seguridad con la que habló nos dejó callados a todos, justo cuando a lo lejos, a varios metros de distancia, vimos a sus amigos sentados en sus toallas, hablando. En cuanto escucharon ruido y nos vieron, se levantaron para recibirnos. Noté las miradas de los dos hombres puestas en mí más tiempo del normal y me puse nerviosa, pero por suerte las desviaron.

—Ellos son Leevi y Emil —nos los presentó Eevi, señalándolos al mencionarlos.

Los saludamos y también hicimos nuestras presentaciones, uno por uno.

—Les he invitado a que se unan a este rincón —les dijo a sus amigos.

—Es una estupenda idea —comentó Leevi, sonriente—. Señoritas y caballero, ocupen el lugar que más les guste —habló haciendo una inclinación, como una reverencia, y todos reímos porque fue cómico.

Le hicimos caso y enseguida colocamos las toallas a los lados de las de ellos, yo me moví estratégicamente para poner la mía junto a la de Eevi. La de los tres amigos estaban contiguas y la última, vacía, pertenecía a Kaarle. Me acomodé lo más lejos posible de esa posición, por si regresaba en algún momento.

Me tumbé y cerré los ojos, disfrutando de la sensación del sol bañándome la piel. Aún quedaba para la hora de la comida, no teníamos que preocuparnos porque Jaakko nos buscara para entregárnosla. Cuando fuera el momento nos acercaríamos nosotros al todoterreno, pero por ahora tocaba disfrutar.

Me relajé tanto que las voces a mi alrededor fueron convirtiéndose en murmullos, hasta que empecé a oírlas tan lejanas que no capté lo que decían, ni supe identificarlas. Caí en un sueño profundo. Me llegó algo parecido al ruido de un chapoteo, pero no supe si estaba soñando o alguien se había metido en el agua. No pude separar los párpados para comprobarlo.

Capítulo 20

Kaarle

Giré entre los dedos el pequeño trozo de rama que había cogido en el camino. Después de horas perdido por el bosque, decidí regresar junto a mis amigos, para disfrutar con ellos de otra forma diferente.

El lugar apartado del que nos habíamos apropiado hasta que nos fuéramos era uno de los más tranquilos y solitarios, quedaba apartado y si no conocías cómo moverte, era complicado que alguien diera con él. Ofrecía intimidad y soledad, aparte de la oportunidad de aventurarse en el lago de distintas formas.

Apoyado en el tronco de un árbol devolví la rama a su lugar, junto a mis pies, mientras recorría con la vista cada rincón de la zona que tenía delante. Hacía cinco minutos que había llegado, aproximadamente, los mismos minutos que no me había movido al encontrarme de frente con una imagen que no esperaba ver. Aquí me quedé, protegido por la sombra de los últimos árboles que delimitaban el bosque. El agua del lago brillaba con intensidad por el reflejo de los rayos del sol, pero estaba en calma porque no había nadie dentro, ni mis amigos, ni los dueños de las toallas que se habían sumado a las de nosotros cuatro.

Había mucho silencio. De vez en cuando las voces y los gritos lejanos, provocados por los saltos desde las rocas más altas, sonaban amortiguados en esta parte del lago. Todo lo que he comentado era una estampa idílica,

pero toda mi atención se había centrado en el cuerpo de la mujer que estaba tumbada sobre la única toalla ocupada. De los demás no había rastro, en algún momento se fueron y no quisieron despertar a Edmee.

Me impulsé separándome del árbol y caminé lo más silencioso posible hasta ella. Me deleité observando su cuerpo, con un bikini que me pareció un pecado. La primera vez que la vi con él no había podido apreciar la imagen de su cuerpo, fue cuando regresé hacía unos minutos y me sorprendió que ella, sus amigas y su hermano se hubiesen unido a mi grupo. Al llegar al lago junto a Jaakko, no tardé en desaparecer cuando todas las personas continuaban con la ropa puesta.

Me paré a un paso de la cabeza de Edmee, admirando lo bien que le quedaba el puñetero bikini. La parte de arriba que le cubría los pechos se los recogía perfectamente, pero por la posición que tenía dormida la tela se había deslizado un poco hacia abajo, dejando ver más de la cuenta la curva de cada uno de sus pechos. Para mí me hubiese encantado encontrarme con la tela más bajada, justo para poder ver sus pezones, o el inicio de ellos, pero agradecía que no fuera el caso porque no era el único que podía llegar hasta aquí, como también que en algún momento aparecerían los demás.

Seguí bajando la mirada por su barriga, tan lentamente como me gustaría acariciarla con las manos y la boca, hasta que llegué a la braga pequeña del bikini, un triángulo atado a los costados del que era muy fácil librarse. Volví a moverme, lentamente, hasta que me quedé en el lateral. Fruncí los labios porque tuve claro el por qué había elegido ponerse a este lado y no al contrario, donde mi toalla era la última de la hilera que formaban las ocho.

Recorrí con la vista sus piernas, reencontrándome con la misma imagen que en la sauna. En aquella ocasión vi mucho más que en este instante, muchísimo, cuando se quedó dormida frente a mí. Ascendí con la mirada hasta su cara, parecía que dormía tan plácidamente, pero el color de su piel indicaba que llevaba demasiado tiempo expuesta al sol.

La tenía enrojecida, en la posición en la que estaban colocadas las toallas no había posibilidad de que les diera la sombra. Los árboles quedaban apartados de la orilla. Me agaché con cuidado, quedándome en cuclillas. Se había recogido el pelo en un moño, bueno, el algún momento lo fue porque lo tenía casi desecho y los mechones que se le habían escapado descansaban sobre la toalla y parte de su cara.

Levanté la vista, echando otro vistazo al lugar, para asegurarme de que continuaba sin haber nadie cerca. Si mis amigos y los suyos, junto a su hermano, regresaban, la primera alerta que me llegaría sería el sonido de sus voces y el de sus pasos. Yo me enteraría antes de que ellos nos vieran.

Me puse de rodillas en la toalla y me incliné para retirarle el pelo de la cara. Fruncí los labios al ver cómo movía la nariz y los labios, como si le hubiera hecho cosquillas y no se hubiese podido resistir. Apoyé una mano en la toalla, a la altura de su cabeza, y me propuse darle la sombra que necesitaba con urgencia su cuerpo.

Me iba a divertir en cuanto abriera los ojos y se diera cuenta de lo que sucedía, de cómo estábamos. Ni me lo pensé cuando me tumbé a su lado y con cuidado, me coloqué encima. El roce de la piel de todas las partes de nuestros cuerpos que se quedaron en contacto me hizo apretar la mandíbula y soltar el aire despacio.

Lo mismo no había sido buena idea, me dije.

Edmee se movió debajo de mí al notar el cambio, pero no se despertó. Cogí uno de los mechones que tenía sobre la toalla y jugué con él entre los dedos, enrollándolo y acariciándolo. Era una parte de ella que me encantaba, su melena era lisa, incluso más de lo que pensé porque hasta este momento solo había sacado la conclusión al verla.

Era consciente de que no estaba bien lo que estaba haciendo, aunque realmente solo me había colocado sobre ella. No iba a hacer nada más hasta que no abriera los ojos, por supuesto, jamás me tomaría la libertad de

traspasar unas barreras que solo Edmee podía echar abajo, si lo deseaba. Pero, a pesar de eso, me tomé el privilegio de agachar la cabeza y dejar los labios muy cerca de la piel de su hombro, mientras estaba tranquila y en calma, lo que terminaría en cuanto se despertara.

Aspiré su olor, no me reconocía, en mi puñetera vida había actuado como en este instante, pero si digo que no lo disfruté estaría mintiendo.

Supe cuando llegó el momento exacto en el que la calma dio fin. Levanté la cabeza al notar el cambio, movió la suya hacia los lados, mientras sus ojos se movían por debajo de los párpados. Hasta que los abrió y por unos segundos demasiado placenteros no sucedió nada.

Me encontré con su expresión adormecida, sin que ninguno de los dos apartara los ojos del otro, a muy corta distancia. Hasta que pasó lo inevitable.

—¿Qué…? —empezó a decir, desconcertada al ser cada vez más consciente de nuestra cercanía.

Agrandó los ojos de golpe, entre asustada y sorprendida. Lo primero no quería que lo sintiera, joder, pero ya era tarde.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó en tono muy bajo.

Si no estuviese tan pegado no me habría enterado, apenas movió los labios al hablar.

—Estaba comprobando si respirabas y tenías pulso —respondí tranquilamente y frunció el ceño—. Debía asegurarme, por si necesitabas una reanimación —apreté los labios.

—Reanimación… —repitió— ¿Y para eso necesitas estar aplastándome?

—¿Peso tanto? —Me hice el sorprendido— Estoy descargando el peso con los brazos y aparte del motivo que te he dado por estar así, que es para tener muy en cuenta, estoy haciendo una buena obra contigo.

—¿A qué te refieres?

O todavía estaba más dormida de lo que parecía o se encontraba muy a gusto con mi cuerpo sobre el suyo. Me sorprendió que no me diera un empujón para librarse de mí, pero no iba a ser yo quien se quejara porque me estaba gustando mucho cómo se desarrollaba la situación.

—Tienes la piel enrojecida por el sol, te has quemado —le aclaré—. Te estoy dando sombra para que no termine en desastre —elevó las dos cejas —. ¿No te tira?

—¿Eh?

—La frente —se la acaricié con varios dedos y no me apartó la mano de un manotazo.

—Un… poco.

Busqué sus ojos, dándome cuenta de la dirección en la que los suyos miraban: a mis labios.

—¿Te gusta, preciosa? —acorté más la distancia, quedándome a centímetros de su boca.

—¿Qué…? O por favor, ¡apártate!

Colocó las manos sobre mi pecho y me empujó al final, pero no consiguió su propósito. Para ser realista no hizo mucha fuerza y hubo unos segundos en los que movió los dedos por mi piel, como recreándose con el contacto directo. Sus movimientos debajo de mí para escapar fueron peor para los

dos. Nuestros cuerpos se rozaron demasiado y cierta parte del mío quedó expuesta, la que fue imposible que no notara porque estaba excitado. Reacción física, no pude hacer nada para evitarlo.

Solté una carcajada cuando caí en la toalla de al lado, cuando reaccionó sacando las fuerzas que no había utilizado. Me quedé tumbado bocarriba, riendo, mientras ella se incorporaba de golpe y evitada mirarme para que no se le fueran los ojos hacia donde según ella no debía. A mí me habría encantado que se fijara detenidamente en la erección que me abultaba el bañador. Lo estaba deseando, pero no sucedió.

Sentada con la espalda rígida, buscó con la vista a los demás.

—Estamos solos —le dije al cabo de unos minutos porque continuó insistiendo en localizar a alguien.

—¿Dónde están?

—No lo sé —me senté en la misma posición y giré la cabeza hacia ella—. He llegado hace unos minutos y no había nadie más que tú, durmiendo.

—Sí que me he quemado —susurró mirándose la piel de los brazos y de las piernas.

—Es el comienzo del verano, no tienes la piel acostumbrada —dirigí la atención hacia el lago—. Sería bueno que te refrescaras.

—No —respondió rápido y la vi fruncir los labios.

—¿Te da miedo meterte en un lago? ¿O es que no sabes nadar?

—¿Y qué pasaría si las dos respuestas fueran afirmativas?

—Nada —la observé con curiosidad—. El miedo se supera y cada día aprendemos algo, yo podría ayudarte con las dos cosas.

—Mmm… —carraspeó— Gracias, pero no es mi caso. Sé nadar, si me he negado a meterme en el lago es porque tengo la piel ardiendo y si ya de por sí me cuesta adaptarme al contraste del cambio de temperatura con el agua…

—Con lo de nadar he dudado, aunque no sería extraño que no supieras, pero pensaba que ibas a darme otra respuesta.

—¿Cómo cuál?

—Si te asustaste por una ardilla voladora que confundiste con un murciélago y casi te lanzaste al suelo, pensaba que me dirías algo parecido a que te daba miedo meterte por si habita alguna especie acuática desconocida para ti —fruncí los labios.

—Joder, ¿la hay? —Agrandó los ojos.

—No he buceado para comprobarlo —solté una carcajada.

—Y no es que confundiera la ardilla con un murciélago, es que no me dio tiempo a ver bien lo que pasó volando por encima de mi cabeza —bufó.

—Ya…

—Lo estoy diciendo en serio —se cruzó de brazos.

—Ajá.

—¿Dónde mierda están los demás? —se quejó insistiendo.

—¿Te sientes inquieta conmigo? ¿Te pongo nerviosa? —Me levanté despacio. Mi erección continuaba igual, pero no me tapé— Lo mismo tienes tantas ganas de abalanzarte sobre mí, que necesitas urgentemente la presencia de tus amigos y de los míos para controlarte.

—¿Qué dices? —jadeó.

—Creo que la verdad —le hice un guiño—. Se terminó tu paz.

—¿A qué te refieres? —Me miró extrañada.

No le di la respuesta, pero sí tiempo de más para que se relajara antes de lanzarme hacia ella. Su piel iba a refrescarse sí o sí, me daba igual cómo se pusiera, los gritos que soltara y los golpes que me llevara en el proceso.

Necesitaba que nos alejáramos de aquí, quería más tiempo para nosotros solos y si aparecían nuestros amigos el juego se terminaba. Le di la espalda, mirando fijamente el lago, tanteando las posibilidades que ofrecía y lo tuve claro.

Capítulo 21

Edmee

Joder, ¿por qué tenía una espalda tan perfecta? ¡Qué digo! Como si su trasero no se pudiera intuir, y sus piernas se quedaban atrás. Me lamenté por mis propios pensamientos, porque no se trataba únicamente de ciertas partes de su cuerpo. Ver a Kaarle en bañador era demasiado para la cordura de cualquiera, todo en él era digno de admirar. Eso precisamente intentaba evitar, aunque como no me veía observarlo al estar de espaldas a mí, aproveché para darle un buen repaso a su figura.

Aún tenía muy presente lo que estaba escondiendo por delante. Cuando me moví debajo de él y noté cómo su miembro estaba duro y se clavaba entre nuestros cuerpos… el calor se apoderó repentinamente de mí y nada tuvo que ver con la rojez de mi piel, ni por el que acumulé expuesta al sol.

Me dormí sin darme cuenta, pero en ningún momento podría haber imaginado que al despertarme lo encontraría encima de mí. Su cercanía me había descolocado, sofocado y excitado, por mucho que me pesara lo último. Por suerte en mí, no era evidente y pude salir airosa del momento, pero en él… tragué saliva, parecía que todavía notaba su dureza en mi bajo vientre.

Resistirse era una mierda. ¿Por qué lo hacía? La respuesta rápida podía ser un «ni idea», pero sería engañarme a mí misma. Solo iba a estar aquí, en Finlandia, dos semanas y hoy ese número de días ya se había reducido con

los que habían pasado desde que llegamos. Liarme con Kaarle sería muy fácil, pero me daba a mí que olvidarme de él sería muy diferente, todo lo contrario.

No podía arriesgarme a pasarlo mal después, no, era inviable. Todo lo que estaba sintiendo no entraba en mis planes, pero esto no quitaba que pudiera alegrarme la vista con su presencia, era… mierda, impresionante. Con el bañador puesto ocultaba muy poco, aunque incluso lo que escondía lo había notado y podía crear perfectamente una imagen en mi mente. Como no cambiara la dirección de mis pensamientos estaba perdida. No quería que lo notara porque soltaría algunos de sus comentarios y conseguiría alterarme más.

Pero es que había sido tan fácil aceptar su cercanía, mi cuerpo la había recibido y aprobado sin rechistar, e incluso agradeció la sensación del calor del suyo. Hacía unos minutos que lo aparté, pero todavía podía olerlo, tenía el aroma de su perfume metido en la nariz.

El resumen era contradictorio: quería continuar como estábamos, solos, pero al mismo tiempo necesitaba que llegaran nuestros amigos para mantener la distancia.

—¿Qué hora es? —pregunté por preguntar.

—Falta poco más de media hora para la comida —me informó—. ¿Tienes hambre? —Giró la cabeza hacia atrás.

—Un poco, pero aguanto sin problema —me encogí de hombros.

Noté el puñetero calor extenderse de nuevo por mi cuerpo, por su mirada intensa enfocada en… bajé la barbilla, para comprobar que mi bikini estaba en su sitio. No había prestado atención a él desde que me dormí, pero imaginaba que… maldije interiormente al ver la parte superior casi al límite de los pezones, la tela rozaba el inicio de ellos.

Tiré hacia arriba, agobiada, colocándolo donde debía estar. Cuando me atreví a mirarlo de nuevo volvía a observar hacia el lago y lo agradecí, lo que me duró poco porque se giró de repente. Su miembro había recuperado la normalidad, no pude hacer otra cosa que, durante unos segundos, fijar la vista a esa altura. Coincidía con la de mis ojos al estar sentada y él de pie, a solo un paso de mí. Desvié la vista todo lo rápido que pude, avergonzada al máximo porque su sonrisa me lo dijo todo, todo lo que no quería ni necesitaba saber.

Me levanté despacio para no seguir en desventaja por la posición y crucé los brazos a la altura de la barriga.

—¿Preparada? —me preguntó y no lo entendí.

—¿Para qué?

No tuve tiempo para reaccionar, se movió rápido y cuando me di cuenta solté un grito por la sorpresa de verme sobre su hombro, mientras él caminaba hacia el agua.

—¡Ni se te ocurra! ¡Bájame! —intenté patalear, pero me sujetaba con fuerza de las piernas contra su pecho.

—Ahora mismo obedezco.

—¡En el agua no! Joder, para.

Le agarré de la goma de la cinturilla del bañador, con rabia y fuerza. ¿Con qué sentido? No lo sé, pero fue a lo único a lo que pude aferrarme al ser la poca ropa que llevaba.

—Kaarle, no quiero bañarme —me lamenté, viendo cómo sus pies ya caminaban cubiertos de agua.

—Me lo vas a agradecer —dijo convencido, sin pararse.

Cuando el agua le cubría por la cintura me encogí encima de él. Metí la mano, comprobando que me iba a dar algo por la impresión como… sus risas me hicieron centrarme en él, para saber qué mierda le estaba haciendo tanta gracia. Por lo visto yo, porque mi cuerpo estaba contorsionado, haciendo todo lo posible para no rozar la superficie del agua y tenía una postura un poco rara sobre su hombro.

—Me las vas a pagar —le amenacé con rabia.

—Lo estoy deseando, preciosa. Espero que sea con lo que se me ha pasado por la cabeza —me mordí el labio inferior porque sus palabras en vez de enfadarme más me alteraron. Sí, pero de una forma muy diferente—. ¿Quieres hacerlo tú? —se refirió a meterme por mi cuenta en el agua.

—Lo que quiero es regresar a la toalla, no tendría que haberme levantado.

—Iba a cargar contigo igualmente —dijo con un tono divertido y me cagué en él, en voz alta, lo que provocó que volviera a reír.

—Te odio —siseé.

—Lo dudo.

—¡Qué sabrás tú!

—Más de lo que crees.

Con sus palabras se me quedó un grito atascado en la garganta, cuando me agarró con las manos de la cadera y me separó de él con fuerza, con otro movimiento rápido que me lanzó al agua. Por la fuerza con la que tiré de la cinturilla de su bañador cabía una gran posibilidad de que se lo hubiera roto. Poco me importó.

Al hundirme en el agua se me cortó hasta la respiración y reaccioné por instinto para salir a la superficie. Cogí una bocanada de aire, mientras me retiraba el pelo de la cara con una mala leche impresionante.

—Ni se te ocurra acercarte —lo señalé, venía hacia mí.

Para mi sorpresa me hizo caso, se paró de golpe, pero ese detalle no suavizó mi malestar y debido a ello, no fui consciente de lo que sucedía, del motivo real por el que se había quedado paralizado a un metro de mí. Su mirada… tragué saliva al ir dándome cuenta, demasiado tarde, del desastre que había provocado mi caída en el agua.

Las mejillas me ardieron cuando me llevé las manos a los pechos fríos. Me los cubrí con ellas y me tragué un gemido cuando yo misma me lo provoqué. Tenía los pezones tan duros y sensibles, joder, y él no se había perdido detalle al tener la parte de arriba del bikini enrollada por debajo de los pechos, la que solo era una tira ancha sin tirantes. Todo el conjunto provocó que sus ojos me observaran de una forma muy diferente. Transmitían algo distinto a lo que no había visto hasta este momento.

—Imbécil —solté mientras me daba la vuelta para darle la espalda, más avergonzada que enfadada.

—Qué rencorosa —carraspeó.

—Vete a la mierda y ni te imaginas hasta cuánto.

Después de colocarme bien el bikini levanté la barbilla al quedarme frente a él de nuevo, con más ganas que nunca de perderlo de vista. Por suerte el fondo era cómodo para caminar descalza, liso, exceptuando algunas piedras de tamaño pequeño. Empecé a andar y pasé por su lado, sin dedicarle una mirada.

Para mi sorpresa y mi desgracia no se quedó conforme y jadeé sobresaltada cuando me rodeó la cintura con un brazo y pegó mi costado al suyo.

—¡Quieres parar ya!

—¿Por qué tienes tanta prisa? Ya estás mojada y, aunque no lo reconozcas porque eres cabezota, te ha sentado bien.

—Olvídame.

—No me lo pones fácil, preciosa. Es lo que intento hacer desde que te vi la primera vez.

Su confesión me dejó sin palabras. Lo miré de reojo y mi cuerpo traicionero se relajó al sentir la calidez del suyo. Era la única fuente de calor a mi alrededor, así que no pude objetar nada. Empezó a moverse para que el agua nos cubriera más, hasta que nos llegó al pecho. Me soltó e increíblemente que lo hiciera me molestó mucho más que me lanzara a traición al agua.

—¿Vamos hasta allí? —señaló en una dirección y la seguí con la mirada.

—¿Para qué? ¿Qué hay?

No me pasó desapercibida su sonrisa pícara, al no quejarme de estar a remojo. Se había salido con la suya, al igual que había acertado en que me sentaría bien y necesitaba mojarme, pero ni una cosa ni la otra iba a admitirlas en voz alta.

—No lo sé, se trata de investigar.

Bajé la mirada al agua, no se veía nada, estaba tan oscuro el fondo que de cintura para abajo no se distinguían nuestros cuerpos.

—¿No has dicho que no te daban miedo las posibles especies acuáticas que haya por aquí?

—Cállate —siseé y contuve la respiración, girando en redondo, intentado notar algo raro.

Soltó una carcajada por mi reacción y yo di otro grito cuando se lanzó a nadar hacia la dirección que me había señalado. Empecé a sentirme nerviosa. ¿Qué tipo de seres vivos podían existir en los lagos? Descarté todas las posibles respuestas porque me vino a la cabeza el lago Ness y comencé a ponerme histérica.

Aunque estaba segura de que eran peores las especies pequeñas, porque podían moverse libremente entre las piernas y no ser detectadas. Me planteé nadar en la dirección contraria a la de él, pero el planteamiento me duró unas milésimas de segundos. Cuando me di cuenta estaba dando brazadas y pataleaba para alcanzarlo, a un ritmo muy rápido, por la angustia que sentía. Mandaba narices porque, a pesar de ello, me adentré cada vez más en el dichoso lago.

—Agárrate aquí —me pidió cuando llegué a su lado.

Solté un suspiro largo. Esa parte del lago era profunda, no conseguí tocar el fondo con los pies, y no me quejé cuando me rodeó la cintura con un brazo, mientras con el otro se mantenía sujeto a un tronco, o una rama muy grande de un árbol que estaba colocada en posición horizontal a varios palmos de la superficie del agua.

Hice lo mismo, lo imité, pero no me soltó. Miré hacia arriba y a los lados, parecía que estábamos ocultos en una cueva con forma de ramas y hojas. Desde fuera dudaba que fuéramos visibles.

—¿Qué gracia tiene venir hasta aquí? —pregunté, porque para mí no tenía ninguna.

—¿Te parece poco estar así? —me apretó contra él y contuve la respiración— Fuera del agua y en otras zonas hay mucho público —susurró, acercando su cara a la mía.

—¿Qué haces?

—¿Qué quieres que haga, Edmee?

—Yo…

—Los dos sabemos que solo hay una respuesta sincera y válida, ¿te atreves a decirla en voz alta?

Solté la mano de la rama y apoyé las dos en sus hombros, mientras él nos mantenía a flote, sin movernos. Nuestras miradas no se apartaron de la del otro y me pareció, tuve la sensación, de que todo lo que nos rodeaba dejó de existir, hasta la dichosa agua que nos cubría hasta la clavícula. Me estremecí, pero no de frío, él lo notó y supo el porqué.

Con una mano lo agarré del pelo, ejerciendo la fuerza justa para guiar su cabeza. Lo iba a hacer, estaba a punto de mandar a la mierda todas mis dudas y lógicas, pero es que, ¿cómo podía resistirme a la tentación que suponía Kaarle para mí? Era mucha, demasiada. Volver a tener su cuerpo pegado al mío, notar cómo mis pezones, ahora erectos y duros al estar mojada, se apretaban a su pecho, fue demasiado para mi cordura y me dejé llevar por lo que sentía, pero, sobre todo, por lo que deseaba desde hacía días.

Se mantuvo inmóvil cuando acerqué los labios a los suyos, me dio el poder de hacer lo que quisiera. Se los rocé y lamí con la punta de lengua, sin cerrar en ningún momento los ojos, para no perderme los cambios en los suyos.

Lo estaba besando, de una forma muy superficial, pero estaba sucediendo y él quería que yo marcara el ritmo. ¿Se pensaba que si actuaba me asustaría o me echaría para atrás? Llegados a este punto era imposible, notaba un calor extremo en la piel, a pesar de tenerla cubierta de agua fría.

Cuando terminé de lamerle el contorno de la boca le apresé el labio superior con los míos, provocando que de su garganta saliera un gruñido. Me apreté más a él haciendo fuerza con el brazo que tenía alrededor de su cuello y subí las piernas hasta su cintura, cruzando los pies a su espalda. Enganchada a su cuerpo, me mecí sin vergüenza, buscando el placer que necesitaba, mientras con la lengua le abría los labios y la adentraba en busca de la suya.

Capítulo 22

Kaarle

Me estaba costando horrores controlarme, dejarla hacer, pero necesitaba que continuara, al atreverse a lanzarse a lo que se había negado.

Verle los pechos al aire había sido demasiado, me quedé tan rígido completamente, sabiendo que fui el primero en darse cuenta… se me agarrotaron todos los músculos por la tensión, sin poder apartar los ojos de la redondez de sus pechos y de lo duros que tenía los pezones que apuntaban hacia mí, los que se me antojaron de una forma que no había experimentado en mi puñetera vida.

No hice ningún comentario al respecto, por respeto. Toda su cara se incendió por la vergüenza que sintió cuando fue consciente de que la parte de arriba se le había bajado y enrollado por debajo de los pechos. Joder, la visión fue más que perfecta, exquisita.

El gruñido que solté me devolvió al presente, con Edme pegada a mi cuerpo, con las piernas rodeándome la cintura. Ya no había marcha atrás, pero ¿a quién quiero engañar? Nunca existió esa posibilidad desde que nos encontramos a la orilla del lago próximo al hotel.

El calor que desprendía su cuerpo y el roce de él me estaban consumiendo. Balanceaba la cadera, rozándose con la punta de mi

miembro, que como no podía ser de otra forma, volvía a estar tan duro como una piedra, erecto y apuntando hacia donde estaba deseando entrar.

Necesitaba mucho más con urgencia, aun así, me recreé en sus besos, en sus labios y en su lengua apropiándose de los míos. Continúe dejando que llevara el ritmo y el control, lo que me estaban matando poco a poco, excitándome cada vez más, a pesar de que no lo creía posible. Me quedó claro, por primera vez, que podía llegar a arder de forma inminente.

Seguí manteniéndonos a flote con la mano agarrada a la rama que pasaba por encima de nuestras cabezas, mientras que la otra, la que había apoyado en su muslo, la deslicé despacio hacia su trasero. Su cuerpo se tensó cuando llegué y le apreté la nalga, por debajo de la braga del bikini al colarme por dentro.

—¿Bien? —le pregunté cuando separó la cabeza.

—Sí —se mordió con fuerza el labio inferior, por las caricias de mis dedos.

Los aproximé cada vez más al vértice de entre sus piernas.

—Estás incómodo con el brazo —susurró.

—Estoy perfectamente, en la gloria —le dejé claro—. El agua se encarga de nuestros cuerpos. No te preocupes. ¿Quieres que pare?

Eso mismo hice, al límite de colocar los dedos sobre su sexo.

—No, ni se te ocurra —apretó las piernas a mi alrededor y sonreí de medio lado.

—¿Ya no te preocupa que por debajo de nosotros pueda pasar vete a saber qué?

—Joder, no hables de eso —bufó, aplastando sus pechos contra el mío—. Yo…

Evité que pensara cuando colé uno de los dedos en su interior, llegando al fondo de sus posibilidades. Soltó un pequeño jadeo y buscó mi mirada, la que no se apartó de la suya. Necesitaba recrearme en cada una de sus reacciones.

—Esto es mucho mejor, ¿verdad? —mi voz sonó grave y profunda.

Estaba realmente jodido si con solo sentir el calor de su interior rodeándome el dedo, me notaba casi al límite.

—Sí —soltó un suspiro, moviéndose para aumentar la sensación—, pero puede ser muchísimo mejor.

—¿Sí? ¿Cómo? —La piqué.

—¿Necesitas que te lo diga? Lo mismo no eres tan hábil como había pensado.

—Mmm… ¿Has pensado en mí en ese sentido?

Deslicé el dedo hacia afuera, para volverlo a meter de golpe, como si fuera mi miembro el que la embistiera. Durante unos segundos ninguno de los dos hablamos, su excitación fue en aumento, los puñeteros dedos se me impregnaron de su fluido caliente, sin que el agua fuera un obstáculo para sentirlo.

—Respóndeme —dije en tono bajo.

Sonó a exigencia, mientras controlaba las ganas de volver a gruñir. Se frotó con la punta de mi miembro. A pesar de las descargas electrizantes que

me recorrían, necesitaba liberarlo del bañador de una puñetera vez. Me urgía que continuara haciendo lo mismo sin tener ninguna barrera entre nosotros, para disfrutar de su piel suave y resbaladiza.

—He imaginado muchas cosas, ¿contento?

Solté una carcajada por su mezcla de indignación y rabia al admitirlo.

—¿Cómo cuáles? —quise saber, sacándola más de quicio— ¿Me has imaginado follándote? —jadeó— ¿Llenándote y embistiéndote con fuerza, hasta el fondo como hace mi dedo ahora mismo?

—Sí… —gimió moviéndose para ir al encuentro de él.

—Estoy seguro de que no solo has fantaseado con eso, ¿quizás también con mi lengua recorriendo cada centímetro de su sexo, recogiendo tu esencia y jugando con ella, haciéndote desesperar? Claro que sí —me respondí a mí mismo, al notar la reacción de su cuerpo—. Quieres que te bese, te lama y te coma, literalmente, ¿verdad? Y que también atienda a tus pechos. Créeme, no hay nada que desee más y te aseguro que lo voy a hacer todo.

Saqué los dedos de su interior y recorrí con ellos el camino húmedo hasta su clítoris. El primer contacto y rotación la hicieron tensarse y gemir, gemido que quedó amortiguado en mi boca, al lanzarme con desesperación a sus labios. En esta ocasión tuve todo el control y me apoderé de ella, sin descanso e insaciable, mientras nuestros dientes se tocaban de vez en cuando, por la profundidad que le di.

Continué trabajando con los dedos, llevándola a la desesperación.

—¿Dónde vas? —me preguntó con la voz entrecortada.

—¡No me he movido! —reí.

—Has apartado la mano —bufó.

Así era, ahora lo único que le rozaba el sexo era la braga del bikini, mi mano volvía a estar apoyada en su muslo.

—No tengo ninguna prisa —le hice un guiño.

—Pues yo sí —se quejó con una mueca y no pude evitar soltar una carcajada.

—¡Cállate! Vas a llamar la atención —me pidió nerviosa, mirando a nuestro alrededor.

—Aquí estamos ocultos y tus jadeos y gemidos llaman más la atención que mis risas —dije divertido.

—Eres muy exagerado —me dio un golpe en el hombro—. ¡Me he controlado!

—Si lo hubieras hecho, no me tendrías así —le empujé la cadera hacia abajo, para clavarme entre sus piernas.

No esperé a que volviera a hablar, me solté de la rama y nos quedamos flotando en el agua por nosotros mismos. Sus brazos me rodearon el cuello con más fuerza, sin soltarse de mi cintura.

Nadé llevándola conmigo hacia una roca lisa que nos serviría para tener un mejor apoyo. La forma que rozaba el agua parecía un asiento y, aunque el saliente no era tan grande, sí era suficiente para lo que necesitábamos. La rama continuaba su recorrido hasta ella, y en cuanto la puse de espaldas a la roca, se agarró de la rama y se impulsó para quedarse sentada en el filo, al interpretar lo que le pedí en silencio.

Yo me mantuve en el agua, con las manos colocadas a los lados de su cadera. Abrió las piernas para que me acercara más, toda una provocación porque la braga del bikini quedaba frente a mi cara. Sonreí de medio lado, acercándome. Me rodeó de nuevo con las piernas, colocando los talones en mi espalda.

Sin decir ni una palabra, quité las manos de la roca y me mantuve en el agua por el agarre de sus piernas. Jugué con los dedos con los lazos de la braga del bikini y fui deshaciéndoselos poco a poco, hasta que la tela quedó suelta tapando mi objetivo.

—Levanta —le pedí que elevara el trasero.

Lo hizo sin apartar los ojos de los míos. Tiré hacia debajo de la tela y me deleité observando su zona íntima. Arrastré la braga y la lancé detrás de ella, en la parte más alta de la roca.

—Puede aparecer alguien —susurró.

—Puede… —carraspeé sin poder desviar la vista de su carne sensible— pero si alguien se atreve a acceder aquí, lo único que verá será mi nuca o mi culo —sonreí de medio lado elevando la mirada—. Voy a tener la cabeza y la polla cubriéndote, así que estás a salvo de miradas —le hice un guiño.

Mis palabras consiguieron que contuviera el aliento y se mordisqueara el labio inferior. Abrió más las piernas, sin separarlas de mí. Perdí el contacto con sus ojos para fijarme en lo que me ofrecía. Estaba tan abierta, la tenía a tan pocos centímetros, que su sexo sin obstáculos, con la carne rosada y brillante, fue mi perdición.

Deslicé varios dedos de arriba abajo, provocando que echara la cabeza hacia atrás y se estremeciera. Era un jodido espectáculo y durante unos segundos, quizás minutos porque perdí la noción del tiempo, la masturbé sin descanso, llevándola al límite. Sus fluidos aumentaron, al igual que sus jadeos y gemidos.

Su orgasmo estalló en mi boca, justo cuando se tensó cayendo por el precipicio sustituí los dedos por los labios y la lengua, alargando su placer, acogiéndolo, mientras me agarraba del pelo, desesperada.

Cuando se relajó, saciada, no me aparté de la maravilla que lamía y succionaba. Le di un poco de tregua, moviéndome despacio, recogiendo hasta el último rastro de su esencia, la que me supo al néctar más dulce.

Se puso rígida de golpe, al igual que sus dedos entre mi pelo, cuando roté la lengua sobre su clítoris y lo absorbí.

—Kaarle —jadeó, moviéndose sobre la roca.

—Segundo asalto, preciosa. Me queda mucho para terminar.

Gimió y detrás de ese gemido le siguieron muchos más, mientras volvía a masturbarla, pero esta vez con los labios y la lengua. Me sabía a poco, mi necesidad iba en aumento. El palpitar de mi miembro me desbocó, mientras daba sacudidas queriendo hacerse con control.

A pesar del primero orgasmo intenso, sucumbió a un segundo muy rápido, gritando mi nombre. Y le preocuparon mis risas, pensé divertido, cuando mi lengua la lamió por última vez, por el momento.

—Joder —soltó un suspiro entrecortado.

—Sube un poco para arriba y coloca los pies en la roca. Ábrete otra vez para mí —le pedí con la voz ronca cargada de deseo.

Lo hizo rápido, se deslizó hacia arriba y posicionó la planta de los pies en la superficie dura, abierta. Su visión fue otro puñetero espectáculo a diferente distancia, en el que no me paré mucho. Me bajé el bañador, liberando mi erección por fin, antes de impulsarme y saltar sobre la roca.

—¿Me has echado de menos? —le susurré en la oreja.

Tumbado sobre ella, aguantando el peso con los brazos, acaricié su sexo con la punta de mi miembro, de arriba abajo. Su humedad se mezcló con la mía.

—Sí —murmuró.

—Eso pensaba —sonreí sobre la piel de su hombro, antes de lamérsela—. Joder, un me encanta se queda corto —siseé, apoyando la frente en su clavícula, cerrando los ojos ante las descargas que me recorrían la espalda —. Dime cuánto lo deseas —le pedí.

Sus palabras nunca llegaron, pero la respuesta que me dio fue más intensa, sincera y necesitada de lo que esperaba. Me agarró de la cadera y se impulsó con los pies, para acogerme en su interior por completo de un movimiento rápido. Entré con tanta facilidad… mi miembro se deslizó y resbaló entre su humedad y jadeamos al unísono cuando me quedé enterrado en ella, hasta lo más profundo.

—Mierda, Edmee… —gruñí— Esto es…

—Lo sé —gimió cuando roté la cadera—. Es tu turno, dale.

—¿Fuerte?

—Oh, joder, síii… —jadeó.

—Con gusto, preciosa.

Empecé a embestirla como me había pedido, provocando que nuestras respiraciones se descontrolaran por el ritmo frenético.

—Quiero tus pechos —gruñí, quedándome quieto en su interior.

Me acogía y me apretaba de una forma… joder, parecía novato perdiendo la puñetera cordura.

Con las manos se bajó la parte de arriba del bikini, ofreciéndome lo que le había pedido. Empecé a embestirla de nuevo, cuando me rodeo con las piernas. Bajé la cabeza hacia sus pechos, como si fueran agua y yo estuviera sediento. Mientras mi cadera se movía sin descanso y sus gemidos se volvían desenfrenados, absorbí uno de los pezones, hasta hacerlo desaparecer en mi boca.

—Kaarleee… —jadeó desesperada, pero no le di un respiro.

Me estaba pidiendo todo lo contrario, por lo que lamí, succioné y le mordisqueé la punta erecta, como si fuera lo único que me llevaría a la boca en semanas. El último toque con la lengua la hizo estremecerse, antes de pasar al otro pecho, conforme mis embestidas se hacían más severas por la energía con la que me empujaba dentro de ella. Tuve que echar mano a todo mi autocontrol para no perderme en ella. Las sensaciones eran tan buenas…

Con un tirón de su pezón se deshizo bajo mi cuerpo, volviendo a gritar mi nombre mientras se liberaba. Me deleité con sus contracciones internas que me apretaron el miembro, mientras continuaba saliendo y entrando, negándome a dejar de sentir el placer que me mantenía en tensión. Cuando se quedó desfallecida sobre la roca, sin fuerzas, apoyé las manos a los lados de sus hombros y la locura terminó por apoderarse de mí.

Respiró entrecortada al follarla mucho más duro y fuerte, la necesidad recorría cada fibra nerviosa de mi cuerpo. Hasta que no pude retener más el momento y me dejé llevar sin control alguno sobre las reacciones físicas que experimenté. Gruñí y gemí, me descargué de una forma que no recordaba que me hubiese pasado en todos los años en los que hacía que tenía relaciones sexuales.

Cuando dejé de balancearme me quedé en su interior y bajé el cuerpo para besarle la clavícula y el cuello.

—Eres una jodida locura —susurré sobre su piel, recuperando el aliento.

Así era porque en frío, después de que me hubiese consumido el placer, me volvió la cordura. Fui consciente de que me había corrido en su interior, pero la sensación que tuve fue rara: preocupante, porque por un lado me importó por ella, pero por otro, me dio exactamente igual dónde había terminado mi esencia.

Ni una sola vez había tenido relaciones sin protección, hasta ahora, claro.

—Podría decir lo mismo de ti —soltó un suspiro—. Me has hecho perder la cabeza, mira cómo hemos terminado.

Capítulo 23



Edmee

¿Cómo se recompone una después de la experiencia que acabábamos de vivir? No quería que saliera de mi interior, no quería que se apartara para no perder el contacto y su calor, no quería que sucediera nada que lo alejara de mí. Pero iba a pasar, más pronto que tarde, para mi desgracia o quizás para mi beneficio porque necesitaba desesperadamente volver a tener el control sobre mí.

Me lo había robado totalmente, y no solo una vez, sino tres. Me había desecho entre sus manos, su boca y su miembro, el que, aunque no había tenido la oportunidad de ver libre, lo había notado grueso y largo. Joder, había sido una tortura, la más deliciosa.

Me parecía increíble la forma en la que me había dejado llevar, mierda, se había corrido en mi interior y no había hecho nada por impedírselo. Hasta ese punto estaba perdida en lo que a Kaarle se refiere. Tenía demasiado poder sobre mí, pero la única culpable era yo. Lo había querido y necesitado, a pesar de que el tema de la protección era uno que nunca me tomaba a la ligera.

Ya estaba hecho, daba igual, y lo más sorprendente es que no me preocupaba. Un fallo en el que pudiese quedarme embarazada no iba a suceder porque tomaba anticonceptivos desde hacía años, por unos

problemas que tuve con el periodo. Y quería creer que Kaarle estaba sano, me aferré a ello mientras el calor de su cuerpo cubría el mío.

—Tendríamos que movernos, seguro que nuestros amigos han vuelto —susurré.

—No me apetece —murmuró.

—A mí tampoco —me sinceré.

—Al final te enamoras de mí, preciosa.

Bufé por el tono divertido que utilizó para decirlo. Rio y toda mi piel vibró por ese motivo.

—Te lo tienes muy creído. Y te recuerdo que el *«*no me apetece*»* lo has dicho tú primero —me hice la indignada y continuó riendo.

Me hice, sí, porque en realidad sabía y aceptaba que lo que acababa de decir podía convertirse muy rápido en una realidad, una que me asustaba por el problema que supondría.

—Quiero dejar algo claro —se incorporó, apoyándose en un brazo.

—¿El qué? —Arqueé una ceja— Cuidado con lo que vas a decir porque todavía estás dentro de mí y puede que pierdas cierta parte de tu cuerpo que quieres mucho —le advertí y frunció los labios, conteniéndose.

—Creo que no soy el único que quiere mucho a esa parte —elevó las dos cejas—. Voy a dejar claro que lo que ha pasado no va a impedir que luche porque mis amigos y yo lleguemos como vencedores al final de las pruebas.

—¿Tanto necesitas el dinero? —me interesé, pasando por alto sus palabras, al menos por el momento.

—No se trata de dinero, sino de competitividad y de pasarlo bien —me hizo un guiño.

—Pues has ido a dar con la menos indicada para facilitártelo.

—No quiero que lo hagas —se acercó para susurrarme sobre los labios—. Quiero que me lo pongas difícil, mucho, porque será más excitante y estimulante —me dio un beso rápido en los labios y salió de mi interior.

La falta de su miembro, que había perdido firmeza, por poco me hizo soltar un lamento. Por suerte me contuve y no mostré lo que sentí al perder su contacto. No pude resistirme y tampoco quise, él había visto mi cuerpo completamente desnudo así que, tumbada en la roca, bajé la mirada hacia esa parte de su cuerpo.

Lo tenía brillante por nuestros fluidos y tragué saliva al notar el sofoco extenderse por mi piel. Para cuando aparté la vista me encontré con la intensidad de su mirada que se contraponía con la sonrisa pícara de sus labios.

—¿Qué?

—Nada, es justo —me hizo un guiño.

Se subió el bañador y me privó de unas vistas espectaculares. Hasta ese momento no caí en la cuenta de que yo continuaba expuesta, al aire libre, ante los ojos de cualquiera. La braga del bikini todavía estaba por algún lado encima de mi cabeza, y la parte superior se mantenía enrollada por debajo de mis pechos.

—Yo me encargo —dijo, cuando llevé las manos al bikini, para cubrirme.

Lo dijo de una forma que me impactó, sonó a súplica, a respeto y a veneración… a veces me confundía y me descolocaba tanto que no sabía cómo reaccionar ante sus salidas.

No dije nada, el hecho de que yo apartara las manos para dejar que lo hiciera él le dio la respuesta. Se puso de rodillas sobre la roca y se inclinó sobre mí, sin apartar los ojos de los míos. Contuve el aliento cuando me acarició las puntas de los pezones con los dedos, después pasó la lengua por ellos, lamiendo el primero. Por último, le dio un beso rápido e hizo lo mismo con el otro pezón. Cuando terminó subió con cuidado la tela del bikini, hasta que mis pechos quedaron cubiertos.

Se estiró hacia arriba y cogió la braga.

—Levanta el trasero —me pidió con un guiño.

Lo elevé y me fijé en lo que hacía, pero, sobre todo, en cómo se colocó provocándome otra vez.

—La has puesto al revés —le dije tragando saliva, cuando apoyó la braga extendida en la roca.

Había pasado un brazo entre mis piernas y no dejaba de rozarme las partes más sensibles. Eso fue suficiente para notarme otra vez necesitada y acelerada.

—¿Estás segura? Yo veo las dos partes iguales —puso la braga delante de sus ojos.

—¿En serio me lo preguntas? Lo sabré yo —reí.

—Yo solo veo dos triángulos idénticos —arqueó una ceja.

—Trae —se la quité de las manos y se la devolví en la posición que tenía que colocarla debajo de mi trasero.

—No veo la diferencia —murmuró y fruncí los labios.

Se movió sobre las rodillas, hasta que una de sus piernas flexionadas me tocó el costado. Volvió a rozar mi sexo, descaradamente, con cada uno de los movimientos que hizo. Cuando apoyé el trasero sobre la tela de la braga jadeé ante el contacto directo de sus dedos.

—Kaarle…

—Lo sé, tenemos que salir de aquí, pero joder, me lo pones tan difícil —gruñó.

Me separó los labios inferiores con varios dedos, para pasar de arriba abajo los demás. Me tensé ante el placer que sentí, los deslizó sin problema porque tanto su esencia como la mía se había fusionado y salido de mi interior, en parte.

El remate que empeoró mi estado fue cuando se inclinó para rotar la lengua sobre mi clítoris y aspiró fuerte. Gemí curvando la espalda y no desaproveché la oportunidad para colar la mano por la tela de su bañador, por la pierna que tenía pegada a mí.

—Mierda… —siseó cuando le rocé los testículos.

—Has empezado tú y continúas martirizándome.

—Ojalá todos los martirios fueran como estos —dijo con voz ronca y grave.

Me mordí el labio inferior cuando comprobé que había vuelto a excitarse. Llegué hasta su erección y se la rodeé con fuerza, para después bajar y subir

su delicada piel.

—Edmee… —apoyó la frente sobre mi pubis, dejándome hacer lo que quisiera.

Durante unos segundos no pude apartarme, disfrutando de los sonidos que salían de su garganta. Tenía la mano llena, no me había equivocado en su grosor, ni tampoco en el largo. Yo misma me estaba provocando ponerme peor, pero era tan agradable y excitante todo que no pude parar. Hasta que llevó una de sus manos a su bañador y atrapó la mía por encima. Me la apretó, junto a su erección y soltó el aire de golpe.

—Más tarde —susurró.

Me encanto escucharlo porque suponía que repetiríamos. Solo por eso, con esa expectativa, le acaricié el glande retirando y esparciendo las gotas de su esencia y saqué la mano, liberándolo.

En silencio, me cubrió el sexo con el triángulo delantero y me hizo los lazos a los costados.

—¿Vamos? —giró la cabeza hacia mí y asentí, después de soltar un suspiro.

Se lanzó al agua sin problema, a mí me costó mucho pensármelo.

—¿Otra vez? —rio— ¿Te lanzo?

—Ni se te ocurra moverte de donde estás —lo señalé, provocando que no pudiese parar de reír.

Maldiciendo, cagándome en todo lo que se me ocurrió, y hasta lloriqueando, me metí en el agua soltando varios gritos por la impresión, ante su mirada divertida y su sonrisa contenida.

Empezó a nadar y lo seguí, negándome a pensar con quiénes más estaba nadando. La experiencia que había vivido en el lago no se me iba a olvidar en la vida, pero las sensaciones que tenía a remojo, tampoco. Estaba deseando llegar a la toalla, aunque nos venía muy bien refrescarnos por el sofoco que nos habíamos provocado y que no habíamos resuelto. El tiempo que nos llevó llegar hasta la orilla sirvió para que nuestras excitaciones desaparecieran, sobre todo la de Kaarle.

Lo comprobé en cuanto empezamos a caminar hacia la orilla y el agua nos llegaba por los muslos. Su miembro había vuelto a la normalidad y lo agradecí inmensamente porque ya no estábamos solos. Sus amigos, mis amigas y mi hermano, se quedaron en silencio al vernos.

Yael arqueó una ceja, sabiendo muy bien el milagro que suponía que me hubiera bañado y lo que le habría costado a Kaarle conseguirlo. En realidad, esto último no había sido mucho por cómo me había cogido en contra de mi voluntad. Intenté aparentar normalidad, pero mis nervios se dispararon cuando me noté mucho calor en las mejillas.

—Eh, ¿cómo ha ido? No sabíamos que estabais juntos —Nadia fue la primera en hablar.

—Yo sí, lo daba por hecho —comentó Emil, quedándose a gusto.

—Lleváis mucho tiempo en el agua, ¿no? —dijo mi hermano— Hace bastante que hemos llegado.

—No tanto —respondió Kaarle, mientras se sacudía el pelo para quitarse el exceso—. Cuando he vuelto he encontrado a Edmee sola y después de esperar un rato, al ver que no aparecíais, le he propuesto que me acompañara a enseñarle otras zonas del lago. Hemos bordeado un buen tramo caminando y al final hemos terminado en el agua para regresar, hace mucho calor —lo dijo de una forma tan natural que, si yo no hubiese sabido la verdad y la hubiese vivido, me lo habría creído.

—Toma —me ofreció la toalla Yael, se había levantado de la suya.

—Gracias —le sonreí antes de darle un beso en la mejilla y después empecé a escurrirme el pelo.

—Os hemos traído la comida, hace rato que Jaakko la repartió —dijo animada Eevi.

—Estupendo, estoy hambriento —aceptó su bolsa Kaarle.

—Por el esfuerzo físico, ¿no? De caminar y nadar me refiero… —habló Yael, sin perderlo de vista.

—Es lo que tiene moverse durante bastante tiempo, sí —contestó Kaarle y después rio, sentándose en su toalla.

—Ya me dirás cómo has conseguido que mi hermana se lance al agua por su propia voluntad. No he escuchado sus gritos —continuó Yael.

—Oh, créeme, ha gritado mucho —dijo Kaarle, mirándome—. Hasta me ha tirado del pelo en cuanto ha podido —sonrió de medio lado, disfrutando de mi incomodidad—. Pero tienes razón, no ha sido fácil. Al final la he llevado al precipicio porque estaba hirviendo, por su bien. Se ha quemado dormida aquí y el esfuerzo físico la ha dejado sudorosa y jadeante.

—Ahora me lo creo más —dijo mi hermano y rio, aunque yo, que lo conocía muy bien supe que me esperaba un interrogatorio en cuanto estuviésemos solos.

Yael había pillado perfectamente el doble sentido de las palabras de Kaarle, por lo que pasé por su lado agobiada. Gaby me dio la bolsa que contenía mi comida cuando me senté entre ella y Eevi y empecé a comer. Yo también estaba hambrienta, de muchas cosas, pero en este momento más

de comida porque se me abrió el apetito en cuanto destapé la bandeja transparente.

Capítulo 24

—¿En qué creéis que consistirá la prueba de mañana? —le pregunté a las chicas.

—Ni idea, Jaakko no ha dado pistas cuando nos ha informado antes de regresar al hotel —hizo una mueca Gaby.

—No le deis más vueltas —nos pidió Yael, después de beber del botellín de cerveza.

Yo me llevé el mío a los labios, observando el eterno anochecer. Me encantaba este momento del día porque, aunque todavía había claridad, el contraste de los colores era hipnotizante. El azul claro se mezclaba con un tono más oscuro y con rosados.

Estábamos en la zona trasera del hotel, donde las hogueras, pero no había fuego. Después de cenar habíamos venido a esta parte solitaria y nos sentamos en los troncos. Solo nuestras voces perturbaban el silencio. Me ajusté la chaqueta al cuerpo, hacía fresco, pero con las capas de ropa que llevaba lo soportaba muy bien.

—Ha dicho que empezaríamos por la prueba más fuerte —comentó Nadia —. Espero que no sea trepar a los árboles porque entonces estamos perdidos —rio.

—Habla por ti —dijo mi hermano.

—Pues si es así, cargarás con todo el peso de la prueba —le advirtió Gaby.

—Mañana por la noche lo veremos —le hizo un guiño mi hermano.

No solo sería la más fuerte, que en realidad no sabía lo que quería decir, sino que también sería nocturna. Lo mismo era por eso, por la falta de luz y las limitaciones que tendríamos. Debía ser muy tarde con lo largo que eran los días, hasta que la oscuridad se hacía presente.

—Bueno os dejo —comentó Nadia, levantándose y vaciando de golpe en su garganta lo que le quedaba de cerveza.

—¿Estás preparada? —le pregunté frunciendo los labios.

—Siempre —rio—. A ver cómo va la experiencia —nos sacó la lengua.

—No creo que tengas quejas —dijo con diversión Yael.

—Pues no, tendré las mismas que has tenido tú, mientras esta mañana estabas con Eevi —lo miró con picardía.

—Creo que me he perdido mucho —sacudí la cabeza, mirándolo de reojo.

—Yo opino lo mismo de ti y de Kaarle —arqueó una ceja.

—Mmm… momento hermano protector. Aquí os quedáis —se despidió Nadia, lanzándonos un beso.

—Haz que te mareas para que Emil se lance encima de ti —dijo en alto Gaby, provocando que Nadia soltara una carcajada.

Sonreímos mientras la veíamos ir hacia el hotel. Me había llevado una sorpresa cuando me había comentado que quedó con Emil para ir a la sauna. Esta noche prometía para ella, podía ocurrir cualquier cosa en ese encuentro. Mi amiga estaba emocionada y nerviosa, aunque lo último lo disimulaba muy bien porque estaba acostumbrada mantener a raya sus emociones.

—Esta noche no duerme en su habitación —comentó Gaby, risueña.

—O sí, pero acompañada —sonreí.

—Las dos posibilidades terminan en lo mismo —rio Yael.

—No me has hablado de Eevi —me giré hacia él.

—¿Tú me has hablado de Kaarle? —Elevó las dos cejas— Él ha sido muy convincente con la explicación que ha dado cuando habéis salido del agua, pero tu actitud la ha desmontado por completo. Al menos ante mí.

—No he tenido tiempo hasta ahora —me quejé.

—Claro, porque las dos veces que he picado a la puerta de tu habitación no me has abierto —volvió a reír.

—Estaba durmiendo y en la ducha —bufé.

Media hora después de que Kaarle y yo termináramos de comer recogimos las toallas y las mochilas y regresamos a la zona de encuentro, donde fueron llegando el resto para irnos, lo que sucedió a los pocos minutos.

Nos separamos de Kaarle y sus amigos, al montarnos en todoterrenos diferentes, tal y como llegamos al lago. El nuestro nos dejó antes en el hotel

y hasta la cena no había vuelto a verlo, aunque solo nos habíamos saludado desde la distancia.

No se me quitaba de la cabeza lo que me dijo cuando nos quedamos a medias, el *«más tarde»* no sé qué significaba para él, ni cuánto sería o cuándo se daría, si es que volvía a suceder algo entre nosotros.

Y sí, Yael no estaba equivocado, me conocía demasiado bien. Lo había evitado a propósito refugiándome en la privacidad de mi habitación, aunque en mi favor diré que la segunda vez que picó a mi puerta sí que estaba en la ducha.

—A mí me ha gustado mucho Leevi —intervino Gaby y la miramos—. Es muy simpático y como tú —señaló a mi hermano—, te has apartado con Eevi y Nadia no se separaba de Emil, pues él y yo nos hemos acercado —se encogió de hombros.

—Has hecho un gran esfuerzo, por lo que veo —fruncí los labios y rio.

—Ya te digo, pero para controlarme —hizo unos gestos con las manos y soltamos una carcajada—. Me ha tocado el culo —se tapó la boca.

—¿Te lo ha agarrado bien? —quiso saber Yael.

—Sí porque me he tropezado con la rama de un árbol y es lo primero que ha enganchado para ayudarme.

—Lo veo, claro que sí, es la mejor zona para impedir que te fueras al suelo —dije divertida.

—El golpe me lo he llevado igual, pero me he quedado tumbada en el suelo feliz de la vida —nos hizo un guiño.

—Me alegro de que haya ido bien —le sonreí con cariño.

—Ha conseguido alegrarme porque estaba de bajón —hizo una mueca.

—¿Por qué? —quiso saber Yael, con el ceño fruncido.

—Una compañera de trabajo me ha enviado un mensaje diciéndome que Bansy ha adelantado la salida del hotel. Se ha ido, he perdido la oportunidad de mi vida —lloriqueó.

—No puede ser —solté una carcajada.

—¿Bansy? ¿El futbolista? —se extrañó mi hermano.

—¿Ves? —me lanzó la pregunta Gaby— Eras la única que no sabías quien era —bufó.

—¿Edmee? Normal, no sé de qué te extrañas —dijo divertido mi hermano.

—Bueno, Bansy se ha ido, pero Leevi lo ha sustituido —le hice un guiño —. El primero era bastante inalcanzable, el segundo lo tienes a mano — intenté animarla.

—Mañana por la mañana hemos quedado —dijo emocionada—. Vamos a dar un paseo.

—Lo que es lo mismo que perturbaréis la paz del bosque con jadeos y gemidos —comentó Yael.

—Mmm… joder, sí, aunque preferiría que la primera vez no fuera en plan salvaje —reímos—. Tenemos dos habitaciones de hotel magnificas, pero no me quejaré si sucede, aunque termine con hojas en la boca y me clave piedras y ramas —alargamos las risas.

—Me has puesto una imagen en la cabeza… —Me llevé la mano a la frente.

—A mi hermana le va más hacerlo en el agua —carraspeó Yael y se quedó tan tranquilo.

—Pues sí, si no lo has probado te aconsejo que lo hagas —sonreí.

—La virgen, ¿te has tirado a Kaarle? —jadeó Gaby, con los ojos abiertos al máximo.

—Baja el volumen —le pedí nerviosa, mirando hacia todos los lados.

Solté un suspiro al comprobar que continuábamos solos.

—¿Soy el único que lo sabía? —preguntó mi hermano.

—Lleváis la misma sangre, no esperaba menos de ti —le soltó Gaby y volvimos a reír.

—Era de esperar —encogió un hombro Yael—. Mi hermana no se mete en un lago, en la playa, o en un río, si no tiene un motivo de peso y supongo que la experiencia que ha vivido bien lo valía.

—Que sepas que me ha metido Kaarle y a traición —bufé—. Yo no quería y ha cargado conmigo, hasta que me ha lanzado al agua. Lo que ha dicho de que me he quemado es verdad.

—Quedaba a la vista —asintió Yael—. Eres multicolor, la parte del cuerpo de atrás blanca y por delante colorada —frunció los labios.

—Me encanta —aplaudió Gaby.

—¿Qué me he quemado? —le pregunté.

—Nooo… que te hayas dejado llevar y lo hayas disfrutado —rio con ganas.

—¿Ahí es cuando le has tirado del pelo o vas a contarnos en qué momento exacto ha sido? —quiso saber mi hermano.

—Vete a cagar —reí.

—Estoy servido hasta mañana, gracias —me acompañó en las risas, al igual que nuestra amiga.

—¿Y tú con Eevi? —le pregunté con curiosidad.

—Tendrías que haberlos visto —intervino Gaby—. Cómo se miraban, cómo se rozaban haciendo parecer sin intención… —Se frotó las manos— Joder, este viaje va a dar para todo —se le iluminaron los ojos.

—Me gusta —se sinceró mi hermano.

—Yo diría que es más que eso —le sonreí, ilusionada al escucharlo.

—No sé, ya se verá —le quitó importancia—. Esta tarde me ha escrito Sandra —se refirió a la chica con la que se lio.

—Oh, ¿y qué tal?

—Quería que quedáramos —dijo pensativo.

—¿Quién es? —preguntó Gaby.

—Una chica que conocí hace poco —le aclaró mi hermano.

—¿Qué has sentido después del mensaje? —me interesé.

—Ya te dije lo que había, continúa igual —giró la cabeza hacia mí.

—¿Entonces esa cara? —habló Gaby.

—Está comparando las sensaciones que tiene con ella y con las que ha tenido con Eevi hoy, ¿me equivoco?

—No.

—¿Y?

—Ya se verá —repitió, pero conociéndolo como lo hacía supe la respuesta que se reservó.

—¿Estáis cansados? Yo sí —dijo Gaby.

—Un poco —contesté.

—Pues vamos a las habitaciones —se levantó Yael y nos ofreció una mano a cada una—. Tenemos que coger fuerzas para mañana por la noche, no sabemos lo que nos espera.

—Sí —se la acepté para incorporarme.

En la entrada del hotel nos encontramos a un grupo de seis personas hablando y los saludamos, deseándoles buena noche. Nos correspondieron de la misma forma, antes de traspasar la puerta principal. Subimos en el ascensor hasta la primera planta.

—Descansa mucho, a ver si no te tienen en vela los nervios —le dije a Gaby, por su encuentro con Leevi.

—Gracias —me abrazó y después a mi hermano.

—Que descanséis —nos lanzó un beso y se giró para ir a su habitación.

—¿Bien? —me preguntó Yael, cuando nos quedamos solos.

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Solo quería asegurarme —apoyó el hombro en el marco de mi puerta, cuando la abrí.

—Todo está perfectamente —le sonreí, dándole un beso en la mejilla.

—¿El trabajo está tranquilo?

—Que yo sepa, sí —asentí.

—Estupendo, te mereces desconectar.

—Desde que llegué aquí lo he hecho, exceptuando el día que desparecí por el problema que hubo en la empresa.

—Lo sé —me dio un beso en la frente.

—¿Estás bien? —me preocupé.

—Igual que tú —me hizo un guiño.

—No le des muchas vueltas a lo de Eevi —le pedí—. Si te atrae, que es obvio, adelante. Yo también tuve dudas con Kaarle, pero mira lo que ha sucedido al final —levanté una mano.

—¿Hasta qué punto te va a afectar cuando regresemos a casa?

—¿Sinceramente? No lo sé. Desde que decidí que iba a pasármelo bien sin pensar en el después, lo he llevado a rajatabla. He permitido que ocurriera porque lo deseaba, Yael, y no quiero pararme a analizar nada porque me estropeará el presente —susurré—. Quizás no tenga ningún encuentro más con Kaarle, o tal vez sí, sea como sea continuaré dejando fluir cómo se dé entre nosotros.

—Te lo veo en la cara, cariño —me miró serio—. No quiero que sufras.

—Sabes que no puedes hacer nada para impedirlo, y a veces es inevitable —me encogí de hombros—. ¿Quieres entrar un rato? —Lo invité a mi habitación.

—No, mejor me voy a la mía. Vamos a descansar, a ver si mañana seguimos viéndolo todo de la misma forma o hemos cambiado de opinión —me abrazó.

—Eevi es una mujer preciosa.

—Sí.

—Y muy simpática.

—Ajá.

—Y atractiva.

—¿Qué pretendes? —rio en tono bajo— Todo lo que me digas lo sé —me hizo un guiño cuando nos separamos.

—No sé si te has dado cuenta, pero yo sí he visto el interés real en ti —le sonreí.

—Puede…

—Valeee… Como has dicho varias veces, ya se verá —levanté las manos y las moví.

—Eso mismo —dijo divertido.

—Mañana bajad sin mí a desayunar, os daré encuentro en el comedor. Tengo pensado salir a correr temprano, me apetece y me vendrá bien para ponerme en forma para la prueba. Por si acaso, hace días desde la última vez que estuve en el gimnasio y necesito moverme.

—De acuerdo.

Nos despedimos con un beso en la mejilla y entré en mi habitación. Me quité la ropa colocándola en una silla y me puse el pijama, para después entrar en el baño.

Me tumbé en la cama y me arropé con el nórdico, mirando hacia el techo. Durante unos minutos no pude evitar pensar en Kaarle, no había hecho el intento de acercarse de nuevo a mí y podría haberlo hecho, todo su grupo podría haberse unido a nosotros después de la cena, y más después de lo bien que les había ido con mis amigas y mi hermano.

Un pensamiento me llevó otro, hasta que bufé, agobiada, y cogí el móvil de la mesita de noche. Puse la alarma temprano y lo coloqué de nuevo en la mesita, en modo avión. Apagué la luz y di el día por finalizado, un día que no iba a olvidar nunca, por todo lo que había sucedido.

Quizás sería el único recuerdo que me llevaría de Kaarle, supuse que esperar algo más, siendo realmente dos desconocidos, era demasiado. Cerré los ojos ante las sensaciones que me asaltaron por esos pensamientos, porque solo había sido una vez y ya me sentía mal.

¿Qué pasaría el día que nos alejáramos al irme del país si es que teníamos más contacto hasta ese momento? Iba a ser un problema, lo supe porque ya lo era.

Capítulo 25

Forcé las piernas en la carrera, sorteando los árboles que iba encontrándome. Hacía cuarenta minutos que salí del hotel y que empecé a moverme rápido por el fresco que hacía, o más bien frío.

Llevaba puesto un conjunto deportivo de pantalón corto y un top de tirantes anchos que se ajustaba a mi pecho y al inicio de mi estómago, cualquier otra ropa que hubiese sumado me habría sobrado en segundos y no quería llevar extras con los que cargar. La llave electrónica de la habitación la tenía guardada en un pequeño bolsillo interno del pantalón, todo lo demás se quedó en la habitación.

Fui aflojando poco a poco la velocidad, hasta que comencé a caminar. Con la respiración alterada, cogiendo bocanadas de aire, el bosque se abrió ante una gran explanada. Me apoyé en un árbol cuando llegué frente a ella. Era una gozada hacer deporte en este lugar, la energía que aportaba era un extra. Ojalá tuviese al alcance algo parecido cerca de mi casa, allí también solía salir a correr de vez en cuando, sobre todo si por el trabajo no podía ir al gimnasio.

Me senté sobre la hierba húmeda. Por el espesor de las copas de los árboles apenas se filtraban los rayos de sol. El silencio que había era reconfortante e invitaba a relajarse. Doblé las piernas y me las rodeé con los brazos, admirando todo lo que me rodeaba. No tenía la intención de estar mucho tiempo quieta, estaba muy sudada y todavía se notaba la baja

temperatura, pero me tomé unos minutos para disfrutar de la sensación de soledad en un entorno espectacular.

Sonreí cuando un pequeño animal, uno que no identifiqué, pasó corriendo a gran velocidad atravesando la explanada en horizontal, de punta a punta. La mirada se me fue hacia arriba, hacia las ramas de los árboles, para asegurarme de que no me llevaría otra sorpresa con alguna ardilla voladora sobre la cabeza.

Todo lo que vivía a ras de suelo no me daba miedo, siempre y cuando no me consideraran una presa apetitosa. Aunque podía puntualizar según qué, porque las serpientes sí que me daban repelús, como algún que otro reptil o los roedores, también los bichitos que eran insignificantes, insignificantes en el sentido de que no podían hacerme daño, pero a mí todo lo mencionado me hacía gritar y estremecerme.

Quitando esas excepciones, como he dicho, no tenía ningún problema con los animales que vivían sobre el terreno, otra cosa muy diferente eran las especies voladoras o las nadadoras, creo que a estas alturas ha quedado clara mi postura.

¿Cómo sería vivir permanentemente aquí, entre la naturaleza? La calidad de vida sería increíble, aunque acostumbrada a como estaba al ajetreo y a mi rutina marcada, no sabía si duraría por un tiempo muy largo en este lugar.

Supongo que no tener la posibilidad propiciaba a poner excusas para no pensar en que puede existir la alternativa. Mi empresa era mi vida, siempre lo había sido, aunque no era la primera vez que me planteaba abrir una sucursal en otro país. Trabajaba con muchos y muy diferentes clientes, y siempre a distancia controlándolo todo, por lo que montarla donde más me apeteciera no sería un problema. Y más de ahora en adelante que ya no tenía la carga de la hipoteca del edificio de la empresa, gracias a mi hermano.

Sonreí al recordar ese inmenso detalle, desde que me embarqué en esta aventura esa realidad la había dejado apartada y no le había dedicado ni un pensamiento. El edificio, en una zona privilegiada de la ciudad, por fin era mío; la empresa iba genial, mejor que eso incluso porque teníamos muchísimo trabajo y los clientes, de diferentes niveles y sectores de muchas partes del mundo, confiaban completamente en nosotros, en nuestra eficiencia y compromiso. Tenía a mi cargo a unos trabajadores de los que no podía sentirme más orgullosa. Eran los mejores y lo habían demostrado día a día.

La vida me sonreía, aunque sería injusto decir que no era así con anterioridad. Me había esforzado mucho para conseguirlo, me lo había currado, olvidándome por largas temporadas de que tenía una vida más allá del trabajo. Aparte estaba todo el dinero del que disponía en mi cuenta, dinero que se ampliaba cada mes.

Todo era muchísimo más de lo que un día soñé, referente al tema económico tenía más que suficiente hasta el final de mis días. Me sentía tan afortunada, tan realizada y feliz… Mis padres estarían muy orgullosos de Yael y de mí, porque mi hermano, no se quedaba atrás en todo lo que había logrado y tenía.

Centré mis pensamientos en lo de abrir una sucursal en otro país y me entretuve en imaginar cuál elegiría si llegaba a decidirme. No sería empezar de cero, solo continuar con lo que hacía e invertir en una nueva propiedad, y era consciente de que sería beneficioso abarcar otras opciones en las que podía acercarme a distintos clientes.

Mi empresa tenía mucho nombre en el sector, era reconocida como un puntal, pero todo sumaba. Lo único que me frenaba es que tendría que alejarme de mi hermano y de mis amigas, de mi hogar, porque si daba el paso pasaría bastante tiempo alejada controlando la nueva sucursal, entre contrataciones y asegurándome de que todo arrancaba y funcionaba bien.

Hasta que no estuviera segura y tranquila tendría que vivir fuera de España, aunque mi hermano, no tenía ningún problema para viajar y trasladarse el tiempo que le apeteciera, como si era indefinidamente. En su trabajo independiente disponía de flexibilidad y libertad de movimiento, solo necesitaba su ordenador y la conexión de Wifi. Empecé a soñar con esa posibilidad, a imaginarla dándole forma en mi cabeza. Solté un suspiro y cerré los ojos, apoyando la barbilla en una rodilla. Un poco más de calma, me dije, antes de ponerme en movimiento para regresar.

Me había alejado mucho del hotel, supuestamente en línea recta. No me desvié del camino, por lo que esperaba volver sin problema. No me preocupaba, lo único que pasaría si me desorientaba es que tardaría más en llegar si me perdía, aunque me fastidiaría porque supondría quedarme sin desayunar en el comedor con mis amigas y mi hermano.

Y tenía hambre. Por esa revelación al quejarse mi estómago me incorporé despacio y cogí una gran bocanada de aire, antes de empezar a correr. Me separé el top del cuerpo, se me había quedado pegado a la piel, y me froté los brazos. Me había enfriado muy rápido y no esperé más, le di la espalda a la explanada y empecé a ir al trote, despacio, hasta que fui progresivamente aumentando la velocidad.

Durante casi todo el recorrido me acompañaron los sonidos de la naturaleza, hasta que reconocí el terreno por el que pasaba y unas voces cercanas me hicieron aminorar. Me paré casi sin respiración, mirando hacia los lados porque me había parecido…

—Entonces, esta noche —habló una voz que reconocí.

Era Lumi, la recepcionista del hotel y estaba con…

—Sí, es uno de los motivos por los que vine —dijo Kaarle.

Me acerqué al árbol más próximo y me oculté detrás de él. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Habría sido muy fácil mostrarme ante ellos porque las

evidencias de lo que hacía en el bosque eran muy claras, más sudorosa no podía estar. La curiosidad pudo más que la razón y me quedé protegida por un tronco ancho.

Kaarle tenía la espalda apoyada en otro y Lumi estaba frente a él, a solo un paso de distancia.

—Te lo estás pasando bien, ¿eh?

—Ni te lo imaginas —sonrió Kaarle al darle la respuesta.

—Todo está yendo genial. ¿Te vas a quedar hasta el final?

¿Es que Kaarle tenía pensado irse antes de tiempo y abandonar las pruebas perdiendo la posibilidad de ganar? Según me dijo no era por el dinero, pero me dejó claro que era competitivo y que quería disfrutar de la experiencia. La idea de que se fuera en cualquier momento y me pillara por sorpresa me revolvió el estómago.

—En principio sí, aunque seguramente tenga que ausentarme algunos días por unas horas.

—Ayer hablé con Eevi —dijo Lumi.

—Me lo dices como si no lo hicieras habitualmente —rio Kaarle.

—Ya me has entendido —le dio en el pecho varios golpecitos con la palma de la mano—. Me explicó cosas muy interesantes —no apartó la dichosa mano.

¿Tanta confianza tenían? ¿Por qué lo tocaba y a él parecía encantarle? Conocía muy bien la sonrisa que mostraba Kaarle en este momento. Lo que desprendía no me cuadraba, siendo ella la recepcionista del hotel y él un huésped.

—Sí, ¿eh? Imagino cuáles —Kaarle sacudió la cabeza.

—También me dijo que está muy ilusionada.

Esa confirmación me hizo pensar si sería por mi hermano. Esperaba que sí, lo que era más que favorable para Yael.

—Lo sé, conmigo también ha hablado.

—¿Y qué? —insistió Lumi, moviendo la mano en caricias sobre su pecho, por encima de la camiseta— ¿Lo de esta noche después de que finalice la prueba sigue en pie?

Maldije interiormente y me puse rígida, casi fusionándome con la corteza del árbol. Acababa de pisar una rama que se había roto por el peso de mi cuerpo, delatándome por el ruido. Sonó más fuerte de lo que recordaba, ya llevaba bastantes pisoteadas. No pude asomarme a mirar si ellos habían dirigido su atención a mi posición, pero el silencio de los dos me dio un pequeño anticipo de que sabían que no estaban solos.

¿Qué iba a pasar esta noche? ¿Qué tenían pensado hacer y qué hubiera pasado si yo no hubiese metido la pata? ¿Se habrían besado? ¿Estaban teniendo una especie de encuentro en secreto? ¿De qué me extrañaba? Joder, siseé en tono muy bajo y cerré los ojos. Había sido una tonta, a saber, con cuántas mujeres tenía acercamientos Kaarle.

Dejé que el tiempo pasara, los minutos se alargaron, hasta que por fin escuché que se movían y me pareció que los sonidos de sus pisadas se alejaban. Por suerte se detectaba muy bien porque sobre la hierba siempre había hojas, ramas caídas y piedras.

Cuando creí que estaba sola, me asomé con cuidado. La zona estaba despejada, podía volver al hotel sin problema, aunque iba a tomarme un

poco más de tiempo por si me los encontraba en la entrada o en la recepción. Era obvio de dónde venía yo y lo que había estado haciendo, si me veían solo tendrían que unir una cosa con la otra y llegar a la conclusión que quería evitar.

Apoyé la frente en la corteza del árbol, hasta que me giré para colocar la espalda. Justo cuando lo hice solté un grito y di un respingo, al encontrarme de frente con Kaarle. Me pegué con tanta fuerza a la corteza del árbol que noté cómo se me clavaban los relieves en la piel.

Estaba parado junto a otro árbol, con el brazo recostado en él y las manos en los bolsillos del pantalón. Me observaba con una ceja arqueada y quise que la tierra se abriera bajo mis pies y me tragara, cualquier cosa era mejor que enfrentarme a la vergüenza de haber sido pillada husmeando en lo que no me incumbía.

¿Por qué narices no continué corriendo, con lo que necesitaba una buena ducha y llenar el estómago? Buena pregunta, otra señal de que con Kaarle se me iba la cabeza, por completo.

No iba a darle el gusto de lo que vi en su expresión, ante todo digna y altiva, por favor.

Capítulo 26



Kaarle

—¿Qué? —habló enfrentándome.

—Como que, ¿qué? ¿Qué haces aquí a esta hora?

—¿No es obvio? Lo mismo necesitas gafas porque yo diría que lo es. El bosque es un lugar libre y puedo moverme a mi antojo, en el momento en el que me dé la gana. Podría preguntarte lo mismo.

—Ya… pero no soy yo el que estaba muy entretenido escondiéndose. ¿Cuánto tiempo nos has espiado a Lumi y a mí?

—¿Perdona? —jadeó— Yo no os estaba espiando —mis labios se curvaron de medio lado y por cómo reaccionó, le hubiese encantado borrarme la sonrisa de un manotazo. Bien lo sabía—. Vengo de correr —se justificó señalándose el cuerpo— y solo me he parado a descansar un poco y a estirar los músculos —levantó la barbilla.

Me quedé callado observándola detenidamente. Varios mechones se le habían escapado de la coleta alta y se le pegaban a la cara por el sudor. El top que llevaba puesto era un pecado, conocía muy bien lo que tapaba. Se amoldaba y ajustaba a sus pechos, elevándoselos y aprisionándoselos, por lo

que era visible la curva de ellos por encima de la tela. Le llegaba hasta el inicio del estómago, dejando libre su barriga plana.

El pantalón era tan corto que debía estar prohibido. Los pocos minutos que la había visto de espaldas me había deleitado con la curva de sus nalgas y sus piernas estilizadas. Agachado podría ver lo que tapaba esa pequeña prenda de ropa, la redondez de su trasero. La parte delantera del pantalón poco variaba, le cubría hasta las ingles.

Cuando me encontré con sus ojos de nuevo hice un gran esfuerzo para no reírme. Estaba más enfadada por mi inspección.

—¿Te has quedado a gusto? —habló con rabia.

—Mucho, por el momento.

—Parece que es la primera vez que ves a alguien con ropa de deporte y sudada —bufó.

—El sudor te sienta demasiado bien, tienes el pantalón pegado a… —señalé a mi entrepierna, para que se diera por aludida— y lo estoy intuyendo todo. ¿Será porque la conozco de cerca y he estado bien pegado a esa parte?

—Cállate —siseó y solté una carcajada—. Me voy, que voy a coger frío —dijo empezando a caminar y amplié la sonrisa porque pensaba que se iba a librar tan fácilmente como pretendía.

—No vas a irte hasta que no me des las contestaciones que quiero. Por el frío no te preocupes, no hace tanto, el sol ya ha comenzado a calentar.

—No me interesa hablar contigo —resopló con rabia.

La seguí, las vistas eran tan impresionantes que no pude contenerme, y no se iba a escapar.

—Pero a mí sí me interesa. Has cotilleado en mis cosas y quiero saber hasta dónde y por qué.

—Oh, siento mucho haber interrumpido y cortado vuestro momento —dijo con ironía—. Parece que el que tiene mucho que esconder eres tú.

—Pues sí, lo has hecho. Mmm… ¿estás celosa?

—¿Qué mierda dices? —habló indignada.

Se paró y se giró de golpe, quedándose frente a mí de nuevo.

—Preciosa, te dejas en evidencia —sonreí de medio lado.

—Vete a la mierda.

—Si me acompañas iré encantado —le hice un guiño e hizo una mueca.

—No estoy celosa y no he escuchado nada de lo que hablabas con Lumi.

—Mentirosa —arqueé una ceja.

—¡Eres insoportable! —soltó un grito y me dio la espalda de nuevo.

Me moví rápido, di las zancadas que nos separaban y me lancé hacia ella. Contuvo la respiración cuando le rodeé la cintura con un brazo y pegué su espalda a mi pecho.

—¿Qué te crees que haces? ¡Suéltame!

Con otro tono de voz lo habría hecho, pero el que le salió indicaba que lo que quería no se correspondía con lo que pedía.

—Hago lo que estabas deseando que hiciera, así de simple —susurré en su oído, inclinado—. Te has puesto celosa al verme con Lumi, por eso te has parado y te has mantenido oculta, para enterarte de lo que hablábamos. No puedes negarlo, te he pillado.

Cuando Lumi y yo escuchamos una rama romperse cerca de nosotros, supimos que había alguien más por la zona. Los animales no provocaban el sonido que hizo Edmee. Durante unos minutos nuestras voces bajaron de tono y esperamos a ver pasar a alguien, pero como no sucedió al final nos despedimos y nos separamos.

Ella se fue hacia la recepción, yo me quedé diciéndole que iba a dar una vuelta. Fue entonces, con el rodeo que di, cuando localicé a Edmee escondiéndose detrás de un árbol de buen tamaño. Me acerqué con sigilo y despacio, divertido al descubrirla, y cuando llegué a pocos metros de ella me apoyé en un árbol y la observé mejor, recreándome la vista.

Era tan cabezota que no lo admitiría, ni una cosa ni la otra, pero yo tenía mucha paciencia y conocía muchos métodos que la harían hablar. No tenía ninguna prisa y menos con todas las curvas de su cuerpo pegadas al mío. La poquísima ropa que llevaba era como si estuviera desnuda y mi miembro, que tenía vida propia, se excitó y actuó por su cuenta.

—¿De verdad? —siseó al notar la dureza en el inicio de su trasero— No me lo puedo creer —bufó varias veces.

—La culpa es tuya —susurré sin apartarme de su oreja.

—Tienes una cara que te la pisas —dijo alterada—. ¡Suéltame! —jadeó cuando coloqué una mano sobre la goma de la cinturilla del pantalón.

—¿Estás segura? ¿No prefieres sincerarte conmigo mientras sientes placer? ¿Qué te parece si cuelo la mano por dentro del pantalón y me cuentas la verdad entre gemidos?

—Kaarle… —siseó cuando le separé la cinturilla con varios dedos, pero no me los apartó.

—En el lago te dije que más tarde, lo que equivale a otro momento, terminaríamos lo que no pudimos continuar.

—Y no te has vuelto a acercar a mí —negó varias veces.

—Soy un hombre muy ocupado, preciosa. ¿Estás enfadada por eso?

—¿Ocupado de vacaciones? Y no estoy moleta porque no esperaba nada de ti.

—Tú mejor que nadie sabes que cuesta desvincularse del trabajo, ¿no? Sigo sin creerte, no eres convincente.

—Yo diría que la versión correcta es que te entretienes mucho con cualquier mujer —habló molesta.

—¿Y te empeñas en decir que no son celos? —solté una carcajada— ¿Quieres que pare? Pídemelo otra vez, pero con sinceridad, y entonces lo haré. En el lago no me pareció que fueras a evitar un nuevo contacto, más bien lamentaste no tenerlo. Dime, preciosa, ¿qué quieres? Pero ten por seguro que de una forma u otra voy a saber qué hacías escondiéndote y el motivo.

—Venía de vuelta de hacer ejercicio y os he escuchado, solo… —tragó saliva, nerviosa— solo me he quedado por curiosidad. Joder, vale, ha sido una falta de respeto, no tendría que haberlo hecho, pero ya no puedo dar marcha atrás —bufó—. Estás demasiado molesto por haberte interrumpido.

—¿Eso piensas? ¿Qué crees que hubiera pasado entre Lumi y yo si no hubieses aparecido?

Intenté mantenerme serio porque había conseguido que hablara, pero me estaba costando demasiado contener la diversión.

—Pues claro que lo pienso, es obvio lo que desprendíais.

Dio un paso hacia delante para separarse de mí, pero la seguí, manteniéndola presionada a mi cuerpo.

—Seguramente os habríais besado, ¿no? —continuó.

—Puede… —fruncí los labios.

—Y los besos habrían dado paso a las caricias.

—Ah, ¿sí?

—Lo siguiente está claro.

—¿El qué? ¿Qué me habría follado a Lumi contra un árbol? —gruñó y reí, a la mierda la contención— He vivido esa experiencia en varias ocasiones, sí, y mi recuerdo es increíble.

Forcejeó para soltarse, pero no se lo permití porque era muy consciente de que no me había pedido que me apartara. Todos sus intentos no tenían fuerza ni carácter. La rabia y los celos actuaban por ella, así que la dejé paralizada de la forma más rápida y eficaz. Metí la mano por dentro del pantalón y de la minúscula braga, y le cubrí el sexo con la mano extendida.

—¿Qué…? —gimió, quedándose rígida.

—Joder… —siseé, apoyando la frente en su cabeza— Mierda, cómo he echado de menos esto —le acaricié el clítoris, haciéndola estremecer—. Estás tan jodidamente mojada —gruñí al comprobarlo.

Los dedos se me humedecieron cuando los dirigí hasta su cavidad, donde metí dos de ellos, despacio, sin prisa, tanteándola mientras me los acogía y sentía el calor de su interior y cómo me los apretaba.

—Kaarle… —jadeó— ¿Qué estás haciendo? —me preguntó con la voz entrecortada— Estamos muy cerca del hotel, puede aparecer alguien.

—Me encanta que esa sea tu preocupación y no que tenga la mano en tu sexo —le lamí el cuello.

Tenía la piel salada por el sudor, pero daba igual cómo estuviera o lo que me ofreciera, a mí me gustaba de todas las formas. Mi lengua le provocó otro jadeo y se agarró con las manos al brazo con el que continuaba rodeándole la cintura. Me lo apretó cuando deslicé los dedos en su interior, para sacarlos y volverlos a meter de un movimiento rápido, todo lo adentro que podía. Gimió.

—Con los ruidos que haces no creo que nadie se atreva a acercarse si pasa cerca de aquí, aunque por la hora que es los huéspedes estarán en el salón, desayunando. Estamos solos, excitados y cachondos, tú dirás… —hice una pausa, pero no habló— ¿Tienes hambre, preciosa? Podemos saciarnos antes de ir al hotel, será el tentempié perfecto antes de comer —atrapé entre los dientes el lóbulo de su oreja—. Se me ocurre una cosa que quedaría perfectamente en tu boca —apreté la mandíbula cuando se balanceó, frotándome la erección.

—Tengo mucha hambre, pero aquí no…

Saqué la mano de su pantalón y la giré rápido, entre mis brazos. Le agarré las nalgas y la impulsé hacia arriba. Me rodeó el cuello con los brazos y la cintura con las piernas.

—Vamos a ponerle solución —susurré sobre sus labios.

—¿Te une algo con Lumi?

—Sí —respondí y tragó saliva.

—¿El qué? —murmuró— No quiero meterme entre vosotros dos.

—Edmee, no me hagas hablar de otra mujer cuando estoy a punto de follarte —le pedí y jadeó.

—Pero…

—Esta puñetera ropa de deporte es… —gruñí al colar los dedos por debajo, de nuevo entre sus piernas, estaba vez sin tanta dificultad ni espera.

Disfruté de su sexo abierto por la postura y todo lo que quería preguntarme, todo lo que pensaba, lo dejó en el olvido para sustituirlo por jadeos y gemidos, mientras se apretaba con fuerza a mí. Me tenía a punto de perder la puñetera cordura y todavía había capas de ropa entre nuestros cuerpos.

—¿Dónde… dónde vamos? —dijo con la voz entrecortada, con mis dedos embistiéndola y resbalando hasta su clítoris.

—A un lugar que te va a gustar. ¿Alguna vez lo has hecho en la naturaleza, aparte de en el lago? —la miré de reojo con una sonrisa pícara.

—No, el experto eres tú. Me has dejado claro que has follado en varias ocasiones contra árboles, al aire libre —lo dijo molesta y solté una carcajada.

—Necesitas relajarte, preciosa, me voy a esmerar para que lo consigas.

Caminé tomando la dirección de la derecha, alejándome hacia una zona del bosque en la que sabía que nadie se acercaría, para que no estuviese nerviosa e inquieta por nada más que lo que yo le hiciera.

Llegamos unos minutos después y Edmee empezó a recorrer con la vista cada rincón del lugar.

—No sabía que esto estaba tan cerca del hotel, es muy bonito.

—Yo sí, lo descubrió Lumi —soltó un bufido y separó el cuerpo del mío.

Se lo permití, pero ni iba a bajarla, tenía muy claro lo que venía a continuación y era desnudarla y perderme en su cuerpo. Me estaban gustando demasiado sus reacciones, decían más que las palabras, por lo que por el momento no le hablaría claro de Lumi y lo que me unía a ella.

Donde estábamos era como una mini pradera en la que destacaban por todo el espacio las flores de múltiples colores, de tallos tan altos que si te tumbabas en el suelo pasabas desapercibo ante ojos ajenos. Sabía por anticipado que le iba a encantar, lo reflejó en su expresión.

Me paré en el centro y me agaché despacio, hasta que me quedé de rodillas y le eché el cuerpo hacia atrás con cuidado. Cuando su espalda tocó la hierba y los tallos de las flores, haciéndose hueco entre ellas, me senté sobre los talones, y admiré la imagen que formó rodeada de todo ello. No me soltó, mantuvo las piernas rodeándome la cintura, por lo que su trasero elevado reposaba un poco sobre mis piernas.

Estaba preciosa, el pelo continuaba teniéndolo de la misma forma, pero el sudor se le había secado. Sus pechos subían y bajaban con un ritmo rápido, mientras su mirada fija en la mía me pedía lo que los dos necesitábamos con urgencia.

Me hubiese encantado que sucediera antes, adelantar este momento para que no tuviera dudas de que la deseaba. Si supiera que no había podido quitármela de la cabeza…

Capítulo 27



Edmee

Estaba volviendo a pasar, esas palabras eran las únicas que se repetían en mi cabeza.

No iba a admitirlo en voz alta, pero me había fastidiado tanto verlo con Lumi… Todos sus comentarios y sus respuestas no habían conseguido calmar mis nervios. No sabía que tenía con ella y aquí estaba yo, con las piernas rodeándole la cintura, con los talones cruzados a su espalda para que no se escapara, y deseando que me tocara otra vez.

Definitivamente me había vuelto loca, me estaba dejando llevar de una forma inexplicable para mí porque la posición que teníamos en este instante era lo de menos, teniendo cuenta donde habían estado sus dedos hace poco.

Pero lo mismo me había montado una película impresionante con él y con Lumi, una que no se correspondía con la realidad, ¿no? Imaginar lo que podía haber sucedido si no me hubiese delatado la dichosa rama, si hubiesen pasado unos minutos más, no era lo mismo que tener la certeza de la verdad. Tal vez mi teoría se habría desmontado al no pasar nada entre ellos, quizás los besos nunca habrían llegado, ni los tocamientos, más allá de las caricias inofensivas de Lumi sobre la camiseta de Kaarle.

Ese gesto expresaba cariño, a lo mejor habían conectado muy bien desde el inicio, en poco tiempo, y la conversación que había escuchado entre los

dos tampoco indicaba nada. Las conexiones existían, ¿verdad? Joder, yo qué sé, estaba intentando darle un significado muy distinto al que había interpretado, solo para tranquilizarme y poder hacer lo que deseaba sin remordimientos.

Kaarle no había negado que tuviese algo con ella, que tontearan, pero sí me había dejado claro con su pregunta de si esperaba que se la follara contra el árbol, y su respuesta al respecto, de que no sería la primera vez que viviría esa experiencia. Aunque no fue preciso, ¿se refería con Lumi o con cualquier otra aventura con otra chica? No conocía a Kaarle, no sabía nada de su vida. El hotel y el lugar en el que estábamos parecía que nos absorbía hacia algo paralelo a la realidad de nuestras vidas, pero fuera de aquí estaban nuestras rutinas y nuestro día a día, lo real.

—Confía en mí —me pidió de repente, acariciándome los muslos.

Su voz me sobresaltó, me había metido tanto en mis pensamientos, dándole vueltas a lo mismo, que di un pequeño respingo. También me sorprendió el tono de su voz, sonó a súplica, a necesidad y a urgencia, y de nuevo volvió a dejarme paralizada por unos segundos, sin saber qué decir.

A veces me preguntaba cuál era verdadero carácter de Kaarle. Había visto varias facetas de él, y, aunque la forma de ser que más destacaba era la desinhibida, la risueña y la encantadora con la que conseguía todo lo que se proponía, también mostraba, muy de vez en cuando, la contenida, la cariñosa, la misteriosa y en la que se dejaba ver en cierto modo vulnerable, como en este instante.

La mezcla era abrumadora y explosiva porque de una forma u otra me atraía y me alteraba, a partes iguales.

—Esta noche pasarás por encima de mí en la prueba —dije refiriéndome a lo de confiar.

—De eso se trata, ¿no? De ganar —sonrió de medio lado—. Es una parte de esta aventura. Tú también lo harás si es necesario, para llevar a tu equipo a la meta. ¿Cuánta necesidad tienes del dinero?

—Si te digo que mucha, ¿te dejarías vencer?

—No —apretó los labios y puse los ojos en blanco.

—Pues entonces te quedas con la duda —me encogí de hombros.

Pensando en lo de la aventura… mierda, de pronto recordé que una de las bases no la había respetado. Todavía no había subido ninguna imagen ni video a mis cuentas sociales. Pensé en ponerle remedio en cuanto llegara al hotel, aunque seguro que mi hermano y mis amigas habían cumplido etiquetándome. Ni siquiera había entrado a las redes para comprobarlo, desde que llegué aquí lo dejé todo de lado para disfrutar y desconectar, a excepción del trabajo por la importancia que tenía, lógicamente.

—Siempre podemos llegar a un acuerdo —me colocó las manos en las caderas.

—¿Cómo cuál? ¿A qué te refieres? —Lo miré con curiosidad.

—Cuando gane los veinte mil euros podemos compartirlos, ya te dije que yo no compito por el dinero.

—Estás demasiado convencido de que lo vas a conseguir —arqueé una ceja.

—Por supuesto —me hizo un guiño.

—No te lo vamos a poner fácil.

—Ya lo sabes, me gusta lo difícil —sonrió con picardía.

—¿Dónde está la trampa para que quieras dividir el premio conmigo? —elevé las dos cejas, provocando que riera.

Le estaba siguiendo la corriente, pero si se daba el caso de que él y sus amigos fueran los vencedores, no permitiría que sucediera lo que acababa de proponerme. Ni por asomo iba a aceptar un dinero que le pertenecería a él; primero porque no sería justo, y, por último, porque a mí no me hacía falta, al igual que pasaba con mi hermano y con Nadia.

Si no conseguíamos ganar, Yael y yo nos las ingeniaríamos para buscar la mejor manera para liberar a Gaby del peso de sus deudas. Teníamos que pensarlo muy bien, el tema era conseguir que no se pusiera histérica cuando se enterara de que la habíamos ayudado, y, sobre todo, salir intactos en el proceso para que no nos tirara cualquier cosa a las cabezas por haberlo hecho.

—No hay trampa —aseguró—, solo quiero seguir disfrutando de los días que estemos aquí, aunque a veces quieras hacerme desaparecer.

—¿Eso qué significa? Parece que el engaño es tener relaciones, como si fuese el coste que pagar —entrecerré los ojos.

—Yo no he dicho eso, ni lo he insinuado —rio—. No es lo que pretendo, ni por asomo, me he referido a que podemos disfrutar sin pensar en el después.

Me relajé al escucharlo, lo dijo con sinceridad.

—Y si quiero hacerte desaparecer es porque te lo ganas a pulso.

—¿Tú crees? A lo mejor es que me gusta sacarte de quicio, alterarte —me hizo un guiño.

—Lo haces de lujo —bufé.

—Todo a lo que le pongo empeño y ganas me sale bien —me agarró de la cinturilla del pantalón de deporte—. Suéltame para poder quitártelo —me pidió con la voz más ronca.

Descrucé los pies a su espalda y coloqué las piernas a los lados de las suyas. Sin dejar de mirarme a los ojos tiró del pantalón y de la braga, deslizándolos hacia abajo. Me mordí el labio inferior, mientras me liberaba de la ropa. La dejó a su lado, sobre los tallos de las flores, y tragué saliva cuando desvió los ojos, para dirigirlos a mi sexo.

—Lo he echado de menos —dijo con la voz grave.

—Síii… —contuve la respiración ante el contacto de sus dedos.

Los deslizó de arriba abajo, observando lo que hacía. Me abrió más las piernas, al igual que sobre las suyas me elevó el trasero. Completamente abierta y expuesta ante él, se dedicó a jugar con mi zona íntima. Mi pulso y mi respiración se aceleraron y descontrolaron, y de mi garganta salieron varios gemidos intensos de placer.

—Me encanta, joder —siseó, abriéndome los labios inferiores con varios dedos—. Eres una perdición, Edmee.

—Piérdete en mí y conmigo —arqueé la espalda al recibir sus dedos en mi interior, mientras me acariciaba el punto sensible y excitado.

—Es lo que va a suceder, preciosa. Estás tan caliente, tan húmeda y apretada —gruñó.

Las fuerzas me fallaron para poder hablar, se llevó toda mi energía lo que me hacía. Sentí tanto placer, me rompí como cada vez que me tocaba. El orgasmo me asaltó de repente, demasiado rápido sin poderme contener.

Jadeé y gemí gritando su nombre, sin importarme si podía escucharme alguien. Imposible retener las reacciones de mi cuerpo.

—Es hechizante ver cómo te corres —se llevó los dedos a la boca y me estremecí con otro gemido.

Se los lamió despacio, saboreándome en ellos, y me moví rápido. Lo empujé para dejarlo tumbado bocarriba, invirtiendo las posiciones. Me coloqué sobre sus piernas, a horcajadas.

—Joder, sí —siseó cuando le desabroché el pantalón.

Elevó la cadera cuando le pegué un tirón, nerviosa y necesitada de todas las formas posibles. El bóxer siguió el mismo camino, le dejé las dos cosas por debajo de las nalgas. Me relamí los labios, observando su miembro duro con la punta brillante por las primeras gotas de excitación.

Coloqué los dedos en la pequeña apertura, retirando su esencia, la que me llevé a los labios. Kaarle soltó un gruñido y me agarró de las caderas, con fuerza, sin apartar los ojos de mi lengua en movimiento.

Fue un anticipo perfecto, el que completé cuando me incliné sobre él e hice desaparecer a su miembro en mi boca, de golpe.

—Mierda… Edmee… —jadeó impulsando hacia arriba la cadera, para entrar más profundo.

Lo acogí, recibí todo lo que me daba, disfrutando como nunca de la primera vez. Su esencia se mezcló con mi saliva, facilitando las subidas y bajadas. Me agarró de la coleta con fuerza y me encantó notarlo tan descontrolado, mientras me guiaba como necesitaba.

Me empujaba hacia él, al mismo tiempo que su cadera subía a mi encuentro. Mi humedad aumentó por su placer y por lo que estaba haciendo,

hasta que, entre jadeos y gemidos, soltó un fuerte gruñido y me separó la cabeza.

—Móntame —me pidió con la voz irreconocible y lo hice.

No podía esperar más y me moví para quedarme sentada sobre su erección. Me dejé caer de golpe, recibiéndolo hasta lo más profundo como necesitaba. Se nos cortó la respiración al unísono cuando me quedé quieta con su miembro enterrado en mi interior. Me bajó los tirantes del top y me destapó los pechos. Tenía los pezones durísimos, los que agarró entre sus dedos. Tiró de ellos haciéndome jadear y curvé la espalda, ofreciéndome a él para que continuara e hiciera lo que deseara.

—Ahora sí, necesitaba verlos —jadeó.

Perdida en todas las emociones y sensaciones, empecé a deslizarme por su erección. Primero despacio, pero no pasó mucho tiempo para que me moviera sobre él desesperada y desbocada, buscando el alivio que mi cuerpo reclamaba, mientras sus dedos y manos me excitaban los pechos y los pezones.

La locura me arrastró hasta el precipicio y caí por él, gritando su nombre y estremeciéndome con cada convulsión. Jadeante, casi sin respiración, me llevó de nuevo sobre la hierba y me elevó una pierna hasta colocarla sobre su hombro. En esa postura, con él de rodillas, me embistió con fuerza y con un ritmo desesperado.

El fuego volvió a prenderse en mi interior y me sentí desesperada para que terminara, pero Kaarle no tenía pensamientos de hacerlo rápido. Se controló hasta que volví a correrme, justo en ese momento se dejó llevar él, llenándome por segunda vez con su esencia caliente.

Cuando salió de mi interior se dejó caer a mi lado y nos quedamos los dos con la vista hacia el cielo, escondidos y rodeados por los altos tallos de las

flores de múltiples colores, de unas tonalidades espectaculares, mientras recuperábamos la respiración.

—Nos hemos quedado sin el desayuno —me lamenté al cabo de unos minutos, rompiendo el silencio.

Soltó una carcajada y sonreí, girando la cabeza hacia él.

—Seguro que pueden hacer una excepción —me sonrió mirándome, con la cabeza en la misma posición que la mía.

—No lo creo —solté un suspiro—, pero puedo pedir un café y algo más para que me lo traigan a la habitación, después de ducharme.

—Te aseguro que sí, ya verás como no nos ponen problema y encima tendremos el comedor para nosotros solos —me hizo un guiño.

—Si es así la ducha tendrá que esperar. ¿Vas a hacer magia para convencer a Lumi con tus encantos? —Hice una mueca porque solo de imaginarlo…

—Algo así —susurró, inclinándose sobre mí—. No te preocupes por nada, vas a recuperar las fuerzas —me dio un beso rápido en los labios.

Al menos el primero fue así, porque cuando se separó unos centímetros volvió a unir sus labios a los míos, con nuestras miradas fijas en las del otro. Fue un beso largo y calmado, en el que disfrutamos del contacto de nuestros labios y nuestras lenguas, en el que nos saboreamos sin prisa.

—Vámonos antes de que se haga más tarde —susurró.

Me besó en la punta de la nariz antes de apartarse para subirse el bóxer y el pantalón. Me coloqué bien el top y me ofreció mi ropa, la que me

coloqué rápido. Agarré su mano para incorporarme y tiró de mí, sin soltarme.

Capítulo 28



—Ha llegado el momento —habló Jaakko, dirigiéndose a las veinte personas que estábamos rodeándolo: todos los huéspedes elegidos para vivir esta experiencia—. Espero que hayáis descansado durante el día, igualmente no os he puesto muy difícil la prueba —nos hizo un guiño.

¿Bajo su punto de vista cómo medía la dificultad? Una buenísima pregunta. Mi atención estaba dividida entre él y lo que quedaba a mi derecha. No quería creer lo que iba a suceder, lo que estaba segura de que serían las próximas palabras de Jaakko. Estaba a punto de odiarlo, directamente y sin remordimientos. ¿La prueba consistiría en lo que estaba pensando?

Joder, pues claro, a ver sino qué mierda hacíamos aquí, justo en el dichoso lago próximo al hotel. Nos encontrábamos separados por unos metros de la orilla. Desde que empezamos a seguirlo y vi que se adentraba en el bosque, comencé a cagarme en él mentalmente.

Por favor que no tenga que ver con el agua, por favor, por favor… repetí suplicando en silencio, para mí misma. Me iba a dar algo como tuviese que meterme en esa negrura intensa por la noche. Mi hermano, que me agarraba de la mano porque sabía perfectamente que podía desmayarme en cualquier momento, me dio un apretón para que volviera en mí y fuera consciente de que estaba a mi lado.

En este instante su presencia no me consolaba, en absoluto. Nada ni nadie podía conseguirlo por el pánico que sentía, y porque faltaba muy poco para que yo provocara que perdiéramos en la primera prueba. Íbamos de cabeza a la derrota, pero ¡qué mierda me importaba! Joder no quería el dinero, esto lo hacía por diversión y por vivir algo diferente con las personas que quería. Punto final, no había más, con los buenos trabajos de cada uno teníamos suficiente para el resto de nuestras vidas.

—Cariño —susurró Nadia.

—Estoy bien —murmuré sin mirarla.

Tampoco podía, me notaba rígida y tenía la sensación de que si giraba la cabeza hacia ella se me partiría el cuello, y adiós muy buenas.

—No nos anticipemos, lo mismo la prueba no tiene que ver con el lago y si es el caso, seguro que consiste en algo más que tenga que hacerse en el exterior. Esa será tu parte, ¿vale? —me habló Gaby y tragué saliva.

Los amaba con locura a los tres, pero en este momento, por el gran agobio que sentía, me molestaron sus voces y sus intentos de animarme y consolarme. Injusto, pero ¿quién controla al miedo? Tenía ganas de llorar, de tirarme al suelo y patalear, y a ser posible darle con las piernas a Jaakko. Me cagué de nuevo en él y en la sonrisa que mostraba mientras pasaba la mirada por las caras de todos.

Mandaba narices con lo bien que había comenzado mi día, e iba a terminar de la peor forma posible. Hablo por mí, porque todos los presentes parecían entusiasmados con lo que estábamos a punto de hacer. Todos excepto mi hermano y mis amigas, porque mi sufrimiento era el de ellos.

Ni siquiera tuve fuerzas para buscar a Kaarle con la vista, la poca luz que había estaba a los pies de Jaakko. La noche más oscura no podía estar, no había luna llena y la iluminación era inexistente a nuestro alrededor. Me

estremecí, mi hermano lo notó y me soltó la mano, para rodearme por los hombros con el brazo.

—Relájate —susurró sobre mi cabeza—. No voy a dejarte sola.

—No sabes si será posible —me mordí el labio inferior.

—Cariño, no estamos obligados a realizarla, ¿entiendes? Podemos largarnos al hotel.

No era la primera vez que me lo decía, pero mi cabezonería, como las veces anteriores, me hicieron murmurar un no.

—Yael tiene razón, Edmee. A la mierda el premio gordo —añadió Gaby.

—Yo no es por tentaros, pero la sauna estará vacía durante un buen rato. ¿No os apetece ir y después terminar en el yacusi de las habitaciones? —propuso Nadia.

—Os lo agradezco, de verdad, pero aún no sabemos a lo que nos enfrentaremos —les sonreí sin mirarlos.

—Está bien —soltó un suspiro Gaby—. Pues vamos a ver de qué se trata la prueba y entonces decidimos —asintió.

Jaakko, que había hecho una pausa en su explicación para atender a varios huéspedes, captó de nuevo toda nuestra atención.

—Os comento en qué consiste la prueba —se escucharon varios aplausos, yo bufé sin poderme contener—. Ah, aquí está —dijo ante la aparición de Lumi, la recepcionista del hotel.

Se acercó a él con una gran sonrisa, llevando una bolsa de tela, de la que Jaakko sacó una linterna común. Al menos eso me pareció al principio

porque cuando nos la mostró bien, vimos que era de las que se colocaba en la cabeza, para tener las manos libres. Estupendo, otro punto negativo por lo que podía representar.

—Tendréis una para cada uno —continuó hablando Jaakko, mientras Lumi se apartaba unos pasos de él—. Será de las pocas cosas que llevéis encima, junto a la ropa interior y unas riñoneras que os ataréis a las cinturas —se escucharon varios jadeos, a mí no me salió ni la respiración—. Si alguno siente pudor puede ir rápido al hotel para ponerse el traje de baño, pero os aseguro que con la oscuridad no se apreciará nada.

»El tema es que, cuando estéis preparados, un miembro de cada equipo se lanzará al agua. He marcado en el lago las separaciones, estaréis tan alejados los unos de los otros que solo distinguiréis los puntos de luz de los demás. Se trata de divertirse en el proceso, de pasarlo bien. Sé que la temperatura no acompaña, pero os daréis cuenta de que entraréis en calor muy rápido.

No te lo crees ni tú, le grité en mi cabeza.

—Tenéis que recorrer el lago de punta a punta, en ambos sentidos, pero tranquilos, no nadaréis en la zona más larga del lago. En el camino os encontraréis con tres boyas, en las que os sumergiréis porque en el fondo, dentro de una bolsa que está atada, hay unas piedras luminosas de tamaño pequeño que guardaréis en las riñoneras. En total tenéis que llegar a la orilla con tres, cuando regreséis.

»En cada boya hay cuatro piedras en total, para que los grupos de ese mismo número tengáis las vuestras. Se hará por turnos, hasta que el compañero no llegue aquí, no saldrá el siguiente. La última boya, el final antes de volver, está junto a una pared de roca. No hay tiempo para realizar la prueba y las puntuaciones serán según vayáis terminando.

»El primer equipo en conseguirlo obtendrá la máxima puntuación, cuando el último que pertenece a él me entregue sus piedras. El equipo que finalice el último conseguirá la mínima puntuación. ¿Alguna duda?

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Nos largamos —dijo mi hermano, convencido.

—Sí —confirmó Gaby, rodeándome la cintura con un brazo.

—No —susurré—. Creo, creo que podré —tragué saliva.

—¿Para qué quieres pasar un mal rato, sin necesidad? —me preguntó Nadia, con una mueca.

—Seguro que todo lo que vive debajo del agua está durmiendo, ¿verdad? —conseguí moverme y los miré.

—¿Y el frío? Joder, te cuesta meterte cuando hay sol y cuando se trata de una gran cantidad de agua y, ¿te lo estás planteando ahora, de noche? —me preguntó Yael— Las pocas veces que te he visto bañarte sin rechistar han sido en nuestras piscinas, porque les da el sol durante todo el día. No se trata de lo que has preguntado, si fuera peligroso, la prueba no sería en el lago.

»El tema es que te da miedo, más que eso, porque no controlarás lo que hay en el fondo y no soportas las impresiones. Dentro del lago solo vas a tener la luz de la frente —puso un dedo en la mía—, y no quiero que te quedes paralizada porque, mientras tú lo pasas mal imaginando lo que te rodea, ninguno de nosotros sabremos lo que está sucediendo. No seas cabezota, Edmee, no tenemos por qué optar al puñetero premio de ochenta mil euros.

—No es por el dinero —susurré.

—Estoy completamente de acuerdo con tu hermano —asintió Gaby.

—Y yo —la secundó Nadia.

Me giré hacia el lago, ignorando el alboroto que había alrededor de Jaakko. Solo podía distinguir una pequeña masa de agua frente a mis ojos porque variaba en la tonalidad. Tragué saliva, preguntándome si podría hacerlo. Era consciente de que para mí iba a ser muy difícil, no por la complejidad, sino por lo que representaba, pero me daba mucha rabia que tuvieran que renunciar por mi culpa.

Con lo bien que podía estar tumbada en la cama, o en la sauna, o con los tres bebiendo en la zona de las hogueras… Pues no, aquí estaba yo, planteándome si jugar.

Lo maravillosa que me había ido la mañana se enturbió por completo. El salir a correr, el sexo con Kaarle en un entorno precioso, el desayuno, porque no sé cómo lo hizo, pero después de que él hablara con Lumi, desayunamos los dos en el comedor, solos. Cuando terminamos nos separamos en el vestíbulo y yo subí a mi habitación para ducharme, pero antes avisé a mi hermano, para reunirme después con ellos.

En cuanto lo hice el día fue tranquilo, estupendo, y como ya imaginé ellos habían subido a sus redes sociales imágenes y videos del hotel y de la zona. En todas me habían etiquetado, pero aproveché para cumplir con mi parte y subí varias imágenes, con frases.

—Vamos a hacerlo —dije.

No soné muy convencida, pero sí decidida. Una contradicción, pero así era yo en según qué momentos.

—Edmee… —me llamó mi hermano, en un tono de advertencia.

—Estoy bien —me puse frente a él, con una pequeña sonrisa—. Hay muchas personas aquí y si me pasa algo solo tengo que gritar —le hice un guiño—. Vosotros os lanzaréis al agua a por mí. No pasa nada, de verdad —insistí—. Solo es mucha agua negra y tenebrosa —Gaby rio nerviosa—. Como has dicho no hay peligro, el lago no va a atacarme, pero eso sí, puede

que quedemos los últimos porque mi rapidez no será como la vuestra —me encogí de hombros.

—¿Qué más da eso? —bufó Nadia— Es lo de menos. ¿Estás segura?

—Sí —le confirmé.

—No lo veo —negó mi hermano.

—Ninguno vemos mucho aquí, así que… —le hice un guiño.

Maldiciendo, así se alejó Yael de nosotras, para pedirle a Jaakko nuestras luces y riñoneras. Mi hermano sabía muy bien que no iba a cambiar de opinión, por mucho que me insistieran los tres. Fue en ese instante en el que, siguiéndolo con la vista, localicé a Kaarle. Estaba al lado de Jaakko, inclinado hacia él, susurrándole en el oído. Por la expresión del último, seria e incluso con algo de preocupación, supe perfectamente lo que le estaba diciendo Kaarle porque los ojos de Jaakko me buscaron.

Yael llegó hasta ellos e intercambiaron varias palabras. Por un momento pensé que Jaakko no iba a darle lo que necesitábamos, me lo pareció cuando vi hablar a mi hermano con Kaarle. Pero al final, cuando se giró para venir hasta nosotras, lo hizo con las manos llenas.

—Tomad —nos ofreció las cosas—. La primera vas a ser tú —me dijo serio—. No quiero que te quedes la última y espero que me hagas caso en esto, a la mínima duda de que vas a entrar en pánico, anticípate y vuelve a la orilla. Me importa una mierda si no has cogido ni la primera piedra. ¿Me has entendido?

—Síii… —le sonreí, ajustándome la luz en la frente.

—Encendedlas —nos pidió y las tres lo hicimos comprobando que funcionaban.

—Vale —soltó un suspiro.

—Relájate —le pedí, estaba muy tenso.

—Claro, eso precisamente tengo en mente ahora mismo —negó empezando a desvestirse.

Gaby, Nadia y yo lo imitamos, quedándonos en ropa interior, y después nos colocamos las riñoneras.

—Mierda, qué frío —bufó Nadia.

Lo hacía, mucho, pero no dije nada. Me limité a abrazarme como pude, mientras Jaakko decía las últimas palabras.

Mis amigas y mi hermano me abrazaron como si no fueran a verme por una buena temporada. Con sus muestras de cariño y sus palabras de ánimo me dieron el impulso que me ayudó a encontrar el valor para enfrentar lo que iba a suceder. Me aferré a esa sensación.

Me separé de ellos para colocarme en posición en la orilla, en línea y a cierta distancia de los demás que iniciaban la prueba conmigo. Casi me eché a llorar cuando el agua me rozó la punta de los dedos de los pies.

—Vas a hacerlo. Tú puedes, joder —me animé a mí misma, mientras daba pequeños saltitos sin moverme del sitio, para entrar en calor, o para salir corriendo en la dirección opuesta al lago. Por unos segundos no lo tuve muy claro.

—¿Preparados? —preguntó a mi espalda Jaakko y se escucharon las afirmaciones— Edmee —llamó mi atención en tono bajo—, cualquier cosa que…

—Lo sé, gracias —giré la cabeza hacia él—. Tranquilo, pienso sobrevivir a esta noche porque me las vas a pagar, con creces —le hice un guiño, quitándole importancia a mis palabras.

—Lo lamento, no lo sabía —dijo con pesar.

Asintió por mis palabras con una pequeña sonrisa, pero no muy convencido por dejarme participar. Estaba segura de que Kaarle le había explicado bien lo que me sucedía y de que mi hermano le amplió esa información.

—Ha llegado el momento —volvió a hablar al cabo de unos largos segundos—. ¡Al agua! —gritó, iniciando la puñetera prueba.

Bajé la mirada al agua y tragué saliva varias veces. Cuando levanté la vista vi cómo los primeros participantes se lanzaban y empezaban a nadar, sus luces se alejaron de mí. Solté el aire de golpe, varias veces, armándome del valor que se me había esfumado en segundos.

Me estaba mentalizando para meterme cuando noté una presencia a un lado. Yo tendría que haber sido la única en haberse quedado en la orilla, pero me di cuenta de que no. Para mi sorpresa Kaarle se encontraba a unos metros de distancia, parado en la línea de salida y observándome.

Iba a ser el primero de su equipo en realizar la prueba y me pregunté si lo había elegido por mí, para acompañarme, aunque no estuviésemos cerca. Ese pensamiento me reconfortó, aunque poco podía hacer para ayudarme.

Por el momento había perdido la ventaja sobre el resto, pero parecía no importarle. Asintió hacia mí, serio, y le devolví el gesto, dando el primer paso. Me mordí la lengua para evitar soltar los insultos ingeniosos que se me ocurrieron ante el contacto con el agua fría.

Mis amigas y mi hermano empezaron a animarme, sus gritos fueron los únicos que rompieron el silencio, de una forma que me hicieron sonreír y tener ganas de llorar, al mismo tiempo. Eran los mejores.

Capítulo 29

—No hay nada debajo de mí, ni a los lados… —siseé, en voz alta, una de las veces que saqué la cabeza hacia un lado, entre brazadas.

Mientras pataleaba con fuerza y movía los brazos rápido, esas palabras eran las que pronunciaba. Desde que me lancé al agua no dejaba de repetirlas, nerviosa por todo lo que podía rodearme y no ser consciente de ello. La imaginación era una mala compañera, muy traicionera.

Ya no sentía el frío del inicio, ni siquiera me acordaba del impacto que me llevé al meterme en el agua de golpe, porque si lo hubiese hecho despacio, todavía continuaría en la orilla. Mi hermano y mis amigas debían estar muy orgullosos de mí por ello.

Aún no había llegado a la primera boya, no sabía en el punto exacto en el que se encontraba en el recorrido. Me movía con tanta urgencia que el agua fría no me paralizaba. Por el momento no había visto puntos de luces dirigirse hacia la orilla, eso era muy buena señal. Iba mal de tiempo, pero Yael era muy rápido, al igual que Nadia, y Gaby intentaría seguirles el ritmo. Seguramente esta última sería la siguiente, para que mi hermano y Nadia acortaran distancias en los últimos turnos.

Me encontraba en medio de la más absoluta oscuridad, aunque intentaba no pensar en ese inmenso detalle, para no bloquearme.

—Oh, joder.

Dejé de nadar al chocar con la primera boya. La adrenalina se apoderó de mí, pensado en que iba a conseguirlo. Cogí una gran bocanada de aire, llenándome los pulmones, y me sumergí. Para no gastar muchas energías bajé agarrada de la cuerda de la boya, avanzando bastante bien. Por suerte la luz me dio la iluminación suficiente frente a mí para distinguir el fondo y la bolsa que habían atado.

No quise mirar hacia ningún lado más, me centré en mi objetivo, a pesar de que, por dentro la inseguridad, la inquietud y el miedo me apretaban con fuerza. En la zona en la que estaba cubría, pero agradecí que llegué al final sin problema porque no había mucha profundidad. Si hubiese podido habría gritado de la emoción.

Enrosqué una pierna en la cuerda para mantenerme en la posición y con las manos libres abrí la bolsa y cogí una de las piedras luminosas, dejando las otras tres para mis amigas y mi hermano. En cuanto cerré la bolsa nadé hasta la superficie, donde cogí otra gran bocanada de aire al salir. Con cuidado, me guardé la piedra en la riñonera y en cuanto me aseguré de que la cremallera estaba bien cerrada, volví a ponerme en movimiento.

Separada por unos metros me encontré con la siguiente boya, en la que repetí el proceso, consiguiendo la segunda piedra. Justo cuando salí a la superficie vi varios puntos de luces camino de la orilla. Maldije y empecé a nadar rápido, forzándome al máximo. Joder, no iba tan mal, podía conseguirlo porque en la vuelta no tenía que pararme, era solo nadar hasta la orilla.

Después de un rato levanté la cabeza mirando hacia delante, para enfocar con la luz lo que tenía frente a mí. Estaba a pocos metros de la última boya, vi la pared de roca y sonreí por lo cerca que me encontraba de conseguirlo, pero que me quedé paralizada de repente.

—¿Qué…? —jadeé cuando algo me rozó la pierna y en cuestión de milésimas de segundos volvió a suceder.

Tragué saliva y cerré los ojos con fuerza, rezando interiormente.

—Por favor, por favor… —empecé a repetir, insistentemente entre susurros, o al menos eso creí.

Empecé a hiperventilar cuando los nervios se apoderaron de mí y por si no tuviese poco, la linterna que tenía colocada en la frente empezó a perder intensidad, hasta que dejé de ver lo que tenía a menos de dos palmos de distancia. La luz que desprendía se volvió muy tenue, lo que provocó que entrara totalmente en pánico y me quedara sin respiración.

—No, no, no, no… —le di varios golpes, pero no funcionó— Mierda —gemí a punto de llorar.

Empecé a mover los brazos a mi alrededor, desesperada y limitada, a pesar de todo el espacio al aire libre que me rodeaba. Perdí el control sobre mí misma cuando noté otro roce en la parte inferior del cuerpo. Solté un sollozo, a punto del colapso, moviéndome histérica en el agua. El descontrol se apoderó de mí y cuando pensaba que iba a perder el conocimiento por la falta de aire, apenas conseguía que me entrara, algo me asaltó por la espalda y me cortó la respiración del todo.

—Ya está, vamos —escuché una voz muy lejana, como distorsionada—. Edmee, soy yo, Kaarle, estoy contigo.

No hubo forma de frenarme, de lo único de lo que fui consciente fue de que golpeé con todas mis fuerzas, con cada parte de mi cuerpo, lo que tenía a mi alrededor, sin importarme lo que era.

—¡¡Edmee!! Presta atención a mi voz —gemí—. Por favor, tranquilízate. Lo estabas haciendo muy bien, has llegado muy lejos. Vamos.

Un grito se me quedó atascado en la garganta al sentir que algo me aprisionaba, pasaron unos segundos hasta que entendí que Kaarle me había abrazado por la espalda y me apretaba con fuerza a su pecho.

—Hay algo debajo, me ha tocado varias veces —conseguí decir, gimoteando y hablando precipitadamente.

—Solo estamos tú y yo, ¿me oyes? No hay nada ni nadie más. Tú y yo —repitió—. Siénteme y controla la respiración —me pidió preocupado.

Cerré los ojos y apreté los párpados, intentando hacerle caso con todas mis fuerzas. Las caricias que empezó a hacerme fueron un bálsamo al que me aferré y poco a poco, demasiado lento, pude empezar a coger un poquito más de aire. No supe el tiempo que pasó, perdí la noción, pero conseguí volver a hablar.

—Se me ha estropeado la linterna —hipé.

—No es un problema, yo te guio.

—¡No! Vas a perder mucho tiempo —negué varias veces, nerviosa—. Ya tendrías que estar regresando a la orilla. Quiero salir de aquí —lloré con más intensidad.

No volvió a hablarme, en cambio, se movió en el agua sin dejar de tocarme y se puso frente a mí. La luz que llevaba colocada en su frente me cegó por unos instantes, pero duró poco. Me desabrochó la mía, mientras yo me agarraba a su cuerpo como si fuese mi salvavidas.

—¿Qué haces? —susurré.

Se había quitado su linterna y me la estaba colocando a mí.

—No la necesito, con la tuya tengo más que suficiente. Ya he conseguido mis piedras, me he adelantado para estar pendiente de ti. Solo tengo que volver a mi carril y llegar hasta la orilla nadando. Todo está bien.

—Pero…

—No seas cabezota, no voy a dejarte a ciegas —me mordí el labio inferior—. Vamos, vas a coger frío.

¿Frío? Ni lo notaba. Estaba entumecida, pero por un motivo muy diferente.

—¿Cómo qué vamos?

—Voy a acompañarte hasta la boya y me sumergiré para coger tu piedra. Cuando la tengas guardada recorreremos el lago juntos, aunque estemos separados te vigilaré hasta el final.

—Kaarle… —murmuré.

Ignoró mi reacción y me animó a continuar. Lo hice con él a mi lado, sin poder controlar la ansiedad y la angustia, pero por lo menos el ataque de pánico lo había superado. Todo gracias a él. Kaarle casi tuvo que cargar conmigo, llevándome hasta la boya. Al llegar me abracé a ella y él se sumergió.

Cerré los ojos cuando me quedé de nuevo sola, rígida, pero haciendo un enorme esfuerzo para recuperarme. Hasta que Kaarle no salió a la superficie no pude respirar tranquila, más o menos.

—Toma, guárdala —me dio la piedra.

—Muchas gracias —susurré soltándome de la boya.

Con las manos temblorosas la metí en la riñonera y la cerré, dejando las tres piedras a salvo.

—Ahora voy a volver a mi carril, ¿de acuerdo? Recuerda que no hay nada más que tú y yo en el lago —me agarró de las mejillas.

—Vale —murmuré.

—Solo tienes que nadar de vuelta. Eres rápida y vas a recuperar el tiempo, lo sé.

—Sí —tragué saliva.

—Utiliza las ganas que tienes de salir de aquí y deja que te impulsen. Empieza a nadar ya, que te vea, y no pares hasta que llegues hasta donde haces pie.

—De acuerdo. ¿Y tú?

—No te preocupes por mí, llegaremos a la par —me hizo un guiño.

Me dio un beso rápido en los labios que me supo a poco y me pidió con un gesto que empezara a nadar. Me lancé a ello sin pensar, utilizando el miedo que sentía para moverme más rápido que antes. No me paré, no miré atrás, continué mi recorrido sabiendo que Kaarle cumpliría su promesa de llegar junto a mí a la orilla, a pesar de su desventaja.

En mi vida había nadado a tanta velocidad como lo hice, pataleando con todas mis fuerzas para tener el mayor impulso, pero también para ahuyentar cualquier cosa que quisiera acercarse, impidiendo que se aproximara a mí. Me entraron ganas de llorar cuando comencé a distinguir los gritos, al reconocer las voces de mi hermano y de mis amigas.

Cuando comprobé que estaba muy cerca de la orilla me puse de pie y empecé a andar como si el agua fuera una gran amenaza, mientras miraba hacia la zona donde tenía que llegar Kaarle. Sonreí al verlo salir del agua. Me hizo un guiño y me puse a correr. Gaby llegó hasta mí de la misma forma.

—¡Eres una campeona! —me dijo alegre, abrazándome.

Después de darme un beso rápido en la mejilla se lanzó al agua y por fin pude controlar la respiración casi con normalidad.

—Cariño —Yael se acercó apresurado hasta mí, junto a Nadia.

Me refugié en sus brazos, lanzándome a su cuerpo en cuanto los extendió. Escondí la cara en su pecho, disfrutando de la sensación de estar de vuelta bajo su protección. Mi casa, mi hogar…

—¡Lo has conseguido! —gritó emocionada Nadia, dando saltos a nuestro lado.

—He tardado mucho —dije en tono bajo, pero le sonreí.

—¡Qué va! —le quitó importancia— Vamos un poco retrasados, pero no mucho —me sonrió de oreja a oreja, antes de abrazarnos a mi hermano y a mí.

Nos quedamos unidos durante unos segundos, quizás minutos, tiempo que me sirvió para destensarme y tranquilizarme. Hasta que Yael me dijo que iba por una toalla no me di cuenta de que estaba temblando, pasados los nervios y la euforia por haberlo conseguido, tiritaba sin control.

—Ahora vengo —me hizo un guiño Nadia y se alejó en la misma dirección que mi hermano.

Respiré varias veces profundamente y casi me atraganté con la última bocanada de aire, al soltar un jadeo de sorpresa. Alguien se pegó a mi espalda de repente y me tapó con una toalla todo el cuerpo, incluida la cabeza. Era Kaarle, lo reconocí al instante sin mirarlo. Me rodeó con los brazos para que entrara en calor.

—¿Cómo estás? —me preguntó con preocupación.

—Bien gracias a ti —susurré.

—Lo has hecho muy bien, Edmee —me giré entre sus brazos.

—Gracias —repetí.

En esa única palabra los dos sabíamos que había mucho detrás. Me pareció muy poco el agradecimiento para lo que había hecho, ayudándome sin importarle nada más.

—No me las des —me sonrió—. ¿Más tranquila?

—Ahora sí —me castañearon los dientes al hablar, pero asentí imitando su gesto sonriente—. A partir de esta noche tengo un trauma con los lagos —dije con una mueca y soltó una carcajada.

Se separó un paso de mí y me levantó la toalla por las piernas.

—¿Dónde has notado los roces? —quiso saber al ponerse de cuclillas.

—Creo que… en un gemelo y en el muslo. No lo sé bien, estaba muy nerviosa.

—Dame tu linterna —me pidió.

Me la quité de la cabeza y se la di. Se puso detrás de mí para revisarme los gemelos y después volvió de frente para comprobar mis muslos.

—No tienes ninguna marca ni una rojez —aseguró al incorporarse y solté un suspiro.

—Vale —sacudí la cabeza y el pensamiento de que podía habérmelo imaginado me asaltó—. ¿Crees que…?

—Todo está perfecto —me interrumpió interpretando perfectamente lo que iba a preguntarle.

Me agarró de la nuca por encima de la toalla y me la masajeó, sin apartar la mirada de la mía.

—Eres un mentiroso —le dije de repente.

A pesar de utilizar esa palabra, el tono con el que la dije no fue acusatorio, todo lo contrario.

—¿Qué he hecho ahora? —Arqueó una ceja.

—Me dijiste que pasarías por encima de mí en las pruebas y si no fuese por ti…

—¡Qué puedo decir! Me gusta el favor sorpresa —rio.

—Tu equipo, tus amigos… —me preocupó que estuvieran molestos por su retraso.

—Deja de pensar en cosas sin importancia. Para que te quedes tranquila saben desde el principio porque he salido el primero. Contaban con que estaría pendiente de ti —me hizo un guiño—. Los tres van a recuperar el

tiempo perdido, son muy rápidos, y, aunque terminemos los últimos, solo es la primera prueba.

—¿Sabes cuántas más habrá? —hice un puchero.

—Sí, le he preguntado a Jaakko. Es el que está a cargo de ellas, el responsable.

—¿Y?

—Seguras dos más, según lo que me ha dicho había pensado en algunas más, pero no está seguro. Ya no tienes que preocuparte por nada, no habrá agua de por medio —sonrió—. Si hubiese sabido con antelación en qué consistía esta nocturna… —apretó la mandíbula— Te aseguro que Jaakko la habría descartado. Las siguientes serán mañana y pasado mañana, seguidas, después seremos libres.

—Vale —susurré.

—Tienes que irte al hotel. Estás cogiendo mucho frío, no puedes frenar los temblores y empeorarán —me frotó los brazos rápido por encima de la toalla.

—No, quiero esperar a que terminen todos.

—Estoy de acuerdo con Kaarle —dijo mi hermano.

Apareció cerca junto a Nadia, no los escuché acercarse. Al verme cubierta por una toalla lanzó sobre nuestra ropa la que llevaba en la mano.

—Me encuentro bien —hablé intentando mostrar que era verdad, aunque la evidencia…

—¿Jaakko? —lo llamó Kaarle, ignorándome.

Estaba hablando con dos chicos. Al escuchar su nombre nos sonrió y caminó hasta nosotros.

—¿Qué tal chicos? Enhorabuena, Edmee, lo has hecho muy bien —me animó.

—Buenooo… he hecho lo que he podido —carraspeé—. Gracias.

—Nos estábamos preguntado si es necesario que se quede aquí mojada —comentó mi hermano.

—No, quien finalice la prueba tiene libertad para quedarse o irse. De hecho, una chica se ha marchado, tenía mucho frío.

—¿Ves? —se dirigió a mí, Kaarle.

—Pero quiero quedarme con vosotros —miré a mi hermano.

—Es una tontería. También voy a echar a Gaby en cuanto llegue, al igual que haré con Nadia. Yo seré el último en realizar la prueba y no tiene sentido que os quedéis aquí congelándoos. En cuanto esté en el hotel y me duche iré a veros para deciros cómo hemos quedado.

—Está bien —acepté, pensando en una ducha caliente para mí.

Me pareció la idea más maravillosa del mundo y me despedí de todos cuando me sequé los pies para ponerme las deportivas. Después de recoger mi ropa empecé a alejarme, pensando en que me hubiera gustado darle un beso en los labios a Kaarle. Me corté y me reprimí porque lo mismo era dar un paso que él no quería, al estar con tanta gente.

Cuando caminaba entre los árboles, apretándome la toalla al cuerpo y a la cabeza, escuché gritos a mi espalda, unos que reconocí perfectamente. Me

giré entre la oscuridad, la luz de Jaakko y la de las linternas que cada uno llevaba en la frente iluminaban la zona. Vi la llegada de Gaby y cómo Nadia pasó por su lado sin perder tiempo, lanzándose al agua. Desapareció en la negrura de la noche.

Sonreí cuando Gaby empezó a saltar de alegría, tapada completamente por una toalla y abrazada a mi hermano. Después de unos segundos en los que se calzó y recogió su ropa, salió corriendo en mi dirección y la esperé.

—Vamos súper bien —me informó animada—. Uno de los otros equipos del segundo turno no ha llegado todavía —me hizo un guiño.

—Estupendo, me alegro mucho.

—¿Una carrera hasta el hotel? —me propuso.

—¿Tú, correr? La miré divertida.

—Cuando me va la vida en ello soy capaz de cualquier cosa, me adapto a lo que sea —soltamos una carcajada—. Joder, empiezo a entrar en proceso de congelación —bufó.

—Tonta la última —dije entre risas, empezando a correr.

Capítulo 30

Abrí los ojos despacio, pero los cerré de nuevo. Palpé por encima de la mesita de noche hasta que localicé el móvil, para apagar la alarma.

Me sentía agotada, como si el descanso de la noche no me hubiese servido de nada. Lo que menos me apetecía era moverme de la cama, incluso estaba dispuesta a sacrificar el desayuno.

Solté un largo suspiro cuando la alarma volvió a activarse y me incorporé molesta, quedándome sentada. Cogí el teléfono para anularla y que no volviera a sonar y me arrastré hasta el borde, donde me tomé unos segundos para levantarme.

Tenía todo el cuerpo dolorido, por la tensión y el agarrotamiento del tiempo interminable que pasé en el puñetero lago. Me alejé de la tentación que suponía la cama y fui hasta la ventana, para abrir los portones de madera. La habitación se llenó de claridad y me encontré con otro día más que había amanecido perfecto. Me distraje durante unos minutos, observando el exterior decorado por varias tonalidades de verdes intensos.

Apoyada en la pared, dejé vagar la vista, mientras pensaba en el final de la noche anterior. Gaby y yo llegamos al hotel corriendo y de la misma forma entramos en el ascensor. Nos separamos en las puertas de nuestras habitaciones y en cuanto entré en la mía fui directa al baño a darme una ducha. Era difícil explicar las sensaciones que sentí cuando el agua caliente cayó por mi cabeza y por mi cuerpo.

Me dio un bajón de golpe en cuanto me relajé, pero, a pesar de ello, me negué a salir de la bañera. Después de enjabonarme y de enjuagarme, me senté y la llené un poco, para terminar de destensar los músculos. Alargué el momento hasta que noté que se me cerraban los ojos. Una vez seca y con el pijama puesto, me sequé rápido el pelo.

Mi hermano picó a mi puerta casi una hora después, tiempo que estuve haciendo un gran esfuerzo para no dormirme. Sabía que vendría como me dijo, sin importar la hora que fuese. Cuando le abrí Nadia y Gaby estaban en el pasillo junto a él. Nos acomodamos en la cama, pero no estuvieron mucho rato.

Los cuatro estábamos cansados, fue el tiempo justo para comentar nuestras experiencias, la mía la dejé para la última, aunque no la detallé como realmente fue. No quise preocuparlos y me guardé información. Sí que les dije que antes de llegar a la última boya me entró miedo, pero no hasta qué punto.

Yael nos informó de que no habíamos quedado los últimos, para nuestra sorpresa nos posicionamos en el penúltimo. El equipo de Kaarle consiguió la victoria, de lo que me alegré mucho. Se lo merecía todo por la ayuda tan importante que me ofreció, sino hubiese sido por su presencia…

Celebramos el puesto como si hubiésemos sido los vencedores, la cuestión era que habíamos participado dando lo máximo de cada uno. Nos quedamos con eso y cuando me despedí de las chicas y de mi hermano en la puerta, Yael me susurró al oído que había hablado con Kaarle. Con esas pocas palabras me dio a entender que estaba al tanto de todo, y por si tuve alguna duda, su mirada cuando se separó de darnos un abrazo me lo dejó claro del todo.

Me alegraba saber que solo faltaban dos pruebas para darlas por finalizadas, eso si Jaakko no se animaba a preparar alguna más. Esperaba que no, lo que más me apetecía era disfrutar de los días que nos quedaban

en el hotel, sin nada más que hacer que descansar y divertirnos hasta con los más pequeños momentos.

Me separé de la ventana para ir al baño, tocaba arreglarse para bajar a desayunar. Yael también nos informó de que la prueba de hoy sería a las once y media de la mañana, teníamos tiempo de sobra para mentalizarnos, al menos yo después del trauma de la noche anterior.

Me aseé y me vestí con unas mallas que me llegaban por debajo de las rodillas, y con una camiseta de cuello ancho que dejaba un hombro al descubierto. Me calcé las deportivas y me peiné, recogiéndome el pelo en un moño alto despeinado. Di el visto bueno a mi imagen, no era para entusiasmarse, pero me valió. Era lo que había.

Salí de la habitación y golpeé con los nudillos en las puertas de las habitaciones de mis amigas y de mi hermano. No tardaron en salir, dándonos todos los buenos días. Bajamos en el ascensor hasta el vestíbulo, saludamos desde lejos a Lumi y nos dirigimos al comedor.

Era temprano y todavía faltaban bastantes personas, como era el caso de Kaarle y sus amigos. Nos separamos para llenar los platos con lo que más nos apetecía a cada uno, al igual que nos servimos diferentes tipos de zumos. Del café se encargaba un camarero que estaba atento a que no nos faltara nada. Llamamos su atención para que nos llenara las tazas.

—¿Habéis descansado bien? —nos preguntó Yael, cuando nos quedamos solos.

—Ya te digo, casi no me dio tiempo a cerrar la puerta para quedarme dormida —rio Gaby.

—Yo hacía mucho que no dormía tan profundamente —sonrió Nadia.

—Me he cagado en todo por tener que separarme de la cama, con eso os lo digo todo —me encogí de hombros, haciéndolos reír.

—No he escuchado ningún rumor sobre de qué trata la prueba de hoy —dijo Gaby, bajando el tono de voz.

—Jaakko tiene bien guardado el secreto —comenté negando.

—No me preocupa, con que salga igual de bien que anoche… —intervino Nadia.

Noté la mirada de mi hermano, pero ignoré la sensación porque por el momento no me apetecía sacar el tema de lo que realmente viví dentro del agua. Justo cuando empezábamos a comer, Gaby, me dio con el pie por debajo de la mesa. Levanté la cabeza, viendo como hacía un pequeño gesto hacia la entrada del salón. No me hizo falta girarme para saber qué quería que viera. Gaby era la única que estaba de cara a la puerta, Nadia y Yael estaban sentados de lado a ella, y yo de espaldas.

—Buenos días —nos saludó Eevi, animada.

Todos dejamos lo que estábamos haciendo y los miramos, yo me giré en la silla. Me encontré con los ojos de Kaarle. Estaba perfecto para acabar de levantarse, no sabía cómo lo hacía. Yo todavía debía tener cara de sueño. Me hizo un guiño con las manos en los bolsillos del pantalón y le sonreí.

—Buenos días —le devolvimos el saludo, dirigido también a los demás.

—Enhorabuena por la victoria de anoche —los felicitó Yael.

—Gracias —dijo Eevi—. Vosotros también lo hicisteis muy bien —colocó una mano en mi hombro e interpreté que en gran parte esas palabras iban dirigidas a mí.

No sabía lo que Kaarle les había contado a sus amigos, quizás les había dado una versión parecida a la que yo les conté a mis amigas y a mi hermano, sin entrar en los peores detalles. Me dio igual porque confiaba en él y en su criterio para hablar sobre mí.

A veces no se trata de conocer muy bien a las personas, ni del tiempo que haga que están en tu vida, simplemente se necesitan ciertos acontecimientos que marcan la diferencia para saber que puedes confiar en ellas. Eso era lo que sentía hacia Kaarle, lo que me transmitía, y sabía que no me equivocaba.

—¿Podemos unirnos a vosotros? —nos preguntó Emil.

—Claro, hay sitio de sobra —contestó rápido Nadia y fruncí los labios.

Aunque siempre nos sentábamos en grupos de cuatro, por motivos obvios, las mesas eran grandes. Emil y Leevi se encargaron de traer las sillas para ellos y sus amigos y nos acomodamos haciéndoles hueco. Me encantó que Kaarle colocara su silla entre Yael y yo, noté una sensación en el estómago por los nervios.

Se alejaron para coger sus comidas y bebidas.

—Estabas deseándolo, ¿eh? —Gaby se dirigió a Nadia.

—Anda, cómo si a ti no te pasara lo mismo con Leevi —rio.

—La noche de la sauna les dio para mucho —carraspeó mi hermano divertido, refiriéndose a la *«cita»* entre Nadia y Emil en ese lugar.

—No saquéis el tema ahora —se quejó mirando con disimulo a su espalda.

—No nos oyen —sonreí.

—No nos contaste cómo fueron los detalles —susurró Gaby—, solo nos dijiste que fue increíble, entre suspiros.

—Lo fue, no os podéis imaginar cuánto —nos confirmó Nadia, tapándose la boca con la servilleta—. Es… joder, se me corta la respiración al pensar en todo lo que hicimos en la sauna. Cuando llegamos había otras personas, estuvimos unos quince minutos sentados uno al lado del otro relajándonos, pero cuando se fueron… Oh, mierda, me faltan las palabras para explicar lo que me hizo —rio nerviosa.

—¿Y si os hubieran pillado? —jadeó Gaby.

—Mmm… Emil bloqueó la puerta principal de la sauna —sonrió con picardía.

—Para que os hubierais desmayado al bajaros la tensión por tanto ejercicio entre vapores —sacudió la cabeza Yael.

—Créeme, estuve a punto de perder el conocimiento, varias veces, pero no por el vapor —le hizo un guiño Nadia.

—No empecéis con los detalles íntimos —nos advirtió a las tres.

—Tranquilo, yo puedo considerarme novata desde que estoy en Finlandia, esos lo contaría tu hermana —Nadia desvió la atención hacia mí.

—No vais a conseguir que os diga nada —encogí un hombro.

—Eres una aguafiestas —bufó en broma Gaby.

—A ver cuándo espabilas tú para no tener que escuchar aventuritas y vivir las tuyas propias —la picó Nadia.

—Estoy muy contenta con el paseo que dimos —Gaby elevó las dos cejas, varias veces, al referirse a Leevi—. No terminó con nosotros revolcados en la hierba y con él embistiéndome con fuerza y sudorosos, pero madre mía, os aseguro que fue igualmente de gratificante y excitante.

—Oh, por favor. ¡Parad! —se quejó Yael y las tres reímos— No quiero imaginaros en según qué situaciones, joder —puso los ojos en blanco.

—Entonces el que tiene que espabilar eres tú —lo señaló Nadia—. En vista de lo callada que ha estado Gaby guardando su secreto.

—¿En serio me estáis metiendo presión? ¿A mí? —Pasó la mirada de una a otra, haciendo una pausa para decidir sus siguientes palabras.

—Silencio —dijo de repente Gaby, antes de llevarse la taza a los labios.

Nos quedamos callados, por suerte bastante antes de que Leevi, Emil, Eevi y Kaarle llegaran a la mesa con las bandejas donde llevaban la comida y la bebida.

Les sonreímos y empezamos a desayunar todos. Me costó tragar el bocado de tostada cuando sentí la mano de Kaarle en mi espalda. De las caricias que empezó a hacerme, a inclinarse hacia mí, pasaron unos segundos.

—¿Cómo ha ido la noche? ¿Has descansado bien? —me susurró en el oído y noté cómo los nervios se me dispararon.

No quise mirar hacia ninguno de los que nos acompañaban para no alterarme más, su cercanía era muy significativa.

—Muy bien las dos cosas —respondí después de ayudarme a bajar la tostada por la garganta con un sorbo de café—. ¿Y tú? Imagino que con la

euforia de ganar la prueba has tenido sueños muy placenteros —giré la cabeza hacia él.

—No te imaginas cuánto —sonrió de medio lado—. Si quieres más tarde te explicó bien el sueño que he tenido, me encantaría porque no necesitarás ni que te tocara para ponerte a…

—Calla —le pedí con un jadeo y soltó una carcajada.

—Queremos proponeros algo —dijo llamando la atención del resto, ignorando que yo tenía las mejillas enrojecidas.

—¿Tú y mi hermana? Paso de que me incluyáis en vuestras cosas, por mi salud mental —soltó Yael con una ceja arqueada, provocando carcajadas.

—Ellos y nosotros —comentó Leevi, señalando a sus amigos—. La prueba es a las once y media, y hemos pensado ir a Helsinki después de comer.

—Oh, me encanta la idea —dio una palmada Gaby, ganándose una sonrisa pícara de Leevi.

—Sé que os gustaría visitar la ciudad, conocerla —habló Kaarle, mirando a mi hermano. Supuse que en algún momento hablaron del tema—. Como ha dicho Leevi iremos después de comer, para pasar la tarde allí. ¿Qué os parece a los demás?

La ilusión de Gaby continuaba siendo evidente, por lo que se dirigió a Nadia, a Yael y a mí. Aceptamos encantados y quedamos en que en cuanto termináramos de comer nos marcharíamos hacia Helsinki. Emil nos informó de que Jaakko nos llevaría, por lo visto tenía algo que hacer en la ciudad y nos haría de chofer, porque también regresaríamos con él.

—No cabemos todos en un todoterreno —comentó Nadia.

—Hay otros transportes aquí, en uno de ellos cabemos todos —aclaró Emil.

De la forma en la que miró a mi amiga… Oh, fue tan expresivo y esclarecedor… Nadia se ruborizó, normal, mientras se mordisqueaba el labio inferior.

Capítulo 31



—Tranquila, esta prueba te va a encantar —me dijo en tono bajo Jaakko, cuando pasó por mi lado.

Le sonreí, aunque no me vio al adelantarse. Estábamos alejándonos del hotel, llevábamos caminando por el bosque unos diez minutos, por una zona por la que nunca había pasado.

—¿Qué te ha dicho? —se interesó Gaby.

—Que no me preocupe, que la prueba de hoy me va a gustar.

—Eso suena genial —comentó Nadia.

—Pues sí, la verdad, y es de agradecer —solté un suspiro.

—He perdido de vista a Yael —dijo Gaby, mirando hacia atrás.

—¿Por qué será? —rio Nadia.

—Se ha quedado retrasado con Eevi, iban hablando —sonreí.

—Esos dos no llegan a mañana intactos, ya lo veréis —se frotó las manos Gaby y reímos.

—Este viaje nos ha dado muchas más cosas de las que imaginamos cuando supimos que habíamos sido elegidos —comentó Nadia.

—Quién lo iba a decir… —susurré.

—Estás encantada con Kaarle, ¿verdad? —Gaby bajó mucho el tono de voz.

Los demás con los que nos dirigíamos hacia donde daría inicio la prueba estaban separados de nosotras, cada uno iba a lo suyo, conversando u observando lo que ofrecía la naturaleza por esta parte desconocida.

—Sí, y me asusta —les confirmé, aceptando en voz alta la realidad.

—Normal —hizo una mueca Gaby.

—Vamos a tener cuatro graves problemas cuando regresemos a casa —soltó un suspiro Nadia.

—¿Tan avanzado está lo tuyo con Emil? —le pregunté.

—Ni idea, me niego a pensar en lo que me hace sentir —se encogió de hombros—. De lo que no puedo pasar es de cómo me pone —nos hizo un guiño—. Y esa excitación y lujuria son lo peor que podía pasarme.

—Las historias verdaderas no tienen por qué terminar —comentó Gaby, pensativa.

—Cariño, hace pocos días que conocemos a esos hombres. Sí, están tremendos y quitan el sentido, en muchos aspectos, pero de ahí a decir que lo que estamos viviendo las tres es verdadero, y quizás Yael está empezando, es decir mucho.

—Nunca se sabe si se quedarán en aventuras o algo más —intervine—. Lo importante es disfrutar del momento, hasta el final.

—Exacto y yo pienso hacerlo hasta el último minuto —asintió Nadia.

—A ver si cuando nos montemos en el todoterreno para ir al aeropuerto vas a entrar subiéndote las bragas —soltó una carcajada Gaby.

—¡Qué bruta eres! —exclamó Nadia.

—Mira la fina —continuó riendo y sonreí.

—No se ha equivocado mucho, ¿no? —le pregunté a Nadia y ante su silencio con el que nos dio la razón, reímos con ganas las tres.

Nos quedamos en silencio para recorrer los últimos metros, donde vimos que Jaakko estaba parado hablando con varios de los huéspedes, a la sombra de un árbol enorme. Pasaron pocos minutos hasta que llegaron el resto. Busqué a mi hermano con la vista y sonreí al localizarlo al lado de Eevi.

No había rastro de Kaarle, de Emil y de Leevi. No nos habían acompañado en el recorrido, tampoco se reunieron con nosotros en el exterior del hotel para venir hasta aquí. La única que lo hizo fue Eevi y la segunda prueba estaba a punto de comenzar. Faltaban ellos y no lo entendía, pero desconecte de ese pensamiento al escuchar a Jaakko.

—Ha llegado el momento de la segunda prueba —habló animado—. Ahora que estamos todos quiero felicitaros por el gran trabajo que hicisteis anoche —sonrió—. Sé que para algunos tuvo mucha más dificultad que para otros, así que, gracias por participar. En un principio pensé en preparar más días en los que disfrutar con los juegos, pero os informo que al final solo habrá en total tres pruebas. Mañana será la última.

Hizo una pausa cuando las voces de los huéspedes se escucharon por encima de la suya, mientras aplaudían por la noticia.

—Eso da menos margen para acumular puntos, pero el dueño del hotel ha hablado conmigo y tengo una grata noticia que anunciaros a todos —el silencio fue absoluto—. El premio de ochenta mil euros lógicamente lo ganará el equipo de las cuatro personas que llegue al final la tercera prueba con más puntos acumulados, pero os comento que no será el único dinero que se repartirá.

»Como ya sabéis, este tema estaba un poco abierto cuando lanzaron el anuncio de la inauguración del hotel y os inscribisteis en esta aventura, así que, en vez de ampliar la cantidad para los ganadores, otra suma de dinero se destinará y se dividirá para los demás, sin excepción. El dueño del hotel está muy agradecido por la visibilidad que le estáis dando en las redes sociales, os sorprenderíais el número de personas que ya han reservado una estancia para una semana, para varias o para días sueltos.

»Cualquiera de esas estancias es favorable. Aparte, también tuvo mucho peso la noticia de apertura que se lanzó. Son muchas las personas que se quedaron fuera de esta experiencia, por lo que de una forma u otra quieren vivirla. Dicho esto, cada uno de vosotros obtendréis tres mil euros por el simple hecho de estar aquí —los gritos y aplausos efusivos no tardaron en llegar.

»Dado lo bien que está yendo todo, es otro de los regalos que pone a vuestra disposición el dueño —sonrió Jaakko.

—¿Lo conoceremos? —preguntó una chica emocionada por la posibilidad de agradecérselo en persona.

—Es bastante complicado —le contestó—. Puedo transmitirle todo lo que queráis, pero es una persona que cuida y respeta mucho su intimidad y privacidad. No solo es el dueño del hotel, su nombre es reconocido en este país.

—Oooh…

—Creo que hablo por todos al decir que le hagas saber la gran oportunidad que nos ha ofrecido, y que estamos encantados y muy agradecidos —comentó un chico y su pareja asintió a su lado, abrazándolo.

—Hola —di un respingo por la sorpresa.

Kaarle apareció a mi espalda de repente y me susurró al oído.

—Hola —murmuré girando la cabeza hacia atrás.

—¿Me has echado de menos? —sonrió de medio lado.

—No —respondí rápido y soltó una carcajada, llamando la atención de todos.

—Mentirosa —susurró sobre mi cuello acariciándome con los labios al hablar y me estremecí.

Pasó por mi lado para ir hasta Jaakko, seguido por Leevi y por Emil, quienes les hicieron varios gestos a mis amigas, cada uno a la que le interesaba. Supuse que le dirían a Jaakko porque se habían retrasado, yo me quedé con las ganas de saberlo.

Intercambiaron varias palabras y después de unos minutos, Kaarle y sus amigos se apartaron unos pasos de Jaakko.

—La prueba de hoy tiene una duración de una hora y media y consiste en lo siguiente —volvió a hablar Jaakko—. En este parque, como en todas las zonas naturales del país, se estila mezclarse con la naturaleza de varias formas y una de ellas es divirtiéndose. En el Nuuksio hay diez buzones escondidos que hacen un recorrido entre lagos y vegetación, están escondidos de los caminos para que sea más interesante dar con ellos.

»Por normal general en estos buzones se guardan acertijos para todo aquel que visite el lugar, acertijos con los que se ponen a prueba las

habilidades, los conocimientos sobre la naturaleza, y la orientación para descubrir nuevos y hermosos rincones. En esta ocasión he variado el contenido de los buzones, atended —nos miró a todos.

»He ampliado el número de buzones y en ellos encontraréis papeles individuales en los que en cada uno de ellos habrá escrita una consonante o una vocal. Componen las palabras parque y Nuuksio, en total se pueden formar dos veces. El tema es que está en juego la rapidez y la destreza porque los buzones no son fáciles de encontrar, y quien consiga localizarlos tiene que coger tres papeles para su equipo.

»La finalidad no es formar las palabras, sino ir haciéndose con el máximo número posible de papeles, aunque no tengan sentido las consonantes y las vocales sueltas. Llegará un momento en el que alguno se encuentre con que los buzones están vacíos, por lo que tendrá que darse prisa por localizar los demás. Vamos a pasar un rato divertido, paseando por la naturaleza, y otro dato importante —levantó una mano.

»Este país es un paraíso para recolectar setas, ya que habitualmente las lluvias son constantes. Cualquiera puede hacerlo en los bosques de Finlandia gracias al «derecho de todos», un derecho que existe en los países escandinavos que permite la entrada a la naturaleza, siempre y cuando se respeten el entorno y las normas.

»En el parque nacional de Nuuksio hay una gran variedad de especies de setas, algunas muy conocidas y populares. Son muchas las personas que vienen con el único fin de pasar un buen rato para recolectarlas para uso personal. Dicho esto, cada equipo tendrá que entregarme una única unidad de uno de los tipos más especiales, se trata de una seta comestible.

»Es de las más apreciadas en la gastronomía de este país, la consumimos habitualmente y recibe el nombre de: colmenilla. Pero como muchas cosas en esta vida no será tan fácil como parece —nos sonrió—. Por un lado, está la colmenilla buena, y por otro, la que se denomina popularmente como falsa colmenilla.

»No podéis equivocaros, la falsa es tóxica y si os confundís y me la traéis, dará igual cuántos papeles con consonantes y vocales me deis, pasaréis a obtener la menor puntuación. Tranquilos, podéis buscar información e imágenes en Internet, para que os ayude a saber diferenciarlas, aunque ya os digo que a veces cuesta bastante. Algunas son

más diferentes y se distinguen rápido, otras ni siquiera dudaréis en pensar que habéis encontrado la colmenilla buena, cuando no será así.

»En las imágenes que veréis en Internet la diferencia parece más o menos notable, pero sobre el terreno y según en las condiciones que crezcan, no tendrán nada que ver. Así que, hago un resumen rápido para que quede del todo claro: tenéis que encontrar los buzones entre la naturaleza y coger de ellos como máximo tres hojas de cada uno, hojas en las que da igual la consonante o vocal que haya. Cuantos más obtengáis más favorable será al final de la prueba.

»Aparte, tenéis que encontrar una seta colmenilla buena y traérmela, para que lo demás tenga validez. Os prometo que sé reconocerlas perfectamente, por lo que con las que regreséis y con las que yo buscaré para entretenerme mientras os espero, este mediodía podréis probarlas cocinadas. ¿Alguna pregunta? —negamos— Entonces, ¡qué empiece la prueba! —Levantó los brazos.

Los más nerviosos se fueron casi corriendo, mi grupo nos movimos con mucha más calma. Tomamos direcciones diferentes, vi como Kaarle y sus amigos iban hacia el lado opuesto al nuestro.

—Vamos a ver qué pinta tiene esa colmenilla porque yo de los champiñones y de los robellones no paso —dijo divertida, Gaby.

—Joder qué ricos con ajo y perejil —comentó Nadia.

—Cuando llegue la temporada compraré, estáis invitadas —habló Yael.

—Joder, pues anda que no falta todavía —rio Gaby.

—El tiempo pasa volando —sonrió de medio lado mi hermano.

—Ese día nos invitas también a una buena barbacoa —sugerí.

—¿Algo más? Todo por delante, ¿no? —Arqueó una ceja.

—Por supuesto —dije y reímos.

—Mirad —Gaby nos enseñó las imágenes de la seta y asentimos.

Sin prisa, recorrimos el bosque, hasta que nos quedamos maravillados con la zona que se presentó frente a nosotros. Había un lago, cómo no, porque abundaban por todas las zonas, pero este tenía un encanto especial por el puente que cruzaba al otro lado.

Aprovechamos para hacernos fotos en grupo e individuales, y después las subimos a las redes sociales con frases parecidas a: otra de las maravillas hipnóticas próximas al hotel Linna Nuuksio, Finlandia.

Cuando nos quedamos satisfechos continuamos hacia nuestro objetivo, sin encontrarnos a nadie por el camino. Los cuatros nos dedicamos a buscar la seta entre todas las que nos fuimos encontrando, pero no tuvimos suerte. Como también mirábamos los rincones más escondidos por si dábamos con algún buzón.

Capítulo 32



—¡Aquí! —dije emocionada.

Era el cuarto buzón que encontrábamos, algunos habían sido más fáciles de localizar que otros, aunque estaban bien tapados y apartados de los senderos.

—¡Guay! —aplaudió Gaby, llegando a mi lado.

—Joder, quedan los tres últimos papeles. Por poco —comentó Yael.

—¿Creéis que necesitaremos más? —preguntó Nadia, guardándoselos junto a los demás en la pequeña mochila que llevaba.

—Ni idea, Jaakko ha dicho que, cuanto más, mejor —me encogí de hombros—. Ya tenemos doce papeles, podríamos centrarnos en localizar la dichosa seta.

—No hemos visto ni una —hizo un puchero Gaby.

—Lo más seguro es que hayamos pasado por el lado, eso no es lo nuestro —rio Nadia.

—Si queréis podemos localizar el último buzón y dejamos estar lo de los papeles. De mientras ponemos más atención al suelo.

—Me parece bien, así el resto de los participantes tendrán más oportunidades de llegar junto a Jaakko con papeles —asentí.

Volvimos a ponernos en movimiento, regresando al camino.

—Vamos justos de tiempo —nos informó Yael.

—¿Cuánto queda de la hora y media? —quiso saber Nadia.

—Veinte minutos y tenemos que regresar. Hemos recorrido mucho tramo.

—Joder —bufó Gaby.

—Nos espera una buena carrera —dije divertida.

—En eso estaba pensando yo —se lamentó Nadia.

—Tenemos que centrarnos, yo me olvidaría de lo del buzón —comenté.

—Sí, es lo mejor. Todos los ojos al suelo —nos pidió mi hermano y reímos.

Gaby buscó de nuevo imágenes de la seta y en cada zona en la que nos parábamos a comprobar si había alguna parecida a la imagen no teníamos suerte.

—¿Qué hace Lumi aquí? —dijo de repente Gaby.

—¿Qué? —Levanté la mirada.

—Está con Kaarle y los demás —señaló hacia delante, un poco hacia la izquierda.

Dirigí la atención hacia allí, hacia otro sendero que iba en paralelo al nuestro. Comprobé que los cinco caminaban adelantados de nosotros, ignorando que podíamos verlos. La separación impedía que pudiésemos escuchar sus voces.

—Lumi y él tienen mucha confianza, ¿no? —preguntó Nadia.

Eso parece, me dije. Me vino a la cabeza cuando los encontré a los dos solos en mitad del bosque, la mañana que regresaba de correr. En este momento desprendían lo mismo, Lumi iba agarrada del brazo de Kaarle, ambos unos pasos retrasados de Eevi, Leevi y Emil.

Entrecerré los ojos cuando se pararon y ella se inclinó para decirle algo al oído, mientras lo agarraba de la nuca. Si Kaarle hubiese girado la cabeza hacia ella sus labios se habrían rozado, por lo cerca que estaban. Pero no sucedió, él continuó con la vista fija hacia delante.

Las emociones que sentí no me gustaron nada, pero me las tragué lo mejor que pude.

—Lumi es una chica muy simpática y abierta, he hablado varias veces con ella —comentó Yael, en un intento de dirigir la situación de ellos hacia la amistad.

—¿Sí? ¿A ti también te ha tratado así? ¿Se te ha acercado de esa forma? —Arqueé una ceja.

Mi hermano me miró de reojo con los labios fruncidos, antes de responderme.

—No. Ha sido cercana, pero manteniendo la distancia normal —sacudió la cabeza—. No utilices mucho la imaginación —me pidió sabiendo muy bien lo que se me pasaba por la cabeza.

Solté un bufido y miré hacia el suelo, las vistas eran mucho mejores que verlos a ellos.

—No te preocupes, cariño —me acarició la espalda Gaby.

—No lo estoy porque no tengo motivos para pensar que Kaarle y yo…

—Venga ya, Edmee —Fruncí el ceño hacia mi hermano.

Se daban pocas veces las que me llamaba por mi nombre completo, lo normal es que se dirigiera a mí por cariño, Ed (diminutivo que me gustaba de pequeña), incluso en alguna ocasión se le escapaba un "pequeña". Mi nombre solo lo utilizaba cuando teníamos una conversación seria e importante, cuando me daba alguna advertencia o si estaba enfadado o molesto por algo referente a mí.

—Ni venga ni leches. Vamos a encontrar la puñetera seta y regresamos.

Ninguno de los tres dijo nada más sobre el tema, el silencio nos rodeó durante bastante rato. Lo agradecí inmensamente porque el agobio que sentía podía llevarme por donde menos quería, lo que era lo mismo que saltar y estallar por los comentarios que hicieran.

—Mmm… sé que no quieres saber nada, pero…

—¿Qué? —le pregunté a Nadia, molesta por lo que estaba a punto de escuchar.

—Creo que se han besado —me miró con una mueca.

—¿Lo crees o lo sabes? ¿No lo has visto bien? —me negué a observarlos, dándoles la espalda.

—¿Qué dices? —jadeó Gaby, mirando por detrás de mí.

—Joder, es que es difícil asegurarlo desde aquí —bufó Nadia—. Al menos sus caras se han quedado muy cerca la una de la otra —se encogió de hombros—. Pero seguro que tiene una explicación.

—Claro sí —dije con ironía—. Se están contando secretitos y por eso van tan juntos, cuando no tienen a nadie más alrededor y se encuentran en medio de la naturaleza.

—Me habré equivocado —negó con expresión triste.

—Han desaparecido del camino —nos informó Gaby—. Ya no se ven.

—¿Qué pasa? —nos preguntó Yael, al llegar a nuestro lado.

Se había alejado para comprobar otra zona y para nuestra sorpresa, cuando le miramos la mano que levantó, sujetaba la seta que buscábamos. Nos sonrió al ver nuestras expresiones y olvidándonos de todo, saltamos encima de él para abrazarlo y llenarle la cara de besos. Terminó riendo, exigiéndonos que lo dejáramos en paz.

—Vamos de vuelta, yo creo que a paso ligero llegamos bien —dijo, guardando la seta en la mochila de Nadia.

—Sí —afirmamos las tres y empezamos a desandar el recorrido que habíamos hecho.

—¿Qué estaba pasando cuando he llegado? —insistió.

Era mi hermano, ¿qué esperaba? Hasta que no se lo contáramos no pararía, y más teniendo en cuenta que mi expresión me había delatado y a él puesto en alerta.

—Nadia cree haber visto que Lumi y Kaarle se han besado, después han desaparecido del camino —le informó Gaby en tono bajo.

Yael arqueó una ceja, pasando la mirada de una a otra, varias veces.

—¿Edmee? —bufé cuando volvió a pronunciar mi nombre con un tono que…

—Dejad el tema, no quiero hablar de eso —dije y aceleré los pasos, adelantándome.

Me hicieron caso, aunque sabía que uno de ellos solo estaba esperando a que llegara otro momento para insistir y que me desahogara.

Cuatro minutos antes de que se cumpliera la hora y media llegamos donde nos esperaba Jaakko. Por los pelos, pero lo habíamos conseguido. Le entregamos los papeles e hizo el recuento, anotándolo en una libreta pequeña que llevaba. Por último, Nadia le dio la seta y mis amigas se pusieron a saltar cuando Jaakko nos confirmó que era la correcta y nos dio la enhorabuena.

Los grupos fueron apareciendo, algunos bastante minutos más tarde, por lo que obtuvieron la puntuación mínima por pasarse de tiempo en regresar. Mi cabreo aumentó cuando no pude controlarme para buscar a Kaarle con la mirada, pero no lo vi por ninguna parte.

—Regresamos al hotel, allí os diré la clasificación —comento Jaakko.

Mi hermano, mis amigas y yo la teníamos más o menos clara, los demás habían llegado más tarde que nosotros. O éramos los primeros, o quizás… tal vez los segundos si es que el grupo de Kaarle habían llegado antes que nosotros y se habían ido al entregarle todo a Jaakko. Seguro que habíamos quedado en segundo puesto, tenía que ser eso porque Kaarle era muy competitivo y no habría dejado pasar la oportunidad de ganar.

Con esos pensamientos y muchos otros en la cabeza, hice el camino de vuelta al hotel.

✣ ✣ ✣

—Aquí estás —dijo una voz a mi espalda.

Solté el aire despacio al romperse de golpe la calma que había encontrado.

Llevaba un rato sentada en la escalera de la parte delantera del hotel, apartada hacia un lateral de la entrada principal. En cuanto llegamos y Jaakko nos informó de que habíamos quedado los segundos en la prueba, nos fuimos a las habitaciones para asearnos y descansar un poco, antes de la hora de la comida para la que faltaban unos diez minutos.

Supuestamente me encontraría con mis amigas y mi hermano en el pasillo, para bajar al comedor, pero después de terminar rápido no quise esperar encerrada en la habitación. Me sentía agobiada, por eso bajé y salí del hotel, para que me diera el aire.

Kaarle se sentó a mi lado y se inclinó hacia delante. Colocó los brazos en las piernas y dirigió la vista fija hacia delante, en la misma dirección en la que no había dejado de observar yo.

—¿Ves algo interesante? —me preguntó con tono divertido.

—Muchas cosas que en unos días no tendré oportunidad de ver —contesté.

—¿Cómo es dónde vives? —giró la cabeza hacia mí, pero continué sin mirarlo.

—Es una ciudad grande, te puedes hacer una idea, aunque a dos horas en coche hay lugares naturales que son un desahogo de la rutina y el estrés.

—Suena bien. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —me encogí de hombros.

—Claro, por eso estás seria y no me has mirado todavía.

—Enhorabuena, habéis quedado en el primer puesto —desvié el tema.

—Gracias, sé que vosotros habéis sido los segundos —asentí—. Edmee…

—Estoy perfectamente —insistí.

—¿Te molesto? —tragué saliva.

—No —susurré.

—Pues lo parece.

—Solo estaba concentrada, pensando —sacudí la cabeza y solté un suspiro.

—Pues lo que sea tiene que ser importante… ¿Es por tu trabajo otra vez?

—No —volví a negar—. En la empresa que… en la que trabajo todo va bien.

—De acuerdo, y me alegro.

Agradecí que dejara de mirarme, volvió la vista hacia delante y nos quedamos en silencio. La situación no me estaba gustando, me sentía muy incómoda porque no quería comportarme con él como lo estaba haciendo. Tampoco le había hablado mal, ni mucho menos, pero… joder, me costaba mucho mantenerme fría porque Kaarle no me había prometido nada, eso es lo que éramos, un nada bien grande.

No tenía derecho a comentarle ciertas cosas, y menos aún reprochárselas para que me diera una explicación. Y mandaba narices, joder, yo nunca había sentido celos con ninguna de las relaciones que había tenido, ya fuesen cortas o un poco más largas. Nunca sobrepasé los seis meses de relación y de la última ya hacía bastante. Él mismo, Kaarle, me dijo que solo quería disfrutar de los días que estuviese aquí y ese disfrute podía abarcar mucho y no enfocarse solo en mí, en lo que a algunas cosas se refiere. Todos mis pensamientos eran contradictorios y peor me ponía.

—Os hemos visto por un sendero, casi al final —solté de golpe, sin poderme contener.

—¿Sí? ¿Y por qué no nos habéis llamado?

—Ibais por otro camino diferente, alejados por delante de nosotros —me encogí de hombros—. Y faltaba poco para que se cumpliera la hora y media.

—Ajá.

—¿Qué? —giré por primera vez la cabeza hacia él.

—Habrá sido cuando nos hemos desviado para regresar al punto de encuentro donde estaba Jaakko.

—Seguro —susurré.

—Me hubiese gustado que nos encontráramos.

—Ibas muy bien acompañado.

Maldije interiormente por no poder controlar las palabras. Desvié la mirada, no pude mantenérsela por la intensidad que me trasmitió la suya.

—Tampoco os habéis esperado a que llegáramos los demás —añadí rápido.

—Eevi se ha mareado en los últimos metros y nos urgía llegar al hotel.

—¿Está bien? —me preocupé.

—Sí, solo ha sido una bajada de tensión a la que le hemos puesto solución antes de que se sintiera peor. Es propensa a que le ocurra, estamos acostumbrados. Cuando ha entrado en su habitación ya estaba recompuesta, pero se ha quedado descansando. Se unirá a nosotros en el comedor.

—Ah, vale —solté un suspiro—. Lo siento, mis palabras han sonado como si te lo estuviera reprochando —sacudí la cabeza.

—Porque lo estabas haciendo —se echó hacia atrás y apoyó los codos en la tarima de madera.

—No es verdad —me giré sentada hacia él.

—¿En serio? —Arqueó una ceja— También me vas a decir que no has sacado el tema de que nos habéis visto, porque precisamente has visto algo que no te ha gustado —elevó las dos cejas.

Capítulo 33



Kaarle

—Yo no… estás equivocado.

Hizo el intento de levantarse, pero la agarré del brazo para impedírselo, a la vez que me echaba hacia delante. Sentados en el escalón, nos quedamos a centímetros del otro.

—¿Por qué te cuesta tanto admitir lo que sientes? —le pregunté en tono más bajo, con la necesidad de saber la respuesta.

—Porque no tengo derecho a sentirlo —apartó la mirada de la mía.

—Entiendo… —separé despacio la mano de su brazo, pero la llevé hasta su pelo, para retirarle un mechón que se le había escapado— Me pone mucho que no reconozcas lo evidente, ni te lo imaginas.

—A ti te pone todo —bufó y solté una carcajada.

—Todo lo que se trate de ti.

—¿Eso qué significa? —Buscó mis ojos, encontrándoselos muy cerca.

—¿Qué crees que significa, Edmee?

Acorté toda la distancia entre nosotros para darle un beso muy cerca de la comisura de sus labios, lo que provocó que el aire se le escapara entre ellos.

—No juegas limpio —murmuró.

—Me gusta jugar sucio, cuanto más, mejor —la agarré de la nuca.

—No empieces algo que no puedes terminar —me advirtió, con la voz entrecortada.

—Mmm… —le acaricié el cuello con los labios, dejando pequeños besos— ¿Quién dice que no puedo terminar? —Me separé un poco— ¿Has tenido alguna vez sexo en un espacio público, con posibles espectadores? —Agrandó los ojos.

—No —jadeó—. ¿Tú sí?

—No —sonreí con picardía—, pero en este instante poco me importa lo que nos rodea, ni quién nos vea.

—Kaarle… —bufó.

Me levanté de golpe y la llevé conmigo, al sujetarla de nuevo del brazo.

—¿Qué…? ¿Dónde vas?

—A ponerle remedio al calentón que me has provocado —respondí tranquilo, mientras llegaba al último escalón.

—Yo no he hecho nada.

—No necesitas hacer nada para excitarme y ponerme duro —le hice un guiño, caminado por la hierba.

Se quedó callada mordiéndose el labio inferior. Caminó a mi lado hasta la parte de la construcción que hacía de parquin, en esa zona me importaba una mierda si nos veía alguien, aunque estaba seguro de que no sucedería. Estaríamos fuera del alcance del hotel y por la hora que era, el personal estaba liado ultimándolo todo para la comida, y los huéspedes dudaba de que estuvieran por los alrededores porque faltaban pocos minutos para entrar en el comedor.

—No quieres hacer lo que pienso que…

—Oh, y tanto que sí —le aseguré, pegando su espalda a la pared de obra.

—Estamos al aire libre —dijo como si no lo supiera y fruncí los labios cuando movió la cabeza de un lado al otro para mirar alrededor, nerviosa.

—Aquí no nos va a ver nadie y si lo hace, disfrutará mucho.

—Kaarle…

—Te voy a follar, vamos a tener sexo de reconciliación.

—¡No estamos enfadados! —Colocó las manos sobre mi pecho.

—Mmm… yo no, pero tú estás molesta. Suficiente para esto.

—¿Te das cuenta de que tenemos dos habitaciones preciosas y nunca las hemos utilizado juntos? Siempre lo hemos hecho en el exterior.

—Aprovechamos bien el aire puro y la naturaleza —le hice un guiño.

Desabroché su pantalón corto vaquero y se lo bajé de un tirón, provocando que soltara un jadeo. Sonreí de medio lado cuando ella misma sacó un pie de la prenda de ropa, sin necesidad de quitarse la deportiva. De cuclillas frente a ella, dirigí la boca a la tela de la braga. Contuvo la respiración al sentir mi proximidad y los besos que repartí sobre su pubis.

—Joder —siseé aspirando—, ha pasado demasiado tiempo.

No esperé contestación, tiré de sus bragas hacia abajo, quedándome a la altura perfecta.

—Dios… —gimió cuando deslicé varios dedos entre sus piernas.

—Tan perfecta como siempre… —gruñí por la humedad que me mojó los dedos.

—Síii… —Se abrió de piernas para mí.

No desaproveché la oportunidad, me agaché más y al penetrarla con un dedo, mi lengua le lamió el clítoris y jugó con ese punto sensible y excitado.

—Esto… esto no está bien —habló entrecortada.

—Estoy totalmente en desacuerdo contigo, esto es una maravilla —succioné consiguiendo que se tensara y se pusiera de puntillas, temblando —. Pero va a ser rápido —me incorporé, sin apartar la mano de su sexo—. ¿Lo quieres? —sonreí de medio lado.

—¿Me lo preguntas ahora? ¿En este momento?

—Cuando no puedes negarte a lo que te doy —le hice un guiño.

—Eres…

Solté una carcajada y no pude parar de reír, a pesar de que me sentía a punto de explotar. Me tapó la boca con una mano, para que no llamara la atención de nadie.

Cuando me calmé me desabroché el pantalón rápido, al igual que me bajé el bóxer lo suficiente para liberar mi erección.

—Si la quieres es toda tuya —continué poniéndola nerviosa.

—Ya puedes empezar a utilizarla porque si no…

Volví a reír, mientras la agarraba de las nalgas y la impulsaba hacia arriba. Apreté la mandíbula cuando se balanceó, acariciándose ella misma con el glande. Tuve que hacer un gran esfuerzo para mantenerme inmóvil, mientras nos proporcionaba placer a los dos. Sus jadeos se intensificaron, aferrándose con fuerza con los brazos y las piernas a mi alrededor.

—Eres una delicia, Edmee —susurré sobre su cuello.

Le acaricié las nalgas y se las apreté, me encantaba la jodida sensación de tener las manos llenas de cualquier parte de su cuerpo. Se las separé, tensándoselas, para frotar su sexo contra mí con más intensidad, hasta que…

—Por favor… —gimió con fuerza, cuando introduje la punta unos pocos centímetros en su cavidad.

—Primero dime que me has perdonado —le pedí inmóvil, con la respiración agitada.

—Te he dicho que no estaba… Oh, joder —se estremeció ante el contacto de mis dedos sobre su clítoris—. Te he perdonado, ya no me acuerdo de nada —se movió inquieta, buscando que la llenara por completo.

—Así me gusta —le apoyé la espalda en la pared.

Ya no hubo más palabras, las sustituimos por gruñidos, jadeos y gemidos desesperados mientras nos faltaba la respiración. La embestí hasta el fondo, una y otra vez, con un ritmo frenético. Me volví loco entrando en su interior sin descanso, acelerado, mientras su cuerpo me acogía y se amoldaba al mío de una forma exquisita.

Cuando se deshizo entre mis brazos me estremecí y perdí la cordura por completo, hasta que me corrí vaciándome con fuertes sacudidas que me dejaron aturdido por unos instantes.

—Tienes que enfadarte más veces —susurré en su hombro y sonreí al escucharla reír.

—Estoy de acuerdo —soltó un suspiro.

Ninguno de los dos nos movimos, nos quedamos abrazados y conectados, conmigo en su interior. El tiempo se ralentizó, quizás fue lo que ansiaba para no tener que separarme de ella. Pero el momento llegó, no pudimos obviar la hora que era y que nuestros amigos ya debían estar en el comedor, esperándonos.

—¿Preparada? —le pregunté cuando me aparté despacio y la dejé en el suelo.

—Sí —sonrió.

Le devolví el gesto mientras me colocaba bien la ropa, ella se puso la suya y cuando estuvimos preparados, le aparté varios mechones hacia atrás.

—Vamos —la agarré de la mano y tiré de ella, que empezó a caminar a mi lado.

✣ ✣ ✣

Estábamos en el centro de Helsinki, caminando por las calles más emblemáticas y con encanto. Ante la sorpresa de Edmee, y la vergüenza porque cuando lo hice con nuestros amigos y su hermano al lado se puso colorada, la llevaba pegada a mí, rodeándole los hombros con el brazo.

Necesitaba sentir como fuera su contacto y el calor de su cuerpo, y no iba a malgastar el tiempo evitando acercarme más de la cuenta. Era una tontería, todos sabíamos lo que había, aunque ninguno lo hubiese exteriorizado abiertamente hacia los demás. También dudaba de que Edmee lo supiera realmente, ella no quería pensar en el significado de todo el conjunto y la entendía, comprendía su postura, pero yo estaba dispuesto a demostrarle hasta qué punto quería llegar.

Le había dado muchas vueltas, me había costado alguna noche en vela, pero al final me rendí a lo que deseaba y quería compartirlo con ella. Las posibilidades de que saliera bien o mal siempre estaban presentes, pero nunca había sido de dejar pasar las oportunidades sin intentarlo antes.

Hacía una hora que recorríamos la ciudad y por las expresiones de Edmee, Yael, Gaby y Nadia, estaba claro que cada pequeña parte que habían visto les había encantado. Ese mismo tiempo, una hora, era el que hacía que nos

despedimos de Jaakko, hasta que me llamara para reencontrarnos y regresar al hotel.

Llevaba unos minutos pensando en algo y conforme pasaba el tiempo la idea tomaba más fuerza en mi cabeza. No sé si me había vuelto loco del todo, pero era lo que quería y así se lo expresé a Edmee.

—Me gustaría que me acompañaras a un sitio —le dije.

—¿Adónde? —giró la cabeza y me sonrió.

—¿Importa? —Le devolví el gesto.

—No.

—Gracias —le di un beso en la frente, con una sensación muy agradable por su respuesta rápida y sin dudas—. Chicos —llamé la atención de todos, iban por delante de nosotros—. Os dejamos solos durante un tiempo, cualquier cosa nos llamamos —miré a mis amigos que asintieron sonrientes.

Solté a Edmee cuando se acercaron para despedirse de nosotros y cuando ella se quedó libre del último abrazo, el de su hermano, la agarré de la mano y la guie por las calles. Desde donde nos encontrábamos hasta donde quería ir no había mucha distancia, y menos en transporte público. Llegaríamos rápido.

—¿Vas a mantener el misterio hasta el final? —me preguntó al cabo de unos minutos, observando hacia donde nos dirigíamos.

La parada del metro estaba justo enfrente.

—No seas impaciente —le dije, mirándola sonriente.

Accedimos bajando las escaleras y traspasamos las barreras. Continué guiándola, mientras Edmee observaba todos los detalles por donde pasábamos. Al llegar a la vía correcta no tuvimos que esperar a que llegara el metro, lo encontramos de cara con una de sus puertas abiertas y corrimos los últimos pasos para montarnos.

Ocupamos dos asientos, mientras la miraba divertido. Lógicamente todo era una novedad para ella, aunque no creía que variara mucho de lo que conocía. En menos de diez minutos nos levantamos para salir y en cuanto estuvimos en la calle sonreí al ver el edificio que era visible.

—¿Dónde estamos?

—A las afueras de la ciudad —le hice un guiño.

—¿Y qué hay aquí? —preguntó, observando la calle casi solitaria.

—Ese es el colegio de mi hermana pequeña —se lo señalé.

—Oh.

—¿Tanto te sorprende?

—No es eso, es que… Joder tenemos una vida fuera del hotel, pero no he pensado en que… déjalo —bufó y reí—. ¿A esta hora no se han terminado las clases?

—Vive en él, solo sale los domingos y para las vacaciones.

—Vaya. ¿Cuántos años tiene?

—Once —me miró otra vez con sorpresa.

—Sí, la diferencia de edad es mucha —solté una carcajada.

—Se te ha iluminado la mirada —me sonrió.

—Es lo que provoca la pequeña en mí —le rodeé los hombros con un brazo, contento porque la iba a ver antes de tiempo.

En silencio, caminamos por la acera acortando la distancia. Comprobé la hora que era en el reloj de pulsera cuando entramos al recinto, no tendríamos problema, al menos eso pensé porque sería lo habitual. Lo que menos me esperaba era encontrarme con mi abuelo en la recepción.

—Pues parece que vas a conocer a alguien más de mi familia, por lo que veo —dije en tono bajo, con el ceño ligeramente fruncido.

Supe que pasaba algo porque no era normal. No era raro que mi abuelo hubiese venido a ver a mi hermana, solía hacerlo varias veces a la semana. Lo raro era que mi madre no estuviera con él, porque siempre se acompañaban, nunca se había dado el caso de que la visitaran por separado. Eso, sumándolo a su posición corporal y a los gestos que hacía con las manos…

—¿A quién? —me preguntó con curiosidad Edmee.

Siguió con la mirada la dirección de la mía, hacia el hombre mayor que estaba a unos metros de distancia de nosotros. Imaginé que se formó una idea en la cabeza, antes de que se lo aclarara. Más que nada porque mi abuelo era la única persona que había en el gran espacio.

—¿Abuelo? —llamé su atención, dándole la respuesta a Edmee.

—Kaarle… —dijo él con asombro, girándose hacia mí.

—¿Qué pasa? —Arqueé una ceja.

—Hijo —me sonrió.

Me puse más en tensión porque fue una sonrisa forzada, no de alegría como debía haber sido. Nos dimos un fuerte abrazo como acostumbrábamos y, a pesar de los nervios que empecé a sentir, inicié la presentación.

—Él es Heikki —me dirigí a ella, utilizando el inglés para que mi abuelo supiera en qué idioma tenía que hablarle.

—Encantada de conocerlo, me llamo Edmee —sonriente, le ofreció una mano que mi abuelo aceptó con otra sonrisa, después de mirarme de reojo.

Normal que se le fueran los ojos hacia mí, nunca había traído a una mujer al colegio, a excepción de las que formaban parte de mi vida como amigas. Mi hermana era sagrada para mí, aunque la verdad es que nunca había hecho participe de mi privacidad a ninguna, en general. Mi entorno cercano lo mantenía protegido porque solo tenía aventuras esporádicas de una noche o de unos días, por lo que no eran importantes. Ese hecho le dio a entender a mi abuelo todo lo que necesitaba saber sobre Edmee, sin necesidad de que se lo confirmara.

—Igualmente, es un placer —le correspondió él.

—¿Qué pasa? —insistí yendo directo al tema que me importaba.

—No queríamos que te enteraras hasta que regresaras del parque —sacudió la cabeza, con expresión triste y preocupada.

—¿De qué estás hablando? ¿Por qué no has venido con mi madre? ¿Ya te ibas? ¿Has visto a Taimi?

—Kaarle, han pasado ciertas cosas —tragó saliva.

—Qué mierda… —apreté la mandíbula— Quiero ver a mi hermana —di varios pasos hacia el mostrador, para tocar el timbre que siempre se utilizaba cuando la recepcionista no estaba en su puesto.

—Taimi no está —me paré de golpe y me giré muy despacio hacia mi abuelo.

Capítulo 34



Edmee

No sabía lo que estaba sucediendo, hasta qué punto era grave, pero me había puesto muy nerviosa. Kaarle parecía otra persona diferente y verlo me encogió el corazón porque su expresión mostraba sufrimiento, aunque también rabia.

Tragué saliva, inmóvil, no me atreví ni a coger una bocanada de aire al notar la tensión que se acumuló en el ambiente en cuestión de segundos.

—¿Qué significa exactamente que Taimi no está? —siseó Kaarle.

—Ayer se la llevó vuestro padre, desde entonces es lo único que sabemos —susurró.

Las palabras de su abuelo provocaron que Kaarle se pusiera rígido y que apretara los puños a los lados de su cuerpo.

—¿Me estás diciendo —caminó hacia él, amenazante— que mi hermana desapareció ayer, me estoy enterando ahora, y porque he venido aquí antes de tiempo y por sorpresa? —alzó la voz, perdiendo los nervios.

—Kaarle, tu padre regresó del viaje buscando pelea y no queríamos que…

—¡¡Es mi hermana!! ¡¡Mi familia, como tú y mi madre!! Siempre estoy al corriente de todo, joder —se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos con fuerza. Yo me rodeé la cintura con los brazos, cada vez más indispuesta —. Tendríais que haberme avisado al momento, sin importar dónde estaba y lo que hacía. ¿Cómo narices ha sucedido? —Fijó la mirada en su abuelo.

—Tu madre y él tuvieron una fuerte discusión, yo me metí entre ellos para intentar mediar, pero no hubo manera. Tu padre perdió el control y la cabeza…

—¿Le ha hecho algo a mi madre? Quiero saberlo todo con detalles.

Me estremecí al escuchar su voz fría y cortante.

—Cuando yo aparecí alertado por los gritos, le estaba pegando.

Me encogí en el sitio por el grito desgarrado que soltó Kaarle, con una angustia impresionante por lo que estaba escuchando y viviendo.

—¿Cómo está? ¿Qué sucedió después? Abuelo… —Se desmoronó.

—Por favor, tranquilízate, hijo. Tu madre está bien, solo tiene algunas contusiones. Llegué a tiempo y los del servicio me ayudaron a separar a tu padre de ella. Cuando lo conseguimos se fue rápido, amenazándonos a todos. No imaginamos lo que sería capaz de hacer, venir hasta aquí y llevarse a Taimi, para hacernos daño a todos.

»En el colegio se formó un alboroto porque sacó a la fuerza a la pequeña, ella no quiso salir con él al verlo tan alterado. Estaba asustada y lloraba, según nos ha explicado la directora. Ella y varios docentes acudieron rápido, alertados por la recepcionista. Nos avisaron en cuanto se fueron, no podían negárselo, es su padre, pero todavía no sabemos dónde la tiene.

—No puede ser… —susurró Kaarle frotándose la cara— ¿Sabes por qué discutían mi madre y él? —habló con asco.

No entendí el silencio de su abuelo, no le respondió, pero por lo visto Kaarle supo interpretarlo perfectamente porque soltó otro grito que me pareció de impotencia y empezó a correr hacia la salida.

—Yo… —susurré sin saber qué más decir, viendo cómo desaparecía.

—Lamento mucho esta situación, me hubiese encantado conocerte en otras circunstancias —me dijo su abuelo, con pesar—. Mi nieto está muy afectado, sobrepasado ahora mismo porque los hermanos se adoran y Kaarle es muy protector con ella, con su madre y conmigo. Yo…

—Por favor, no hace falta. Es normal y lógico —intenté sonreírle, pero me salió una mueca rara—. No sé… perdone, no sé cómo regresar con mis amigos —tragué saliva—. ¿Me puede ayudar? Hemos venido en metro y no me he fijado bien en el trayecto porque daba por hecho que volvería a hacerlo con Kaarle —susurré.

—Por supuesto, te acompaño al lugar que me digas.

—¡No!

La voz de Kaarle me hizo dar un respingo. Me giré hacia la puerta, viendo cómo caminaba con pasos rápidos hacia nosotros. Por lo visto entre la oscuridad que lo había cegado se había acordado de mi presencia.

—Perdóname, Edmee —tragó saliva frente a mí, serio y distante por el problema que tenía—. Si lo hubiera sabido no te habría hecho pasar por esto.

—No tengo nada que perdonarte —curvé un poco los labios, para transmitirle que lo decía muy en serio.

—Claro que sí, he perdido la puñetera cabeza —se pasó una mano por el pelo—. Tengo que ir a casa de mi madre —vi la disculpa en su mirada—, pero he llamado a Jaakko. Ya ha terminado de hacer sus cosas en la ciudad y está de camino, te recogerá para ir con los demás, ¿vale?

—Gracias —fruncí los labios—. Yo… siento mucho lo que te has encontrado —asintió despacio, sin apartar sus ojos de los míos.

Y lo supe, supe sin margen de error que esta era nuestra despedida, una definitiva. Kaarle no iba a volver al hotel, al menos por un tiempo porque más adelante tendría que recoger sus pertenecías, a no ser que se encargaran sus amigos de ellas o que el mismo hotel se las enviara a la dirección que él diera.

Tragué saliva con esfuerzo y me aferré a las pocas fuerzas que tenía para enfrentar la situación. No pensé que fuera tan pronto y, aunque sabía que me iba a costar muchísimo cuando llegara, me di cuenta justo en este instante en el que se estaba haciendo realidad nuestra despedida, que ni por asomo me aproximé a lo que iba a sentir. Algo dentro de mí se rompió, pero lo comprendía perfectamente. Yo actuaría de la misma forma que él si a Yael le sucediera algo, me volvería loca.

—Vete, no te preocupes por mí —le pedí y contuve la respiración cuando me abrazó con fuerza.

—Te prometo que…

—No, nada de promesas, Kaarle —lo interrumpí—. Todo está bien y sé que tu hermana aparecerá de la misma forma, y que todos os repondréis de

este bache inesperado, porque solo es eso, un bache que sortearéis. Estoy segura —me aferré a él, a su cuerpo y a la sensación de su calor.

Escuché los pasos de su abuelo, se alejó de nosotros para darnos privacidad. Durante unos minutos no fuimos capaces de soltarnos y si él no hubiese dado el paso hacia atrás, yo no podría haberlo hecho. La necesidad de estar con Kaarle era muy fuerte, quería ayudarlo a soportar la pesadilla en la que se convertirían los próximos días para él, hasta que encontrara a su hermana.

—Vete tranquilo —insistí—. Yo estaré bien —susurré.

—Eres una mujer increíble, Edmee. Solo… solo quería que supieras lo que pienso de ti —tragó saliva.

Con esas palabras me dio la espalda y empezó a caminar hacia la puerta, donde lo esperaba su abuelo. El hombre se despidió de mí levantando una mano e imité su gesto. Se fueron juntos, con Kaarle un poco más calmado.

El silencio más absoluto me rodeó al quedarme sola. Miré hacia los lados, hacia ese espacio grande e impresionante. Había perdido todo su encanto por lo que había sucedido. Solté un suspiro tembloroso y me dirigí hacia la salida, notando una gran presión en el pecho.

Llegué a la calle y caminé hasta un banco que había cerca, en el que me senté para esperar a Jaakko. Por suerte llegó pasados unos minutos y le sonreí cuando paró el vehículo frente a mí.

—Edmee… —dijo al bajarse.

—Gracias por venir.

—Por favor, no me agradezcas eso. ¿Vamos con los demás?

—Sí —asentí.

Después de montarnos empezó a circular y tuve que mirar hacia la ventanilla, al notar cómo las lágrimas se me acumulaban en los ojos.

—Kaarle estará bien y su familia también —dijo en tono bajo.

—Sois amigos, os conocéis bien —comenté, hacía tiempo que llegué a esa conclusión.

—Sí, de hace años —percibí la familiaridad y el cariño en su respuesta.

—Ya no voy a verlo más —susurré.

—Nunca se sabe, ¿no?

Noté que me miraba, pero no me atreví a girar la cabeza porque las primeras lágrimas me habían mojado las mejillas.

Jaakko respetó mi silencio y lo agradecí interiormente porque no podía hablar por el nudo que tenía en la garganta. El tiempo que tardamos en reunirnos con los demás me vino bien y me sirvió para tranquilizarme un poco, al menos exteriormente porque por dentro era un caos que me costaría mucho poner en orden.

En cuanto vi a los seis, supe que estaban al corriente de lo que había pasado. Sus expresiones eran serias y tristes, lo que me encogió más el corazón.

—Cariño —me abrazó mi hermano, pero me separé rápido de él para no desmoronarme.

—Nosotros nos despedimos aquí, no regresamos al hotel —dijo Emil, mirándome con ternura.

—Sí, necesitamos estar cerca de Kaarle —añadió Eevi. Era evidente que había llorado, tenía los ojos enrojecidos.

—Me alegro mucho de escucharlo —asentí porque yo también quería que lo ayudaran a soportar la situación que se le había venido encima—. Me ha encantado conoceros —pasé la mirada por sus caras.

—A nosotros, también a vosotros —dijo Leevi.

Fue el primero en acercarse a darme un abrazo, un detalle que dijo mucho porque los finlandeses no acostumbraban a tener demasiadas muestras de afecto, a no ser que estuvieran con personas cercanas a ellos. Le devolví el abrazo con la misma intensidad, y continué con Emil y con Eevi. A esta última le pedí entre susurros que cuidaran mucho a Kaarle. Cuando nos separamos estaba llorando y asintió.

Me di cuenta de que mi hermano y mis amigas ya se habían despedido de ellos, porque se dirigieron serios y en silencio hacia el vehículo donde nos esperaba Jaakko. Los seguí con el ánimo por los suelos.

Ninguno habló durante el trayecto, solo en una ocasión Gaby me preguntó en tono bajo cómo me encontraba, pero lo único que pude decirle es que no quería ni podía hablar.

Regresar al hotel fue muy duro, todo me recordaba a Kaarle. En cuanto llegamos fui directa a mi habitación, para encerrarme en ella. Aún quedaba una hora para la cena y según cómo estuviera no bajaría al comedor porque al quedarme sola empecé a llorar desconsoladamente, tumbada en la cama.

¿Cómo podía girarse todo tanto y tan rápido? Con la ilusión que había ido a Helsinki y todas las sensaciones bonitas que me había hecho sentir Kaarle por sus calles, al mantenerme cerca de él… Al recordar con la ilusión con la que me habló de su hermana y la alegría que mostró por verla conmigo presente, me encogí y sollocé, sintiéndome muy impotente. No quería pensar en cómo debía sentirse él, aunque sabía que se mantendría fuerte por su madre y por su abuelo, una vez pasada la impresión del *shock* que se había llevado.

Cuando los chicos picaron a mi puerta para bajar a cenar no fui capaz de levantarme de la cama. Desde ella les dije que se fueran sin mí. No insistieron, ni siquiera Yael, porque los tres sabían lo duro que era para mí la nueva situación. Perdí la noción del tiempo entre el llanto y los momentos en los que me quedaba dormida, agotada.

Varios golpes en la puerta me hicieron entreabrir los ojos cuando estaba a punto de dejarme vencer otra vez por el cansancio. No dije nada para que pensaran que estaba dormida, pero ante la insistencia de los golpes me levanté de la cama sin fuerza ni ganas y fui a abrir. Solo podía ser una persona la que quisiera tirar la puerta abajo, y así fue cuando me encontré con mi hermano. Entró abrazándome y sin decir nada, me llevó de vuelta a la cama.

Se acostó conmigo, vestido, y me abrazó para reconfortarme. Su presencia me ayudó un poco, me sentí protegida, pero la sensación no tuvo el efecto de siempre. El vacío que sentía era demasiado grande y reciente. Yael me consoló con caricias cuando volví a llorar, increíblemente todavía me salían las lágrimas, después de horas.

Me dormí entre sus brazos y la siguiente vez que abrí los ojos, la habitación estaba un poco iluminada por la claridad que se filtraba por los portones que no cerré del todo cuando llegué de Helsinki.

—Buenos días, cariño —susurró mi hermano, con la voz ronca.

—Buenos días —susurré.

—Vamos a enfrentar un nuevo día, ¿vale?

—Sí —respondí, aunque no sabía si había descansado lo suficiente como para recuperar las fuerzas.

—Edmee, la ausencia de Kaarle no tiene por qué ser un final —me frotó la espalda.

—No puedo ilusionarme con algo que sé que no tiene sentido —murmuré —. Este hotel nos unió y también no has separado, al final iba a suceder cuando tuviésemos que regresar a nuestras casas —cerré los ojos con fuerza.

—Ve al baño a refrescarte la cara y arréglate, mientras yo voy a mi habitación a cambiarme de ropa. Enseguida vuelvo para bajar a desayunar, debes tener hambre.

—Tengo el estómago cerrado —dije mientras me levantaba de la cama

—Pero vas a comer —me advirtió, yendo hacia la puerta.

Solté un suspiro y me dirigí al baño. Al mirarme en el espejo mi aspecto era un desastre, pero no hice nada por arreglarlo. Me lavé la cara, hice mis necesidades y me cepillé el pelo, sin ganas y con movimientos mecánicos.

Al salir me quité la ropa y me puse una malla y una camiseta de manga corta, con una chaqueta fina de punto por encima. Antes de que terminara, Yael, ya estaba picando a la puerta, cuando abrí Nadia y Gaby estaban junto

a él. Me abrazaron con fuerza al darme los buenos días y les correspondí con todo.

A pesar de cómo me sentía me fijé en que ellas tampoco estaban muy bien, pero no tuve las fuerzas suficientes para sacar el tema porque me llevaría de vuelta a Kaarle. No, necesitaba recuperarme un poco para poder hablar de Emil, de Leevi y de Eevi con ellas y con mi hermano. Por el momento este tema estaba vetado para mí.

El salón del comedor me pareció raro y asfixiante en cuanto entré y no pude evitar mirar hacia la mesa que utilizaron Kaarle y sus amigos. Tragué saliva y fui a por la comida sin acercarme a nuestra mesa. Me costó muchísimo comer, pero lo hice para que mis amigas y Yael no se preocuparan más por mí.

—La última prueba es dentro de una hora —comentó Nadia, yo no aparté la vista de la mesa.

—No sé si… —empecé a decir.

—Vamos a hacerla, da igual cómo salga. Te vendrá bien distraerte al aire libre —dijo mi hermano.

—A todos nos vendrá bien —susurró Gaby, pensativa.

No comenté nada más sobre la prueba, a pesar de que solo quería estar encerrada en mi habitación, sola. No sé ni cómo lo conseguimos, por mí no fue, pero conseguimos quedar los primeros lanzándonos de árbol a árbol con unas cuerdas que preparó Jaakko. Fueron varios los recorridos que hicimos, hasta que conseguimos la victoria, una victoria que me supo amarga, pero debo reconocer que mientras me mantenía en el aire la adrenalina ocultó un poco la rabia que sentía. La utilicé a mi favor.

Jaakko cerró los juegos anunciando los ganadores: nosotros, ya que el grupo de Kaarle que iba en cabeza no realizó la última prueba al abandonar. El resto de los huéspedes nos felicitaron y los siguientes días que pasaron hasta que nos fuimos del hotel, los pasé en la compañía de las personas que quería y que intentaban por todos los medios animarme, mientras yo no me veía capaz de hacer lo mismo por ellos. Sentí remordimientos por eso y en algún momento se lo comenté a ellos, y como ya sabía que sucedería le quitaron importancia al instante. Sé que lo he dicho en alguna ocasión, pero eran los mejores, mis personas favoritas.

La ilusión de haber ganado el dinero del premio se vio enturbiada por cómo nos sentíamos todos. Cuando estuviéramos de vuelta en nuestras casas lo celebraríamos, llegaríamos con veinte mil euros cada uno.

Los días pasaron lentos y cansinos, hasta que tuvimos que decirle adiós a la aventura que nos trajo a Finlandia, despidiéndonos mentalmente también del país y de las personas que vivían en él.

Capítulo 35

Kaarle

—Hijo.

Giré la cabeza hacia atrás al escuchar a mi madre.

—Buenos días —dije.

—Buenos días, cariño —me sonrió caminando hacia mí—. Has madrugado mucho.

—No he dormido.

—Kaarle, vas a caer enfermo —me miró preocupada.

—Estoy bien —solté el aire de golpe—. Son muchas cosas y no puedo… —sacudí la cabeza—. ¿Has descansado?

—Unas horas —contestó.

La miré con atención, repasándole los hematomas que ya me sabía de memoria. Le acaricié la mejilla lastimada y cerró los ojos por el contacto.

—Todo va a ir bien, mamá —susurré.

—Siento que soy la única culpable y solo de pensar en mi niña… —habló entrecortada.

—Tú no eres la culpable de la locura de ese… —siseé, conteniéndome para no terminar.

—Buenos días —nos giramos hacia Helmi, una de las empleadas del hogar de la casa familiar—. ¿Os apetece desayunar ya? —nos preguntó en confianza.

—Yo no, pero un café te lo agradecería —le sonreí un poco.

Después de lo nerviosa que se puso con lo que sucedió en esta casa, terminó por alterarse más cuando llegué. Por la unión que teníamos no solo yo me preocupaba por ella, Helmi sufría cada vez que me veía mal.

—Enseguida. Anneli, ¿te apetece algo?

—Por el momento no, querida —le sonrió mi madre con cariño.

—Voy a ayudarla y a tranquilizarla un poco —le susurré a mi madre.

—Sí —me acarició la cara, antes de que me alejara de ella.

Fui hacia la cocina, donde encontré a Helmi frente a la cafetera.

—Ya me lo preparo yo —le dije, sobresaltándola al no esperarme.

—Es mejor que te sientes —me señaló un taburete de la isla—. Desde que llegaste hace unos días no has descansado, sé que no duermes por las noches.

—Ah, ¿sí? ¿Eres adivina? —Apoyé la cadera en la isla.

—No, pero tengo ojos en la cara y falta poco para que te lleguen las ojeras al suelo —negó dándome la espalda.

—Estoy bien, Helmi. Y hasta que no aparezca Taimi no voy a descansar.

—¿Se sabe algo nuevo? —preguntó en tono bajo.

—No, pero espero que hoy sí nos den una buenísima noticia.

—¿En serio? —Se giró hacia mí con la taza llena y se acercó rápido— ¿Qué va a pasar hoy?

—Ayer hablé con el policía que lleva la desaparición de mi hermana, me dijo que estaban muy cerca del paradero de mi padre —le informé.

—Kaarle, eso es una gran noticia —se ilusionó.

—Sí, de verdad espero que lo sea y que suceda, al fin —me pasé una mano por el pelo, antes de coger la taza para darle un sorbo al café.

—Ya mismo tenemos a Taimi con nosotros, ya lo verás —sonrió.

—Y ese desgraciado pagará por lo que ha hecho —dije sin que me afectara que fuera mi padre. Para mí no era nada.

—Crees que se atreverá a… que volverá a…

—No voy a permitir que ponga los pies en esta casa, nunca más. Lo echaré con mis propias manos como se atreva a acercarse —apreté la mandíbula.

—No quiero que te metas en problemas —tragó saliva.

—Tranquila, sé lo que hago —le hice un guiño, relajándome para que se calmara—. Por cierto, con todo lo que ha pasado no te he preguntado qué tal con el tío que te tenía triste antes de que me fuera al hotel —cambié de tema.

—Lo he dejado definitivamente —levantó la barbilla y sonreí al ver su determinación.

—Esa es mi chica —le hice un guiño—. Me alegro mucho, no te merecía.

—Gracias —me regaló una gran sonrisa—. ¿Y tú? Tengo la sensación de que, aparte de lo de tu hermana, te sucede algo más.

—Es complicado —comenté observando el café—, pero hasta que no tenga a Taimi conmigo no me permitiré pensar en ello. ¿Sabes? Tenías razón.

—¿En qué? —Frunció ligeramente el ceño.

—En que algún día caería rendido a los pies de una mujer y que lo pasaría mal.

—Oh —formó una *«o»* perfecta con los labios y me reí.

Fue la primera vez en días que me permití hacerlo, fue difícil resistirse por la expresión que puso Helmi.

—Me acuerdo de que te dije que me reiría de ti si te lo hacía pasar mal, pero también que lo sufriría. Algo parecido fue —dijo pensativa—. Pero no, ahora que ha sucedido no me hace ninguna gracia —hizo una mueca y sonreí.

—Ella no me lo está haciendo pasar mal, es la situación en sí.

—¿Por lo de Taimi?

—En parte, eso solo lo ha precipitado todo. Es extranjera, la conocí en el hotel.

—Vaya —silbó.

—Sí, vaya —sacudí la cabeza.

—Espero que sea lo que sea, se solucione.

—Gracias, preciosa.

—¡¡Kaarle, tu teléfono!!

Solté la taza de golpe en la encimera de la isla al escuchar a mi madre y salí corriendo, dirigiéndome al salón, con Helmi a mi espalda.

—¿Qué pasa? —me preguntó nerviosa, pero no le contesté.

Mi madre estaba sentada en el sofá, junto a mi abuelo, los dos se encontraban frente a mi móvil que estaba en la mesa baja. Por sus

expresiones supe que no me había equivocado al presentir quién era. Lo cogí viendo en la pantalla el número del policía con el que llevaba hablando varios días.

—Hola —dije al descolgar, bajo la atenta mirada de los tres. Helmi se sentó en el brazo del sofá.

—Kaarle, tenemos buenas noticias —cerré los ojos con fuerza.

—Dime —enfoqué la vista en mi madre y mi abuelo, ellos se agarraron las manos.

—Hemos encontrado a tu hermana y detenido a tu padre —solté el aire de golpe y lentamente una sonrisa apareció en mis labios, por la satisfacción y la tranquilidad que sentí.

—¿Dónde estaban? —mi madre soltó un jadeo por mi pregunta, anticipando el final.

—Intentando salir del país —apreté la mandíbula—. Tranquilo, ya no tienes de qué preocuparte. Ya ha terminado. Esta tarde os llevaré personalmente a Taimi, los han localizado en el norte.

—Joder —me presioné el puente de la nariz—. Gracias por todo.

—Es mi trabajo y un placer cuando el resultado es como este. Nos vemos dentro de unas horas.

—Sí, gracias de nuevo —colgué.

—Hijo —me habló mi madre, temblando.

—Tienen a Taimi —le sonreí viéndola borrosa por las lágrimas que se me acumularon en los ojos.

Soltó un pequeño grito y se tapó la cara. Mi abuelo la abrazó llorando de la emoción. Helmi no estaba mejor, pero todas nuestras reacciones eran de alegría y felicidad. Me arrodillé frente a mi madre y la rodeé con los brazos, susurrándole palabras de consuelo para tranquilizarla. Mi abuelo me agarró de la nuca, mirándome con el mismo amor que siempre me había transmitido.

La pesadilla estaba a punto de finalizar, una en la que todos habíamos pensado en los peores resultados.

Las horas que transcurrieron hasta que el jefe del equipo de policías que llevaba el caso nos trajo de vuelta a mi hermana, se hicieron eternas por los nervios y la ansiedad que sentíamos todos por verla, sobre todo, para comprobar que estaba bien.

Cuando sonó el timbre llegamos casi corriendo a la puerta, incluyendo las personas del servicio. No faltó nadie para recibir al policía y a mi preciosa hermana, que en cuanto nos vio empezó a llorar y se lanzó a mis brazos.

Reí cogiéndola al vuelo, girando con ella, hasta que la hice reír entre lágrimas.

—Pequeña —susurré besándola en la cara.

—Ya no soy pequeña —dijo, pero con una sonrisa, sin soltarme del cuello.

—Tienes razón, pero para mí siempre lo serás —le di un beso en la frente, antes de soltarla para dejarla libre.

Me costó, pero todos esperaban para abrazarla y darle cariño, así que la coloqué en el suelo y Taimi pasó de unos brazos a otros, hasta que se quedó entre los de mi madre y mi abuelo por segunda vez.

—Me repito, pero gracias por todo —le ofrecí la mano al policía, era la primera vez que lo veía en persona.

Todas las ocasiones en las que habíamos hablado habían sido por teléfono. Vi su intención de comentar algo, pero le pedí que saliera de la casa. No quería que mi hermana escuchara ciertas cosas, bastante había tenido ya.

—Es un placer haber presenciado un encuentro tan emotivo, Taimi estaba muy nerviosa —dijo y asentí—. Por mi parte ya está todo, Kaarle. Con los cargos de las denuncias que puso tu madre, las pruebas de los daños que le provocaron los golpes que le dio tu padre, y con lo del secuestro e intento de huida del país, se ha sentenciado por muchos años.

—Espero que así sea —apreté la mandíbula.

—Te aseguro que no tenéis que preocuparos por él, no va a librarse de la que le espera. Cuando salga de prisión no le quedará nada.

—De eso voy a encargarme yo personalmente —dije con frialdad.

—No lo dudo y estás en tu derecho. Yo actuaría de la misma forma. Encantado de conocerte —me ofreció la mano.

—Igualmente —acepté su gesto.

Esperé a que saliera de la propiedad y entré sonriendo, feliz y en paz, al ver cómo mi hermana venía de nuevo hacia mí.

Capítulo 36



Un mes más tarde…

Edmee

—Me estáis llevando por el mal camino, es el segundo día que lo termino aquí —comentó Yael, con la espalda recostada en la silla.

—¡Sergio! —Gaby llamó a nuestro amigo camarero— ¡Otra ronda de cervezas!

—¿Hace falta que me grites? —habló él entre risas— Por si no te has dado cuenta solo nos separa una mesa.

—Mmm… con la bebida no se juega y no sé hasta qué punto te fallan los oídos. Por la edad y esas cositas que conlleva hacerse mayor —le dijo con un guiño y Sergio entró riendo al bar por nuestras consumiciones.

Llevábamos aquí casi una hora. Era jueves por la noche y sí, como había adelantado Yael, esta semana íbamos fuerte y con todo, al empezar a salir la noche anterior. Según él, lo habíamos arrastrado, según nosotras, nos seguía encantado en todo lo que le proponíamos.

Pinché una patata brava y me relamí, estaba de vicio, como siempre.

—¿Qué tal con Sandra? —quise saber, dirigiéndome a mi hermano.

—Muy bien, me ha puesto al día de cómo le va —contestó.

—Me alegro de que, aunque ya no quedáis para hacer guarradas, os veáis de vez en cuando como amigos —sonreí por las carcajadas que soltaron los tres.

Sandra era la chica con la que Yael salió y disfrutó sin compromiso antes de que nos fuéramos a vivir la aventura a Finlandia. Se llevaban genial, lo que me hacía muy feliz porque mi hermano había ganado una buena amiga, y ella, bueno, todo lo que diga sobre Yael se queda corto. Era lo mejor porque, aunque no lo dijera, sabía que todavía tenía a Eevi en la cabeza.

—Me habéis hecho recordar a la tal Venla —comentó Gaby, pensativa.

—¿Quién? —Frunció el ceño, Nadia.

—Gracias, guapo —le dije a Sergio y me hizo un guiño, mientras colocaba las jarras en la mesa.

—¿Necesitáis algo más? —colocó una mano en el hombro de mi hermano con la confianza que se tenían.

—Por el momento no —le respondió él.

—De acuerdo, volvedme a gritar si requerís de mis servicios —reímos con él, antes de que se fuera.

—¿Quién es esa Venla? —insistió Nadia.

—La que no dejaba en paz a Leevi, comprobé lo pesada que era —bufó Gaby.

Su expresión se cubrió un poco de tristeza al mencionarlo, intentó disimularlo, pero no fue lo suficientemente rápida como para que no lo notáramos.

—¿Sabes qué pasó al final? —continuó Nadia.

—Habló con ella una mañana que estábamos dando un paseo por los alrededores del hotel, es lo último que sé. Leevi le dijo que ya se había cansado de su insistencia, que rayaba la obsesión y que él no quería tener nada más que ver con ella. No sé lo que habrá sucedido en este tiempo —acarició el borde de la jarra.

—Cuesta olvidar todo lo que vivimos y con quién, ¿eh? —le sonrió con cariño Nadia y después nos miró a Yael y a mí.

—Sí —susurró Gaby, fue la única que contestó.

Todavía me costaba hablar de Kaarle, lo había hecho, me desahogué con los tres, pero solo sucedió una vez cuando recuperé un poco las fuerzas. Aún no había llegado al punto de poder mencionarlo o de referirme a algo que estuviera relacionado con él, como para no sentirme rara e incluso decaer. Eran muchas las veces en las que había pensado en cómo habría terminado lo de su hermana pequeña. Esperaba de todo corazón que bien.

—Cambiad las caras —nos pidió Yael—. ¿Qué has sentido al no tener que pagar la hipoteca y el préstamo este mes? —le preguntó a Gaby, dando un giro a la conversación.

—Calla, que todavía no sé si mataros o comeros a besos —bufó ella y reímos los cuatro con ganas.

—Creo que de besos ya nos dejaste servidos hasta nuestros últimos días —nos señaló a él y a mí.

—Es una pasada —dijo emocionada Nadia. Estaba al tanto de todo desde que convencimos a Gaby de que aceptara lo que le ofrecíamos.

No fue fácil, mi hermano y yo tuvimos muchas conversaciones con ella, pero al final conseguimos que entrara en razón. Quizás se debió a que la amenazamos un poco con que dejaríamos de ser sus amigos, solo un poquito, pero nos salimos con la nuestra. Gaby se había librado por completo de las deudas, sin tener que tocar el dinero que ganamos en el hotel. Disponía íntegramente de los veinte mil euros y este mes había sido el primero en el que no le habían descontado del banco la hipoteca del piso y el préstamo del coche.

—Todavía estoy pensando en cómo agradecéroslo —hizo una mueca, conteniendo la emoción.

—No seas pesada, no hay nada que agradecer —le hice un guiño.

—Jooo… —hizo un puchero, lloriqueando.

Continuamos hablando, comiendo y bebiendo, y sobre la media noche nos despedimos de Sergio y nos abrazamos entre nosotros antes de separarnos para ir cada uno hacia su casa. Me monté en mi coche tranquila porque hacía tiempo que dejé de beber alcohol, para sustituirlo por refrescos.

Estaba deseando llegar, al día siguiente era viernes y tocaba madrugar, pero era el último día laboral y, aunque me costara levantarme y no romper el despertador en el proceso, lo veía de diferente forma al tener encima el fin de semana.

Pasados los veinte minutos habituales entré en casa quitándome los zapatos. Fui directa hacia las escaleras, para ir a mi habitación. Me desvestí y me coloqué el pijama. Ya me había duchado antes de quedar con mis amigas y mi hermano, por lo que caí cansada en la cama.

✣ ✣ ✣

—Jefa —asomó la cabeza Carmen, una de mis trabajadoras.

—¿Sí? —Desvié la mirada de la pantalla del ordenador.

—Es la hora de la reunión —me informó.

—¡Mierda! —Me levanté de golpe de la silla abriendo un cajón del que saqué la carpeta donde tenía toda la información que necesitaba.

—¿Se te había olvidado? —me preguntó conteniendo la diversión.

—Sí —reí y negué—. Joder, ya no tengo edad para trasnochar varios días seguidos —puse los ojos en blanco.

—¿A qué hora te acostaste anoche? —se interesó mientras salía de mi despacho y me acompañaba por el pasillo.

—A las doce y media de la noche, más o menos.

—¿Eso para ti es trasnochar? —se sorprendió— Yo nunca me duermo antes de la una de la madrugada.

—Entresemana sí —sonreí—. Pues no sé cómo lo haces para estar tan bien por las mañanas, yo llevo una… —bufé—. He necesitado cafés extras para espabilarme, si no descanso la mente las horas que necesito estoy perdida —me encogí de hombros.

—Tienes razón, debe ser la edad.

—¿Aprecias mucho tu trabajo? ¿Quieres mantenerlo? —soltó una carcajada y sonreí.

—Muchísimo, tengo una jefa increíble —me hizo un guiño.

—Claro, después de llamarme vieja hazme la pelota —sacudí la cabeza.

Nos separamos a la mitad del pasillo, ella fue hacia su puesto riendo y yo me dirigí hacia la sala de reuniones con una gran sonrisa. Aceleré los pasos y cuando entré, saludé al dueño de una empresa importante que llevaba siendo mi cliente desde mis inicios.

—Encantado de verte, Edmee —me ofreció la mano.

—Igualmente, Arturo —se la estreché con energía—. Perdona los minutos de retraso —caminé hacia la silla que siempre ocupaba, en la cabecera de la mesa ovalada.

—No te preocupes.

—Gracias. Empecemos —abrí la carpeta.

La reunión fue genial, como solía ser habitual con este cliente. Le mostré los informes de su empresa del último mes, comentándole los cambios que

veía convenientes hacer. Me escuchó atento y aceptó todo lo que le propuse. Como siempre, me dio libertad para hacer lo que hiciera falta.

Una hora y media después acompañé a Arturo hasta la recepción y me despedí de él, para volver a subir a mi despacho en el ascensor. En cuanto entré solté un suspiro y lancé la carpeta en la mesa, satisfecha por cómo había ido la mañana. Me senté en el borde de la mesa y cerré los ojos, pensando en que en pocos minutos terminaría por esta semana.

Decidí tomarme la tarde libre, total, si sucedía algo importante lo sabría al instante y podía trabajar desde casa o venir hasta aquí rápido. Estaba pensando en eso y en ponerme el bikini en cuanto llegara porque el calor que hacía en la calle era sofocante y me sentaría genial un baño antes de comer, cuando abrí los ojos y los fijé en la puerta.

Acababan de llamar con varios golpes.

—Adelante —dije no muy convencida, porque si era más trabajo no quería escuchar nada.

Para mi sorpresa me quedé sin respiración al abrirse la puerta. Tuve que parpadear varias veces, rápido, para asegurarme de que no era una alucinación lo que tenía delante.

—¿Kaarle…? —jadeé, sin poder moverme de la mesa. Continué en el filo, agarrándolo con fuerza con las manos.

—Mmm… —fue su primera reacción, deslizando su mirada en forma de caricia por todo mi cuerpo— Así que empresaria, ¿eh? Me alegra saber que te acuerdas de mí —me hizo un guiño, apoyando el brazo en el marco.

—¿Qué…? ¿Qué haces aquí, en España? ¿Cómo me has encontrado? — Me puse de pie, despacio.

—¿No soy bienvenido? ¿Te molesta que te haya buscado? —Se cruzó de brazos.

—No he dicho nada de eso —negué varias veces, muy nerviosa—, pero… Entra y cierra —le pedí para tener intimidad, aunque en realidad sonó a exigencia.

—Eso me ha puesto, que lo sepas —rio y me mordí el labio inferior, con ganas de llorar al volver a escuchar su risa.

Hizo lo que le pedí y caminó con lentitud hacia mí. Estaba, mierda, estaba tan impresionante como siempre.

—Hola —susurró parado a un paso de distancia.

—Hola —murmuré, sin creerme todavía que fuera real—. ¿Cómo…? —tragué saliva, sin saber si era oportuno que le hiciera la pregunta. Todo dependía del resultado, de si la respuesta era positiva— ¿Cómo fue lo de tu hermana?

—Muy bien —soltó el aire de golpe—. Es por ella por lo que no he venido antes. Lo pasó muy mal y no he querido alejarme hasta asegurarme de que todo volvía a la normalidad, ni de ella ni de mi madre y mi abuelo. Taimi estuvo varios días desaparecida, retenida por mi padre. Lo pillaron al querer sacarla de país.

—Joder —susurré.

—Sí, pero todo terminó bien. Taimi está con nosotros, ya ha acabado el curso escolar y en septiembre volverá al mismo colegio, pero no se quedará a vivir allí. Uno u otro la iremos a buscar para llevarla a su casa, a la de la familia.

—Me alegro mucho, Kaarle —sonreí muy emocionada.

—Gracias —me devolvió el gesto—. Fueron unos días muy duros de incertidumbre y miedo.

—Lo imagino —fruncí los labios—. Ahora dime, cómo…

—Sé lo más importante de ti desde hace mucho tiempo, Edmee —Fruncí el ceño—. Tienes delante al dueño del hotel Linna Nuuksio —agrandé los ojos y entreabrí los labios, me faltó la respiración por la impresión—, y debido a ello dispongo de tus datos de contacto y de cierta información personal, la que Nadia adjuntó en el correo electrónico al inscribiros, y la que yo amplié al interesarme por ti.

—¿Cómo? ¿En serio? —jadeé.

—Mis amigos y yo nunca fuimos unos participantes más, ni huéspedes como tal, ellos me acompañaron para apoyarme y para ver de cerca cómo arrancaba el hotel —me hizo un guiño y me mordí el labio inferior—. Jamás optamos al premio económico, daba igual si ganábamos, al final Jaakko os habría informado a los demás, dándoos cualquier excusa de nuestra retirada para ofrecer el premio a los que quedaran en segundo lugar.

»Cuando te comenté compartir mi parte del dinero si yo ganaba, me callé que tenía muy claro lo que iba a hacer con respecto a ti, llegado el final. Mis amigos y yo solo estábamos divirtiéndonos y, por cierto, enhorabuena por ganarlo —sonrió—. Ya ves, nunca tuve dudas de si necesitabas el dinero o no, sabía de sobra de tu empresa y a lo que te dedicabas.

—No me lo puedo creer… pero todo el mundo que mencionaba al dueño lo presentaba como un hombre hosco y huraño, de carácter oscuro que protegía mucho su privacidad —dije pensando en algunas de las palabras de

Jaakko y en la información del artículo del periódico—. Lo han definido siempre así.

—Bueno —carraspeó—, tengo parte de hosco y de huraño, en lo que se refiere a ciertas cosas. Y lo que más destaca en mí es que cuido mucho mi intimidad y mi privacidad, como también la de mi entorno cercano. ¿Oscuro? Sabes que en algunas ocasiones puedo serlo —reí nerviosa por su sonrisa pícara.

»Soy el conjunto de todas esas versiones, aparte de la que tú has conocido porque contigo he sido muy diferente, pero es que así solo me muestro cuando tengo libertad con las personas cercanas y cuando sé que no me reconocen. El apellido de mi familia por parte de mi madre es muy importante en Finlandia, tanto mi abuelo, como ella, son muy reconocidos y queridos en el país, sus nombres les abren todas las puertas.

»Yo siempre he intentado pasar desapercibido, algunas veces no lo he conseguido, pero procuro mantenerme en el anonimato, lo mismo que quiero que suceda con mi hermana Taimi, para que no le afecten según qué cosas.

—No sé qué decir… El dueño del hotel y el que nos regaló todo lo que disfrutamos…

—Así es, ¿te he convencido para que me des un beso? —Elevó las dos cejas, varias veces.

Solté una carcajada, descolocada por la información. Estaba intentado procesarla porque su presencia de por sí me había dejado atontada.

—Pensaba que…

—¿Qué no volveríamos a vernos? —terminó por mí y asentí— Esa posibilidad no existía para mí —acortó la distancia entre nosotros y me senté bien en la mesa para abrir las piernas y tenerlo lo más cerca posible.

Cerré los ojos cuando me agarró de la nuca.

—Nunca existió, Edmee, y yo fui el primer sorprendido al darme cuenta más pronto de lo que te imaginas —abrí los ojos despacio—. Nunca he tenido una relación estable, jamás he superado el par de días con una mujer. Hasta que te conocí solo me divertía, sin ataduras y sin compromiso. Pero desde el mismo jodido momento en el que te vi por primera vez, señorita murciélago, asustada por eso mismo, empezaste a hacer brujería en mí. Te apropiaste demasiado rápido de mis sentimientos, lo que jamás en la vida me había sucedido.

—Kaarle… —tragué saliva, pero me costó por el nudo que se me había formado en la garganta.

—Dime si ha cambiado algo, Edmee —bajó el tono de voz, acercándome a él.

—Por mi parte no —susurré sin apartar la mirada de la suya—. No he dejado de pensar en ti.

—Joder —soltó el aire de golpe—. Siento mucho todo el tiempo que hemos pasado separados —apoyó su frente en la mía.

—¿Y Lumi? ¿La recepcionista del hotel que ahora sé que es tu empleada? —me mordí el labio inferior— ¿Ella también es una aventura pasajera? —sonrió de medio lado.

—Me encanta.

—¿El qué? —Fruncí el ceño.

—Que todavía estés celosa por ella.

—Solo era curiosidad —bufé.

—Ya… —soltó una carcajada— Te dije en varias ocasiones cómo me ponía que me negaras lo evidente —gemí al notar la dureza que escondía su pantalón—. Te he echado de menos —murmuró sobre mis labios, sin llegar a rozármelos—. No te imaginas cuánto te he necesitado, Edmee. No sé qué me hiciste en tiempo récord, ni cómo, pero aquí estoy, en España, en tu país, y he venido únicamente por ti.

—Yo también te he echado de menos —lo agarré de la camiseta—. Muchísimo, todavía me parece mentira que estés aquí, que estemos así, después de lo mal que lo he pasado —fruncí los labios.

—Tranquila, voy a poner todo mi empeño para que termines de creértelo y para que te olvides de lo malo —me agarró de las mejillas—. Nunca he tenido nada con Lumi, es una buena amiga.

—Cuando te pregunté si os habíais besado me respondiste que sí —murmuré.

—Claro, en las mejillas —me hizo un guiño y volví a bufar, provocándole otra carcajada—. Te comenté que había vivido la experiencia de follar contra un árbol, después de que nos vieras a Lumi y a mí, pero lo relacionaste mal y le diste muchas vueltas por los celos. Sí, sé lo que es, pero no tiene nada que ver con Lumi, ella es la hermana mayor de Eevi —jadeé por la nueva sorpresa.

»Las dos son como hermanas para mí, por eso cuando me preguntaste si me unía algo a ella te contesté que sí y te pedí que no me hablaras de otra mujer al referirte a Lumi, cuando estábamos a punto de tener sexo, por lo que representa para mí.

—Joder, bésame. ¿A qué estás esperando?

—¿A que me lo suplicaras como acabas de hacer?

—Eres insoportable —sonreí al escuchar su risa de nuevo.

—Te encanta que lo sea —dijo serio, apretando la mandíbula—. Te he deseado cada puñetero segundo de los días que han pasado —contuve la respiración.

—Y yo.

No sé quién de los dos fue el primero en lanzarse al otro, quizás fueron sus labios los que me consumieron y me devoraron con necesidad, o tal vez los míos los que le incitaron a hacerlo. Sea como sea el deseo contenido por todo el tiempo que habíamos pasado separados explotó entre los dos y nos arrasó sobre la mesa de mi despacho.

Epílogo



Siete años más tarde…

Kaarle

—Señora empresaria, tienes diez minutos para llegar, sino iré a buscarte y no saldremos de tu despacho en horas. Después no quiero escuchar quejas si no podemos contener los sonidos —le dije a Edmee, sonriente.

—Llego en cinco, estoy cerca.

—Mmm… voy a desnudarme.

—¡Ni se te ocurra! Nuestros invitados están a punto de aparecer en la casa —rio.

—¿Y? ¿Desde cuándo me frena algo con respecto a ti?

—Nunca, pero te prometo que valdrá la pena la espera.

—Era lo que quería oír. Ten cuidado.

Colgué la llamada mientras iba hacia la cocina, para sacar un botellín de cerveza de la nevera. Le di el primer trago dirigiéndome al porche. Hoy era un día especial, habíamos invitado a nuestros amigos y también estarían mi

madre y mi abuelo, y lógicamente mi hermana Taimi, porque por ella era la celebración: era su cumpleaños.

Sus diecisiete años se me habían pasado volando, el tiempo no perdonaba. Se había convertido en una mujer preciosa a las puertas de abandonar la adolescencia. Tenía un carácter increíble e independiente, pero a la vez sin alejarse de la unión que manteníamos en la familia. Sería la última en aparecer, lo habíamos planeado todo para darle una gran sorpresa, la que sabía que iba a emocionarla.

Poco a poco irían llegando todos, pero por el momento me tomé en el porche la cerveza, sentado en un sillón cómodo. Cerré los ojos apoyando la cabeza en el respaldo, mientras sentía la textura y la frescura de la hierba en la planta de los pies. Estaba descalzo, me encantaba la sensación, pero más me gustaba cuando me revolcaba con mi mujer. La excusa perfecta era que nuestra habitación estaba muy cerca de la de nuestros hijos, así podíamos mandar a la mierda la contención y dejarnos llevar sin limitaciones.

Sí, Edmee y yo nos casamos un año y medio después de que me presentara en su empresa de España, y desde entonces habíamos tenido dos hijos: Aada y Edvin, de cinco y tres años, respectivamente. Ellos llegarían junto a mi madre, mi abuelo y todos los empleados que trabajaban en la casa familiar, incluida Helmi. Mi madre se los llevó la noche anterior para que yo pudiera organizar esta mañana la fiesta de cumpleaños, porque Edmee tenía que trabajar unas horas.

Vivíamos en Finlandia, en una localidad cercana a Helsinki. Tanto Edmee, como yo, tuvimos claro que queríamos alejarnos de la ciudad, por ello compramos una casa en esta localización. Tenía dos plantas, ocupaba bastante terreno con un gran jardín, piscina, porche y una entrada espectacular en la que en un lateral había habilitada una zona para estacionar varios vehículos. En ella tenía mi moto, la que continuaba disfrutando en los ratos que podía. A la vivienda no le faltaba de nada, incluso el primer año de vivir aquí encargamos que nos construyeran una sauna a unos metros de la piscina.

Mi abuelo Heikki, a pesar de los años que había sumado, se encontraba perfectamente de vitalidad. Era impresionante verlo seguirles el ritmo a los niños, se adoraban mutuamente. Mi madre, Anneli, vivía muy tranquila desde que se alejó del que se hizo llamar padre durante demasiados años. Parecía otra mujer totalmente diferente, llena de vida. Mi familia adoró a Edmee desde el primer momento.

Sobre mi «padre» poco voy a mencionar, si hablo de él en este momento es para contaros que pasó seis años en la cárcel y que cuando salió, lo hizo arruinado por completo porque todo de lo que disfrutó con anterioridad estaba a nombre de mi madre. Lo último que supimos es que cumplió su condena, una vez estuvo libre desapareció y fue lo mejor para él, porque si se hubiera atrevido a acercarse a mi familia no me habría contenido.

Con Helmi, la empleada del hogar de la casa de mi madre y de mi abuelo, continuaba teniendo la misma unión y muchas veces, cuando Edmee y yo queríamos pasar un tiempo juntos, a solas, ella venía a nuestra casa para encargarse de nuestros hijos. Le encantaba quedarse con ellos. Hacía seis años que tenía pareja, un hombre que sabía lo que era cuidar a la persona que amas. Eran felices y estaban casados desde hacía cuatro años.

Mi amigo Jaakko y su mujer eran indispensable en las reuniones familiares, él continuaba trabajando para mí, a cargo de los huéspedes del hotel, tanto en el tema de la animación que había variado con los años, adaptándose, como en estar pendiente de ellos y de todo lo que necesitaran. Jaakko llevaba casado diez años, su matrimonio era sólido y tanto él como su mujer, Henna, continuaban igual de enamorados como cuando se conocieron.

Quien tampoco iba a faltar hoy era Lumi, mi amiga y la hermana mayor de Eevi. Ella era otra de mis personas de mayor confianza en el hotel, seguía a cargo de la recepción. Por el momento, como le gustaba decir, era libre como el viento en lo que a relaciones de pareja se refería. Ya le llegaría su hora, o tal vez no, mientras fuera feliz nosotros también lo éramos.

Sobre el hotel, decir que fue un grandísimo éxito con el que arrancó a funcionar. Cuando se me ocurrió la idea de la lanzar la noticia de la apertura, ofreciendo muchas cosas para captar la atención de la gente, la verdad es que no llegué a imaginar lo bien que iría el negocio, lo acertado que estuve. Se llenaba en todas las épocas del año, en invierno la gente disfrutaba de la nieve y de los lagos helados; en verano tenían a su disposición todo lo que ya conocéis porque fue la época en la que Edmee estuvo con sus amigas y su hermano.

No podía sentirme más satisfecho con la inversión que hice, la que en cuestión de pocos años recuperé con creces. Sobre el trabajo de Edmee, mi mujer era increíble en su profesión, todo lo que había logrado era de admirar. Su empresa de España continuaba funcionando como la sede principal, de la que Edmee estaba muy pendiente y se pasaba horas en contacto con las personas que dejó a cargo de ella. Cuando me explicó la idea que tenía de montar una sucursal en otro país, lo hizo teniendo claro ya dónde quería que estuviera ubicada: aquí, en Finlandia.

Y así lo hizo, volvió a luchar por sus sueños y hasta hoy día funcionaba a la perfección, con sus fieles clientes y con los nuevos que se habían ido sumando con los años.

La vivienda de Edmee en España la mantenía para cuando íbamos al país, ya fuera porque ella tenía que presenciarse en la empresa de allí, o porque simplemente viajábamos para desconectar y disfrutar. Ya os digo que yo estaba más que encantado, el yacusi y la piscina nos daban mucho juego y yo no desaprovechaba ni una oportunidad para tener las manos o cualquier parte del cuerpo pegado a mi mujer. También estaban las paradas obligatorias que hacíamos en el bar en el que trabajaba su amigo Sergio.

En esta casa, nuestro hogar en Finlandia, el yacusi lo teníamos en el baño privado de nuestra habitación.

Con mi cuñado Yael me llevaba de maravilla, como ya le dije una vez nos parecíamos bastante y encajamos a la perfección. A los dos meses de que Edmee y yo estuviéramos viviendo en Finlandia, Yael tomó la decisión de trasladarse cerca de nosotros. Los hermanos estaban muy unidos, sabía que más pronto que tarde sucedería porque no aguantarían la distancia. En el sentido laboral Yael no tenía problema, era independiente y podía desplazarse donde más le apeteciera. Sin ese gran obstáculo, se vino a vivir a Finlandia, más concretamente a quince minutos de nuestra casa. La compartía con mi amiga Eevi, su mujer, porque cuando Yael se vino aquí volvieron a acercarse y terminó sucediendo lo que era inevitable. La atracción y el deseo estuvieron presente en ellos desde el inicio, así que al reencontrarse se dejaron llevar por los sentimientos. Al principio para probar, pero ese principio continuaba hasta hoy día de la misma forma: con los dos enamorados. Tenían un hijo de cuatro años, pero mi amiga estaba embarazada de cinco meses y pronto vendría al mundo otro miembro de la familia.

Sobre mi amigo Emil, creo que este dato nunca lo mencioné, él trabajaba como director de una gran empresa ubicada en Helsinki, empresa en la que metió a Nadia en un puesto similar al que tenía en España, de directiva. Con esto ya sabéis que están juntos, sucedió seis meses después de que Edmee se viniera a vivir a Finlandia conmigo. Durante el tiempo que Nadia estuvo en España no se olvidó de Emil, y puedo decir con seguridad que a él le sucedió lo mismo, aunque lo negara cada vez que le preguntábamos. El caso es que, Nadia hizo el viaje más significativo e importante de su vida cuando vino a visitarnos, porque en él volvió a coincidir con Emil y no se separaron hasta que ella tuvo que regresar a España, donde duró poco tiempo porque no pudieron soportar la distancia una vez los sentimientos quedaron al descubierto. Los padres de Nadia venían dos veces al año a visitarla, y de paso a todos los demás, al igual que la hija iba a verlos cada vez que podía planificarse. Tenían una niña preciosa de dos años con la que por el momento habían cerrado la posibilidad de darle un hermano.

Y, por último, pero no menos importantes, están Leevi y Gaby. La pelirroja conquistó el corazón indomable de mi amigo, el que me aseguró

una vez mucho tiempo atrás, convencido de ello, que tanto Emil, yo y él, terminaríamos siendo los solteros de oro de Finlandia. Qué equivocado estaba por aquel entonces, tanto que no vio venir el enamoramiento. Gaby lo tuvo claro desde el principio, la separación forzada con Leevi fue bastante para darse cuenta de lo que sentía, cuando sucedió lo de mi hermana y tuvo que regresar a su piso en España. Cuando volvió a encontrarse con Leevi le dejó varias cosas claras, pero por aquel entonces no le hubiera hecho falta porque mi amigo no pudo dejar de pensar en ella durante su ausencia. En aquella época el proceso ya estaba en marcha, lo iniciaron en el hotel, lo que los llevó a vivir una historia de amor preciosa. Gaby dejó su puesto en la recepción del hotel de lujo en el que trabajaba en España y yo le ofrecí sin dudar lo mismo en mi hotel, para que alternara los turnos con Lumi en la recepción. Tenían un hijo de cuatro años, estaban casados y eran felices.

La vida está para vivirla y para arriesgarse, porque de las locuras pueden surgir cosas impresionantes. El rumbo de nuestra historia puede cambiar en un instante, y lo sé perfectamente porque es lo que me sucedió a mí, cuando, sentado en el sofá de mi casa de Helsinki, finalicé la selección eligiendo al último grupo que participaría en la gran inauguración del hotel: a Edmee, Yael, Gaby y Nadia.

Quién me iba a decir que al enviar el correo electrónico anunciando que habían sido seleccionados, estaba marcando mi vida para siempre. Imposible pensarlo, eso empecé a sentirlo cuando me encontré con una mujer preciosa agachada frente a un lago, al haberse asustado por algo que voló sobre su cabeza, supuestamente para ella, un murciélago.

Sonreí al escuchar la cerradura y me levanté despacio, para recibir a la mujer que complementaba mi vida a la perfección y sin la que no la concebía. Al verla entrar en la casa tuve la jodida misma sensación que las primeras veces, algo dentro de mí vibró con intensidad.

La amaba y la deseaba con locura, era mi perdición y mi salvación.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano
Instagram: @carlotamanzanoautora
Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano
Twitter: @ChicasTribu